NARRACIONES TERRORIFICAS

ESPRONCEDA
GOGOL
LE FANU
ERCKMANN-CHATRIAN
OLIPHANT
TWAIN
RUSSELL
BIERCE
STEVENSON
ANDREYEV
BURRAGE
SEIGNOLLE
FLANDERS
ATIENZA
ALVAREZ VILLAR
ROMERO

NOVENA SELECCIÓ

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones Terroríficas Vol. 9

Narraciones Terroríficas - 9

Antología de cuentos de misterio

ePub r1.0
Piolin 03.02.2017

AA. VV., 1970

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(NOVENA SELECCIÓN)

Selección de

JOSÉ A. LLORENS

SAWNEY BEAN Y SU FAMILIA

Tradicional

El siguiente relato, a pesar de que está confirmado tan plenamente como pueda estarlo cualquier hecho histórico, resulta casi increíble, debido a las monstruosas crueldades de que trata; no existiendo nada que hayamos oído contar con las mismas garantías de certidumbre que pueda comparársele, ni que muestre con tan horribles detalles hasta qué extremos puede conducir a un hombre un temperamento brutal, sin el freno de la educación y el conocimiento del mundo.

Sawney Bean nació en el condado de Easth Lothian, a unas ocho o nueve millas al este de la ciudad de Edimburgo, durante el reinado de Jaime I de Escocia. Su padre se dedicaba a recortar setos y excavar zanjas, e inició a su hijo en la misma profesión.

En su primera juventud se ganaba el pan cotidiano con aquel oficio, pero siendo muy inclinado a la vagancia, terminó por abandonar a sus padres y trasladarse a la parte deshabitada de la región, llevándose con él a una mujer de inclinaciones tan perversas como las suyas.

La pareja se instaló en una cueva, cerca de una playa del litoral del condado de Galloway; allí vivieron durante más de veinticinco años, sin ir a ninguna ciudad, pueblo ni aldea.

En aquel período de tiempo tuvieron un gran número de hijos y nietos, a los cuales criaron de acuerdo con sus propios hábitos, sin la menor noción de humanidad ni de sociedad civilizada. Nunca tuvieron ninguna compañía, y se mantenían a sí mismos robando; siendo, además, tan crueles, que nunca robaron a nadie sin asesinarle previamente.

Gracias a este método sanguinario, y al hecho de vivir tan apartados del mundo, transcurrió mucho tiempo sin que fueran descubiertos; no habiendo nadie capaz de sospechar cómo se perdían las personas que pasaban por el lugar donde ellos vivían. Después de haber asesinado a un hombre, una mujer o un niño, transportaban el cadáver a su madriguera, y allí lo descuartizaban y después se lo comían; éste era su único alimento: y a pesar de que llegaron a ser tan numerosos, normalmente tenían un exceso de aquella repugnante comida, de modo que amparados por la oscuridad nocturna solían arrojar al mar piernas y brazos de las desdichadas víctimas, procurando hacerlo a una gran distancia de la cueva en que vivían; aquellos miembros eran devueltos con frecuencia por el mar a la playa, en diversas partes de la región, para asombro y terror de los que los descubrían, y de otros que oían hablar del macabro hallazgo.

Las desapariciones se hicieron tan frecuentes, que provocaron un clamor general en toda la región; sin que nadie supiera qué había sido de sus amigos o parientes, si eran vistos por aquellos desalmados caníbales.

La alarma fue en aumento, ya que no se podía viajar con seguridad por las proximidades de la madriguera de aquellos malvados. Fueron enviados espías a aquellos lugares; la mayoría de ellos no regresaron, y los que lo hicieron, después de llevar a cabo minuciosas investigaciones y pesquisas, no pudieron dar con las causas de aquellos misteriosos sucesos.

Varios honrados viajeros fueron detenidos como sospechosos y ahorcados erróneamente con el apoyo de alguna prueba circunstancial. También fueron ajusticiados varios posaderos, sin otro motivo que el de haber alojado en sus posadas a algunas personas que posteriormente habían desaparecido sin dejar rastro. Se sospechó que habían asesinado aquellas personas en sus establecimientos y enterrado despues los cadáveres en lugares donde no resultara fácil descubrirlos. La justicia se ejerció con la mayor severidad imaginable, a fin de evitar aquellas frecuentes y atroces hazañas; hasta el punto de que muchos posaderos, que vivían en la zona occidental de Escocia, abandonaron sus negocios, temiendo correr la misma suerte, y buscaron otras ocupaciones.

Esto, por otra parte, ocasionó muchos inconvenientes a los viajeros, que ahora encontraban grandes dificultades de alojamiento para pasar la noche. En una palabra, toda la región quedó casi despoblada.

Sin embargo, continuaban produciéndose las desapariciones de súbditos del rey, de modo que todo el mundo llegó a admirarse de que pudieran producirse semejantes villanías sin que sus autores fuesen descubiertos. Ni uno solo de los que habían sido ejecutados confesó su culpabilidad en el patíbulo; por el contrario, afirmaron su inocencia hasta el último momento.

Cuando los magistrados comprobaron la inutilidad de aquellas medidas, renunciaron a los procedimientos rigurosos, y confiaron en la Divina Providencia para la resolución de aquel horrible misterio.

La familia de Sawney, entretanto, continuaba creciendo, y cada uno de sus miembros, cuando la edad se lo permitía, ayudaba en la medida de sus fuerzas a perpetrar los horribles crímenes, que seguían impunes. A veces atacaban a cuatro, cinco o seis viajeros al mismo tiempo, pero nunca a más de dos si iban a caballo; eran tan precavidos, además, que tendían dos emboscadas, una delante de la otra, para evitar que alguno de los atacados pudiera escapar, si se había librado de los primeros asaltantes.

El lugar en el cual habitaban era completamente solitario y, cuando subía la marea, el agua penetraba en una extensión de casi doscientas yardas en su vivienda subterránea, que tenía más de una milla de longitud; de modo que la gente armada que había sido enviada a investigar, ni siquiera se había fijado en la cueva, incapaz de imaginar que algún ser humano podía residir en semejante lugar de perpetuo horror y oscuridad.

El número de asesinatos cometidos por aquellos salvajes no llegó a conocerse nunca con exactitud; pero se calculó que en los veinticinco años que duraron sus fechorías, habían lavado sus manos con la sangre de un millar de hombres, mujeres y niños, como mínimo.

Su descubrimiento tuvo lugar finalmente en las siguientes circunstancias:

Un hombre y su esposa, montados en el mismo caballo, regresaban un atardecer a su hogar después de haber visitado una feria, y cayeron en la emboscada de aquellos

desalmados asesinos, que se lanzaron furiosamente sobre ellos. El hombre se defendió valientemente con espada y pistola derribando a algunos de los asaltantes.

En el transcurso de la lucha la pobre mujer cayó del caballo, e inmediatamente fue asesinada ante los ojos de su marido, ya que las mujeres caníbales la degollaron y empezaron a chupar su sangre con tanto placer como si fuera vino; después le abrieron el vientre y le sacaron las entrañas. El horrendo espectáculo hizo que el hombre redoblara sus esfuerzos para defenderse, sabedor de que si caía en manos de sus enemigos correría la misma suerte.

Quiso la Providencia que mientras luchaba desesperadamente se presentara un grupo de veinte o treinta hombres que habían estado en la misma feria; y ante partida tan numerosa Sawney Bean y su sanguinario clan decidieron retirarse a su madriguera, cruzando un tupido bosque.

El hombre, que era el primero que salía con vida de una emboscada de los implacables asesinos, contó a los recién llegados lo que había sucedido y les mostró el cadáver de su esposa, que los forajidos no habían podido llevarse. Todos quedaron estupefactos y horrorizados ante su relato; le llevaron con ellos a Glasgow y pusieron el asunto en conocimiento de los magistrados de la ciudad, los cuales informaron inmediatamente al rey.

Tres o cuatro días más tarde, Su Majestad en persona, con un ejército de cuatrocientos hombres, salió para el lugar donde se había producido la tragedia, a fin de registrar el terreno palmo a palmo, tratando de localizar aquellos seres diabólicos que desde hacía tanto tiempo venían siendo tan nefastos para las regiones occidentales del reino.

El hombre que fue atacado era el guía, y se llevaron también un gran número de sabuesos, no omitiendo ningún medio humano que pudiera conducir a poner fin a aquellas crueldades.

Sus primeras pesquisas resultaron infructuosas; no consiguieron encontrar ninguna vivienda, y a pesar de que pasaron por delante de la cueva de los malvados, no le prestaron atención y continuaron su exploración a lo largo de la playa, ya que la marea estaba baja en aquel momento. Por fortuna, algunos de los sabuesos entraron en la madriguera, e inmediatamente estalló un espantoso coro de ladridos, aullidos y gañidos; de modo que el Rey, con sus ayudantes, volvió sobre sus pasos y examinó la entrada de la cueva, sin concebir que en un lugar donde sólo se veía oscuridad pudiera ocultarse algún ser humano. No obstante, al ver que el griterío de los perros iba en aumento, y que se negaban a salir de la cueva, empezaron a imaginar que alguien debía vivir allí. En consecuencia, fueron en busca de antorchas y un numeroso grupo de hombres se aventuró en la caverna, a través de las más intrincadas vueltas y revueltas, hasta que por fin llegaron a la recóndita cavidad que servía de vivienda a aquellos monstruos.

El espectáculo que se ofreció a la vista de los soldados fue algo que ninguno de ellos podría olvidar mientras viviera. Piernas, brazos, manos y pies de hombres,

mujeres y niños colgaban en ristras, puestos a secar; había muchos miembros en escabeche, y una gran masa de monedas de oro y de plata, relojes, anillos, espadas, vestidos de todas clases y otros muchos objetos que habían pertenecido a las personas asesinadas.

La familia de Sawney, en aquella época, se componía de él mismo, su esposa, ocho hijos, seis hijas, dieciocho nietos y catorce nietas, estos últimos frutos incestuosos.

Todos fueron encadenados por orden de Su Majestad. Los soldados recogieron toda la carne humana que pudieron encontrar y la enterraron en las arenas. Luego cargaron con el botín que habían reunido los asesinos y regresaron a Edimburgo con sus prisioneros.

Sawney Bean y los miembros de su familia no respondieron de sus crímenes ante ningún tribunal: Se consideró innecesario juzgar a unos seres que se habían mostrado enemigos declarados del género humano.

Los hombres fueron descuartizados; les amputaron brazos y piernas y les dejaron desangrar hasta que les sobrevino la muerte, al cabo de unas horas. La esposa, las hijas y los nietos, después de haber sido espectadores del justo castigo infligido a los hombres, fueron quemados en tres hogueras distintas. Todos aquellos malvados murieron sin dar la menor señal de arrepentimiento; por el contrario, mientras les quedó un hálito de vida profirieron las más horribles maldiciones y blasfemias.

LA PATA DE PALO

José de Espronceda

VOY a contar el caso más espantable y prodigioso que buenamente imaginarse pueda, caso que hará erizar el cabello, horripilarse las carnes, pasmar el ánimo y acobardar el corazón más intrépido, mientras dure su memoria entre los hombres y pase de generación en generación su fama con la eterna desgracia del infeliz a quien cupo tan mala y tan desventurada suerte. ¡Oh cojos!, escarmentad en pierna ajena y leed con atención esta historia, que tiene tanto de cierta como de lastimosa; con vosotros hablo, y mejor diré con todos, puesto que no hay en el mundo nadie, a no carecer de piernas, que no se halle expuesto a perderlas.

Érase que en Londres vivían, no ha medio siglo, un comerciante y un artífice de piernas de palo, famosos ambos: el primero por sus riquezas, y el segundo por su rara habilidad en su oficio. Y basta decir que ésta era tal, que aun los de piernas más ágiles y ligeras envidiaban las piernas de palo, con grave perjuicio de las naturales. Acertó en este tiempo nuestro comerciante a romperse una de las suyas, con tal perfección, que los cirujanos no hallaron otro remedio más que cortársela, y aunque el dolor de la operación le tuvo a pique de expirar, luego que se encontró sin pierna, no dejó de alegrarse pensando en el artífice, que con una de palo le habría de librar para siempre de semejantes percances. Mandó llamar a Mr. Wood al momento (que éste era el nombre del estupendo maestro pernero), y como suele decirse, no se le cocía el pan, imaginándose ya con su bien arreglada y prodigiosa pierna, que, aunque hombre grave, gordo y de más de cuarenta años, el deseo de experimentar en sí mismo la habilidad del artífice, le tenía fuera de sus casillas. Con la mayor ilusión lo hizo venir a su casa.

No se hizo esperar mucho tiempo, que era el comerciante rico y gozaba renombre de generoso.

—Mr. Wood —le dijo—, felizmente necesito de su habilidad de usted.

—Mis piernas —repuso Wood—, están a disposición de quien quiera servirse de ellas.

—Mil gracias; pero no son las piernas de usted, sino una de palo lo que necesito.

—Las de ese género ofrezco yo —replicó el artífice— que las mías, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

—Por cierto que es raro que un hombre como usted que sabe hacer piernas que no hay más que pedir, use todavía las mismas con que nació.

—En eso hay mucho que hablar; pero al grano: usted necesita una pierna de palo, ¿no es eso?

—Cabalmente —replicó el acaudalado comerciante—; pero no vaya usted a creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

—Un milagro del arte, ¡eh! —repitió míster Wood.

—Sí, señor, una pierna maravillosa y cueste lo que costare.

—Estoy en ello; una pierna que supla en un todo la que usted ha perdido.

—No, señor; es preciso que sea mejor todavía.

—Muy bien.

—Que encaje bien, que no pese nada, ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

—Será usted servido.

—En una palabra, quiero una pierna…, vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como usted guste.

—Conque ya está usted enterado.

—De aquí a dos días —respondió el pernero— tendrá usted la pierna en casa, y prometo a usted que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado a mil sabrosas y lisonjeras esperanzas, pensando que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reino unido de la Gran Bretaña. Entre tanto, nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina con tanto empeño y acierto, que de allí a tres días, como había ofrecido, estaba acabada su obra, satisfecho sobremanera de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba a rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del despernado comerciante, que yacía en su cama muy ajeno de la desventura que le aguardaba. Faltábale tiempo ya para calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón. «Ese será», se decía a sí mismo; pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil personajes insignificantes creciendo por instantes la impaciencia y ansiedad de nuestro héroe, bien así como el que espera un frac nuevo para ir a una cita amorosa y tiene al sastre por embustero. Pero nuestro artífice cumplía mejor sus palabras, y ¡ojalá que no la hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, a la puerta, y a poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecía sino que se le iba a escapar.

—Gracias a Dios —exclamó el banquero—, veamos esa maravilla del mundo.

—Aquí la tiene usted —replicó el oficial—, y crea usted que mejor pierna no la ha hecho mi amo en su vida.

—Ahora veremos —y enderezándose en la cama, pidió de vestir, y luego que se mudó la ropa interior, mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela. No tardó mucho tiempo en calzársela. Pero aquí entra la parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuerzas humanas fuesen bastantes a detenerla, echó a andar la pierna de por sí sola con tal seguridad y rapidez tan prodigiosa, que, a su despecho, hubo de seguirla el obeso cuerpo del comerciante. En vano fueron las voces que éste daba llamando a sus criados para que le detuvieran. Desgraciadamente, la puerta estaba abierta, y cuando ellos llegaron, ya estaba el pobre hombre en la calle. Luego que se vio en ella, ya fue imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba; parecía que iba arrebatado por un torbellino,

que iba impelido de un huracán. En vano era echar atrás el cuerpo cuanto podía, tratar de asirse a una reja, dar voces que le socorriesen y detuvieran, que ya temía estrellarse contra alguna tapia, el cuerpo seguía a remolque el impulso de la alborotada pierna; si se esforzaba a cogerse de alguna parte, corría peligro de dejarse allí el brazo, y cuando las gentes acudían a sus gritos, ya el malhadado banquero había desaparecido. Tal era la violencia y rebeldía del postizo miembro. Y era lo mejor, que se encontraba algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que era para él lo mismo que tocar con la mano al cielo.

—Un hombre tan formal como usted —le gritaba uno— en calzoncillos y a escape por esas calles, ¡eh!, ¡eh!

Y el hombre, maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podía absolutamente pararse.

Cuál le tomaba por loco, otro intentaba detenerle poniéndose delante y caía atropellado por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil injurias y picardías. El pobre lloraba; en fin, desesperado y aburrido se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que tal le había puesto.

Llegó, llamó a la puerta al pasar, pero ya había traspuesto la calle cuando el maestro se asomó a ver quién era. Sólo pudo divisar a lo lejos un hombre arrebatado en alas del huracán que con la mano se las juraba. En resolución, al caer la tarde, el apresurado varón notó que la pierna, lejos de aflojar, aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo y, casi exánime y jadeando, acertó a tomar un camino que llevaba a una quinta de una tía suya que allí vivía. Estaba aquella respetable señora, con más de setenta años encima, tomando un te junto a la ventana del *parlour* y como vio a su sobrino venir tan chusco y regocijado corriendo hacia ella, empezó a sospechar si habría llegado a perder el seso, y mucho más al verle tan deshonestamente vestido. Al pasar el desventurado cerca de sus ventanas, le llamó y, muy seria, empezó a echarle una exhortación muy grave acerca de lo ajeno que era en un hombre de su carácter andar de aquella manera.

—¡Tía!, ¡tía! ¡También usted! —respondió con lamentos su sobrino perniligero.

No se le volvió a ver más desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la isla. Hace, no obstante, algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y poco hace se vio un esqueleto desarmado vagando por las cumbres del Pirineo, con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido por una pierna de palo. Y así continúa dando la vuelta al mundo con increíble presteza, la prodigiosa pierna, sin haber perdido aún nada de su primer arranque, furibunda velocidad y movimiento perpetuo.

EL VIYI

N. Vasilievich Gogol

Cuando en Kiev sonaba la campana del seminario, que colgaba en la puerta de acceso del monasterio de los Hermanos, acudían en tropel seminaristas y colegiales de toda la ciudad. Estudiantes de gramática, de retórica, de filosofía y de teología. Con los libros bajo el brazo, iban entrando lentamente en las aulas. Los estudiantes de gramática eran aún niños y se peleaban y empujaban entre ellos chillando con sus agudas vocecitas de soprano. Casi todos llevaban sus trajes hechos trizas y llenos de manchas, y sus bolsillos repletos de toda clase de chucherías. Silbatos hechos con plumas, algún trozo de papel mordido y a veces, gorrioncillos de nido, alguno de los cuales, al empezar a piar de improviso en medio del gran silencio de la clase, hacían acreedores a sus protectores de respetables palmetazos en las manos, incluso a veces de la caricia de las varas de cerezo.

Los estudiantes de retórica caminaban con mayor compostura y generalmente sus vestidos aparecían intactos, pero, en compensación, casi siempre llevaban en el rostro algún embellecimiento: un ojo amoratado, o hinchados los labios o cualquier otra señal. Éstos hablaban y blasfemaban con voz de tenor.

Los filósofos hablaban una octava más baja y en sus bolsillos no llevaban nada, excepto tabaco. No hacían provisiones de ninguna clase, pero devoraban todo lo que caía en sus manos. Olían a tabaco de pipa y a aguardiente, a veces a tal distancia que si algún artesano pasaba por allí cerca, se detenía y se quedaba un rato venteando el aire igual que un perro de caza.

En las grandes solemnidades y fiestas, los estudiantes rondaban los pequeños teatros de marionetas. A veces interpretaban alguna comedia y en compensación recibían una pieza de tela, o una bolsa de mijo, o media oca hervida, u otra cosa por el estilo.

Toda esa población instruida andaba escasa de alimentos y, por contraste, era extraordinariamente voraz, razón por la que las espontáneas dádivas de la gente resultaban, desde luego, insuficientes.

El acontecimiento más fausto para el seminario eran las vacaciones, a partir de junio, cuando los estudiantes regresaban a sus casas. Todo el camino principal se veía entonces lleno de gramáticos, retóricos, filósofos y teólogos. El que no tenía casa

propia, marchaba a la de algún compañero. Toda esa horda se comportaba igual que una caravana de gitanos. Se hacían ellos mismos la comida y pernoctaban al socaire de cualquier aprisco. Cada uno llevaba una alforja con una camisa y un par de calcetines. Entre todos, los teólogos se distinguían por su parsimonia y cuidado. Para no gastar los zapatos, se los colgaban de un bastón que llevaban en la espalda, sobre todo cuando el camino estaba embarrado. En esas ocasiones, con los pantalones remangados por encima de las rodillas, iban con paso majestuoso por los charcos, abanicando el agua con los pies. En cuanto divisaban una alquería, se apartaban del camino principal y al llegar ante la casita construida con más cuidado que las otras, se situaban en fila bajo las ventanas y entonaban con fuerte voz una canción. El dueño de la casa, algún viejo cosaco campesino, les escuchaba complacidamente, con la cabeza apoyada en la palma de las manos. Después rompía a llorar con amargura y decía a su esposa:

—¡Mujer! Lo que cantan los escolares debe de ser algo muy profundo. Llévales grasa de cerdo y alguna otra cosa que tengamos en casa.

Y les volcaban en el saco una bandeja entera de buñuelos, un gran pedazo de grasa, algunas rebanadas de pan e incluso, algunas veces, un pollo con las patas atadas. Satisfechos con tantas vituallas, gramáticos, retóricos, filósofos y teólogos reanudaban entonces el camino. Sin embargo, conforme avanzaban más se iba reduciendo el grupo. Casi todos se habían desperdigado por las casas y solamente quedaban los que tenían el hogar más alejado.

Una vez, en una de esas emigraciones, tres seminaristas se apartaron del camino principal para conseguir alimentos en la primera alquería que encontrasen. Sus alforjas estaban vacías desde hacía bastante tiempo. Eran éstos el teólogo Chaljava, el filósofo Choma Brut y el retórico Tiberio Gorobec.

El teólogo era un individuo alto, membrudo y con un carácter sumamente extraño: invariablemente robaba cuanto se ponía a su alcance. En las demás ocasiones tenía un humor tétrico y cuando estaba borracho se ocultaba entre las grandes hierbas y daba no poco trabajo a los del seminario para poder encontrarle.

El filósofo Choma Brut tenía el carácter alegre y gustaba de tumbarse y fumar su pipa. Pero si bebía, inevitablemente le daba por contratar músicos y se ponía a bailar el *tropak.*

En cambio el retórico Tiberio Gorobec no tenía aún derecho a llevar bigote, beber aguardiente y fumar en pipa. Llevaba únicamente un tupé y por ello su carácter se había desarrollado todavía poco. A juzgar por los chichones con que comparecía muchas veces a clase, se podía vaticinar que un día acabaría convirtiéndose en un buen guerrero. Chaljava el teólogo y el filósofo Choma le tiraban con frecuencia del tupé, en señal de protección, y se servían de él como secretario.

Cuando se apartaron del camino principal ya anochecía y en el aire perduraba la tibieza diurna. El teólogo y el filósofo caminaban en silencio, mientras que el retórico Tiberio Gorobec iba decapitando con un bastón los cardos que crecían en la linde del

sendero que se adentraba entre desordenados grupos de encinas que cubrían el prado. Declives y protuberancias verdes y redondas como cúpulas rompían la uniformidad del llano. Por dos veces habían visto campos de trigo, lo que les hizo pensar en la proximidad de algún pueblo. Pero había transcurrido una hora desde que dejaron atrás dichos campos y todavía no habían encontrado una casa habitada. El sol ya se había hundido y sólo por occidente quedaba un rastro de luz rojiza.

—¡Pardiez! —exclamó el filósofo Choma Brut—. No pensé que tardáramos tanto en encontrar una alquería.

El teólogo se detuvo, miró en derredor, volvió a ponerse la pipa en la boca y todos reanudaron de nuevo la marcha.

—¡Es extraño! —exclamó de nuevo el filósofo—. Ni siquiera se distingue el cuerno de un diablo.

—Quizás un poco más allá encontremos una alquería —dijo el teólogo, sin quitarse la pipa de la boca.

Mientras tanto ya se había hecho de noche, una noche oscura, tenebrosa. La existencia de pequeñas nubes hacían aún más intensa la oscuridad. No había estrellas ni luna. Entonces fue cuando los seminaristas comprendieron que se habían equivocado de camino y que habían abandonado el sendero hacía ya rato.

—¿Dónde está el sendero? —preguntó el filósofo.

El retórico se apartó unos pasos y empezó a hurgar la tierra en busca del camino, pero sus dedos no encontraron más que estiércol de zorra. No se advertía la menor señal de vida humana.

—¿Qué hacemos ahora? —volvió a preguntar el filósofo.

—¿Cómo que qué hacemos? —dijo el teólogo—. ¡Dormir al aire libre!

Pero el filósofo tenía demasiado miedo a los lobos.

—No, Chaljava, no me convence —dijo—. ¿Cómo vamos a dormir con la tripa vacía, igual que los perros? No desfallezcamos. Tal vez encontremos aún alguna casa y, por lo menos, podremos tomar un trago de vodka.

Los seminaristas continuaron andando y, de pronto, a lo lejos, oyeron el ladrido de unos perros. Poco después descubrieron en lontananza una luz roja.

—¡Una alquería! ¡Una alquería! —gritó jubiloso el filósofo.

Al poco tiempo descubrieron una pequeña alquería que consistía en dos pequeñas cabañas y una era. Había luz en todas las ventanas y una docena de ciruelos circundaban el recinto. En aquel momento aparecieron algunas estrellas en el cielo.

—¡Vamos, muchachos! ¡Tenemos que conseguir alojamiento a toda costa!

Los tres hombres de ciencia, golpeando la puerta, gritaron al unísono:

—¡Abrid!

Chirriaron los goznes de una de las puertas y los seminaristas se encontraron frente a una anciana que se cubría con una tosca piel de cordero.

—¿Quiénes sois? —preguntó, tosiendo sordamente.

—Permítenos pasar la noche en tu casa, madrecita. Nos hemos equivocado de

camino.

—¿Qué clase de gente sois? —indagó.

—Gente de bien: el teólogo Chaljava, el filósofo Brut y el retórico Garobec.

—Imposible —refunfuñó la vieja—. Somos ya demasiada gente y todos los rincones están ocupados. ¡No hay sitio para vosotros! ¿Dónde iba a meteros? ¡Marchad, marchad!

—¡Apiádate de nosotros, madrecita! ¿Cómo es posible que arrojes de esta forma a unas almas cristianas que nada te han hecho? Alójanos donde quieras… Si hacemos luego algo que no te guste, que nos corten las manos y que Dios nos castigue.

Con semejante promesa la anciana pareció ablandarse un poco.

—Bien —dijo, como hablando consigo misma—. Os dejaré pasar, pero os pondré a cada uno en un sitio distinto. No me sentiría tranquila si durmieseis juntos.

—Como quieras —dijeron los seminaristas.

Los caminantes penetraron en la era.

—Y dime, madrecita… —dijo el filósofo—. Yo… cómo podría explicarlo… ¿No tendrías algo para darnos de comer? ¡No hemos comido nada desde esta mañana!

—¡Vaya, sólo faltaría eso! —exclamó la vieja—. No, no tengo nada que daros de comer. Hoy ni siquiera he encendido el fuego. ¡Entrad, entrad y contentaos con lo que os doy! ¡Vaya unos delicados señoritos que me ha mandado el diablo!

El filósofo se sintió desconsolado. Pero de pronto su nariz percibió un tufillo de pescado seco. Lanzó una mirada a los calzones del teólogo, que iba a su lado, y vio que por uno de sus bolsillos asomaba una enorme cola de pescado. El teólogo lo había hurtado de uno de los carros que estaban en la era. Choma, con todo cuidado, le puso la mano en el bolsillo y le quitó el pescado.

La vieja distribuyó a los seminaristas: al retórico le colocó en la cocina. Al teólogo, en una despensa vacía y al filósofo le asignó el corral de las ovejas, también vacío.

Una vez a solas, el filósofo, tras comerse el pescado, observó las paredes de entrecruzados mimbres, dio una patada en el morro a un cerdo curioso que se había despertado, y se tumbó sobre su lado derecho con la intención de dormir. Inesperadamente la puerta se abrió y la vieja penetró en el corral.

—¿Qué ocurre, madrecita, qué necesitas? —le preguntó el filósofo.

Pero la vieja, sin contestar, siguió acercándose, con los brazos extendidos.

«Ya comprendo lo que deseas —se dijo el filósofo—. Pero no, amada mía, eres ya muy vieja.»

Se echó a un lado pero la vieja, sin hacerle caso, se fue otra vez hacia él.

—¡Escucha un instante, madrecita! —dijo el filósofo—. Estamos en Cuaresma y ni por mil ducados haría algo semejante.

Pero la vieja extendía los brazos para cogerle, sin pronunciar palabra. Entonces el filósofo empezó a sentir miedo, sobre todo al descubrir que los ojos de la mujer brillaban con una luz que no era natural.

—¡Madrecita! ¿Qué haces? ¡Apártate, por el amor de Dios! —gritó.

El infeliz filósofo quería rechazarla, pero notó angustiado que no podía levantar los brazos ni mover las piernas. Únicamente pudo escuchar los apresurados latidos de su corazón. La vieja llegó hasta él, le cruzó las manos, le bajó la cabeza, le saltó a la espalda, le fustigó con una escoba y se vio obligado a pasearla al galope, igual que una jaca amaestrada. Al instante sus piernas se levantaron y fueron más veloces que las de un corcel circasiano. Sólo después de haber dejado atrás la alquería y cuando ante ellos apareció un pequeño valle flanqueado por un bosque negro como la pez, comprendió que aquella vieja era en realidad una bruja.

Ya la luna brillaba en el cielo y su resplandor se extendía igual que un diáfano velo sobre la tierra. Choma Brut, mientras galopaba llevando sobre sus espaldas a tan extraño caballero, sentía su corazón embargado por un sentimiento penoso y dulce a un tiempo. Tras recorrer paisajes maravillosos, Choma sudaba intensamente, y se sentía invadido por un sentimiento diabólicamente dulce. Agotado, perdido, procuró recordar todas las oraciones que conocía. Repasó mentalmente todos los exorcismos contra los espíritus y pronto se sintió reconfortado al observar que su galope disminuía. Parecía que la bruja se sujetaba con menos fuerza a su cuello.

«¡Gracias a Dios!», se dijo Choma Brut. Y en voz alta, continuó repitiendo sus exorcismos. Finalmente, rápido como un rayo, se libró de la vieja y, saltándole encima, asumió el papel de caballero. Entonces la bruja comenzó a correr tan velozmente que el jinete tuvo que contener la respiración. La tierra parecía huir debajo de él. La llanura conservaba su relieve, pero a causa de la espantosa velocidad todo aparecía confuso ante sus ojos. Agarró una vara y empezó a golpear a la vieja con todas sus fuerzas. En un principio, la bruja gritó salvajemente, amenazándole. Luego sus alaridos fueron debilitándose y por fin se hicieron casi imperceptibles, como si proviniesen de delicadas campanillas de plata. El cambio fue tan extraño que el filósofo se vio repentinamente asaltado por una sospecha. «Pero, ¿es de verdad una vieja?»

—¡Oh, no puedo más! —exclamó la mujer. Y se dejó caer en el suelo, perdidas todas sus fuerzas.

Choma Brut se puso en pie y la miró a los ojos. Amanecía y a lo lejos brillaban las cúpulas de las iglesias de Kiev. A sus pies hallábase una mujer hermosísima, con una espléndida cabellera y pestañas alargadas como dardos. Agotada, había dejado caer sus brazos desnudos y suspiraba con los ojos llenos de lágrimas.

Entonces Choma empezó a temblar al mismo tiempo que sentía una profunda compasión y una extraña inquietud y turbación. Se escapó a toda velocidad. Mientras huía, el corazón le latía alocadamente y era incapaz de comprender cuál era aquel sentimiento extraño que le había herido. No quería regresar a la alquería y a grandes zancadas marchaba en dirección a Kiev, reflexionando sobre aquella insólita aventura.

Una vez en la ciudad, advirtió que ya no quedaba en ella ningún seminarista. Se

habían repartido todos por las alquerías. La gran casucha de madera en la que estaba instalado el seminario estaba completamente vacía. Fue registrando minuciosamente todos los rincones, metiendo los dedos por todos los agujeros del techo, y a pesar de ello no encontró ni un trozo de tocino o de pan, cosas que los seminaristas solían esconder en esos sitios.

Sin embargo, pronto pudo calmar su apetito. Se dirigió al mercado y dio un par de vueltas. Logró intercambiar unas cuantas miraditas con una viuda vestida de rojo que vendía cintas, ruedas y perdigones de caza y ese mismo día fue alimentado con un pollo y pastelillos de cebada. Choma Brut se sintió entonces tan feliz y satisfecho que ni recordaba siquiera su extraordinaria aventura.

Mientras tanto corrió por Kiev la voz de que la hija de uno de los más ricos terratenientes cosacos, cuya alquería se encontraba a cincuenta verstas de la capital, había vuelto a pasar con el cuerpo lleno de golpes y moraduras. Con dificultad, pudo llegar a casa de su padre y allí se encontraba en trance de muerte. Desesperando de poder salvarle la vida, su padre había dispuesto que las exequias y los rezos fueran oficiados por un seminarista de Kiev llamado Choma Brut, durante los tres días siguientes a su fallecimiento. De ello fue informado el filósofo por el propio rector, quien le llamó expresamente para comunicarle que tenía que ponerse inmediatamente en camino, ya que el referido terrateniente había enviado hombres y una calesa para acompañarle con esa intención.

Al filósofo le dio un vuelco el corazón y fue presa de una extraña angustia. Un presagio siniestro le decía que le esperaba algo espantoso. Quiso negarse, pero el rector se mostró implacable, de forma que Choma Brut, el filósofo, rascándose la oreja, salió sin decir palabra, decidido a escaparse en la primera oportunidad favorable que se le presentase. Descendió perplejo por la ancha escalera, y al llegar al patio rodeado de árboles vio un carro que antes había tomado por un tablado para secar el grano, montado encima de unas ruedas. Era un vehículo de tipo cracoviano, parecido a esos sobre los que una docena de judíos, con sus mercancías, dan vueltas por todas las ciudades en las que han olfateado una feria.

Le aguardaban seis cosacos, de edad más bien madura. Sus trajes de fino paño, adornados con flecos, evidenciaban que servían a un amo bastante rico y notable. Pequeñas cicatrices demostraban que tiempo atrás habían intervenido, y no sin gloria, en la guerra.

«¿Qué hacer? —se dijo el filósofo—. Por mucho que lo intente, no podré evitar lo que el destino me tiene señalado.»

—¡Salud, amigos! —saludó a los cosacos—. ¿Tendré que sentarme a vuestro lado? ¡Es un coche de lujo!

—Sí, un buen coche —le contestó uno de los cosacos, sentándose junto al cochero. Los otros cinco, con el filósofo, lo hicieron sobre unos sacos llenos de provisiones que habían comprado en la ciudad.

El carro se puso en marcha. El filósofo sentía una gran curiosidad por conocer

más detalles sobre su amo: cómo era, qué carácter tenía, quién era su hija, etc. Hizo algunas preguntas pero los cosacos se limitaron a continuar fumando silenciosamente sus pipas, tumbados encima de los sacos.

Sólo uno de ellos, dirigiéndose al cochero, le dijo:

—Oye, Overko, viejo carcamal: así que lleguemos a la hostería del camino de Cuchraljovo, no te olvides de despertarnos si nos quedamos dormidos.

Dicho esto se durmió, demostrándolo ruidosamente. Una vez llegados a la hostería, todos se apearon y penetraron en una pequeña habitación, sucia y de techo muy bajo, donde un tabernero judío, con grandes muestras de alegría, se apresuró a recibir a sus viejos conocidos. Les sirvió algunos salchichones y una vez los hubo depositado encima de la mesa, volvió la espalda a aquel fruto prohibido por el Talmud. Los cosacos y el filósofo se sentaron alrededor de una mesa y empezaron a comer y beber.

Choma Brut, viendo que los cosacos empezaban a beber demasiado, decidió aprovechar aquella oportunidad para marcharse. Se dirigió a un cosaco de bigotes grises, de bastante edad, que desde hacía algún tiempo estaba llorando porque no tenía padres y porque se había quedado solo en el mundo.

—¿Por qué lloras tanto, tío? —le preguntó Choma—. ¡Yo también soy huérfano! ¿Para qué me queréis? ¡Dejadme libre, camaradas!

—¡Dejémosle marchar! —exclamaron algunos—. Es un huerfanito. ¡Que se vaya donde quiera!

Cuando estaba a punto de irse, uno de los cosacos le detuvo diciendo:

—No te marches, quiero hablar contigo del seminario. Yo también quiero ir al seminario…

Además, aun cuando se lo hubiesen permitido, Choma Brut no hubiera podido marcharse, pues apenas intentó levantarse, los pies le parecieron de plomo y en la habitación empezaron a aparecer tantas puertas que difícilmente hubiera podido saber cuál era la verdadera.

Al anochecer recordaron que tenían que reemprender el camino. Ayudándose los unos a los otros, consiguieron subir al carro y se tumbaron encima. Arrearon a los caballos y empezaron a cantar. Tras haber viajado durante más de media noche, saliéndose continuamente del camino a pesar de que lo conocían al dedillo, empezaron a descender hacia un profundo valle y llegaron a la gran aldea del terrateniente. De ninguna de las casas se filtraba luz. Cuando entraron en la plaza fueron recibidos por los ladridos de los perros. Por doquier se distinguían casitas y almacenes con el techo de paja. El carro se detuvo frente a una especie de cobertizo y todos los viajeros se fueron a la cama.

A la mañana siguiente, cuando Choma Brut se despertó, la aldea estaba alborotada. La señorita había fallecido durante el transcurso de aquella noche. Algunas viejecitas lloraban y los criados iban nerviosos de un lado a otro. Un grupo de curiosos estaba mirando la era principal, a través de las vallas del recinto, como si

desde allí pudiesen ver algo.

Chuma Brut se puso a observar aquellos lugares que por la noche no había podido distinguir muy bien. La casa donde vivía el amo era un edificio bajo, no muy grande, al estilo de los que normalmente se construían desde antiguo en la pequeña Rusia. Tenía el techo de paja, y a lo largo de las paredes de la casa corría una galería que se sostenía sobre pilares idénticos. Un alto peral de hojas temblorosas, con la copa en forma de pirámide, prestaba una nota de color frente a la casa. Detrás de ella se extendían los jardines, y por entre la arboleda únicamente se descubrían los techos oscuros de las casitas, ocultas entre la fronda.

«¡Qué lugar más bonito! —se dijo el filósofo—. Aquí me gustaría vivir: pescar en los lagos y en el río e ir a cazar con escopeta… Sin embargo, habría que pensar el modo de largarse…»

Descubrió, más allá de la cerca, una pequeña senda medio oculta por la hierba. De una forma maquinal empezó a andar por ella, con la intención de dar una vuelta para luego, de casucha en casucha, poder escaparse a través de los campos. Al momento notó que una mano bastante pesada se apoyaba en su hombro.

—Estás equivocado, mi señor filósofo, si crees que podrás escapar de la aldea —le dijo el anciano que tanto había llorado a sus padres durante la víspera—. En lugar de eso, ven conmigo a ver al señor, que ya hace un buen rato que te está esperando en el salón.

Choma Brut no tuvo otro remedio que seguir al cosaco. El dueño, un viejo ya caduco, con los bigotes canosos y una expresión abatida, estaba en el salón, sentado delante de una mesa, sosteniéndose la cabeza entre las manos. Tendría unos cincuenta años, pero la profunda desolación de su rostro, pálido y enfermizo, indicaba que su alma había sido aniquilada y destruida de un solo golpe.

Al entrar el filósofo, acompañado por el viejo cosaco, se apartó una mano de la cara y con un breve movimiento de cabeza contestó a la profunda reverencia que le hicieron los recién llegados.

Choma y el cosaco se detuvieron respetuosamente en el umbral.

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu profesión, muchacho? —preguntó el amo, sin amabilidad, pero tampoco sin dureza.

—Soy seminarista, señor. Choma Brut, filósofo.

—Y tu padre, ¿quién fue?

—No lo sé, distinguido señor, lo ignoro.

—¿Y tu madre?

—Tampoco conocí a mi madre. Según toda lógica, debe existir una madre, pero quién era, de dónde era y cuándo vivió, juro por Dios que no lo sé, señor.

Tras guardar un instante de silencio, el viejo le preguntó:

—¿Y cómo conociste a mi hija?

—¿A su hija? ¡Juro por Dios que no la conozco, señor! Desde que estoy en el mundo nunca he tenido relación con señoritas.

—Entonces, ¿por qué te eligió ella misma para que le rezases las preces, en lugar de otro?

El filósofo encogió los hombros.

—Cualquiera sabe… Algunas veces a los señores se les ocurren unas ideas que ni siquiera las personas más instruidas pueden entender.

—¿No me mientes, filósofo?

—No, señor. Que caiga ahora mismo un rayo sobre mi cabeza si le engaño.

—Si ella hubiese vivido un minuto más, lo hubiese podido saber todo —dijo tristemente el anciano—. «No consientas —me dijo— que nadie rece oraciones por mí, sino que inmediatamente debes mandar a buscar en el seminario de Kiev a un seminarista llamado Choma Brut. Él será precisamente quien durante tres noches rece por mi alma pecadora. Él sabe…» Pero mi dulce palomita falleció entonces, sin poder decir nada más. Quizás ella hubiese oído hablar de usted por sus piadosas acciones, por la santidad de su vida…

El seminarista retrocedió asombrado.

—¿Yo? ¿Yo, hombre de santa vida? ¡Que Dios os bendiga, señor! ¡Sí yo estuve con una mujer la víspera de Jueves Santo…!

—De todos modos, eso no me importa… Empezarás hoy mismo tu ministerio.

—Usted sabrá disculparme, señor, pero aquí sería necesario un diácono o un subdiácono. Ellos saben muy bien cómo se hacen estas cosas, mientras que yo… Ni siquiera tengo la voz que hace falta…

—Puedes pensar lo que quieras, pero seguiré las instrucciones que me dio mi palomita, sin reparar en gastos, por muy elevados que sean. Te recompensaré espléndidamente si durante tres noches, a partir de hoy, recitas las oraciones como es debido. Ni el mismo diablo podrá evitarte las consecuencias si no lo haces.

Esas últimas palabras las pronunció en un tono que el filósofo entendió perfectamente su significado, sin necesidad de más aclaraciones.

—¡Sígueme! —le ordenó el señor.

El señor abrió la puerta a la antesala dé otro salón y el filósofo, con un miedo inexplicable, cruzó el umbral tras sonarse.

Todo el suelo había sido alfombrado con tela roja. En un rincón, bajo los iconos y sobre una mesa alta, se hallaba el cadáver tendido sobre un paño de terciopelo azul, guarnecido con flecos y franjas doradas. Altos cirios, con ramitos de viburno enroscados alrededor, ardían a los pies y a la cabecera, desprendiendo, con perezosa lentitud, un humo opaco que se perdía en la claridad diurna. Choma no podía ver el rostro de la difunta, pues se lo ocultaba el apenado padre, que se había sentado frente a ella, de espaldas a la puerta.

—No sólo lamento, amada hija —habló el padre—, que tú, en la flor de la vida, hayas dejado este mundo para mi tormento y desesperación. Lo que más me duele y apena es no saber quién fue el enemigo cruel que causó tu muerte. Si pudiese averiguarlo, juro ante Dios que, fuese quien fuese, no volvería a ver a sus hijos o a

sus padres, y que su cuerpo maldito serviría de pasto a las aves y fieras de la estepa. Sin embargo, luz de mis ojos, no podré descubrirle y tendré que vivir el resto de mis días llorando tu pérdida, mientras mi enemigo se regocije y se ría a escondidas de este infeliz viejo…

El inmenso dolor le impidió seguir monologando y le hizo derramar un río de lágrimas. Enternecido por tanto dolor, Choma Brut comenzó a toser y emitió un ronco gruñido con la intención de aclararse la voz.

Entonces el anciano se volvió para señalarle el lugar que tenía que ocupar, a la cabecera de la difunta, frente a un atril no demasiado grande en el que había algunos libros.

«Durante tres noches procuraré salir del paso como pueda —se dijo el filósofo—. Después, como recompensa, el padre me llenará los bolsillos de hermosos ducados.»

Inmediatamente, sin poner la vista en ninguna parte y sin atreverse a mirar el rostro de la muerta, empezó a rezar las oraciones. Reinaba un silencio profundo. Advirtió que el señor había marchado. Levantó la vista lentamente para mirar a la difunta y…

Un temblor sacudió todas las fibras de su cuerpo. Ante él yacía una mujer tan hermosa y bella como nunca existió otra en todo el mundo. Jamás rostro humano había podido ser esculpido con rasgos tan perfectos y armónicos como aquéllos. Descansaba como si estuviera viva. Su frente, tersa como la plata, parecía tranquila. Las cejas —una noche en medio de un día radiante— eran delgadas, rectas y se arqueaban por encima de sus cerrados ojos. Las pestañas le caían igual que dardos sobre las mejillas, encendidas por el fuego de misteriosos deseos. Los labios, de color rubí, parecían a punto de abrirse en una sonrisa feliz… Pero en aquellas maravillosas facciones, el filósofo descubrió de pronto algo que le heló la sangre en las venas: el rubí de aquellos labios parecía coagularse como sangre alrededor del corazón. De pronto, algo horriblemente conocido apareció en su rostro: «¡La bruja!», murmuró. Era, efectivamente, la bruja que él había matado.

Apenas se hubo puesto el sol, trasladaron la difunta a la iglesia. Choma Brut sostenía el ataúd sobre un hombro y sentía allí algo frío, como si fuese un trozo de hielo. El padre iba delante, sosteniendo con un brazo el lado derecho de la estrecha caja. La iglesia, de madera ennegrecida, salpicada de un verde mohoso y con tres cúpulas en forma de cono, estaba situada en las afueras de la aldea. Se notaba que desde hacía tiempo no se había celebrado en ella ningún oficio divino. Delante de cada icono se consumía un cirio. El padre besó una vez más a la difunta, se arrodilló y se marchó después con los demás, tras ordenar que se diera de comer al filósofo y de que éste, una vez hubiese cenado, fuese acompañado de nuevo a la iglesia. Los que habían trasladado el ataúd, al llegar a la cocina, tocaron la estufa con las manos, según era costumbre entre los ucranianos que habían visto un cadáver.

Apenas hubieron satisfecho su apetito en la cocina, en especial el filósofo, todos se sentaron, formando un amplio círculo y empezaron a hablar de la difunta.

—¿Es verdad —preguntó un joven pastor—, que la amita, con todo el respeto que merece su santa memoria, sostenía relaciones con el diablo?

—¿Quién? ¿La amita? —contestó un tal Doros—. ¡Estoy convencido! ¡Sí, era una perfecta bruja!

—Cállate, Doros —le aconsejó otro—. En definitiva, todo eso no nos importa. ¡Déjalo correr!

Pero Doros no se resignaba a callar con tanta facilidad.

—¿Cómo voy a callarme ahora? —dijo—. ¿Acaso no ha cabalgado sobre nuestras espaldas? ¡Vaya si nos ha montado!

—¿Es posible reconocer a las brujas por alguna señal? —preguntó el pastor a su tío.

—No, no es posible —contestó Doros—. No se las puede reconocer, aunque se hayan leído todos los salterios.

—Es posible, no digas que no —intervino otro—. Los que han estudiado un poco de ciencia, saben que las brujas tienen una pequeña cola.

—Cuando una mujer es vieja, siempre es bruja —afirmó tranquilamente un cosaco canoso.

Tal conversación acabó despertando en el filósofo una curiosidad irresistible por conocer algo más concreto sobre la difunta hija del dueño.

—Me gustaría saber —dijo, dirigiéndose a su vecino—, por qué razón consideráis a la amita como bruja. ¿Es que ha ocasionado daño a alguien o tal vez ha causado alguna muerte?

—Claro que sí — dijo uno de los presentes, que tenía la cara tan aplastada como una pala.

—¿Quién no se acuerda del perrero Mikita, o de aquel otro…? —exclamó otro.

—¿Quién era ese Mikita? —preguntó el filósofo.

—Spirid te lo explicará —dijeron todos al unísono.

Spirid empezó diciendo:

—Tú, mi señor filósofo Choma, jamás has conocido a Mikita. Era un tipo muy extraño. Conocía a todos los perros, uno por uno, lo mismo que un hijo conoce a su propio padre. Descubría una liebre en mucho menos tiempos del que tú empleas para ponerte tabaco en la nariz. Daba un silbido y azuzaba: «¡Hala, *Malandrino*\ ¡Hala, *Bukera*!» Y él mismo se lanzaba tras ellos a tal velocidad que no se sabía quién corría más, si él o los perros. Se echaba al coleto un cuartillo de vodka de un solo trago. ¡Menudo perrero estaba hecho! Hubo una época en que empezó a fijar sus ojos en la dueña.

Ya sea porque se hubiese enamorado, ya porque ella lo hubiera embrujado, la verdad es que a partir de entonces desmejoró muchísimo y se convirtió en algo que sólo el diablo sabe. Ni siquiera me atrevo a decirlo.

—Adelante —exclamó Doros—, continúa.

—Con sólo una mirada de la amita, se le caían las riendas de la mano, tropezaba y

no sabía lo que se hacía. Un día, mientras estaba en la cuadra ensillando un caballo, la amita entró inesperadamente y le dijo: «Acércate, Mikita, que quiero poner una pierna sobre tu espalda.» Él, embobado, le contestó: «No sólo una pierna, sino todo lo que quieras.» La amita levantó entonces la pierna y él, al verla tan blanca y torneada, quedó preso de su hermosura. El bobalicón bajó la espalda y principió a saltar por los campos igual que un caballo, con la amita sobre sus espaldas. Nadie sabe a dónde fueron, pero lo cierto es que Mikita regresó más muerto que vivo y que desde aquel día adelgazó tanto que llegó a parecer una astilla. Un día, en su sitio en la cuadra, encontraron un montoncito de ceniza y un cubo vacío: todo él se había consumido, se había consumido por sí solo… Y era un perrero como no había otro igual.

Cuando Spirid terminó de hablar, todos los reunidos hicieron elogiosos comentarios sobre las grandes virtudes del infeliz perrero.

—¿Y lo de la Sepcicha, tampoco lo sabes? —preguntó Doros, dirigiéndose al filósofo.

—No.

—¡Vaya! ¡Por lo que veo, en el seminario no os enseñan tanta ciencia como creía! Bien, escucha. En nuestra aldea vive un cosaco, un hombre honrado, llamado Septum. Algunas veces le gusta robar y mentir, pero a pesar de eso es un hombre de bien. Su casa no está muy lejos de aquí. Una noche Septum y su mujer Sepcicha se fueron a la cama y debido al buen tiempo que hacía, Sepcicha salió a dormir fuera y Septum se quedó encima de un banco… O al revés,

Sepcicha se quedó en casa encima de un banco y Septum fuera…

—No, no, encima de un banco… Fue Sepcicha la que se tumbó en el suelo —dijo una campesina, que estaba de pie en el umbral, con una mejilla apoyada en la mano.

Doros, tras mirarla silenciosamente de arriba a abajo, dijo:

—Como te baje los calzones aquí, delante de todos, no volverás ya a interrumpirme.

Tal advertencia produjo el efecto deseado. La campesina guardó silencio y ya no volvió a interrumpir.

Doros prosiguió, más sosegado:

—Ahora bien, en el centro de la habitación había una cuna que estaba colgada, como a un metro del suelo, con una criatura de un año, ya no recuerdo si niño o niña. Sepcicha yacía allí tumbada, cuando de pronto oyó un perrazo que aullaba y arañaba la puerta de tal forma que daba miedo. Al principio la mujer se asustó, pero rápidamente se le ocurrió una idea: «Espera a que sacuda un buen garrotazo en el hocico de ese condenado perro y verás cómo se calla.» Cogió el látigo y abrió la puerta; apenas hubo acabado de abrirla cuando el perro se le coló entre las piernas y se lanzó sobre la cuna. Sepcicha descubrió con asco que no era un perro, sino la amita, que entonces estaba completamente lívida y con los ojos como dos fulgurantes carbones encendidos. Cogió con avidez a la criatura, la mordió en el cuello y empezó a chupar su sangre. Sepcicha apenas pudo gritar e intentó huir, pero al recordar que la

puerta de la casa estaba de nuevo atrancada, subió al desván y permaneció allí encogida y temblorosa hasta que la amita, no saciada con su pequeña víctima, fue en su busca y también la mordió horriblemente. Septum la encontró al siguiente día llena de terribles mordeduras. La infeliz mujer murió muy pronto… Sí, sí, ya se puede ser de noble cuna, que cuando se es bruja, se es bruja…

Finalizada su narración, Doros lanzó en derredor una mirada satisfecha, y con nervioso movimiento introdujo un dedo dentro de la pipa, disponiéndose a rellenarla nuevamente de tabaco. El tema de la brujería resultaba inacabable. Cada uno, al llegar su turno, se apresuró a explicar su historia. Así, uno sostuvo que la bruja, bajo la forma de gavilla de heno, había llegado hasta el umbral de su casa, otro que se le había llevado el gorro o la pipa, otro que una vez a muchas chicas de la aldea les había cortado las trenzas y otros que les había chupado más de un cubo de sangre.

Por fin advirtieron que habían estado charlando demasiado y que era ya muy tarde. Cada uno se dirigió entonces a su aposento, a la cocina, al cobertizo o a la era.

—¡En fin, mi señor Chomal ¡Ya es hora de que nosotros vayamos al lado de la difunta! —dijo el canoso cosaco. Y los cuatro (el filósofo, el cosaco, Spirid y Doros) se pusieron en camino hacia la iglesia repartiendo latigazos a los perros que encontraban, los cuales, furiosos e irritados, mordían sus bastones.

El filósofo, a pesar de haberse dado ánimos con un buen trago de aguardiente, notaba que su miedo iba en aumento a medida que se acercaba a la iglesia. Las terroríficas narraciones que acababa de escuchar no habían hecho más que excitar su imaginación. La oscuridad que imperaba debajo de la cerca y de los árboles comenzó a disminuir, pues el terreno estaba más despejado. Finalmente, una vez sobrepasado el vetusto recinto de la iglesia, llegaron a un pequeño calvero, más allá del cual nada se podía distinguir; únicamente se extendían prados y campos sumergidos en las sombras nocturnas.

Los tres cosacos, en unión de Choma, ascendieron por la empinada escalera y entraron en la iglesia. Entonces, siguiendo las instrucciones del amo, y tras desearle suerte en su misión, se separaron del filósofo, cerrando la puerta con llave y dejándole dentro de la iglesia.

El filósofo quedó solo. Primero bostezó, después se estiró y más tarde se sopló las manos para calentárselas. En el centro se levantaba el negro catafalco. Los cirios, con luz mortecina, ardían débilmente ante los iconos ennegrecidos, pero su resplandor sólo iluminaba las imágenes y un poco el centro de la iglesia, mientras los rincones más alejados del atrio continuaban sumidos en tinieblas. Los ennegrecidos y vetustos iconos revelaban una gran antigüedad y las tallas doradas sólo despedían escasos reflejos, pues debido al transcurso del tiempo en algunas partes las doraduras se habían desconchado. Las caras de los santos parecían mirar con el ceño fruncido…

Choma Brut lanzó una mirada en derredor. «¿Por qué voy a tener miedo? —se dijo—. Aquí no puede entrar nadie y, por lo que a los malos espíritus se refiere, tengo ciertas oracioncitas cuya lectura basta para que ellos ni siquiera se atrevan a rozarme

con un dedo.»

«Empecemos a leer», se dijo luego. Y al acercarse al coro descubrió un montón de velas. «Esto va maravillosamente bien —pensó—. Iluminaré bien toda la iglesia para que se vea como si fuese de día. Lástima que en la casa del Señor no esté permitido fumar en pipa.»

Se dedicó a colocar velas, con profusa prodigalidad, en todos los atriles, frente a todas las imágenes y en todos los rincones, de suerte que el templo estuvo pronto totalmente iluminado. Sin embargo, arriba, en lo alto, parecía como si las tinieblas se hubiesen hecho más densas, como si las oscuras imágenes, dentro de sus cornisas moldeadas y resplandecientes a tramos, le mirasen con ojos aún más aviesos.

Se acercó al catafalco, dirigió una mirada al rostro de la difunta y se vio obligado a cerrar los ojos. ¡Tan terrible y resplandeciente era aquella belleza!

Se volvió de espaldas y ya estaba a punto de apartarse, cuando, impulsado por un extraño sentimiento, no pudo resistir la tentación de volverse para mirarla otra vez. Sintió un escalofrío: en la penetrante belleza de la muerta había algo de espantoso. Tal vez no le hubiese infundido tanto pánico de ser menos hermosa. En su semblante no había nada apagado; por el contrario, todo él estaba vivo y a Choma le parecía que lo estaba viendo a través de los cerrados ojos. Tuvo incluso la impresión de que por debajo de las pestañas del ojo derecho resbalaba una lágrima. Cuando ésta se detuvo en la mejilla, distinguió con claridad que se trataba de una gota de sangre.

Rápidamente se alejó hacia la parte del coro, abrió el libro y, para darse ánimos, empezó a salmodiar con voz fuerte. La voz rebotó en las paredes de madera de la iglesia, sordas y silenciosas desde hacía tiempo, sonando extraña en los oídos del propio cantor.

«Pero, ¿por qué he de tener miedo? —se decía entre dientes—. No se atreverá a salir del féretro, tendrá miedo de la palabra divina. ¿Qué clase de cosaco sería yo, si ahora tuviese miedo? Ya lo comprendo, he bebido un poco más de la cuenta y es eso lo que ahora me acobarda. Oleré un poco de tabaco. ¡Ah, buen tabaco! ¡Magnífico tabaco!»

Pero cada vez que giraba una página, miraba de soslayo al ataúd y una voz misteriosa parecía decirle:

«¡Cuidado, cuidado, que se mueve! ¡Ahora se levanta, ahora saca la cabeza de la caja!»

Sin embargo, nada turbaba el silencio: el ataúd seguía inmóvil y las velas iluminaban profusamente el sagrado recinto.

Levantando la voz, volvió a cantar en varios tonos, con la secreta intención de acallar los últimos restos de miedo, pero a cada instante dirigía la mirada al féretro para formularse la inquietante pregunta:

«¿Y si se levanta? ¿Y si se pone de pie?»

El ataúd, en su mudo silencio, no se movía lo más mínimo. ¡Ah, si por lo menos se hubiese oído un pequeño ruido, el crujir de una ventana, de un banco de madera,

cualquier cosa, algo vivo aunque insignificante, un simple grillo que cantara desde un rincón! Pero nada, el silencio era total, apenas se podía oír el ligero chisporroteo de una vela, allá, en el fondo, o el blando sonido de una gota de cera al caer en el suelo.

Y la inquietante pregunta volvía de nuevo…

«¿Y si se levanta? ¿Y si se pone de pie?»

De nuevo volvió la vista al ataúd, pero esta vez…

Aterrorizado, se frotó los párpados. Ella, en realidad, ya no estaba tendida, sino sentada en el ataúd. Dirigió la mirada al fondo y luego volvió a mirar la caja. Ella se puso en pie y empezó a caminar por la iglesia con los ojos cerrados y los brazos extendidos. Iba directamente a su encuentro. Lleno de pánico, Choma Brut trazó un círculo a su alrededor, rezó fervorosamente y recitó los exorcismos que le había enseñado un monje que había sufrido muchas visiones de brujas y diablos.

Ella puso los pies casi encima del círculo, pero se notaba que no tenía suficientes fuerzas para atravesarlo. Entonces se intensificó su palidez, igual que una persona muerta hacía más tiempo. Los dientes le castañeteaban; impotente, abrió los ojos, pero, al no ver nada, se volvió con furor hacia el lado opuesto, y con los brazos abiertos iba palpando los pilares y los rincones, dando la vuelta e intentando siempre coger a Choma, que ni siquiera se atrevía a mirarla. Por fin desistió, y con un amenazador gesto de las manos volvió a acostarse en el ataúd.

El filósofo miraba aterrorizado la estrecha morada de la bruja. De pronto, el ataúd se separó del lugar en que estaba y empezó a volar por el recinto de la iglesia. Choma Brut, angustiado, lo vio llegar hasta casi encima de su cabeza, pero advirtió que no podía cruzar el círculo que había trazado y redobló los exorcismos. El ataúd cayó en el centro de la iglesia y allí quedó inmóvil. Otra vez, espantosamente lívido, el cadáver se levantó de la caja, pero en aquel instante oyóse en la lejanía el canto de un gallo. El cadáver se acostó de nuevo en el ataúd y cerró la tapa.

Reanimado por aquel canto, Choma Brut acabó de leer las páginas que hacía tiempo debió de haber leído. Con el alba, un diácono y el cosaco canoso vinieron a relevarle.

De nuevo en su alojamiento, el filósofo no lograba conciliar el sueño, pero el cansancio acabó venciéndole y durmió de un tirón hasta muy tarde. Al despertar y pensar en lo ocurrido, tuvo la impresión de que todo había sido producto de una pesadilla. Para reponerse, le dieron a beber un cuartillo de vodka. Durante la comida recuperó todo su estado habitual y engulló casi por entero un lechoncillo de regular tamaño. Impulsado por un extraño sentimiento, no dijo a nadie lo que le había ocurrido en la iglesia.

Lo cierto es que Choma Brut era de esa clase de personas que cuando están bien alimentadas sienten despertarse en su interior una gran filantropía. Al terminar de comer, y de excelente humor, tuvo tiempo de recorrer toda la aldea y de hacer amistad con casi todos sus habitantes. Tuvieron incluso que echarle de dos casas y una chica tuvo que darle algunos garrotazos cuando a él se le ocurrió palparle cierta

parte de su cuerpo para conocer la clase de paño de su falda.

Sin embargo, a medida que se iba acercando la noche, su angustia iba en aumento, y durante la cena, a pesar de sus esfuerzos para distraerse, sintió que su miedo iba haciéndose todavía mayor.

—Ya es hora de marchamos, señor seminarista —le dijo el cosaco canoso, levantándose—. Vamos al trabajo.

Nuevamente escoltaron a Choma hasta la iglesia, y otra vez le dejaron solo, cerrando la puerta a sus espaldas. El filósofo contempló una vez más las ennegrecidas imágenes y el negro féretro que resaltaba en el centro del recinto, con un amenazador silencio.

«¡Bien! —se dijo—. ¡Este espectáculo ya no puede ofrecerme nada nuevo! Únicamente sentí miedo la primera vez. Ahora ya es distinto.»

Volvió a trazar a su alrededor un círculo, recitó algunos exorcismos y empezó a salmodiar en voz alta, decidido a no levantar la mirada del libro y a no prestar atención a lo que pudiese ocurrir. Luego de leer durante casi una hora, se sentía algo cansado y con la boca seca. Se sacó la tabaquera del bolsillo y antes de llevarse el polvo a la nariz, lanzó una temerosa mirada en dirección al ataúd. La sangre se le heló en las venas: el cadáver estaba ya ante él, en el borde del círculo, envolviéndole con una centelleante mirada verde. Choma Brut volvió a rezar con fuerza oraciones y exorcismos y el cadáver empezó a gruñir sordamente y a pronunciar terribles amenazas, que borbolleaban como un pescado hirviendo. Lo que significaban, Choma Brut no lo sabía, pero estaba seguro de que encerraban algo terrible. Horrorizado, el filósofo comprendió que se estaba produciendo un hechizo.

Las cabalísticas palabras de la muerta levantaron una especie de ululante viento por todo el recinto de la iglesia, como si fuera el rumor de un enjambre de pájaros volando. Oyó como unos seres golpeaban sus alas contra los cristales de las ventanas, intentando penetrar en el interior del templo. Muerto de miedo, con los ojos entornados y el corazón golpeándole violentamente en el pecho, Choma Brut no cesaba de pronunciar exorcismos. De pronto, se oyó el canto de un gallo, dando esperanza a un nuevo día, y término al helado temor del filósofo.

Los que vinieron a relevarle, lo encontraron semiinconsciente y temblando como una hoja. Apoyado contra una pared y los ojos desmesuradamente abiertos, miraba inmóvil a los recién llegados. Tuvieron que sacarle del templo casi en brazos y sostenerle durante todo el camino. En el transcurso de aquella horrible noche, la mitad de sus cabellos se habían vuelto blancos.

«Iré a ver al dueño —se dijo, una vez recuperado—. Se lo contaré todo y le diré que no estoy dispuesto a volver a la iglesia, que quiero regresar a Kiev cuanto antes.»

Con semejante propósito, se dirigió a casa del noble señor. Le encontró sentado en el salón. La dolorosa expresión de su rostro permanecía inalterable, sus mejillas se habían marchitado todavía más. Su palidez le daba un aspecto estático, como de piedra.

—¡Buenos días, muchacho! —saludó al ver a Choma, que se había detenido en el umbral—. ¿Cómo marchan las cosas? ¿Va todo bien?

—No marchan mal —respondió Choma—. Pero existe algo tan diabólico que me dan ganas de salir corriendo.

—¿Cómo?

—Se trata de vuestra hija, señor. No hay duda de que su sangre es noble, pero tengo que decirle que…

—¿Qué tienes que decir de mi hija?

—Parece que ha hecho un pacto con el diablo, señor. Me da cada susto que no hay oraciones que valgan…

—¡Continúa rezando, continúa rezando! Por eso mi dulce hija se sentía tan preocupada por la salvación de su alma y deseaba evitar, mediante las oraciones, cualquier maleficio.

—Todo eso me parece muy bien, señor, pero yo no estoy dispuesto a continuar.

—¡Reza, reza! —repitió el señor, con voz amenazadora—. No me gustan los caprichos. Tal vez te los puedas permitir en el seminario, pero aquí las cosas son muy distintas. ¡Ve y cumple con tu deber! Si no lo haces, no saldrás vivo de aquí. Si lo cumples, recibirás mil ducados.

«¡No se anda con rodeos! —pensó el filósofo al salir—. Con semejante tipo, hay que andar con tiento. Pero, espera, espera, que pienso correr tanto que ni siquiera sus perros van a poder alcanzarme.»

Por fin se presentó la oportunidad de escapar. Incluso el cosaco canoso, tumbado al sol, empezó a cerrar los ojos. Temblando, Choma Brut fue dirigiéndose lentamente hacia el jardín del amo, desde el cual se podía llegar al campo con más facilidad y sin ser visto. Saltó la cerca y empezó a correr, tropezando a cada paso con viejas raíces. Se abrió paso por un zarzal, dejando jirones de ropa en cada una de sus agudas espinas, y al salir de él se encontró ante un pequeño barranco. A su espalda oyó una voz que le decía:

—Es mejor que no sigas adelante, puede ser que te persigan.

Se volvió rápidamente y descubrió al cosaco canoso.

—No debiste dar todo ese rodeo —continuó diciéndole el cosaco—. Es mucho mejor tomar el camino que he seguido yo. Anda, que ya es hora de regresar a casa.

El filósofo le siguió poco a poco. Una vez en la era principal, pidió un garrafón de vodka y con la ayuda del cosaco, sentados los dos debajo del porche, se bebieron casi seis litros. Levantándose de pronto el filósofo principió a gritar:

—¡Que vengan los músicos!

Y sin esperar, se dirigió al centro de la era y se puso a bailar el *tropak*. Estuvo danzando hasta caer rendido. Luego se tumbó allí mismo para dormir y sólo una gran jarra de agua helada logró despertarle a la hora de la cena, durante la cual se habló acerca de lo que es un cosaco y de cómo no tiene que sentir miedo de nada.

—Es ya la hora —le avisó el cosaco canoso—. Vámonos.

«¡Así te quedases mudo, maldito cerdo!», pensó el filósofo. Pero se puso en pie diciendo:

—¡Vámonos!

La noche era infernal, e incluso el ladrar de los perros tenía algo de espantoso.

—Se diría que no son perros los que aúllan —dijo uno de los cosacos que escoltaban al filósofo. Y Choma Brut ni siquiera tuvo ánimos para responder.

Se acercaron a la iglesia y penetraron debajo de aquellos viejos arcos de madera carcomida que demostraban lo poco que el señor de la aldea se preocupaba de Dios y de la salvación de su alma. Al igual que en las anteriores noches, los cosacos se marcharon dejando al filósofo solo.

Todo estaba como siempre, todo ofrecía el mismo aspecto amenazador. En el centro del templo se encontraba el féretro de la espantosa bruja.

«¡No tendré miedo, no tendré miedo! —se dijo Choma—. ¿Acaso no soy un cosaco? ¿No he oficiado ya durante dos noches? ¡Dios también me ayudará esta noche…!»

Trazó el círculo de costumbre a su alrededor y empezó a recitar para sí mismo todos los exorcismos que sabía. El silencio era siniestro. El filósofo volvió una página, luego otra y entonces advirtió que estaba leyendo cosas que no estaban escritas en el libro. Asustado, hizo la señal de la cruz y de nuevo comenzó a salmodiar. Esto le reconfortó y prosiguió la lectura. Y las páginas fueron sucediéndose.

De pronto se abrió con gran estrépito la tapa del ataúd y el cadáver se puso en pie. Su aspecto era aún más espantoso que el de la primera noche. Los dientes le crujían de un modo terrible, mientras prorrumpía en salvajes maldiciones. En la iglesia se levantó un torbellino, los iconos cayeron al suelo y todos los cristales de las ventanas se rompieron. Saltaron los goznes de las puertas y una innumerable legión de engendros irrumpió volando en la casa de Dios, llenando el sagrado recinto de un alucinante estruendo de alas y chillidos. Todos erraban por el aire, buscando al filósofo.

A Choma se le disiparon entonces los últimos restos de su borrachera. Mientras rezaba sentía que aquellos monstruos infernales volaban velozmente a su alrededor, apresándole casi con la punta de sus repugnantes bocas. No tenía suficiente valor para levantar la vista y sólo pudo ver cómo un espantoso ente trepaba a lo largo de la pared, enmarañado en el lío de sus propios cabellos, como si se encontrase dentro de una red.

Encima de él colgaba del aire algo en forma de una enorme bolsa repleta de tenazas y aguijones de escorpión.

Todos los babeantes engendros acechaban a Choma, le buscaban, pero no conseguían encontrarle por estar rodeado del círculo mágico.

—¡Traed al Viyi! ¡Traed al Viyi! —gritó la sepulcral voz del cadáver.

Al conjuro de su exclamación el silencio renació en el templo. Se escuchó un

lejano aullar de lobos y al poco tiempo el sonido de unos pesados pasos resonó por toda la iglesia. Con el rabillo del ojo, Choma vio cómo traían a un ser grosero, macilento y patizambo. Estaba sucio de tierra negra, los brazos y las piernas le colgaban como nudosas y nervudas raíces. Andaba torpemente, tropezando a cada paso. Sus largos párpados le llegaban al suelo. Choma vio horrorizado que tenía la cara de hierro. Sosteniéndole por los brazos, le dejaron precisamente frente al lugar en que él se hallaba rezando.

—¡Levantadme los párpados, no me es posible ver nada! —exclamó el Viyi, con una voz cavernosa. Y una multitud de aquellos engendros se apresuró a levantarle los párpados.

—¡No mires! —le aconsejó una voz interior al filósofo. Pero no obedeció y miró.

—¡Está ahí! —gritó entonces el Viyi, señalándole con el dedo de hierro. Y en un abrir y cerrar de ojos todos los monstruos se arrojaron sobre el infeliz filósofo. Horrorizado, cayó al suelo y su alma aterrada voló fuera del cuerpo.

Resonó el canto del gallo. Era el segundo, el primero no había sido oído por los gnomos. Los espectros, en su huida, se lanzaron hacia las ventanas y las puertas, pero había finalizado el imperio de la oscuridad para escaparse, de forma que se quedaron allí, pegados a los muros.

El alba traía consigo la lechosa claridad de un esplendoroso nuevo día.

Tan grande fue el horror del primero en entrar y ver tamaña profanación en el templo de Dios, que no quiso oficiar nunca más las exequias en semejante lugar. La iglesia quedó para siempre como estaba, con los monstruos pegados a las puertas y a las ventanas. Con el paso del tiempo empezó a recubrirse de una feraz selva de planta, raíces y maleza salvajes.

Cuando la noticia llegó a Kiev y el teólogo Chaljava conoció por fin la suerte corrida por Choma, permaneció durante largo rato absorto en sus pensamientos. Por aquel entonces se habían producido grandes cambios en su vida. La suerte le había sonreído. Una vez superado el curso de ciencias, fue nombrado campanero y era corriente verle con la nariz vendada, ya que la escalera de madera del campanario estaba construida de forma un tanto extravagante.

—¿Te has enterado de lo que le ha ocurrido a Choma? —le preguntó un día Tiberio Gorobec, que ya era filósofo y que hacía poco había estrenado bigotes.

—Dios lo ha dispuesto así —dijo el campanero Chaljava—. Vamos a la taberna y dediquemos un piadoso recuerdo a su alma.

Gorobec dio su aprobación, con un movimiento de cabeza.

—¡Choma era un hombre excelente! —dijo al campanero, cuando el tabernero le puso delante el tercer vaso—. ¡Era muy respetable! ¡Y se perdió! Pero yo sé por qué se perdió: tuvo miedo. Si no hubiese sentido miedo, la bruja no hubiera podido conseguir nada. Después de persignarse, basta con escupirles encima. Si se hace eso, no puede pasar nada. ¡Yo sé estas cosas porque aquí, en Kiev, la mitad de las mujeres que están en el mercado son brujas!

El campanero hizo con la cabeza una señal de aprobación, pero comprendiendo que su lengua no estaba en condiciones de articular palabra, se puso en pie con gran cuidado y, tambaleándose, fue a tumbarse sobre la hierba, en el lugar más alejado, no sin haberse apoderado antes, según su antigua costumbre, de una vieja herradura que vio abandonada debajo de un banco.

TÉ VERDE

J. SHERIDAN LE FANU

Prólogo

Martin Hesselius, el médico alemán

Aunque soy licenciado en medicina y cirugía, nunca he practicado ni la una ni la otra. No obstante, el estudio de ambas continúa interesándome profundamente. El que me apartara del honroso gremio en el cual acababa de ingresar no se debió a pereza ni a capricho. El motivo fue un corte insignificante infligido por un bisturí. Aquella insignificancia me costó la pérdida de dos dedos, amputados prontamente, y la más dolorosa pérdida de mi salud, ya que desde entonces nunca me he sentido bien del todo, y rara vez he pasado doce meses seguidos en el mismo lugar.

En mis vagabundeos conocí al Dr. Martin Hesselius, vagabundo como yo, médico como yo y, como yo, un entusiasta de su profesión. Diferíamos en que sus vagabundeos eran voluntarios y en que él era un hombre, si no rico, tal como en Inglaterra entendemos la riqueza, al menos con lo que nuestros abuelos llamaban «un buen pasar». Cuando le vi por primera vez era un anciano: tenía casi treinta y cinco años más que yo.

En el Dr. Martin Hesselius encontré mi maestro. Sus conocimientos eran inmensos, su ojo clínico casi infalible. Era un hombre capaz de inspirar respeto y admiración a un joven entusiasta como yo. Un respeto y una admiración que han superado la prueba del tiempo y han sobrevivido a la separación de la muerte. Tengo el convencimiento de que estaban justificados.

Durante casi veinte años actué de secretario suyo. Al morir dejó a mi cargo su inmensa colección de documentos para que los ordenara, clasificara y encuadernara. Su tratamiento de algunos de los casos resulta muy curioso. Escribe en dos estilos distintos. Empieza por describir lo que vio y oyó como podría hacerlo un notario inteligente, y luego aplica su arte de narrador a la tarea de analizar, diagnosticar e ilustrar.

De ahí que alguno de los casos me divierta o me horrorice con un interés completamente distinto del que pueda tener para un experto. Con ligeras modificaciones, principalmente de lenguaje, y desde luego cambiando los nombres, copio el siguiente. El narrador es el Dr. Martin Hesselius. Lo encontré entre las voluminosas notas de casos que el doctor tomó durante un viaje a Inglaterra hace alrededor de sesenta y cuatro años.

Está relatado en una serie de cartas dirigidas a su amigo el Profesor Van Loo, de Leyden. El profesor no era médico, sino químico, le apasionaban la historia, la metafísica y la medicina, y había escrito una comedia.

Aquellas cartas, a juzgar por la nota unida a ellas, habían sido devueltas al Dr. Hesselius al producirse la muerte del profesor, en 1819. Están escritas, algunas en inglés, algunas en francés, pero en su mayor parte en alemán. He suprimido algunos

párrafos, he recortado otros y he cambiado los nombres, pero no he añadido absolutamente nada.

Capítulo Primero

El Dr. Hesselius narra cómo conoció al Rev. Mr. Jennings

El Rev. Mr. Jennings es alto y delgado. Es de mediana edad, y viste con una pulcritud anticuada y eclesiástica. Es de un natural un poco envarado, sin llegar a la rigidez. Sus facciones, sin ser perfectas, son correctas, y su expresión sumamente amable, aunque también tímida.

Le conocí en una velada en casa de Lady Mary Heyduke. No éramos más que un pequeño grupo, y él se unió de un modo muy agradable a la conversación. Parece disfrutar mucho más escuchando que contribuyendo a la charla; pero lo que dice resulta siempre oportuno y bien expresado. Lady Mary le aprecia mucho, le consulta acerca de numerosas cosas y opina que es la mejor persona que pisa la tierra.

El Rev. Mr. Jennings es soltero, y dicen que posee sesenta mil libras de capital. Es un hombre caritativo. Siente verdadera ansiedad por dedicarse de un modo activo a sus tareas sacerdotales, pero, a pesar de que su estado de salud es normal cuando se encuentra en otra parte, al regresar a su vicariado de Warwickshire la salud empieza a fallarle, y de un modo muy extraño. Eso dice Lady Mary.

No cabe duda de que los achaques de Mr. Jennings se presentan de un modo repentino y misterioso, a veces en el preciso instante de oficiar en su antigua y bonita iglesia de Kenlis. Puede ser cosa del corazón, puede ser cosa del cerebro. Pero en tres o cuatro ocasiones ha sucedido que después de iniciar el servicio lo ha interrumpido bruscamente, al parecer completamente incapaz de reanudarlo, y tras un breve silencio se ha sumido en una solitaria e inaudible plegaria, con las manos y los ojos alzados hacia el cielo; luego, pálido como un muerto, y agitado por una mezcla de vergüenza y de horror, se ha dirigido a la sacristía con paso tembloroso, abandonando a su congregación sin explicación de ninguna clase. Esto sucedía cuando su párroco estaba ausente. Ahora, cuando va a Kenlis, procura siempre hacerse acompañar por un clérigo para que le ayude en los oficios y ocupe su puesto si se ve afectado por aquella repentina incapacidad.

Cuando Mr. Jennings se repone del achaque, se toma unos días de descanso y regresa a Londres. Vive en una casa muy angosta, en una oscura callejuela de Piccadilly. Lady Mary dice que, cuando está en Londres, Mr. Jennings se encuentra perfectamente. Yo tengo mi propia opinión acerca de eso. Existen grados, desde luego. Veremos.

Mr. Jennings es un hombre perfectamente caballeroso. Sin embargo, la gente nota algo raro. Una impresión un poco ambigua. Yo lo observé inmediatamente. Mr. Jennings tiene un modo de mirar de soslayo sobre la alfombra, como si sus ojos siguieran los movimientos de algo allí. Esto, desde luego, no ocurre siempre, sino únicamente de cuando en cuando. Pero es suficiente para conferir cierta rareza a sus

modales, como ya he dicho, y esa mirada viajando a lo largo del suelo resulta a la vez tímida y ansiosa.

Un médico filósofo, como usted ha tenido la bondad de llamarme, elaborando teorías en ayuda de los casos a los que debe atender, observándolos con más tiempo y autoridad y, en consecuencia, con más minuciosidad de la que puede permitirse el médico corriente, cae insensiblemente en hábitos de observación, los cuales le acompañan a todas partes, y son ejercidos, como dirían algunos, impertinentemente, sobre cualquier individuo que presente alguna característica que en su opinión valga la pena investigar.

Y ése parecía ser el caso de aquel caballero ligeramente tímido, amable, reservado, al que vi por primera vez en aquella agradable velada. Observé, desde luego, algo más de lo que anoto aquí; pero reservo todos los datos técnicos para un documento estrictamente científico.

Debo observar que cuando hablo de ciencia médica lo hago en un sentido mucho más amplio del que generalmente se le atribuye. Creo que todo el mundo natural no es más que la expresión postrera de aquel mundo espiritual del cual, y sólo del cual, recibe la vida. Creo que el hombre esencial es un espíritu, y que el espíritu es una substancia organizada, aunque tan distinta en lo material de lo que entendemos por materia como distinta es la luz de la electricidad; que el cuerpo material, en el sentido más literal, es una vestidura, y en consecuencia la muerte no es una interrupción de la existencia del hombre viviente, sino simplemente su liberación del cuerpo natural: un proceso que empieza con lo que nosotros llamamos muerte, y que se completa unos días más tarde, a lo sumo, con la resurrección «en potencia».

De acuerdo con mi costumbre, me dediqué a observar disimuladamente a Mr. Jennings —creo que él se dio cuenta—, y vi claramente que por su parte me observaba con el mismo disimulo. En un momento determinado Lady Mary me llamó por mi nombre, Dr. Hesselius, y vi que Mr. Jennings se sobresaltaba ligeramente y luego permanecía pensativo durante unos minutos.

Después de esto, mientras conversaba con un caballero en el otro extremo del salón, vi que Mr. Jennings me miraba con menos disimulo y con un interés que creí comprender. Luego vi que se acercaba a Lady Mary y me di cuenta de que le estaba preguntando algo acerca de mí a la dueña de la casa.

Después, y de un modo aparentemente casual, el Reverendo se acercó a mí; y al cabo de unos instantes estábamos enfrascados en una animada conversación. Cuando dos personas, aficionadas a la lectura, que conocen libros y lugares, y que han viajado, desean conversar, es muy raro que no puedan encontrar temas para hacerlo. Mr. Jennings sabía alemán, y había leído mis Ensayos sobre Medicina Metafísica, los cuales sugieren más cosas de las que realmente dicen.

Aquel hombre cortés, amable, tímido, aficionado a pensar y a leer, que andaba y hablaba entre nosotros, no era del todo como nosotros. Y yo, que sospechaba ya que en su vida habían unas transacciones y unas alarmas cuidadosamente ocultas, con una

impenetrable reserva, no sólo al mundo, sino incluso a sus mejores amigos, intuí que en aquel momento estaba sopesando la idea de dar un paso determinado con respecto a mí.

Penetré sus pensamientos sin que él se diera cuenta, y procuré no decir nada que pudiera traicionarme a su suspicaz vigilancia.

Charlamos sobre diversos temas intrascendentes, hasta que finalmente dijo:

—Me interesó mucho una obra suya, Dr. Hesselius, sobre lo que usted llama Medicina Metafísica. La leí en alemán, hace diez o doce años. ¿Ha sido traducida?

—Supongo que no. Al menos, nadie me ha pedido autorización para hacerlo.

—Hace unos meses traté de encontrar un ejemplar en alemán —dijo Mr. Jennings —. Pero en todas las librerías que visité me dijeron que la edición estaba agotada.

—Así es, desde hace unos años; pero en mi calidad de autor me halaga descubrir que no ha olvidado usted mi modesta obra. Y el hecho de que haya vuelto a acordarse de ella al cabo de diez o doce años —añadí, sonriendo— me hace suponer que últimamente le ha sucedido algo que ha reavivado su interés por la obra.

Esta observación, acompañada por una mirada interrogadora, provocó en Mr. Jennings una repentina confusión análoga a la que llena de rubor las mejillas de una joven. Inclinó la mirada, se retorció las manos nerviosamente y por un instante pareció que su rostro asumía una expresión de culpabilidad.

Le ayudé a salir del paso fingiendo no haberme dado cuenta de nada, y continué:

—Esa reavivación del interés por un tema es algo que a mí me sucede con mucha frecuencia; un libro me sugiere otro, y a veces me encuentro dando saltos hacia atrás, en busca de algo que me apasionó hace viente años. De todos modos, si aún está interesado en poseer un ejemplar, con mucho gusto le proporcionaré uno; dispongo de dos o tres, y me sentiré muy honrado si acepta mi ofrecimiento.

—Es usted muy amable —dijo Mr. Jennings, repuesto al parecer de su confusión —. Casi desesperaba de encontrarlo: no sé cómo agradecérselo.

—No vale la pena.

Mr. Jennings me preguntó dónde vivía en Londres y, tras conversar unos instantes más sobre diversos temas, se separó de mí.

Capítulo II

El Doctor interroga a Lady Mary y ella contesta

—Me gusta mucho su vicario, Lady Mary —dije, en cuanto Mr. Jennings se hubo marchado—. Es un hombre que ha leído y viajado mucho, aficionado a pensar, y habiendo también sufrido ha de ser un excelente compañero.

—Lo es —dijo Lady Mary—. Más aún: es un hombre muy bueno. Sus consejos son muy valiosos para mí. Siempre está dispuesto a hacer un favor, aunque represente una incomodidad o una molestia para él.

—Me alegra oírle ensalzar sus virtudes. Yo sólo puedo atestiguar que es un agradable y amable compañero, y además de lo que usted me ha dicho, creo que puedo informarle a usted de un par o tres de cosas acerca de él.

—¿De veras?

—Sí. Para empezar, no está casado.

—Es cierto. Siga.

—Ha estado escribiendo un libro, aunque hace dos o tres años que no ha vuelto a tocar su obra, que trataba de algo más bien abstracto: teología, quizá.

—Bueno, estuvo escribiendo un libro; no estoy segura del tema: lo único que sé es que se trataba de algo que no me interesaba; es probable que esté usted en lo cierto. Y desde luego dejó de escribir, sí.

—Y a pesar de que esta noche sólo ha tomado un poco de café, le gusta el té de un modo extraordinario.

—Sí, eso es *completamente* cierto.

—Bebe té verde, en grandes cantidades, ¿no es verdad? —continué. Y me apresuré a añadir—: O al menos lo bebía.

—¡Qué raro que diga usted eso! El té verde era un tema sobre el cual solíamos discutir.

—Pero ha dejado de tomarlo —dije.

—Efectivamente.

—Y ahora, otra cosa. ¿Conoció usted a su madre o a su padre?

—Sí, a los dos; su padre murió hace diez años, y está enterrado cerca de Dawlbridge. Les conocíamos muy bien —dijo Lady Mary.

—Uno de los dos, su madre o su padre —me inclino a creer que fue su padre—, vio un fantasma —dije.

—Realmente, es usted un adivino, Dr. Hesselius.

—Adivino o no, ¿es cierto lo que he dicho? —inquirí alegremente.

—Desde luego, y *fue* su padre; era un hombre silencioso y algo raro, y solía aburrir a mi padre contándole sus sueños; y al final le contó una historia acerca de un fantasma que había visto y con el cual había hablado. Una historia muy extraña, en

realidad. La recuerdo de un modo especial, porque a partir de entonces aumentó el miedo que me inspiraba Mr. Jennings. Eso ocurrió mucho antes de su muerte, cuando yo era una niña.

Asentí, sonriendo.

—Y ahora, habiendo demostrado mis facultades de adivino, creo que debo despedirme —dije.

—Pero, ¿cómo lo descubrió?

—Por medio de los planetas, como hacen los gitanos —dije.

A la mañana siguiente le envié a Mr. Jennings el libro por el cual se había interesado, acompañado de una nota, y al regresar a mi alojamiento por la noche me enteré de que había venido a visitarme y había dejado su tarjeta. Preguntó si yo estaba en casa, y a qué hora podía venir para estar seguro de encontrarme.

Trata de abrir su caso y consultarme «profesionalmente». Eso espero. He elaborado ya una teoría en lo que a él respecta. Se basa en las respuestas de Lady Mary a mis preguntas. Pero me gustaría mucho que Mr. Jennings me la confirmara personalmente. Claro que no puedo hacer nada para invitarle a una confesión. Pero puedo facilitarle las cosas. Por ejemplo, devolviéndole su visita mañana mismo. No haré más que corresponder a su cortesía. Y tal vez se decida a hablar. En fin, mi querido Van L., le tendré al corriente de lo que haya.

Capítulo III

El Dr. Hesselius extrae algo de unos libros en latín

Bueno, he estado en la Blank Street.

El criado que me ha abierto la puerta me ha dicho que

Mr. Jennings estaba ocupado de un modo muy especial con un caballero, un clérigo de Kenlis, su parroquia. Me disponía a marcharme, después de declarar mi intención de volver a una hora más propicia, cuando el criado me ha pedido que le disculpara y me ha preguntado, mirándome con más atención de la que los sirvientes bien educados suelen prestar a los visitantes de sus amos, si era el Dr. Hesselius. Y ante mi respuesta afirmativa, ha dicho:

—En tal caso, caballero, permítame que vaya a decirle a Mr. Jennings que está usted aquí, ya que estoy seguro de que desea verle.

El criado ha regresado al cabo de unos instantes, con un mensaje de Mr. Jennings, pidiéndome que pasara a su estudio y prometiendo reunirse conmigo dentro de unos minutos.

El estudio en cuestión era casi una biblioteca. Una estancia de techo muy alto, con dos ventanales y unos lujosos cortinajes oscuros. Era mucho más espaciosa de lo que yo había esperado, y sus cuatro paredes estaban llenas de libros, desde el suelo hasta el techo. La alfombra era turca, y mis pies se hundían en ella. Los ventanales, altos y estrechos, parecían nichos rodeados de estanterías. Aunque la estancia era sumamente cómoda, e incluso lujosa, la impresión de conjunto era más bien lúgubre y, debido al silencio que reinaba en ella, casi opresiva. Sin embargo, tal vez se trataba de una simple asociación de ideas. Ya he dicho que había elaborado una teoría acerca de Mr. Jennings. Y al entrar en aquella habitación completamente silenciosa, de una casa muy silenciosa, su oscuridad, apenas paliada por dos angostos ventanales hundidos en la pared, me inspiró aquellos sombríos pensamientos.

Mientras esperaba la llegada de Mr. Jennings, me entretuve examinando algunos de los libros que llenaban las estanterías. No entre ellos, sino inmediatamente debajo de ellos, con los lomos vueltos hacia arriba, en el suelo, descubrí una colección completa de la *Arcana Celestia* de Swedenworg, en el latín original. En varios de los volúmenes había unas tiras de papel que sobresalían. Cogí los tomos, uno a uno, y los coloqué sobre la mesa. Abriéndolos por los lugares donde estaban puestos los papeles, leí una serie de frases señaladas por una línea trazada a lápiz en el margen. Copio unas cuantas, traduciéndolas, naturalmente.

«Cuando se abre la vista interior del hombre, que es la de su espíritu, aparecen las cosas de otra vida, las cuales no pueden ser visibles para la vista corporal…»

«Por la vista interior me ha sido permitido ver las cosas que hay en la otra vida, más claramente de lo que veo las que hay en el mundo. De esas consideraciones,

resulta evidente que la visión externa procede de la visión interior, y ésta de una visión todavía más interior, y así sucesivamente…»

«Existen con cada hombre al menos dos espíritus malignos…»

«Los espíritus malignos asociados con el hombre proceden de los infiernos, pero cuando están con el hombre no moran en el infierno, sino que son sacados de allí. El lugar donde moran entonces se encuentra entre el cielo y el infierno, y es llamado el mundo de los espíritus. Cuando los espíritus malignos están con el hombre se encuentran en ese mundo y no padecen tormentos infernales, sino que gozan y padecen con lo que goza y padece el hombre, en sus ideas y en sus afectos. Pero cuando son devueltos a su infierno, retornan a su estado anterior…»

«Si los espíritus malignos pudieran percibir que están asociados con el hombre y que, sin embargo, son espíritus independientes de él, y si pudieran fluir en las cosas de su cuerpo, intentarían destruirlo por mil medios; ya que odian al hombre con un odio mortal…»

«Sabiendo, en consecuencia, que yo era un hombre en el cuerpo, continuamente trataban de destruirme, no sólo como cuerpo, sino especialmente como alma; ya que destruir a cualquier hombre o espíritu es el mayor placer de todos los que están en el infierno; pero yo he estado protegido continuamente por el Señor. De aquí se deduce lo peligroso que resulta para el hombre vivir en consorcio con los espíritus, a menos de que esté protegido por la fe…»

«El mayor placer del infierno consiste en envilecer al hombre, apresurando así su ruina eterna».

Una larga nota, escrita con un lápiz muy afilado al pie de la página, llamó mi atención. Suponiendo que sería una crítica del texto, leí un par de palabras, y me detuve, ya que se trataba de algo completamente distinto, que empezaba así: *Deus misereatur mei.*… «Dios tenga piedad de mí». Advertido así de su naturaleza privada, aparté los ojos y cerré el libro, volviendo a colocar todos los volúmenes tal como los había encontrado, excepto uno que me interesó de un modo especial, y en cual, como suele ocurrirles a los hombres de costumbres intelectuales y solitarias, me absorbí hasta el punto de olvidarme por completo de todo lo que me rodeaba.

Estaba leyendo algunas páginas que se referían a «representantes» y «corresponsales», en el lenguaje técnico de Swedenworg, y había llegado a un párrafo cuya substancia era que los espíritus malignos, cuando son vistos por otros ojos que no son los de sus asociados infernales, se presentan, por «correspondencia», en la forma del animal *(fera)* que representa su lascivia particular. Se trata de un largo párrafo, y particulariza una serie de aquellas formas bestiales.

Capítulo IV

Cuatro ojos estaban leyendo el párrafo

Estaba haciendo correr la punta de mi lapicero a lo largo de la línea mientras leía, y algo me obligó a alzar la mirada.

Directamente delante de mí había un gran espejo, en el cual vi reflejada la alta figura de mi amigo, Mr. Jennings, inclinado sobre mi hombro y leyendo la página en la cual yo estaba ocupado, y con una expresión tan sombría y salvaje en el rostro que apenas le reconocí.

Volví la cabeza y me puse en pie. Él se irguió también y rió de un modo forzado, diciendo:

—He entrado y le he llamado, pero estaba usted tan absorto que no me ha oído; de modo que no he podido refrenar mi curiosidad y, temo que con mucha impertinencia, he fisgado por encima de su hombro. Esta no es la primera vez que lee usted esas páginas… Conocía ya la obra de Swedenworg, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Le debo mucho a Swedenworg; descubrirá usted sus huellas en mi obra sobre Medicina Metafísica, que ha tenido la amabilidad de recordar.

Aunque mi amigo intentó dar a su continente un aire jovial, me di cuenta de que su rostro había enrojecido ligeramente y de que en su fuero interno estaba muy trastornado.

—Conozco muy poco a Swedenworg —dijo—. Sólo hace quince días que tengo estos libros, y creo que son más bien aptos para poner nervioso a un hombre solitario, a juzgar por lo poco que he leído. No es que quiera decir que me han producido esa impresión *a mí* —rió—. Le estoy muy agradecido por el libro. ¿Recibió usted mi nota?

Asentí, y traté de quitarle importancia a mi modesto regalo.

—Nunca había leído un libro con el cual me identificase tan completamente como con el suyo —continuó—. En seguida me di cuenta de que las cosas realmente interesantes había que leerlas entre líneas —Mr. Jennings hizo una breve pausa y luego inquirió, bruscamente—: ¿Conoce usted al Dr. Harley?

(El Dr. Harley era uno de los médicos más eminentes que han ejercido nunca en Inglaterra).

Le conocía, me había carteado con él y me había hecho objeto de muchas amabilidades durante mi visita a Inglaterra.

—Creo que el Dr. Harley es uno de los hombres más estúpidos que he conocido en toda mi vida —dijo Mr. Jennings.

Era la primera vez que le oía hablar de alguien en términos despectivos, y el insulto, aplicado a un hombre tan ilustre, me desconcertó.

—¿De veras? —inquirí—. ¿En qué sentido?

—En su profesión —respondió Mr. Jennings.

Sonreí.

Mr. Jennings continuó:

—Como médico, el Dr. Harley no es más que una mente paralítica, un intelecto medio muerto.

—Se inclina un poco hacia la escuela materialista —sugerí.

—¿Un poco? ¡Es un materialista *puro*\ —exclamó Mr. Jennings—. Y cualquiera que me conozca le dirá que no soy un hipocondríaco… A propósito, nadie, ni siquiera Lady Mary, sabe que me he hecho visitar por el Dr. Harley ni por cualquier otro médico, de modo que le ruego que no lo mencione. Mi dolencia es de un tipo que… —Se interrumpió bruscamente—. En fin, si me amenazara otro ataque, espero que me permita usted escribirle, en el caso de que me encuentre fuera de la ciudad.

—Será para mí un placer —dije.

—Gracias. Es usted muy amable.

Me perdía en conjeturas, e inconscientemente descubrí que había fijado mis ojos gravemente en él, ya que inclinó los suyos un instante y dijo:

—Comprendo que piense usted que podría decírselo ahora, y que al no hacerlo se entregará a las más variadas suposiciones. Renuncie a ellas: aunque dedicara el resto de su vida a la tarea, no acertaría con la suposición correcta.

Me incliné ligeramente.

—Estoy a sus órdenes, cuándo y cómo guste. Y no necesito asegurarle que sus confidencias serán sagradas para mí, como lo serían para cualquier médico.

Luego hablamos de otras cosas, de un modo relativamente jovial, y poco después me despedí.

Capítulo V

El Dr. Hesselius es llamado a Richmond

Nos despedimos jovialmente, pero Mr. Jennings no estaba alegre, ni lo estaba yo. Hay ciertas expresiones de ese poderoso órgano del espíritu —el rostro humano—, que a pesar de haberlas visto a menudo y del dominio que de sus nervios posee un médico, continúan trastornándome profundamente. La expresión del rostro de Mr. Jennings me acosaba. Llegó a obsesionarme hasta tal punto que cambié mis planes para la noche y me fui a la ópera, consciente de que necesitaba un cambio de ideas.

Llevaba dos o tres días sin saber nada de él cuando recibí una nota suya. En ella se mostraba alegre y lleno de esperanza. Decía que desde hacía algún tiempo se encontraba tan mejorado —completamente bien, en realidad— que iba a efectuar un pequeño experimento, trasladándose a su parroquia por espacio de un mes, para comprobar si le afectaba el trabajar un poco. Terminaba con una ferviente expresión de gratitud por su restablecimiento, como ahora se atrevía ya a llamarlo.

Al cabo de un par de días vi a Lady Mary, la cual me repitió lo que la nota de Mr. Jennings había anunciado; me dijo que estaba en Warwickshire, cumpliendo sus deberes de vicario en Kenlis. Y añadió:

—Empiezo a creer que está realmente curado, y que lo único que le aquejaba, en realidad, era un exceso de nervios y de fantasía. Todos somos nerviosos, pero imagino que no hay nada como el trabajo para esa clase de debilidad, y Mr. Jennings se ha decidido a comprobarlo por sí mismo. No me extrañaría lo más mínimo que no regresara antes de un año.

A pesar de aquella confianza, dos días más tarde recibí la siguiente nota, que Mr. Jennings me envió desde su casa de Piccadilly:

Mi querido señor: He regresado completamente decepcionado. Cuando me sienta en condiciones de verle, le escribiré para que tenga la bondad de visitarme. Ahora no me siento con fuerzas para decirle todo lo que deseo explicarle. Le ruego que no mencione mi nombre a mis amigos. No puedo ver a nadie. A su debido tiempo, si Dios quiere, tendrá usted noticias mías. Pienso hacer un viaje a Shropshire, donde tengo algunos parientes. ¡Dios le bendiga! Ojalá que a mi regreso pueda saludarle en un estado de ánimo más optimista que el que tengo en este momento».

Una semana más tarde vi a Lady en su propia casa. Me dijo que era la última persona que quedaba en Londres, y que estaba a punto de marcharse a Brighton, ya que la temporada en la ciudad había terminado. Lady Mary había recibido una carta de la sobrina de Mr. Jennings, Martha, que vivía en Shropshire. No decía nada especial, excepto que su tío estaba un poco deprimido y nervioso. ¡Qué mundo de sufrimiento se oculta a veces en esas palabras, que la gente que disfruta de buena salud toma tan a la ligera!

Transcurrieron casi cinco semanas sin que me llegaran noticias de Mr. Jennings. Al final de aquel período recibí una nota suya. Me decía:

«He estado en el campo, y he cambiado de aires de ambiente, de rostros… He cambiado de todo y en todo… menos *a mí mismo.* Me he decidido a contarle mi caso sin reservas de ninguna clase. Si sus compromisos se lo permiten, le ruego que venga a verme hoy, mañana o pasado mañana; pero, por favor, venga lo antes posible. No sabe hasta qué punto necesito ayuda. Poseo una casa tranquila en Richmond, donde estoy ahora. Tal vez pueda usted arreglárselas para venir a almorzar, a cenar, o incluso a tomar el té. No tendrá ninguna dificultad para encontrarme. Mi criado, que se encarga de llevarle esta nota, tendrá un carruaje a su disposición a la hora que usted le indique; y yo no salgo de casa. Dirá usted que no tendría que estar solo. Lo he intentado todo. Venga a verme».

Llamé al criado y decidí ponerme en camino aquella misma tarde.

Mr. Jennings hubiese estado mejor en una pensión, o en un hotel, pensé, mientras el carruaje avanzaba a través de una doble hilera de sombríos olmos hacia una mansión muy «viejo-estilo», oscurecida por el follaje de aquellos árboles, los cuales descollaban por encima de ella y casi la rodeaban. Era una mala elección, ya que no podía imaginarse nada más triste y silencioso. La casa pertenecía a Mr. Jennings. Había pasado un par de días en el pueblo, y resultándole insoportable por algún motivo, había decidido venir aquí, probablemente porque la casa estaba amueblada y era de su propiedad, y así se ahorraba la preocupación y la demora que representaba el escoger un lugar donde vivir.

El sol se había puesto ya, y la rojiza luz refleja del cielo de poniente iluminaba el escenario con el peculiar efecto que a todos nos es familiar. El vestíbulo parecía muy oscuro, pero al llegar al salón, cuyas ventanas estaban orientadas al oeste, me encontré de nuevo en la misma fusca claridad.

Me senté, contemplando el arbolado paisaje que resplandecía a la melancólica y moribunda luz del atardecer. Los rincones de la estancia estaban ya llenos de sombras; todo iba oscureciéndose, como preparando mi ánimo para algo siniestro. Mr. Jennings no tardó en presentarse. Su alta figura apareció por una de las puertas de comunicación, apenas visible en medio de la incierta claridad.

Nos estrechamos la mano y, acercando un sillón a la ventana, donde aún había luz suficiente para permitirnos vernos las caras el uno al otro, se sentó a mi lado y, apoyando su mano sobre mi brazo, sin apenas una palabra de introducción, empezó su relato.

Capítulo VI

Cómo conoció Mr. Jennings a su compañero

—La cosa comenzó —dijo Mr. Jennings— el 15 de octubre, hace tres años, once semanas y dos días: llevo la cuenta exacta, ya que cada día es un tormento. Si nota usted alguna laguna en mi relato, adviértamelo.

»Hace cuatro años empecé una obra, fruto de muchas meditaciones y lecturas. Trataba de la metafísica religiosa de los antiguos.

—¿Se refiere usted a la verdadera religión del paganismo culto y pensante, completamente al margen de la adoración simbólica? —inquirí—. Un campo muy amplio y muy interesante.

—Sí; pero no es bueno para la mente; para la mente cristiana, desde luego. El paganismo tiende a la unidad esencial, y su religión afecta al mismo tiempo a su arte y a sus costumbres. El tema posee una perversa fascinación, Dios me perdone.

»Escribía mucho; escribía hasta altas horas de la noche. Siempre estaba pensando en el tema, hiciera lo que hiciera, en todas partes. Me inficionó por completo.

»Creo que todos los que se dedican a escribir con verdadera afición realizan su trabajo apoyándose en algo: té, café o tabaco. Supongo que en tales ocupaciones existe un desgaste material que debe ser compensado frecuentemente, o que llegamos a abstraernos demasiado y la mente se nos saldría del cuerpo si no mantuviésemos la conexión por medio de sensaciones reales. En cualquier caso, yo experimentaba la necesidad y la satisfacía. Mi compañero era el té; al principio el té negro corriente, preparado del modo habitual, no demasiado fuerte. Pero yo bebía una gran cantidad y paulatinamente fui haciéndolo más fuerte. Nunca me produjo el menor malestar. Luego empecé a tomar un poco de té verde. Encontré sus efectos más agradables, y descubrí que aclaraban e intensificaban mis facultades intelectuales. Llegué a tomarlo con frecuencia, aunque no más fuerte del que se toma por simple placer. Escribía mucho aquí, en esta misma habitación. Solía quedarme a escribir hasta muy tarde, y adquirí el hábito de sorber té —té verde— de cuando en cuando mientras mi obra progresaba. Tenía una pequeña tetera sobre la mesa, y la vaciaba dos o tres veces entre las once de la noche y las dos o las tres de la mañana, en que me acostaba. Solía ir a la ciudad todos los días. No era un monje, y aunque pasaba un par de horas en una biblioteca consultando obras relacionadas con mi tema, frecuentaba a mis amigos como de costumbre y, en conjunto, la existencia no había sido nunca tan agradable para mí.

»Había conocido a un hombre que poseía algunos libros antiguos y raros, ediciones germanas en latín medieval, y me sentí muy dichoso cuando su dueño me permitió que los examinara. Los libros se encontraban en un arrabal de la ciudad. Se me había hecho un poco tarde y, al salir a la calle, decidí tomar el ómnibus que

pasaba por delante de esta casa. Empezaba a oscurecer cuando el ómnibus paró ante una casa antigua, en la que es posible que se haya fijado usted, con cuatro álamos a cada lado de la puerta, y allí se apeó el único pasajero que iba conmigo en el vehículo. Reanudamos la marcha. La oscuridad era cada vez mayor. Me recliné en mi asiento del rincón más próximo a la puerta, sumido en agradables pensamientos.

»El interior del ómnibus estaba casi oscuro. Yo había observado en el rincón situado en frente del que yo ocupaba dos pequeños reflejos circulares que me parecieron de una luz rojiza. Se hallaban a dos pulgadas de distancia el uno del otro, y su tamaño era aproximadamente el de los botones de latón que los marinos cosen a sus chaquetas. Empecé a especular, a falta de otra cosa mejor en qué entretenerme, sobre aquella aparente insignificancia. ¿De que centro procedía aquella luz rojiza, y qué era lo que reflejaba? Avanzábamos a buen paso, ya que aún nos quedaba una milla por recorrer. Yo no había resuelto el enigma; por el contrario, me intrigó todavía más, ya que los dos puntos luminosos, con una brusca sacudida, descendieron más cerca del suelo, manteniendo su distancia relativa y su posición horizontal, y luego, con la misma brusquedad, se alzaron hasta el nivel del asiento que yo ocupaba y no volví a verlos.

»Mi curiosidad estaba ahora realmente excitada y, antes de que tuviera tiempo de pensar, vi de nuevo aquellas mortecinas lámparas, otra vez juntas cerca del suelo; de nuevo desaparecieron, y volví a verlas en el rincón que ocupaban antes.

»Había muy poca claridad en el ómnibus. Estaba casi a oscuras. Me incliné hacia adelante para tratar de descubrir qué eran en realidad aquellos pequeños círculos, los cuales se movieron ligeramente mientras yo me inclinaba. Empecé ahora a percibir un contorno de algo negro y no tardé en ver, con aceptable claridad, el perfil de un pequeño mono negro, inclinando su rostro hacia adelante como si imitara mi propio gesto; aquellos eran sus ojos, y ahora veía vagamente sus blancos dientes a través de la mueca de su boca.

»Me eché hacia atrás, temiendo que el animal se dispusiera a saltar sobre mí. Imaginé que uno de los pasajeros había olvidado en el ómnibus aquel feo bichejo, y deseando asegurarme de que no era peligroso y no atreviéndome a ponerle la mano encima, empujé lentamente mi paraguas hacia él. Permaneció impasible cuando le alcanzó la punta, *cuando le atravesó.* Ya que pasé el paraguas a través de su cuerpo, *sin encontrar la menor resistencia.*

»Me resultaría imposible describirle el horror que experimenté en aquel momento. Cuando tuve la seguridad de que la imagen que había visto era ilusoria —como entonces suponía—, quedé como paralizado por un sentimiento de terror que por unos instantes me mantuvo con los ojos clavados en el animal. Mientras le miraba, dio un pequeño brinco.

»Aterrorizado, hice parar el ómnibus y me apeé. Me di cuenta de la extraña mirada que me dirigía el conductor mientras le pagaba. Y supongo que mi aspecto justificaba su extrañeza, ya que nunca había experimentado las sensaciones que me

embargaban en aquellos instantes.

Capítulo VII

El viaje: primera etapa

»Cuando el ómnibus volvió a arrancar y me quedé solo en el camino, miré cuidadosamente a mi alrededor para asegurarme de que el mono no me había seguido. Para alivio mío no lo vi en ninguna parte. No puedo describir fácilmente la impresión que había recibido y mi sensación de auténtica gratitud al encontrarme, como suponía en aquel momento, libre de él.

»Tenía que andar un poco antes de alcanzar esta casa, dos o trescientos pasos. Una pared de ladrillo discurre a lo largo del sendero, y al otro lado de la pared hay un seto de tejo, y más allá la hilera de árboles que usted habrá visto al llegar.

»La pared de ladrillo es casi tan alta como mi hombro, y al levantar los ojos hacia ella vi al mono andando a cuatro patas por el borde superior, a mi altura. Me detuve, contemplándolo con un sentimiento de indecible horror. El animal se detuvo también, sentándose sobre la pared con sus largas manos apoyadas en sus rodillas, mirándome. No mostraba sus dientes, ni daba señal alguna de irritación; por el contrario, parecía estar cansado y de un humor sombrío, y me observaba fijamente.

»Retrocedí hacia el centro del camino. Fue una retirada inconsciente, y permanecí allí, mirando al animal, el cual no se movió.

»Decidido instintivamente a intentar algo, cualquier cosa, di media vuelta y eché a andar con paso rápido en dirección a la ciudad, sin dejar de vigilar los movimientos del animal. Vi que se deslizaba a lo largo de la pared, manteniéndose a mi altura.

»Donde la pared termina, cerca de la curva del camino, bajó de ella y dando un par de saltos se acercó a mis pies y continuó siguiéndome, mientras yo apresuraba el paso. Estaba a mi izquierda, tan pegado a mi pierna que temí que en cualquier momento trepara por ella.

»El camino estaba completamente desierto y silencioso, y la oscuridad era mayor a cada instante. Me detuve, desalentado, y di media vuelta de nuevo, para encaminarme hacia esta casa. Cuando me paraba, el mono retrocedía a una distancia de cinco o seis metros y se quedaba quieto, observándome.

»Yo estaba más transtornado de lo que me atrevía a confesarme a mí mismo. Desde luego, había leído, como todo el mundo, algo acerca de las «ilusiones espectrales», como llaman ustedes, los médicos, a esa clase de fenómenos. Estudié mi situación y miré a mi desgracia cara a cara.

»Había leído que esas afecciones son a veces transitorias y a veces pertinaces. Había leído que en algunos casos la aparición, al principio inofensiva, se había convertido poco a poco en algo horrendo e insoportable, acabando por agotar a su víctima. Sin embargo, mientras estaba allí completamente solo con mi extraño compañero, trataba de animarme a mí mismo repitiendo una y otra vez que la cosa

era una simple enfermedad, una dolencia física tan conocida como el sarampión o la neuralgia. Los médicos estaban de acuerdo en ello, la filosofía lo demostraba. No debía perder la cabeza. Una mala digestión, seguramente…

»Pero lo cierto es que no encontraba consuelo en aquellos pensamientos, como no lo ha encontrado ningún ser que se ha visto atrapado en este satánico cautiverio. Contra mis convicciones, contra mi conocimiento, estaba intentando sencillamente infundirme un falso valor.

»Había decidido pasar la noche en casa. Mientras me encaminaba hacia ella el animal avanzaba muy cerca de mí, e imaginé que experimentaba una especie de ansiedad por llegar, semejante a la que experimentan los caballos o los perros cansados cuando se acercan al hogar de sus amos. Caminaba junto a mí, siguiéndome los pasos.

»Aquella noche no bebí té. Se me ocurrió que debía actuar sobre mi sistema material, prescindiendo durante una temporada de mi vida intelectual. Entré en este salón. Me senté aquí. El mono se encaramó a una mesita. Tenía un aire de ofuscamiento y languidez. Sus ojos estaban medio cerrados, pero yo los veía brillar. Me estaba mirando fijamente. En todas las situaciones, a todas horas, está despierto y mirándome. Esto no cambia nunca.

»No continuaré con el relato detallado de aquella noche específica. Prefiero describir el fenómeno del primer año, el cual no varió nunca, esencialmente. Describiré al mono tal como aparecía a la luz diurna. En la oscuridad, como usted no tardará en oír, existen peculiaridades. Es un mono pequeño, completamente negro. Tiene una sola peculiaridad: su carácter maligno, insondablemente maligno. Durante el primer año su aspecto era melancólico y enfermizo. Pero su malignidad asomaba siempre a la superficie de aquella aparente languidez. Durante todo aquel período actuó como si lo único que le interesara era mantenerme bajo su continua vigilancia. Sus ojos no se apartaban nunca de mí. Sólo me libraba de ellos cuando conseguía conciliar el sueño, y durante algunos períodos de varías semanas en los cuales parecía haberse retirado definitivamente.

»Es tan visible en la oscuridad total como a la luz del día. No me refiero únicamente a sus ojos. Es visible *todo él,* envuelto en un halo rojizo que le acompaña en todos sus movimientos.

»Cuando me abandona por una temporada, lo hace siempre de noche, en la oscuridad y siempre del mismo modo. Empieza a intranquilizarse, luego se pone furioso, y después avanza hacia mí, haciendo extrañas muecas, y al mismo tiempo aparece fuego en el hogar. Nunca enciendo fuego. No puedo dormir en una habitación en la que haya un fuego encendido. El mono se acerca a la chimenea, estremeciéndose de rabia, al parecer, y cuando su furor llega al paroxismo, salta al hogar, desaparece por la chimenea y no vuelvo a verlo.

»Cuando esto ocurrió por primera vez, experimenté un gran alivio y me sentí un hombre nuevo. Transcurrió un día y una noche… Y no regresó. Una semana… otra

semana… Yo me pasaba el tiempo de rodillas, Dr. Hesselius, dándole gracias a Dios y rezando. Gocé de un mes entero de libertad, pero súbitamente volvió a presentarse.

Capítulo VIII

La segunda etapa

»Volvió a presentarse, y la malicia que antes estaba aletargada debajo de un exterior melancólico, ahora era activa. En todos los demás aspectos no había cambiado. Aquella nueva energía se hizo aparente en su actividad y sus miradas, y pronto en otros sentidos.

»Durante una temporada sólo noté el cambio a través de su mayor vivacidad y de un aire de amenaza, como si rumiase continuamente algún plan atroz. Sus ojos, como antes, no se apartaban nunca de mí.

—¿Está aquí ahora? —pregunté.

—No —respondió Mr. Jennings—. No lo he visto desde hace exactamente dos semanas y un día: quince días. A veces ha permanecido ausente por espacio de dos meses, incluso tres. Su ausencia siempre dura más de dos semanas, aunque sea por un solo día. Han pasado quince días desde que lo vi por última vez, de modo que puede regresar en cualquier momento.

—¿Viene acompañado su regreso por alguna manifestación peculiar? —inquirí.

—No —dijo Mr. Jennings—. Vuelve a presentarse, sencillamente. Al levantar mis ojos de un libro, o al volver la cabeza, le veo, como de costumbre, mirándome. Hasta ahora, no se lo había contado a nadie…

Me di cuenta de que estaba muy agitado. Su rostro tenía una extraña palidez, y se pasaba repetidamente un pañuelo por la frente; sugerí que tal vez estaba cansado y le dije que volvería a visitarle con mucho gusto a la mañana siguiente, pero él se apresuró a decir:

—Si no le importa, preferiría contárselo todo ahora. Después de haber llegado tan lejos, es mejor terminar. Cuando hablé con el Dr. Harley no tenía tantas cosas que contar. Usted es un médico-filósofo. Otorga al espíritu la categoría que tiene. Si ese ser es real…

Se interrumpió, dirigiéndome una mirada interrogadora. Yo entonces le animé a continuar su relato:

—Podemos hablar de ello con la extensión que usted desee —dije—. Y yo le daré mi opinión.

—Bien, muy bien. Si es algo real, como le decía, se está haciendo preponderante y arrastrándome cada vez más hacia el infierno.

»Tal como le decía antes, su poder de acción ha aumentado. Su malicia se ha convertido en agresiva, hasta cierto punto. Y hace cosa de un año, empezó a hablarme.

—¿A hablarle? ¿Quiere usted decir que le dirigió la palabra… como podría haberlo hecho un hombre?

—Sí. Habla de un modo articulado y coherente. Pero con una particularidad: sus palabras no me llegan como una voz humana, sino como un canto a través de mi cerebro.

»Esa facultad, el poder de dirigirme la palabra, es lo peor de todo. No me permite rezar, me interrumpe con horribles blasfemias… Y no me atrevo a continuar, no puedo. ¡Oh, doctor! ¡Ni la ciencia, ni el conocimiento, ni las plegarias de los hombres pueden hacer nada por mí!

—Tranquilícese, mi querido señor. Tiene que prometerme, en primer lugar, que no se atormentará a sí mismo con ideas innecesariamente excitantes; limítese estrictamente a la relación de los *hechos;* y recuerde, por encima de todo, que incluso, en el caso de que ese ser fuera, como usted parece suponer, una realidad con una vida y una voluntad realmente independientes, no tendría poder para causarle daño, a menos de que usted mismo le abra el camino: su acceso a sus sentidos depende esencialmente de su condición física. Ánimo, pues. Dedicaré esta noche al estudio minucioso de todo el caso.

—Es usted muy bueno, doctor. Aunque no sé si vale la pena intentarlo; no puede usted imaginar el ascendiente que ha adquirido sobre mí: me da órdenes, de un modo tiránico, y yo me siento cada vez más indefenso. ¡Dios tenga piedad de mí!

—¿Le da órdenes… de palabra?

—Sí, sí; me apremia continuamente para que cometa crímenes, para que cause daño a otros, o a mí mismo. Cuando estuve en Shropshire, hace unas semanas —Mr. Jennings hablaba ahora con voz temblorosa, sujetando mi brazo con una mano y mirándome a la cara—, salí un día con un grupo de amigos a dar un paseo: mi perseguidor estuvo conmigo todo el tiempo. Me rezagué un poco. El camino discurría junto a una antigua mina de carbón, y en el lindero del bosque hay un tajo perpendicular de más de ciento cincuenta pies de profundidad. Mi sobrina se había quedado atrás, conmigo: ella ignora, desde luego, la naturaleza de mis sufrimientos. Sin embargo, sabía que había estado enfermo, me veía deprimido, y no quería dejarme completamente solo. Mientras avanzábamos lentamente, el animal que me acompañaba me apremiaba para que me precipitara por el tajo. Puedo asegurarle que lo que me salvó de aquella espantosa muerte fue el pensar en la impresión que el suceso produciría en mi pobre sobrina. Le pedí que se adelantara y se reuniera con sus amigos, pero ella se negó rotundamente. Tenía un aspecto asustado. Supongo que en mi propio aspecto había algo que la había alarmado; lo cierto es que se negó a separarse de mí, y eso me salvó la vida. No tiene usted idea, doctor, de la abyección en que puede caer un hombre esclavizado por Satanás —concluyó Mr. Jennings, estremeciéndose.

Se produjo un breve silencio. Lo interrumpí, diciendo:

—De todos modos, se salvó usted. Fue la voluntad de Dios. Está usted en Sus manos, y en consecuencia debe tener confianza en el futuro.

Capítulo IX

La tragedia

Me separé de Mr. Jennings después de hacerle prometer que si volvía a presentarse el mono me enviaría a buscar inmediatamente, y de repetirle que no dedicaría un solo minuto ni un solo pensamiento a otra cuestión hasta que hubiera investigado a fondo su caso, y que al día siguiente le comunicaría el resultado.

Antes de marcharme le dije al criado que su amo no se encontraba muy bien, y que debía darse una vuelta de cuando en cuando por su habitación para comprobar cómo seguía.

A continuación tomé mis medidas para asegurarme de que nadie me interrumpiría.

Me dirigí a mi alojamiento, recogí el material que necesitaba y alquilé un carruaje para que me condujera a una posada situada a un par de millas de la ciudad. Era un establecimiento tranquilo y cómodo, con unas paredes muy recias. Allí, sin posibilidad de intrusiones ni distracciones, dediqué el resto de la noche y algunas horas de la mañana a estudiar el caso de Mr. Jennings.

Regresé a mi alojamiento a la una de la tarde. Allí me esperaba una carta de Mr. Jennings. Me dijeron que no había llegado por correo, sino que la había traído el criado de Mr. Jennings. Cuando le informaron de que yo no me encontraba en casa y que nadie sabía dónde podía estar, se mostró muy preocupado y dijo que su amo le había dado la orden de no regresar sin una respuesta.

Abrí la carta y leí:

«Mi querido amigo: Está aquí. Apenas se había marchado usted cuando volvió a presentarse. Está hablando. Sabe todo lo que ha ocurrido. Lo sabe todo. Le conoce a usted, y se muestra frenético y atroz. Le envío estas líneas, tal como le prometí. Disculpe mi incoherencia: me interrumpe continuamente…

Robert Lynder Jennings.»

—¿Cuándo llegó esta carta? —pregunté.

—Anoche, alrededor de las once. El criado ha vuelto a presentarse tres veces desde entonces, la última hace apenas una hora.

Con las notas que había tomado en el bolsillo, me dirigí inmediatamente hacia Richmond.

Llegué a la casa de Mr. Jennings y llamé a la puerta. Me abrió una mujer alta, vestida de negro. Tenía el rostro demudado, como si hubiera estado llorando. Sin responder a mi pregunta, extendió la mano hacia los dos hombres que descendían la escalera del vestíbulo. Me acerqué a la escalera, y quedé profundamente impresionado al ver que uno de aquellos hombres tenía las manos cubiertas de

sangre.

En aquel momento bajaba también el criado, el cual se detuvo al verme. Se estaba frotando las manos con un pañuelo, manchado de sangre.

—Jones, ¿qué pasa? ¿Qué ha sucedido? —pregunté, mientras me invadía una horrible sospecha.

El hombre me hizo una seña para que subiera. Cuando llegué junto a él, confirmó mis peores augurios.

Su amo se había suicidado.

Subí con él a la habitación: no voy a contarle lo que vi allí. Mr. Jennings se había degollado con su navaja de afeitar. Tenía un horrible boquete en la garganta. Los dos hombres que bajaban al vestíbulo cuando yo llegué le habían tendido sobre la cama. El criado me contó lo que había sucedido.

—Por lo que usted me dijo anoche al marcharse, supuse que mi amo estaba gravemente enfermo, y en consecuencia me atuve a sus instrucciones. Mr. Jennings permaneció levantado hasta muy tarde. No estaba escribiendo ni leyendo. Hablaba consigo mismo, pero eso no era anormal en él. Alrededor de las tres de la mañana le ayudé a desvestirse y le dejé en bata y zapatillas. Al cabo de media hora entré en su habitación sin hacer ruido. Estaba acostado y tenía un par de velas encendidas sobre la mesilla de noche. Vi que no dormía y le pregunté si necesitaba algo. Me respondió negativamente.

»Tal vez a causa de lo que usted me había dicho, me sentía preocupado, de modo que media hora más tarde me dirigí de nuevo a su habitación. No le oí hablar como antes. Abrí un poco la puerta. Las dos velas estaban apagadas, lo cual no era normal. Yo llevaba un candelabro y lo levante para iluminar la habitación. Mr. Jennings estaba sentado en el sillón que hay junto al tocador, completamente vestido. Volvió la cabeza y me miró. Yo pensé que era muy raro que se hubiera levantado y vestido, y apagado las velas para sentarse a oscuras. Pero me limité a preguntarle si podía hacer algo por él y me contestó que no, con cierta brusquedad. Entonces le pregunté si podía encender las velas, y me dijo: “Haga lo que quiera, Jones”. De modo que encendí las velas, y me entretuve un poco en la habitación, y Mr. Jennings me dijo: “Dígame la verdad, Jones: ¿por qué ha vuelto a entrar? ¿Ha oído maldecir a alguien?” “No, señor”, contesté, preguntándome a qué podía referirse.

»“No —dijo él—, desde luego que no”; y yo le dije: “¿No sería mejor que se acostara, señor? Son casi las cinco”. Y él se limitó a contestar: “Eso haré, Jones; buenas noches”. De modo que me marché, pero al cabo de una hora volví a acercarme a la puerta. Estaba cerrada, y Mr. Jennings me oyó llegar y me preguntó qué quería de él y me ordenó que no volviera a molestarle. Me pareció que hablaba desde la cama. Entonces me acosté y dormí un rato. Alrededor de las siete subí de nuevo a su habitación. La puerta continuaba cerrada y no oí ningún ruido, de modo que no quise molestarle, pensando que estaba dormido. No volví a subir hasta las nueve. Mr. Jennings tenía la costumbre de hacer sonar la campanilla cuando iba a

levantarse y deseaba que yo le ayudara a vestirse. Llamé suavemente y, al no obtener respuesta, supuse que estaba descansando. Empecé a preocuparme cuando dieron las once, ya que Mr. Jennings no se levantaba nunca más tarde de las diez y media. Llamé a la puerta sin obtener respuesta. Insistí una y otra vez, con el mismo resultado negativo. Entonces me asusté y fui en busca de Thomas a las caballerizas. Entre los dos forzamos la puerta, y encontramos a Mr. Jennings caído en suelo, en medio de un charco de sangre.

Jones no tenía nada más que contar. El pobre Mr. Jennings era muy bueno, y muy amable. Todo el mundo le quería. Me di cuenta de que el criado estaba muy conmovido.

Salí de aquella horrible casa y espero que no volveré a verla nunca. Mientras le escribo, me siento como un hombre que acaba de despertar a medias de un espantoso sueño. Mi memoria rechaza el cuadro con incredulidad y horror. Pero sé que es verdadero. Es la historia de los efectos de un veneno, un veneno que excita la acción recíproca del espíritu y de los nervios, y paraliza el tejido que separa aquellas funciones afines de los sentidos, los externos y los internos. Así descubrimos extraños compañeros de lecho, y lo mortal y lo inmortal entablan conocimiento prematuramente.

CONCLUSIÓN

Una palabra para los que sufren

Mi querido Van L., usted ha padecido una dolencia similar a la que acabo de describir. Se quejó dos veces de una recaída.

¿Quién le curó a usted? Su humilde servidor, Martin Hesselius. Aunque prefiero repetir las palabras que un excelente cirujano francés pronunció hace trescientos años: «Yo le he atendido, y Dios le ha curado».

Vamos, amigo mío, no tiene usted motivos para la melancolía. Permítame citarle un hecho.

He conocido, y atendido, como mi libro explica, cincuenta y siete casos de este tipo de visión, a la cual llamo indistintamente «sublimada», «precoz» e «interior».

Hay otra clase de afecciones llamadas con propiedad —aunque corrientemente confundidas con las que yo describo— ilusiones espectrales. Estas últimas las considero tan insignificantes como un vulgar resfriado o una dispepsia.

Las que ponen a prueba nuestra capacidad mental son las de la primera categoría. Me he encontrado con cincuenta y siete de esos casos, ni uno más ni uno menos. ¿Y en cuántos he fracasado? En ninguno.

No existe ninguna dolencia que pueda combatirse con más facilidad y con más éxito, con un poco de paciencia y una confianza racional en el médico.

Debe usted recordar que ni siquiera había empezado a tratar el caso de Mr. Jennings. Estoy completamente seguro de que le habría curado por completo en dieciocho meses, o en dos años, como máximo. Algunos casos pueden curarse con mucha rapidez, en tanto que otros requieren más tiempo. Cualquier médico inteligente que se aplique con diligencia a la tarea obtendrá la curación.

Usted conoce mi folleto sobre «Las Funciones Cardinales del Cerebro». En él, a través de la evidencia de innumerables hechos, creo demostrar la gran probabilidad de una circulación arterial y venosa en su mecanismo, a través de los nervios. El cerebro es el corazón de este sistema, así considerado. El fluido que se propaga a través de una clase de nervios retorna modificado a través de otros, y la naturaleza de ese fluido es espiritual, aunque no inmaterial, lo mismo que puede decirse de la luz y de la electricidad.

Ciertos abusos, entre los cuales puede citarse el consumo habitual de la infusión de té verde, hacen que ese fluido se vea alterado en su calidad, y, siendo como es lo que tenemos en común con los espíritus, una congestión de la masa cerebral o nerviosa forma una superficie indebidamente expuesta, sobre la cual pueden operar los espíritus incorpóreos: la comunicación queda así establecida de un modo más o menos efectivo. Entre esta circulación cerebral y la circulación cardíaca existe una íntima afinidad. El asiento, o, mejor dicho, el instrumento de visión exterior es el ojo.

El asiento de la visión interior es el tejido nervioso y el cerebro, situados alrededor y encima de las cejas. Recordará usted lo eficazmente que borré sus imágenes mediante una simple aplicación de agua de colonia helada. Sin embargo, pocos casos pueden ser tratados exactamente igual y con el mismo rápido éxito. El frío actúa poderosamente como un repelente del fluido nervioso. Aplicado con exceso, puede producir aquella insensibilidad permanente a la que damos el nombre de entumecimiento, e incluso parálisis muscular y sensorial.

Repito que estoy absolutamente convencido de que habría sellado aquel ojo interior que Mr. Jennings abrió inadvertidamente. Los mismos sentidos se abren en el *delirium tremens*, y vuelven a cerrarse del todo cuando la congestión de la masa cerebral queda interrumpida por un cambio en el estado del cuerpo. Hay que actuar sobre el cuerpo para obtener resultados positivos. Hasta ahora, la terapéutica no me ha fallado.

El pobre Mr. Jennings se suicidó. Pero aquella catástrofe fue el resultado de una enfermedad completamente distinta, la inicial se proyectó sobre la dolencia ya establecida. La enfermedad en cuestión podría ser una tendencia hereditaria al suicidio. No puedo llamar a Mr. Jennings paciente mío, ya que ni siquiera había empezado a tratar su caso, y él no me había otorgado aún su plena e incondicional confianza, estoy convencido de ello. Si el paciente no *se* sitúa él mismo del lado de la enfermedad, su curación es segura.

LAS LADRONAS DE NIÑOS

ERCKMANN-CHATRIAN

En 1787 se veía errar todos los días por las calles del barrio de Hesse-Darmstadt, de Maguncia, a una mujer alta, demacrada, con las mejillas hundidas y los ojos extraviados, horrorosa imagen de la locura. Esta desdichada, que se llamaba Cristina Evig, era una antigua colchonera que vivía en la calleja del Ventanuco, detrás de la catedral. Había perdido la razón a causa de un suceso espantoso.

Una tarde que atravesaba la tortuosa calle de los Tres Barcos, llevando cogida de la mano a su hija pequeña, notó de improviso que le había soltado la mano y que ya no percibía sus pasos detrás de ella. La pobre mujer se volvió, mientras gritaba:

—¡Deubche, Deubche! ¿Dónde estás?

Pero nadie respondió y, por mucho que esforzase la mirada, veía la calle desierta por completo.

Entonces echó a correr, gritando y llamando, y de este modo llegó hasta el puerto. Clavó su vista en las oscuras aguas del río, por debajo de los barcos. Sus gritos, sus gemidos, habían atraído a los vecinos. La pobre madre les explicó su tragedia. Muchos se unieron a ella para reanudar la búsqueda. Pero nada…, nada…, ni el menor rastro, ni un indicio pudo aclarar este terrible misterio.

Cristina Evig, a partir de este instante, no volvió a poner los pies en su casa. Noche y día erraba por la ciudad, gritando cada vez con voz más débil y quejumbrosa:

—¡Deubche, Deubche!

Las gentes sentían compasión por la desdichada loca, le ofrecían la hospitalidad de sus casas, le daban de comer y le proporcionaban vestidos viejos para cubrir su cuerpo. Y la policía, ante una simpatía tan extendida, no había considerado oportuno intervenir e internar a Cristina en el manicomio.

Así, pues, la dejaban deambular y lanzar su llamada lastimera, sin ocuparse en absoluto de ella.

No obstante, lo que daba a la desgracia de Cristina un aspecto realmente siniestro era que la desaparición de su niñita había sido como la señal de una serie de sucesos del mismo género; unos diez niños habían desaparecido desde entonces de un modo asombroso, inexplicable. Algunos de aquellos pequeños pertenecían a la alta

burguesía de la ciudad.

Estos sucesos tenían lugar, por lo común, a la caída de la tarde, cuando son escasos los viandantes, cuando todos se dirigen, a paso rápido, a sus domicilios, luego de haber resuelto los negocios del día.

Entonces, en ocasiones, un niño imprudente se aventuraba pocos metros más allá de la puerta de su casa y su madre le llamaba, gritando:

—¡Carlitos, Luisito, Carlotita!

(Igual que a la pobre Cristina). Pero ninguna voz contestaba. Carreras, llamadas, indagaciones por toda la vecindad. Todo en vano; nada volvía a saberse del niño.

Sería imposible explicar de modo detallado las investigaciones llevadas a cabo por la policía, las detenciones provisionales, las indagaciones, el terror que se había adueñado de todas las familias de Maguncia.

Ver morir unos padres a su hijo es, sin duda, horrible, pero perderlo sin saber qué ha sido de él, pensar que jamás se sabrá quizá que ese pobre ser tan débil, tan dulce, que estrechaban contra su pecho con tanto amor sufre y llama sin que pueda el padre o la madre acudir en su ayuda, es algo que excede a toda humana imaginación, algo que ninguna expresión humana puede dar a conocer de un modo absoluto.

Una noche de octubre del ya mencionado año de 1787, Cristina Evig, vagando por las calles, había ido a sentarse sobre el pilón de la fuente del Obispado. Sus largos cabellos grises flotaban al viento y sus ojos miraban en tomo suyo como en medio de un sueño.

Las criadas de la vecindad, en lugar de distraerse conversando como de costumbre alrededor de la fuente, llenaban su cántaro apresuradamente y volvían a casa de sus amos.

La pobre loca permanecía allí, sola bajo la helada lluvia tamizada por las nieblas del Rhin. Y las casas de los contornos, con sus altos e inclinados tejados, sus enrejadas ventanas, su infinidad de tragaluces, se envolvían poco a poco en tinieblas.

La capilla del Obispado daba las campanadas de las siete. Cristina no se movía y, en tanto que tiritaba, profería su incesante quejido:

—Deubche, Deubche.

Sin embargo, en el momento en que las pálidas luces del crepúsculo comenzaron a extenderse sobre los tejados, antes de desvanecerse aquéllas, la desdichada loca, de repente, empezó a temblar de pies a cabeza, alargó el cuello, y su cara inexpresiva, que desde hacía dos años estaba sumida en la idiotez, adquirió tal expresión de inteligencia, que la sirvienta del consejero Trumf, que en aquel momento ponía su cántaro en la fuente, se volvió, atónita, para observar el gesto de la loca.

En aquel preciso instante, en el otro extremo de la plaza, a lo largo de las aceras, pasaba una mujer con la cabeza baja, sujetando entre sus brazos, envuelto en una tela, un bulto que se agitaba.

Esta mujer, vista por entre la lluvia, tenía un aspecto impresionante. Corría como una ladrona que acaba de dar el golpe, arrastrando por el barro sus harapos fangosos

y avanzando precavidamente por las sombras de la calle.

Cristina Evig había adelantado su ancha mano sarmentosa; sus labios se movían tartamudeando palabras extrañas. Pero de improviso un gran alarido se escapó de su pecho:

—¡Es ella!

Y, saltando y corriendo a través de la plaza, antes de un minuto había alcanzado la esquina de la calle de la Chatarra, por donde acababa de desaparecer la otra mujer.

Mas al llegar allí, Cristina, jadeando, se detuvo. La mujer había desaparecido en aquellas tinieblas de cloaca y en aquellos contornos no se oía más que el ruido monótono del agua, que caía de los canales.

¿Qué pasó en el alma de la loca? ¿Habría recordado algo? ¿Habría tenido alguna visión: uno de esos ramalazos del alma que, en un segundo, ponen al descubierto los abismos del pasado? No lo sé; pero es lo cierto que acababa de recobrar la razón.

Sin perder ni un minuto en perseguir a la sombra de la mujer desaparecida, la infortunada Cristina echó a correr por la calle de los Tres Barcos, como arrastrada por el vértigo, dobló la esquina de la plaza de Gutenberg y se precipitó en el vestíbulo de la casa del preboste Gaspar Schwartz, exclamando en tono agudo:

—Señor preboste, he descubierto a los ladrones de los niños. Venga usted en seguida; escúcheme pronto.

El señor preboste acababa de finalizar su comida de la tarde. Era hombre grave y metódico; le agradaba hacer bien la digestión después de haber cenado en paz y gracia de Dios. Así, pues, la aparición de aquel fantasma le impresionó en extremo y, depositando sobre la mesa la taza de té que precisamente en ese instante llevaba a sus labios, exclamó:

—Dios mío, ¿por qué no habré de tener ni un minuto de descanso en todo el día? ¿Será posible encontrar un hombre más desdichado que yo? ¿Qué quiere de mí esta loca ahora? ¿Por qué se la ha dejado entrar aquí?

Al oír estas palabras, Cristina, recobrando su serenidad, respondió con tono suplicante:

—¡Ah, señor preboste, puesto que pregunta si existe algún ser más desdichado que usted, mire… míreme a mí!

Y su voz era cada vez más angustiosa; sus crispados dedos retiraban sus largos y grises cabellos de su pálida faz. Su aspecto daba miedo.

—Loca, sí, Dios mío; he estado loca. El Señor, en su misericordia, me había ocultado lo profundo de mi desgracia. Pero ya no soy loca; ahora estoy cuerda. Y la he visto, sí; he visto a la mujer llevándose un niño… Porque era un niño… Estoy segura de que era un niño.

—Váyase usted al diablo con su mujer y su niño —barbotó el preboste—. ¿Cómo se atreve esta desgraciada a venir aquí arrastrando sus andrajos por mi piso? Juan… Juan, ven ahora mismo y echa a la calle a esta mujer. El diablo se lleve el cargo de preboste… que no me proporciona más que sinsabores.

Se presentó el criado y el señor Gaspar Schwartz le dijo señalando a Cristina:

—Sácala a la calle. No cabe duda de que tendré que escribir una memoria para librar a la ciudad de las impertinencias de esta desdichada. A Dios gracias tenemos manicomios.

Entonces la loca rompió a reír con tétricos estertores, mientras el criado, muy compadecido, la cogía por el brazo, diciéndole con dulzura:

—Vamos…, Cristina…, vamos; venga usted.

La pobre mujer había recaído en su locura y murmuraba:

—Deubche, Deubche.

II

Mientras ocurrían todas estas cosas en casa del preboste Gaspar Schwartz, un coche bajaba por la calle del Arsenal. El centinela que montaba la guardia delante del parque de Artillería reconoció la librea del conde Diderich, coronel del regimiento imperial de Hilburighansen, y presentó armas. Recibió un saludo como respuesta desde el interior del carruaje.

Los caballos, lanzados a la carrera, parecían que iban a dar la vuelta por la puerta de Alemania, pero embocaron la calle del Hombre de Hierro y se detuvieron ante la casa del preboste.

El uniformado coronel bajó, levantó la vista y quedó estupefacto al escuchar las lúgubres carcajadas de la loca, que llegaban hasta la calle.

El conde Diderich era un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, alto, moreno, de rostro sereno y enérgico.

Entró con brusquedad en el vestíbulo, vio a Juan que conducía a Cristina Evig hacia la puerta de salida y, sin hacerse anunciar, penetró en el comedor del señor Schwartz gritando:

—Caballero, la policía de este distrito es espantosamente mala… Hace veinte minutos que me detuve delante de la catedral en el momento de tocar el Angelus y, al salir del coche, vi a la condesa, mi esposa, que bajaba los escalones de la catedral; me echo hacia atrás para dejarle paso y observo entonces que nuestro hijo, niño de tres años, acaba de desaparecer, a pesar de que venía sentado junto a mí en el coche. La portezuela del lado del Obispado estaba abierta; es indudable que el ladrón aprovechó el momento en que yo me hallaba ocupado en sacar el estribo del carruaje. Todas las pesquisas que mis criados han realizado no han servido de nada. Estoy desesperado, caballero, desesperado.

La agitación del coronel era extraordinaria. Sus negros ojos brillaban como rayos a través de dos gruesas lágrimas que a duras penas podía contener. Sus manos se crispaban sobre la empuñadura de su espada.

El preboste parecía totalmente abatido. Su naturaleza apática sentíase atormentada ante la perspectiva de tenerse que levantar, pasarse la noche dando

órdenes, personarse en el lugar del hecho y, en resumidas cuentas, reanudar por centésima vez indagaciones que siempre habían resultado infructuosas.

Hubiese deseado aplazar el asunto hasta el día siguiente.

—Caballero —anunció el coronel—, le notifico que habré de tomar venganza. Usted responde de mi hijo con su cabeza. Su misión consiste en cuidar de la seguridad pública y está faltando indignamente a sus deberes. Necesito un enemigo, ¿me entiende usted? Quiero por lo menos saber quién es el que me asesina.

En tanto que pronunciaba estas incoherentes palabras, daba grandes zancadas por la habitación, con los dientes apretados y la mirada relampagueantes.

El sudor corría por la roja frente del preboste Schwartz, el cual, con la vista clavada en el plato, murmuró en voz baja:

—Lo siento en el alma, señor mío; lo siento en el alma. Es el décimo niño que desaparece. Los ladrones son más hábiles que mis agentes. ¿Qué quiere usted que yo le haga?

Al oír esta inoportuna respuesta, el conde, en un acceso de furor, dio un salto y agarrando al obeso preboste por los hombros lo sacó de su sillón.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo se atreve a decir que qué quiero yo que usted le haga? ¿Puede contestarse así a un padre que pregunta por su hijo?

—Suélteme, señor, suélteme —exclamaba el preboste espantado—. En el nombre del cielo, cálmese usted. Una mujer… Una loca… Cristina Evig acaba de estar aquí… y me ha dicho… Sí, ahora recuerdo… Juan, Juan.

El criado, que desde la puerta había oído todo, apareció al momento.

—Señor.

—Vete corriendo a buscar a la loca.

—Está aún ahí, señor preboste.

—Pues que entre; siéntese usted, señor coronel.

El coronel Diderich permaneció en pie en medio de la sala, y un minuto más tarde Cristina Evig, con su extraviada mirada y su necia sonrisa de siempre, entraba allí.

El criado y la sirvienta, excitados por la curiosidad de saber qué ocurría, se hallaban de pie en el umbral, con la boca abierta. El coronel, con un enérgico gesto, les hizo señal de que se fueran. Después, cruzándose de brazos y poniéndose frente al preboste, exclamó:

—Bien, caballero, ¿qué deducciones piensa usted sacar de lo que diga esta desdichada?

El preboste hizo intención de hablar; sus grandes mejillas se estremecieron.

La loca reía con carcajadas que semejaban llanto.

—Señor coronel —dijo finalmente el preboste—, esta mujer se encuentra en el mismo caso que usted. Hace dos años perdió a su hija; a causa de esta desgracia ha perdido la razón.

Los ojos del coronel se llenaron de lágrimas y dijo:

—Siga usted.

—Hace un rato —respondió entonces el preboste— se presentó en mi casa; parecía tener un destello de razón y me explicó…

El preboste Schwartz guardó silencio.

—¿Qué? ¿Qué dijo, caballero?

—Pues dijo que había visto a una mujer que se llevaba a un niño…

—¡Ah!

—Y pensando que hablaba de este modo debido a su locura la he despedido.

El coronel sonrió con amargura.

—¿De manera que la ha despedido usted? —exclamó.

—Sí… Consideré que volvía a caer en seguida en su locura.

—Voto a Dios —gritó el conde con voz de trueno—; niega usted su apoyo a esta desgraciada, hace desaparecer su último rayo de esperanza, la reduce a la desesperación, en lugar de ayudarla y defenderla, como era su deber…, y se atreve usted a conservar su cargo y a cobrar su sueldo… ¡Ah, caballero!

Y acercándose al preboste, cuya peluca temblaba como consecuencia del terror, añadió en voz baja y helada:

—Es usted un canalla… Si no recobro a mi hijo, le mataré como a un perro.

El preboste Schwartz, con los ojos desorbitados, las manos muy abiertas y la boca pastosa, no pronunciaba ni una palabra. El terror le tenía agarrotado y, por otra parte, no sabía cómo replicar a los argumentos del coronel.

De pronto el coronel le volvió la espalda y, acercándose a Cristina, la contempló unos instantes. Después, alzando la voz, le dijo:

—Buena mujer, procure responderme. Vamos…, en el nombre de Dios…, de su hija, ¿dónde ha visto usted a esa mujer?

Se calló y la pobre loca murmuró con su voz quejumbrosa:

—Deubche, Deubche… La han matado.

El conde se quedó blanco como el papel y, estremecido de terror, agarró el puño de la loca, mientras decía:

—Contésteme, desdichada; contésteme.

La sacudía como a un árbol. La cabeza de Cristina cayó hacia atrás; la loca estalló en una horrible carcajada y dijo:

—Sí, sí… Todo ha terminado… La malvada mujer la ha matado.

Entonces el conde sintió que sus rodillas flaqueaban. Tomó asiento o, mejor dicho, se dejó caer en un sillón, con los codos sobre la mesa, el pálido rostro entre las manos y los ojos fijos y como clavados en una escena horrible.

Y los minutos transcurrieron lentamente en medio del silencio.

El reloj dio las diez; las vibraciones del timbre sobresaltaron al coronel. Éste se levantó y abrió la puerta. Cristina salió.

—Caballero —dijo el preboste.

—Cállese —cortó el coronel, dirigiéndole una relampagueante mirada.

- fue detrás de la loca que bajaba la escalera en dirección a la tenebrosa calle.

Una idea singular acababa de ocurrírsele.

—Todo está perdido —se dijo a sí mismo—. Esta desgraciada no puede razonar, no puede comprender lo que se le pregunta. Pero ha visto algo y su instinto puede guiarla.

No es preciso añadir que el señor preboste quedó maravillado de semejante salida. El digno magistrado corrió inmediatamente el cerrojo de la puerta. Entonces una noble indignación se adueñó de su alma y exclamó:

—¡Amenazar a un hombre como yo, aferrarme por la solapa y zarandearme! ¡Ah, señor coronel, ya veremos si hay o no leyes en este país! ¡Mañana, sin falta, voy a dirigir una queja al emperador, poniendo en claro la conducta de sus oficiales!

III

El conde siguió a la loca y como sus sentidos estaban en extremo excitados veía en la oscuridad y en medio de la bruma como si fuese pleno día. Oía sus suspiros, sus confusas palabras, a pesar del incesante viento de otoño que se arremolinaba en las desiertas calles.

Algunos burgueses retrasados retornaban a sus casas y corrían de trecho en trecho, a lo largo de las aceras, con el cuello de sus gabanes levantados, para taparse la nuca, y con las manos en los bolsillos y el sombrero calado hasta los ojos. Se cerraban las puertas; los ventanucos de las casas golpeaban los muros; algunas tejas que el viento hacía volar, rodaban por la calle. El inmenso torbellino de aire, tras de algunos instantes de calma, reanudaba su ruidoso bramido, apagando con su lúgubre voz todos los rumores, todos los silbidos, todos los suspiros.

Era una de esas frías noches de finales de octubre en las cuales las veletas, sacudidas por el viento, giran locamente en lo alto de los tejados y gritan con su voz estridente:

«El invierno… El invierno… Llega el invierno.»

Una vez que estuvo en el puente de madera, Cristina se inclinó sobre el muelle, miró las aguas negras que borbotaban entre los barcos y después, incorporándose de nuevo con gesto vacilante, continuó su camino tiritando y murmurando en voz baja:

—¡Oh, oh! Hace frío.

El coronel, apretando con una mano los pliegues de su capa, contenía con la otra los latidos de su corazón, que le parecía próximo a estallar.

Dieron las once en la iglesia de San Ignacio; después sonaron las doce.

Cristina Evig no cesaba de caminar; había atravesado ya las callejas de la Imprenta, del Mallo, del Mercado de los vinos, de la Carnicería vieja, de los Fosos del Obispado.

Cien veces, el conde, desesperado, había pensado que esa persecución nocturna

no podía conducir a nada y que la loca no iba en una dirección fija. Pero, reflexionando luego que éste era su único recurso, seguía detrás de ella de calle en calle y de plaza en plaza, deteniéndose junto a una esquina, al fondo de la calle, reemprendiendo, a continuación, su marcha incierta, igual que el animal sin cobijo que vaga al azar en medio de tinieblas.

Por último, hacia la una de la madrugada, Cristina desembocó en la plaza del Obispado. El tiempo parecía en aquel momento aclarar bastante; ya no llovía, un viento fresco barría la plaza, y la luna, ya envuelta en nubes sombrías, ya brillando con todo su resplandor, proyectaba sus rayos, brillantes y fríos como hojas de acero, en los mil charcos que quedaban entre las losas.

La loca fue a sentarse tranquilamente al borde de la fuente, al lugar que ocupara unas horas antes. Por espacio de largo tiempo permaneció en la misma postura, con la mirada apagada y los harapos pegados al flaco cuerpo.

Todas las esperanzas del conde se esfumaban.

Pero en uno de los momentos en que la luna quedaba libre de nubes y proyectaba su pálida luz sobre los silenciosos edificios, la loca se levantó de repente, alargó el cuello y entonces el coronel, siguiendo la dirección de su mirada, observó que se dirigía hacia la calleja de la Chatarra, a doscientos pasos de la fuente.

En ese preciso instante Cristina salió corriendo como una flecha.

El conde corrió tras ella, desapareciendo entre la manzana de casuchas altas y viejas que dominan la antigua iglesia de San Ignacio.

La loca parecía tener alas. En diez ocasiones el conde estuvo a punto de perderla de vista, de tanta como era la velocidad con que Cristina corría por aquellas callejas sinuosas, llenas de carromatos, de montones de estiércol y de leña para el invierno.

De improviso desapareció en una especie de callejón sin salida y tenebroso. El coronel, desorientado, tuvo que detenerse.

Por fortuna, al cabo de algunos segundos, surgió en el fondo del callejón un rayo luminoso, amarillento y sucio, que atravesaba un vidrio polvoriento. Aquella luz permanecía inmóvil. Una sombra la cubrió, pero en seguida volvió a brillar.

Era indudable que alguien velaba en aquel antro. ¿Qué ocurría allí?

Sin vacilar, el coronel se fue en derechura hacia la luz.

En medio del callejón tropezó con la loca que, de pie en el barro, con ojos y boca muy abiertos, miraba hacia aquella lámpara solitaria.

La llegada del conde no pareció sorprenderla. Adelantando el brazo hacia la ventana alumbrada en el primer piso, dijo:

—Ahí es.

Y su voz tenía tan expresivo acento que el conde sintió un estremecimiento de terror en todo su cuerpo.

Impulsado por este gesto se precipitó hacia la puerta de la casa, la abrió de un tremendo empujón y se halló en medio de profundas tinieblas.

La loca, que estaba detrás de él, susurró:

—Chiss.

El conde, dejando una vez más que la desgraciada se guiase por su instinto, permaneció inmóvil en acecho.

El más absoluto silencio imperaba en la casa. Todo parecía dormido; todo parecía muerto.

En la iglesia de San Ignacio sonaron las dos de la madrugada.

Entonces un débil susurro se dejó oír en el primer piso. Una vacilante luz se proyectó sobre la deteriorada pared del fondo. Las tablas crujieron y el rayo luminoso, avanzando poco a poco, iluminó primero una escalera en forma de escala, un montón de hierro viejo apilado en un rincón, un ventanuco sucio abierto sobre el patio, una serie de botellas caídas por todas partes, un cesto lleno de andrajos… Todo aquello ofrecía el aspecto de un interior sombrío, ruinoso y horrible.

Finalmente, un candil, sostenido por una pequeña mano seca y nerviosa como la garra de un ave de presa, apareció y desapareció lentamente sobre la escalera. Por encima de la luz se vio una inquieta cabeza de mujer, con el pelo color de cáñamo, los pómulos huesudos, las orejas altas, separadas de la cabeza y casi rectas; los ojillos grises, que brillaban bajo los grandes arcos de las cejas; un ser, en suma, siniestro, vestido con una falda mugrienta, calzado de viejas chancletas, con los brazos descarnados, desnudos hasta el codo, sosteniendo en una mano el candil y en la otra un hacha pequeña con pico punzante.

En cuanto esta abominable aparición hubo examinado las sombras, volvió inmediatamente a subir la escalera con extraordinaria agilidad.

Pero ya era demasiado tarde. El coronel, con la espada en la mano dio un salto y logró asir a la bruja por la parte inferior de la falda.

—Mi hijo, miserable —exclamó.

A este grito de león, la hiena se volvió, lanzando al aire un hachazo.

Una terrible lucha se entabló entonces. La mujer, caída en la escalera, procuraba morder. El candil, que desde el primer momento cayera al suelo, continuaba ardiendo y su mecha, chisporroteando sobre las húmedas losas, lanzaba sombras movedizas sobre el fondo grisáceo de la pared.

—Mi hijo —repetía el coronel—; mi hijo o te mato.

—Sí, sí; ya tendrás a tu hijo —replicaba, con acento irónico y jadeando, la mujer —. Ah, no todo está terminado, no; tengo buenos dientes… El cobarde me quiere ahogar… ¡Eh!… Oiga, allá arriba. ¿Está usted sorda?… Suélteme… Lo diré…, lo diré todo.

Parecía extenuada en el momento en que otra bruja más vieja y más espantosa todavía bajó por la escalera, gritando:

—Aquí estoy.

La miserable mujer iba armada con un gran cuchillo de carnicero. El conde, alzando la vista, vio que la vieja buscaba el punto en donde herirle entre los omóplatos.

Se creyó perdido; sólo un azar providencial podía salvarle. La loca, que hasta aquel momento había contemplado impasible el espectáculo, se abalanzó sobre la vieja gritando desesperadamente:

—Es ella… Ahí está… La reconozco… Esta vez no se me escapará.

Por toda respuesta un chorro de sangre inundó la estancia. La vieja acababa de degollar a la pobre loca.

Fue cuestión de un segundo.

El coronel había tenido tiempo de levantarse y ponerse en guardia. Al verlo las dos brujas subieron rápidamente la escalera y desaparecieron en la oscuridad.

El candil humeante lanzaba sus últimos destellos. El conde los aprovechó para seguir a las asesinas. Pero cuando alcanzó el final de la escalera la prudencia le aconsejó que no abandonase aquella salida.

Oía abajo el estertor de la moribunda Cristina y las gotas de sangre que sonaban en medio del silencio al caer de escalón en escalón. Era espantoso.

En el otro lado, en el fondo de aquel antro, unas extrañas idas y venidas hacían temer al conde que las dos mujeres pretendieran escaparse por las ventanas.

El no conocer el lugar le mantenía inmóvil desde hacía un instante, cuando un rayo luminoso, resbalando a través de una puerta vidriada, le permitió ver las dos ventanas de la habitación que daban al callejón sin salida, alumbradas por una luz exterior. A la vez oyó en la calle una voz bronca que decía:

—¡Eh! ¿Qué ocurre ahí?… Una puerta abierta… ¡Qué pasa!

—¡A mí! —gritó el coronel—. ¡A mí!

En el mismo instante la luz del exterior penetró en la casa.

—¡Oh! —exclamó la voz—. Sangre… Demonio… No me equivoco… Es Cristina.

—A mí —repitió el coronel.

Un firme paso resonó en la escalera y la barbuda cara del sereno Selig, con su grueso gorro de piel y su piel de cabra sobre los hombros, apareció en lo alto de la escalera, proyectando la luz de su linterna sobre el conde.

La vista del uniforme dejó atónito al hombre.

—¿Quién está ahí? —inquirió.

—Suba usted…, buen hombre…, suba.

—Perdón, mi coronel… Es que… abajo.

El sereno acabó de subir las escaleras y con la linterna en alto alumbró la estancia. Se trataba de una buhardilla de unos seis pies que daba a la puerta de la habitación en la que las mujeres se habían refugiado; una escala que subía hasta el granero reducía todavía más el espacio hacia la izquierda.

La palidez del conde impresionó al sereno, quien, empero, no se atrevía a interrogarle. Pero el coronel le preguntó:

—¿Quién vive aquí?

—Son dos mujeres, madre e hija; se las conoce en el barrio de los mercados por

las dos Josel. La madre vende carne en la plaza y la hija fabrica embutidos.

El conde recordó entonces las palabras pronunciadas por Cristina en su delirio:

«Pobre niña, la han matado.»

Se sintió dominado por una especie de vértigo y un sudor de muerte le cubrió el rostro.

Una horrible casualidad quiso que en aquel preciso instante descubriese detrás de la escalera una chaquetita de cuadros azules y rojos, unos zapatitos, una especie de sombrero con una borla negra y todo ello abandonado allí, en la sombra. Comenzó a temblar, mas una fuerza invencible le empujaba a mirar, a contemplar con sus propios ojos. Se aproximó, por tanto, estremeciéndose de pies a cabeza y cogió aquellas ropitas con mano temblorosa.

Unas gotas de sangre mancharon sus dedos.

Sólo Dios sabe lo que pasó en el corazón del conde. Permaneció largo rato apoyado contra la pared, con los ojos fijos, los brazos caídos y la boca entreabierta como si hubiera sido herido por el rayo. Pero de improviso se abalanzó sobre la puerta lanzando un rugido de furor que aterrorizó al sereno. Nada hubiera podido resistir un choque de esta clase. Se oyó el ruido que en la habitación contigua hicieron al caer los muebles que las dos mujeres habían puesto como barricada en la entrada. Toda la casa se estremeció hasta sus cimientos. El conde desapareció en la sombra y, un poco después, se oyeron en las tinieblas salvajes aullidos, imprecaciones y roncos clamores.

Aquello no parecía cosa humana; dijérase que era una lucha entre fieras, que se despedazaban en el fondo de su cubil.

La calle se llenaba de gente. De todos los lugares acudían los vecinos, que entraban en la casa exclamando:

—¿Qué pasa? ¿Quién se degüella aquí?

De repente el silencio imperó de nuevo y el conde, acribillado a cuchilladas, con el uniforme hecho jirones, apareció con la espada teñida en sangre hasta la empuñadura. Sus bigotes chorreaban sangre y los espectadores debieron pensar que aquel hombre acababa de batirse como se baten los tigres.

… … … …

¿Qué más os puedo decir?

El coronel Diderich curó de sus heridas y se marchó de Maguncia.

Las autoridades de la ciudad consideraron conveniente que los padres de las víctimas ignorasen para siempre aquellas aborrecibles revelaciones. Yo me informé de ellas por haberlas oído contar al sereno Selig, ya viejo y retirado en su aldea, cercana a Sarrebrück. Sólo él supo estos pormenores y asistió como testigo a la vista secreta que, de este asunto, tuvo lugar en el Tribunal.

Quitad el sentido moral al hombre y la inteligencia, de que tanto se precia, no

podrá librarle de las más horrendas pasiones.

LA PUERTA ABIERTA

MARGARET OLIPHANT

Alquilé la casa de Brentwood a mi regreso de la India en 18…, como alojamiento provisional de mi familia, hasta que pudiera encontrar un domicilio definitivo. Esta casa, no obstante, poseía muchas ventajas que la hacían sumamente apropiada. No se encontraba lejos de Edimburgo, y mi hijo Roland, cuya educación había sido bastante descuidada, podía ir y venir al colegio, lo cual era mucho mejor para él que estar interno o tener un preceptor en casa. Yo hubiese preferido el primero de estos procedimientos y su madre el segundo. El doctor, como hombre juicioso, nos aconsejó una solución intermedia.

—Póngale en su *pony* y que vaya todos los días cabalgando a la escuela; le sentará magníficamente —dijo el doctor Simson—; y si hace mal tiempo que tome el tren.

Su madre aceptó esta solución más fácilmente de lo que yo hubiera creído; y nuestro pálido muchacho, que nunca había conocido más aires vigorizantes que los de Simia, empezó a tomar contacto con los fríos vientos del Norte, aun en aquella mitigada severidad primaveral. Antes de las vacaciones tuvimos la satisfacción de comprobar que sus mejillas se habían coloreado y había adquirido la misma agilidad juvenil que sus compañeros de colegio. En aquellos tiempos el sistema escolar inglés no tenía muchos partidarios en Escocia. No había allí, en Fettes, ningún Eton en miniatura, aunque dudo que una planta exótica de esa clase nos hubiera tentado a mi esposa o a mí. El muchacho nos era doblemente precioso, siendo como era el único que nos quedaba de todos cuantos habíamos tenido; era frágil de cuerpo, según habíamos creído, y profundamente sensitivo de alma. Parecía, pues, el mejor sistema combinar las ventajas de ambos, es decir, mandarlo al colegio, y al mismo tiempo tenerle en casa. Las dos chicas también hallaron en Brentwood todo cuanto podían desear. Estaban lo suficiente cerca de Edimburgo para tener a mano todos los maestros y lecciones que se necesitasen para completar esa interminable educación que los jóvenes parece que necesitan hoy en día. Su madre se había casado conmigo cuando era más joven que Agatha —¡y a ésta querría ver yo en su trance!—, y yo mismo no tenía entonces más que veintiocho años, edad en que ahora veo a los jovencitos mariposear en torno a las chicas, completamente descarriados y

despistados en la vida. Sin embargo, me figuro que toda generación está tan satisfecha consigo misma que siempre se cree superior a la que ha de seguir, aunque sea difícil ser juez en la propia causa.

Brentwood se alza en una hermosa y rica comarca, que es una de las más prósperas de Escocia, entre el Firth y las Colinas de Pentland. En los días claros se puede ver hasta el azul resplandor del lejano estuario, a un lado, y al otro, montañas azules, no gigantescas, como aquellas a las que estamos acostumbrados, pero sí lo suficientemente gloriosas para dar a toda la comarca un encanto e interés insuperables. El pueblo de Brentwood se extiende bajo la casa, al otro lado de un pequeño barranco en cuyo fondo corre un arroyo entre rocas y árboles. Nuestra ladera era deliciosamente accidentada y cubierta de hermosos árboles; por ella corrían varios senderos que conducían a la orilla del riachuelo o al pueblo, a través de un pintoresco puente. El pueblo estaba edificado en la hoya y se alzaba, trepando, por la otra ladera cubierta de sus casas prosaicas. En realidad, en Escocia no abundan mucho los pueblos pintorescos, desde el punto de vista arquitectónico, y éste no constituía ninguna excepción.

En el parque que rodea nuestra casa se alzan las ruinas de la antigua casa solariega de Brentwood, un edificio mucho más pequeño y menos importante que nuestro caserón de sólido estilo georgiano. Las ruinas eran, sin embargo, pintorescas y daban importancia al lugar. Incluso nosotros, que no éramos más que inquilinos provisionales, estábamos muy orgullosos de ellas, como si, de alguna forma, nos confiriesen una cierta importancia. El viejo edificio ruinoso tenía una torre derruida y el resto era una masa confusa cubierta de hiedra y oculta por toda clase de matorrales y escombros. Me da vergüenza confesar que nunca lo había examinado con detenimiento. Había una habitación grande o, mejor dicho, lo que en tiempos había sido una habitación grande, en la cual existía aún la parte inferior de las ventanas del piso de arriba, bajo las cuales se veían otras ventanas, en perfecto estado, aunque medio cegadas por los escombros y por la exuberancia de matorrales y zarzas de todas clases. Ésta era la parte más antigua de las ruinas. A poca distancia quedaban algunos fragmentos vulgares y dislocados del edificio, uno de los cuales sugería cierto patetismo por la vulgaridad y penosa ruina que exhibía. Este fragmento consistía en restos de un tejadillo y un trozo de muro gris, incrustado de líquenes, en el cual se abría el hueco de una puerta corriente. Posiblemente había sido una puerta trasera, para la servidumbre, o entrada a las cocinas o cuartos del servicio. Ya no quedaban cocinas ni cuartos de servicio —despensa y cocina habían desaparecido totalmente—, pero allí estaba la puerta, abierta y vacía, libre a todos los vientos, a los conejos y a los animales silvestres. Me impresionó profundamente la primera vez que la vi, como un epitafio melancólico a una vida muerta. Una puerta que conducía a la nada, cerrada en tiempos con cuidados y ansiedad y que ahora carecía de todo significado.

Recuerdo que, desde un principio, me llamó la atención; quizás así alguien pueda decir que mi espíritu ya estaba predispuesto a concederle una importancia injustificada.

El verano fue feliz y reposado para todos. El calor del sol de la India ardía todavía en nuestras venas. Nos parecía que nunca llegaríamos a cansarnos del verdor, del rocío y de la frescura de aquel paisaje nórdico. Incluso sus nieblas nos resultaban agradables, pues nos infundían salud y frescor. En otoño seguimos la moda de la época y nos fuimos a pasar la temporada en otro lugar. Fue a nuestro regreso para pasar el invierno, durante el cual los días son cortos y oscuros, cuando ocurrieron los incidentes que voy a relatar; incidentes de carácter tan extraño que supongo que las inevitables referencias a mi familia, así como diversas citas personales, serán recibidas con indulgencia.

Me encontraba en Londres cuando comenzaron los sucesos. En Londres, los que han regresado de la India, vuelven a absorberse en sus intereses de toda la vida y encuentran viejos amigos a cada paso. Yo había pasado unos días con media docena de ellos, disfrutando del tiempo que me quedaba antes de volver a casa y reanudar mi vida familiar habitual, y por ello no había tenido noticias de los míos. Estuve de viernes a lunes en la casa de campo del viejo Benbow y, de regreso, me detuve a cenar y dormir en casa de Sellar para recorrer luego las cuadras de Cross, lo cual me ocupó otro día entero. Siempre está uno expuesto a que no le lleguen las cartas a tiempo. En esta vida transitoria, como dice el «Libro de Oraciones», ¿cómo puede jamás estar uno seguro de lo que va a suceder? No había motivos para pensar que algo fuese mal en mi hogar. Imaginaba perfectamente lo que me dirían en sus cartas:

«Ha hecho un tiempo tan bonito que Roland no ha tenido que ir ni una sola vez en tren al colegio y lo pasa estupendamente yendo a caballo.» «Querido papá: estamos seguras de que no te olvidarás de nada, pero, por favor, recuerda que has de traernos esto y lo de más allá.» Y me mandaban una lista larguísima. ¡Queridas niñas, y madre más querida aún! Por nada del mundo habría olvidado sus encargos ni perdido sus cartas a pesar de todos los Benbow y todos los Cross del mundo.

Tenía confianza en que todo iría bien en mi casa. Sin embargo, cuando volví al club estaban esperándome tres o cuatro cartas, en algunas de las cuales observé la palabra «urgente», esa palabra con que las personas ingenuas y apremiadas intentan influir en los empleados de correos, haciendo que aceleren el reparto de sus despachos. Me disponía a abrir una cuando el conserje me trajo dos telegramas, uno de los cuales, según me dijo, había llegado la noche anterior. Lo abrí en primer lugar, como es lógico, y leí: «Ven o contesta, por amor de Dios. Ha empeorado.» ¡Me produjo el efecto de un rayo que cayese a mis pies! El otro telegrama, que abrí con mano temblorosa, decía casi lo mismo, refiriéndose al día anterior:

«Niño empeora; doctor teme meningitis. Te llama día y noche. Apresúrate.»

¡Así, pues, era el niño! ¡Mi único hijo, a quien adoraba! Lo primero que hice fue

consultar la guía de ferrocarriles para ver si había algún tren antes del de la noche, aunque temía que no fuese así. Después me puse a leer las cartas, las cuales me suministraron, ¡ay!, demasiado claramente todos los detalles. Me comunicaban que el muchacho llevaba una temporada pálido y con una cara donde se reflejaba el espanto. Su madre lo había notado ya antes de que yo me ausentase, pero no había querido decirme nada por no alarmarme. Esa expresión de espanto había ido aumentando día a día, y pronto se observó que Roland llegaba a casa, galopando frenéticamente a través del parque, jadeante el *pony* y él blanco como la nieve, pero con la cara bañada en frío sudor. Durante mucho tiempo se había resistido a todo interrogatorio. Pero, por último, sufrió tan extraños cambios de carácter —por ejemplo, exigió que le llevasen a casa en coche, lo cual era un lujo absurdo e innecesario, y se resistía a salir al jardín, dando un respingo de miedo cada vez que oía el menor rumor—, que su madre insistió en sus preguntas hasta que él no tuvo más remedio que explicarse. Cuando el muchacho, que hasta entonces no había conocido el miedo, empezó a hablar de voces que se oían en el parque y de sombras que aparecían en las ruinas, mi esposa se apresuró a meterlo en la cama y mandar aviso al doctor Simson, que era, por supuesto, lo único que podía hacer.

Partí aquella noche, lleno de una atroz ansiedad. No podría explicar en qué ocupé las horas anteriores a la salida del tren. Debemos dar gracias a la velocidad del ferrocarril cuando tenemos prisa y ansiedad, pero habría sido para mí un alivio haber ido en una silla de posta con tal de haber podido partir sin más dilación que enganchar los caballos al coche. Llegué a Edimburgo en las tinieblas de una madrugada de invierno, y apenas me atreví a mirar a mi criado cuando le pregunté, conteniendo la respiración:

—¿Cómo está el niño?

Su respuesta consistió en esa frase estereotipada que no dice nada y deja rienda suelta a la imaginación:

—Sigue igual, señor.

¡Sigue igual! ¿Qué podría querer decir con esto?

Me parecía que los caballos se arrastraban lenta, penosamente, por la larga y oscura carretera. Cuando ya, por fin, atravesábamos el parque me pareció oír que alguien gemía entre los árboles y le amenacé (a quienquiera que fuese) con el puño, furiosamente. ¿Por qué razón permitía la guardesa del parque que alguien entrara y perturbase la quietud del lugar? De no haber tenido tanta prisa por llegar a casa, creo que habría mandado parar el coche y me habría apeado a ver qué clase de vagabundo había escogido mis terrenos para ir aquella noche a molestar, ¡precisamente cuando mi hijo estaba enfermo! Pero ya no tenía motivos para quejarme de la lentitud de la marcha, pues los caballos volaban sobre el sendero pedregoso. Al cabo de un rato se detuvieron, jadeantes, ante la puerta de mi casa. Mi esposa me aguardaba, pálida, con una vela en la mano, que la hacía parecer aún más pálida cuando el viento hacía oscilar la llama.

—Está durmiendo —susurró, como con miedo de que su voz pudiera despertar a Roland; y yo, cuando recobré el habla, le repuse en el mismo tono, como si los arreos de los caballos y sus cascos sobre las losas no hiciesen mucho más ruido que nuestras voces apagadas. Permanecimos un momento en los escalones. Casi me daba miedo entrar. Y vi, aun sin observarlo, que parecía como si los caballos tuvieran pocas ganas de moverse de allí, a pesar de la proximidad de sus establos, y que los hombres tampoco parecían animados de gran interés. De todas estas cosas cobré conciencia mucho después; de momento no me ocupé más que del estado de mi hijo.

Le miré desde la puerta de su cuarto, pues temíamos, si nos acercábamos demasiado, perturbar aquel sueño bendito. Parecía ser aquél un dormir normal y no esa especie de letargo en el que, según mi esposa, caía algunas veces. Me lo contó todo en la habitación contigua, que comunicaba con la del niño, interrumpiendo su relato de vez en cuando para ir a ver cómo seguía. Y en el relato había mucho de confuso y estremecedor.

Parecía ser que desde que comenzó el invierno, desde que empezaron a acortarse los días, y antes de que se iniciasen las clases en la escuela, el niño había estado oyendo voces entre las ruinas; al principio había sido solamente una especie de extraño gemido que asustaba tanto al *pony* como al muchacho. Las lágrimas corrieron por las mejillas de mi esposa cuando me explicó que el niño se despertaba durante la noche sobresaltado y gritando:

—¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Oh, madre, déjame entrar! —con un patetismo que rompía el corazón. Ella permanecía entonces a su lado, intentando tranquilizarle:

—Estás en casa, querido. Yo estoy aquí a tu lado. ¿No me conoces? Soy mamó y estoy junto a ti.

Pero el niño la miraba fijamente y al cabo de un rato volvía a sobresaltarse y a gritar las mismas palabras. En otras ocasiones se mostraba más razonable y preguntaba con ansiedad cuándo volvería yo, e insistía que tendríamos que ir juntos en cuanto yo llegase, para «dejarle entrar».

—El doctor cree que es debido al sistema nervioso, que debe haber sufrido una fuerte impresión —dijo mi esposa—. ¡Oh, Henry! ¿Es posible que le hayamos obligado a estudiar demasiado? ¡Es un niño tan delicado! ¿Y qué significan sus deberes del colegio en comparación con su salud? ¡Hasta tú rechazarías honores y premios si ello hubiera de perjudicar la salud del pobre niño!

¡Incluso yo! ¡Como si yo fuese un padre inhumano que sacrificase mi hijo a mi propia ambición! Pero no quise aumentar los sufrimientos de mi esposa dándome por ofendido. Al cabo de un rato me convencieron de que me fuera a comer y a descansar, ya que no había podido hacer ni una cosa ni otra desde que recibí las cartas. El mero hecho de hallarme en casa era ya un alivio en sí; y cuando me aseguraron que en cuanto el niño se despertase me avisarían, consentí, incluso en aquel amanecer oscuro y frío, en robar un par de horas para dormir. Estaba en realidad tan agotado por la ansiedad y, al mismo tiempo, tan tranquilizado y

consolado de verme nuevamente en casa, que caí dormido en un sueño profundo del que no fui despertado hasta la tarde, hora en que ya comenzaba de nuevo a declinar el día.

Sin embargo, había todavía luz suficiente para ver la cara de mi hijo. ¡Y qué cambio había sufrido en un mes! Estaba aún más pálido que en aquellos días terribles, poco antes de salir de la India. Su cabello se veía lacio y deslustrado; sus ojos ardían como fuego llameante en su lánguido rostro. Agarró mi mano con la suya helada y temblorosa e hizo un gesto a todos de que se fuesen.

—Marchaos; tú también, mamá —dijo—. Marchaos todos.

Esto dolió a su madre, a quien no agradó que el chiquillo mostrase más confianza en mí que en ella, pero nunca había sido envidiosa, y nos dejó solos.

—¿Se han ido todos ya? —preguntó con viveza—. No me hubieran dejado hablar. El médico me trata como si fuera tonto. Tú sabes que no soy tonto, papá.

—Claro que sí hijito, ya lo sé, pero ahora estás enfermo y es necesario que descanses. No sólo no eres ningún tonto, Roland, sino que eres un hombrecito muy razonable y comprensivo. Como ahora estás malo tienes que aguantarte sin hacer muchas cosas que te gustarían; ya las harás cuando estés bueno otra vez.

Agitó su delgada manecita en ademán de indignación.

—¡Es que no estoy enfermo! —gritó—. ¡Oh, creía que tú cuando volvieras me dejarías hablar, y lo comprenderías todo inmediatamente! ¿Qué creéis que me pasa? Simson es una buena persona, pero es médico. No estoy más enfermo que cualquiera de vosotros. El doctor, en cuanto le mira a uno ya se cree que está enfermo, porque para eso le han llamado, y le manda a uno a la cama.

—Que es el lugar que más te conviene de momento, hijo mío.

—Me decidí a guardar cama hasta tu regreso —gritó el chiquillo—; me dije que así no asustaría a mamá ni a las niñas. Pero ahora, padre, fíjate bien en lo que te digo —gritó saltando casi de la cama—: ¡no es ninguna enfermedad, es un secreto!

Sus ojos brillaban tan enloquecidamente, su rostro estaba tan arrebatado por la emoción, que me estremecí. Aquello podía ser algo más que delirio febril, y pensé que otro ataque podía ser fatal para él. Le cogí en brazos para volver a arroparle en la cama.

—Roland —dije, fingiendo bromear, pues sabía que éste era el único procedimiento—, si quieres contarme ese secreto ya sabes que tienes que quedarte completamente tranquilo. Si veo que te excitas no te dejaré hablar.

—Sí, padre —dijo el muchacho. Se quedó tranquilo, como un hombre, como si comprendiese perfectamente. Cuando le dejé con la cabeza reclinada en la almohada me dirigió esa dulce mirada de agradecimiento con que los niños, cuando están enfermos, hacen que broten lágrimas de los ojos de sus padres encogiéndoles el corazón.

—Estaba seguro de que en cuanto llegaras sabrías lo que tenías que hacer —dijo.

—Claro que sí, hijo. Ahora estate tranquilo y cuéntame todo como un hombre. —

¡Y pensar que estaba mintiendo a mi propio hijo! Pues yo se lo preguntaba sólo para distraerle, por consolarle, creyendo, pobrecito, que su cabeza no regía bien del todo.

—Sí, padre. Padre, hay alguien en el parque…, alguien a quien han maltratado.

—¡Calla, hijito! Recuerda que no has de excitarte. Bien, ¿y quién es ese alguien y quién le ha maltratado? Verás qué pronto lo arreglo.

—¡Ah! —exclamó Roland—. No es tan fácil como piensas. No sé quién es. No es más que un llanto. ¡Oh, si lo pudieras oír! Se me mete en la cabeza durante el sueño. ¡Lo oigo tan claro, tan claro…! Y creen que estoy soñando, o a lo mejor que deliro —dijo el chico con una especie de sonrisa desdeñosa.

Esta expresión me dejó perplejo. Aquello no era delirio producido por la fiebre como yo había creído.

—¿Y estás completamente seguro de que no lo has soñado, Roland? —dije.

—¿Soñarlo? ¡Ni hablar! —se dispuso a saltar nuevamente de la cama pero lo pensó mejor y volvió a echarse con la misma sonrisa de antes—. El *pony* lo oyó también —dijo—. Saltó como si le hubiesen pegado un tiro. Me asusté mucho, padre, de verdad…

—No te dé vergüenza, hijo —dije, aunque apenas sabía por qué.

—Si no me hubiera agarrado con todas mis fuerzas el *pony* me habría tirado y no paró de galopar hasta que llegó a la puerta de la casa. ¿Lo soñó también el pony? —dijo con leve desdén, aunque con cierta indulgencia para con mi torpeza. Luego, lentamente, añadió—: La primera vez fue sólo un sollozo, como si llorase, y sucedió antes de irte tú de viaje. No quise contártelo porque me avergoncé de haberme asustado. Pensé que sería una liebre o un conejo cogido en un cepo, y fui por la mañana, pero no encontré nada. Después de irte tú es cuando empecé a oír con toda claridad, y lo que dice es —se incorporó, apoyándose en un codo, se acercó a mí y me miró a la cara—: «Oh, madre, déjame entrar. ¡Oh, madre, déjame entrar!» Al decirlo se le nubló la cara, la boca le tembló, hasta sus facciones se alteraron. Y después de pronunciar estas lastimeras palabras rompió a llorar amargamente.

¿Era una alucinación? ¿Era una fiebre cerebral? ¿Era una fantasía desordenada causada por una gran debilidad corporal? ¿Cómo saberlo? Pensé que lo más razonable sería aceptarlo todo como si fuese verdad.

—¡Qué lástima, Roland! —dije.

—¡Oh, padre si lo hubieras oído! Me dije a mí mismo: si papá lo oye hará algo. Pero mamá, ya sabes, en seguida fue a llamar a Simson, y como este individuo es médico no piensa más que en meterle a uno en la cama.

—No debemos censurar a Simson porque sea médico, hijo.

—No, claro que no —dijo el chico con graciosa tolerancia—. Oh, no, es lo suyo; para eso hizo su carrera, ya lo sabía. Pero tú…, tú eres distinto; tú eres mi padre y harás algo en seguida, ¿verdad?; en seguida, esta misma noche.

—Desde luego —dije—. Sin duda se trata de algún niño que se ha perdido.

Me lanzó una mirada rápida y súbita, como alarmado de que esto fuera lo que

después de todo daba de sí mi inteligencia de padre: ¿Nada más? Entonces, agarrándose a mi hombro con su manita flaca, dijo con un temblor en la voz:

—Escucha: suponte que no esté vivo.

—Pero, Roland, ¿cómo podrías haberle oído entonces? —repuse.

Desvió el rostro con una expresión de enojo.

—¡Como si no supieras tú más de eso!

—¿Quieres decir entonces que se trata de un fantasma? —dije.

Roland apartó la mano, su semblante adquirió una expresión de gravedad. Sus labios se agitaron en un pequeño temblor convulsivo.

—Sea lo que sea, tú siempre me has dicho que el nombre es lo de menos. Era algo… afligido. ¡Sí, padre, terriblemente afligido!

—Pero, hijo mío —dije completamente desorientado—, si era un niño perdido o una criatura… Roland, ¿qué quieres que haga yo?

—Yo sí sabría lo que tendría que hacer, si fuera tú —replicó con viveza—. Eso es lo que me dije a mí mismo: papá sabrá lo que tiene que hacer. ¡Oh, padre, padre, tener que encontrármelo todas las noches, tan terriblemente afligido, sufriendo tanto, y yo sin poder ayudarle! ¡No quiero llorar! Ya sé que llorar es cosa de niños pequeños, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Está allí, en las ruinas, solo, sin nadie que vaya a socorrerle. ¡No lo puedo soportar! —gritó mi generoso muchacho. Y en su debilidad, después de intentar en vano contenerse, rompió a llorar infantilmente, mezclando sollozos y lágrimas.

Creo que en mi vida me he sentido tan perplejo como entonces. Ya es bastante penoso encontrarse al propio hijo convencido de que ha visto u oído a un fantasma. Pero que nos pida que acudamos inmediatamente en ayuda de ese fantasma es lo más desconcertante que puedo imaginar. Me considero hombre sobrio y nada supersticioso o, por lo menos, no soy más supersticioso que el término medio de la gente. Por supuesto, no creo en fantasmas, pero no niego que existan muchos hechos incomprensibles que no debo pretender explicar. Se me heló la sangre en las venas al pensar que Roland podía ser un visionario, pues éstos son, generalmente, individuos de carácter histérico y salud precaria, que es precisamente lo que más teme un padre que le ocurra a su hijo. Pero que me pidiera que yo me hiciera cargo de su fantasma, y le consolara en su aflicción, era algo capaz de confundir a cualquiera. Hice lo posible por consolar a mi hijo sin comprometerme a nada, pero él no quiso aceptar ninguna de mis caricias. Con sollozos entrecortados y lágrimas en los ojos volvió a insistir:

—Ahora estará allí… No se moverá en toda la noche. ¡Oh, papá, piensa que fuese yo! No puedo dormir pensando en él. ¡No, papá! —gritó apartando mi mano—. ¡No, no, por favor! Ve y ayúdale, que ya se ocupará mamá de mí.

—Pero, hijo, ¿qué puedo hacer?

Roland abrió los ojos dilatados por la debilidad y la fiebre y me dirigió esa sonrisa que sólo los niños enfermos saben aflorar.

—Estaba seguro de que en cuanto llegases lo solucionarías. Siempre me lo dije: mi padre sabrá qué hay que hacer. Y mamá —añadió relajando sus facciones y sus miembros y hundiéndose voluptuosamente en la cama—, mamá puede quedarse conmigo.

La llamé y vi al chiquillo volverse hacia ella con la docilidad de un niño pequeño; luego los dejé y me fui, convertido en el hombre más perplejo de Escocia. Sin embargo, me había tranquilizado bastante. El chiquillo podía ser víctima de una alucinación, pero tenía la cabeza despejada y no me daba la impresión de que estuviese tan enfermo como opinaban los demás. Hasta las chicas quedaron sorprendidas al ver mi tranquilidad.

—¿Cómo te ha parecido que está? —me preguntaron.

—Ni a mitad de malo de lo que yo suponía —dije—. No está enfermo en absoluto.

—¡Oh, papá, qué alegría me das! —exclamó Agatha, besándome emocionada, mientras la pequeña Jeanie, que estaba tan pálida como el propio Roland, me abrazaba sin poder hablar. Yo, como es lógico, no entendía de medicina ni la mitad que el doctor Simson, pero las chicas creían en mí, y estaban convencidas de que todo iría bien. Deberíamos dar gracias a Dios cuando nuestros hijos tienen esa fe en nosotros. Esa fe que le hace a uno humilde y no orgulloso. Yo no era digno de ella. Y entonces recordé que también tenía que hacer de padre con el fantasma de Roland, lo cual me hizo reír, igual que me podía haber hecho llorar. Era la más extraña misión que jamás se había encomendado a un mortal.

Entonces recordé la actitud de mis criados cuando les llamé para que condujesen el carruaje a la cuadra; no pareció gustarles el trabajo, y a los caballos tampoco. También recordé entonces que los había oído regresar a toda velocidad y que había decidido interrogarles más adelante sobre el particular. Y se me ocurrió que lo mejor sería llevar a cabo una investigación en los establos. Es muy difícil sondear el espíritu de la gente de campo; podía tratarse de una broma pesada o quizás hubiera alguien interesado en poner mala fama a la casa Brentwood. Estaba oscureciendo cuando salí, y a quien conozca el campo no necesito decirle lo negras que son las noches de noviembre bajo los tejos y los laureles. Penetré dos o tres veces en el espesor de los matorrales y arbustos y no pude distinguir mi mano puesta delante de los ojos; por fin salí a una senda más ancha y despejada de árboles apareciendo a mis ojos un trozo de cielo gris bajo el cual los grandes olmos y tilos parecían fantasmas crepusculares. Avancé con ojos y oídos bien despiertos, pero no distinguí nada en la absoluta oscuridad y que yo recuerde tampoco oí nada. Sin embargo tuve el presentimiento de que allí había alguien. Me dije que sin duda el relato de Roland había afectado mi imaginación. Además, la oscuridad siempre está llena de insinuaciones. Para reaccionar di una violenta patada en la grava preguntando ásperamente:

—¿Quién hay ahí?

Nadie contestó. En realidad, no esperaba ninguna contestación, pero el mal ya

estaba hecho. Fui tan estúpido que ya no me atreví a mirar a mi espalda, y seguí caminando sin perder de vista el resplandor que me guiaba. Con gran alivio vi por fin las iluminadas cuadras, que constituían una especie de oasis de luz en las tinieblas. Caminé, con excesiva rapidez quizás, hacia aquel lugar luminoso y alegre, y el ruido metálico y banal del cubo del caballerizo me pareció uno de los sonidos más musicales que había oído en mi vida. El jefe de aquella colonia era el cochero, y a su casa me llegué para empezar mi investigación. El hombre había nacido en el pueblo y desde hacía años cuidaba el lugar en ausencia de sus dueños. Era imposible que desconociese las tradiciones de la comarca. Pude notar que los hombres me miraron con aprensión al verme aparecer a aquellas horas y me siguieron con la vista hasta que llegué a casa de Jarvis, el cochero, que vivía solo con su esposa, ya que sus hijos se habían casado y andaban por ahí. La señora Jarvis me hizo preguntas ansiosas: ¿Cómo estaba el pobre señorito…? Pero los demás se dieron cuenta —lo vi en sus caras— de que a mí me rondaba entonces otra cosa por la cabeza.

—¿Ruidos? Sí, claro que hay ruidos… el viento, los árboles, el arroyo que corre por el valle. En cuanto a vagabundos, coronel, hay poca gente de ésa por aquí y, además, para eso está ahí Merran en la verja, vigilando para que no entren.

Jarvis se movía con embarazo mientras hablaba. Se mantenía en la sombra y no me miraba a la cara más que cuando era imprescindible. Se le veía desasosegado y como si tuviese algún motivo para guardar silencio. Su esposa permanecía sentada, echándole de vez en cuando una rápida mirada, pero sin decir nada. La cocina era cálida, alegre y cómoda, en contraste con la noche fría y misteriosa del exterior.

—Me parece que me estás tomando el pelo, Jarvis —dije.

—¿Tomarle yo el pelo, coronel? No. ¿Por qué tengo yo que tomar el pelo a nadie? ¿A mí qué más me da…? Igual me daría… aunque estuviese el mismísimo diablo en la casa… ¿por qué no se lo iba a decir?

—¡Sandy, cállate de una vez! —gritó su esposa imperativamente.

—¿Y por qué me he de callar? ¿No ves que el señor coronel me está haciendo preguntas? Digo que aunque el mismo diablo…

—¡Y yo te digo que te calles! ¡Que nos dejes en paz! —gritó la mujer con gran excitación—. Tiempo de noviembre, oscuro; largas noches, y nosotros sabiendo lo que sabemos… ¿Cómo te atreves a pronunciar… bueno, un nombre que no debe pronunciarse? —Arrojó la media que estaba tejiendo y se levantó, también presa de gran excitación—. Te lo dije: no serías capaz de callar. No es cosa que se pueda ocultar tan fácilmente. Todo el pueblo lo sabe ya tan bien como tú o como yo. Díselo ya al señor coronel. Si no se lo dices tú lo haré yo. No me gustan los secretos… ¡y, además, éste lo sabe ya todo el pueblo! —terminó chasqueando los dedos con aire muy desdeñoso.

Jarvis, corpulento y rojizo, se encogió ante la decisión de su mujer. Ahora fue él quien repitió dos o tres veces la recomendación de ella:

—¡Cállate y déjanos en paz!

Pero luego, cambiando con brusquedad de tono, gritó:

—¡Díselo, pues; Dios te confunda! Yo me lavo las manos. ¿A mí qué más me da? Aunque estuviesen todos los fantasmas de Escocia en la vieja casa… ¿a mí qué me importa?

Después de esto conseguí por fin enterarme sin dificultad de todo el asunto. En opinión de Jarvis, y de todo el pueblo, no cabía la menor duda de que existían fantasmas en el lugar. A medida que Sandy y su esposa se iban calentando los ánimos en el relato, interrumpiéndose el uno al otro en su ansiedad por no dejarse un solo detalle sin contar, me fui dando cuenta de que se trataba de una superstición tan notoria como la que más, y no desprovista de poesía y patetismo. Nadie sabía con certeza cuándo se había escuchado por primera vez aquella voz quejumbrosa. En opinión de Jarvis, su padre, que había sido cochero de Brentwood antes que él, jamás había oído hablar de esa voz, por lo que pensaba que ésta debía haber iniciado su actividad en los últimos diez años, es decir, a partir del momento en que terminaron de desmantelar totalmente el caserón viejo; esta fecha parecía demasiado reciente para una historia de este tipo. Según estos testigos y varios otros a quienes interrogué, todos los cuales estuvieron completamente de acuerdo entre sí, las «llamadas» se oían únicamente durante los meses de noviembre y diciembre, los más oscuros del año. No había noche de estos meses en que no se repitiesen los inexplicables gritos y sollozos. Se decía que nunca se había visto nada, al menos nada que pudiera identificarse. Algunos, más audaces o más imaginativos que los demás, habían visto *moverse* la oscuridad, según dijo la señora Jarvis con inconsciente poesía. El fenómeno comenzaba al anochecer y continuaba, con intervalos, hasta que rompía el alba. Con frecuencia no consistía más que en un llanto inarticulado o un gemido, pero a veces se habían oído aquellas palabras que de tal forma impresionaron la imaginación de mi hijo: «Oh, madre, déjame entrar.» Los Jarvis ignoraban si se había llevado a cabo alguna investigación acerca de las voces. La propiedad de Brentwood había ido a parar a una rama lejana de la familia, la cual apenas había vivido allí, y luego, de las muchas personas que la alquilaron, muy pocas llegaron a quedarse hasta diciembre del segundo año. Y nadie se preocupó de investigar a fondo en los hechos.

—No, no —dijo Jarvis, agitando la cabeza—. No, no, coronel. ¿Quién se atreve a convertirse en la comidilla del pueblo poniéndose a buscar un fantasma? Nadie cree en los fantasmas. El último inquilino dijo que debía ser el viento sobre los árboles o un curioso efecto del agua entre las rocas. Dijo que científicamente se podía explicar con facilidad, pero, sin embargo, él se fue. Cuando llegó usted, coronel, temimos que lo oyera. Por eso no se lo queríamos decir. ¿Qué necesidad tengo de darle a usted un disgusto y que rescinda el contrato y se marche, todo ello en perjuicio de la propiedad y total por una nadería?

—¿Llama usted nadería a la vida de mi hijo? —exclamé con la indignación del momento, sin poder contenerme—. ¡Y en lugar de contarme usted esas historias a mí, se las ha contado a mi hijo, que es un chiquillo delicado, solamente un niño, incapaz,

por tanto, de tener ideas propias y además muy sensible!

Me puse a pasear furioso de un lado para otro del cuarto, muy irritado contra los estúpidos criados que preferían arriesgar la vida de un chiquillo antes que permitir que la casa quedara sin alquilar. Si me hubieran advertido habría tomado mis medidas y podría haberme marchado de allí o haber enviado a Roland a otro sitio, o cualquier otra cosa que ya no podía hacer. ¡Y ahora me encontraba con mi hijo presa de una fiebre cerebral y con su vida, la más preciosa vida del mundo para mí, pendiente del asunto de si yo conseguiría averiguar o no el origen de una historia de fantasmas! Seguí paseándome, muy encolerizado, de un extremo al otro de la habitación, sin saber qué hacer. Pensaba que, aunque me llevase a Roland a otro sitio, en el supuesto de que pudiese viajar, no lograría ya calmar su espíritu agitado. Y sospeché que cualquier explicación a base de refracción de ondas acústicas, ecos o reverberaciones, que con tanta facilidad convencería a cualquier hombre de edad madura, haría muy poco efecto en el muchacho.

—Coronel —dijo Jarvis, solemnemente—; *ella* es testigo de que yo no le he dicho al señorito ni una palabra del asunto, y tampoco le ha dicho nada ningún jardinero ni caballerizo, ¡palabra! En primer lugar, no es un muchacho que invite a la conversación. Hay algunos que sí y otros que no. Algunos le tiran a uno de la lengua hasta que éste les cuenta todo lo que sabe. Pero el señorito Roland no es de esa clase, siempre metido en sus libros. No cabe duda que es un señorito cortés y amable, sólo que no le gusta meterse donde no le llaman. Ya ve: nos agradaría que se quedase usted en Brentwood, y por eso hice circular la consigna: «Ni una sola palabra al señorito Roland ni a las señoritas; ni una palabra.» Las criadas, que no tienen por qué salir de noche, no saben nada del asunto. Mucha gente piensa que es buena cosa tener un fantasma, siempre y cuando no se tope uno con él. Y lo que me digo es que si desde un principio le hubiésemos contado la historia a lo mejor resultaba usted de ésos.

Esto era cierto, pero no arrojaba luz alguna sobre mis dudas. En primer lugar, si nos hubiéramos enterado es posible que la familia en pleno hubiese considerado la existencia del fantasma como una neta ventaja de la finca. Es la moda de los tiempos. No nos detenemos nunca a pensar si no será arriesgado bromear ante los niños con frases como éstas: «¡Y tiene fantasma y todo! ¡Ya no le falta nada!» Yo mismo no había caído en ello. Sí, no pretendo ser ninguna excepción. A las chicas seguramente les habría encantado. Me imaginaba perfectamente su interés y su excitación. No, si nos lo hubieran dicho habríamos firmado el contrato con mayor interés todavía. ¡Así somos de estúpidos!

—¿Y nunca se ha hecho ningún intento de investigar en qué consiste en realidad?

—¡Eh, coronel! —dijo la mujer del cochero—. ¿Y quién cree que investigaría, como usted dice, acerca de una cosa en la que nadie cree? Se convertiría en la comidilla del pueblo, como dice mi marido.

—¡Pero usted sí que cree en ella! —dije, volviéndome rápidamente hacia la vieja.

Ésta, sorprendida, retrocedió un paso.

—¡Por Dios, coronel! —exclamó—. ¡Qué sustos le da usted a una! ¡Eh! ¡Existen cosas horribles y extrañas en este mundo! ¡Una persona inculta como yo no sabe qué pensar de ello! Pero el cura y los señores se ríen de una en su misma cara. ¡Investigar sobre una cosa que ni siquiera existe! No, no; nosotros dejamos las cosas como están.

—Venga conmigo, Jarvis —dije rápidamente—, y haremos por lo menos una intentona. No diga usted nada a nadie. Volveré después de cenar e intentaremos seriamente descubrir de qué se trata, si es que en realidad se trata de algo. Si lo oigo, cosa que dudo, esté seguro de que no descansaré hasta aclarar el misterio. Esté preparado para las diez, que a esa hora vendré a recogerle.

—¿Yo, coronel? —dijo Jarvis con voz desmayada. En mi preocupación no le había mirado a la cara mientras hablaba, pero cuando lo hice pude observar que en el rostro del corpulento y rubicundo cochero se había producido un cambio impresionante.

—¿Yo, coronel? —volvió a repetir, enjugándose el sudor que cubría su frente. Su rostro apoplético había perdido el color; sus rodillas se entrechocaban, su voz parecía agonizar en su garganta. Empezó a frotarse nerviosamente las manos y a sonreírme de una manera imbécil e implorante.

—No hay nada que yo no hiciera por complacerle, coronel —dijo retrocediendo un paso—. Seguro que *ella* se acuerda de que yo he dicho muchas veces que nunca he tratado con un caballero tan educado y justo… —Jarvis hizo una pausa mirándome oblicuamente.

—¿Y bien? —dije.

—Pero… señor —prosiguió con la misma sonrisa imbécil, pero insinuante—, si reflexiona en que yo no tengo costumbre de andar… Con un caballo entre las piernas o las riendas en las manos valgo tanto como otro; pero a pie, coronel… No es por los… duendes, pero es que yo he sido de Caballería, ¿sabe usted? —lanzó una risita —, y enfrentarse con una cosa que no puede uno comprender… y a pie, coronel…

—Pues bien, señor mío; si *yo* lo hago —dije agriamente—, ¿por qué no puede hacerlo usted?

—¡Eh, coronel, hay una gran diferencia! En primer lugar, usted recorre a pie todo el campo y como si tal cosa, pero a mí un paseíto de nada me cansa más que cien millas a caballo… Por otra parte, usted es un caballero que hace estas cosas por gusto y no un pobre viejo fatigado como yo; encima, se trata de su hijo, ¿sabe usted?, coronel, y luego…

—En fin, señor, que él cree en esas cosas y usted no —intervino la mujer.

—¿Quiere usted acompañarme entonces? —dije, volviéndome a ella.

La mujer dio un salto hacia atrás, derribando la silla en su desconcierto.

—¡Yo! —chilló, cayendo después en un acceso de risa histérica—. No digo que no iría, sólo que, ¿qué diría la gente luego que se supiese que el coronel Mortimer iba por ahí de noche con una vieja tonta como yo?

La sugerencia de la mujer me hizo reír, a pesar de no sentir la menor alegría.

—Lamento que sea usted tan cobarde, Jarvis —dije—. Estoy viendo que tendré que buscar otra persona.

Jarvis, herido por estas palabras, empezó a protestar, pero le corté en seco. Mi mayordomo era un soldado que había luchado conmigo en la India, y era de suponer que no tendría miedo a nadie —hombre o demonio—. Pensé que estaba perdiendo el tiempo allí. Los Jarvis se alegraron mucho cuando me fui. Me acompañaron hasta la puerta con las más extravagantes muestras de cortesía. Los dos mozos de cuadra seguían fuera y se sorprendieron al verme salir tan pronto. No sé si habrían estado escuchando o no; probablemente se habían quedado lo más cerca posible de la puerta para ver si lograban escuchar algo de la conversación. Les saludé con la mano al pasar, en respuesta a su despedida, y también era evidente que se alegraron de que me marchase.

Quizá parezca extraño, pero no está de más añadir que yo mismo, aunque decidido a llevar a cabo la investigación, pues así se lo había prometido a Roland, y pese a creer que la salud de mi hijo —y quizás incluso su vida— dependía del resultado de mi indagación, sentí la más inexplicable desgana al acercarme a las ruinas de vuelta hacia casa. Mi curiosidad era intensa; sin embargo, mis piernas se negaron a todo movimiento que no fuera el de pasar de largo. Es posible que los científicos interpreten esto de otra manera y atribuyan mi pánico a un mal funcionamiento del estómago. Proseguí mi camino, pero, de haber obedecido mi impulso, me hubiera puesto a correr con toda mi alma. Todo mi ser parecía gritar y rebelarse. Mi corazón latía tumultuosamente; el pulso empezó a martillearme en los oídos y todos mis sentidos se pusieron alerta. Todo estaba muy oscuro, como he dicho; la vieja casa, con su torre informe, se destacaba como una masa pesada a través de la densa oscuridad. Por otra parte, los grandes cedros negros, de que tanto nos enorgullecíamos, llenaban la noche. En mi confusión, y también a causa de la intensa oscuridad, me salí del sendero; me detuve horrorizado, dando un grito, al notar que topaba con algo sólido. ¿Qué era? El contacto con la dura piedra, la cal y los matorrales espinosos me devolvió un poco la tranquilidad.

—¡Oh, no es más que el viejo tejadillo! —dije en voz alta, con una risita para tranquilizarme.

La sensación áspera de las piedras hizo que reaccionara con bastante firmeza. Mientras andaba a tientas me liberé de mis ideas fantasmagóricas. ¿Qué tenía de particular que me hubiese desviado del sendero en la oscuridad? Este pensamiento me devolvió a la realidad de las cosas, como si una sabia mano me hubiese sacudido y limpiado de todas las necedades de la superstición. En efecto, ¡qué necio era todo aquello! ¿Qué más daba tomar un sendero que otro? Volví a reír, esta vez de mejor ánimo, cuando de repente, en un instante, se me heló la sangre en las venas y un escalofrío recorrió mi espina dorsal, al tiempo que mis facultades parecían quedar en suspenso. Junto a mí, a mi lado, a mis pies, se había oído un suspiro. No, no era un

sollozo ni tampoco un gemido, no era nada tan concreto; era solamente un suspiro blando, tenue, inarticulado. Di un salto hacia atrás y mi corazón dejó de latir. ¡Me había equivocado! No, no era posible que me hubiese equivocado. Lo había percibido con tanta claridad como si lo hubiese proferido yo mismo: era un suspiro largo, suave, cansado, como de alguien que así intentase desahogarse del sufrimiento que agobiaba su pecho. Oír esto en la soledad, en las tinieblas, en la noche (aunque todavía no era muy tarde), producía un efecto indescriptible. Aún me parece sentirlo: algo frío me recorrió hasta la raíz del cabello desde las plantas de los pies, los cuales se negaron a moverse. Con voz temblorosa grité:

—¿Quién hay ahí? —pero no hubo respuesta.

Aún no sé cómo me las arreglé para llegar a casa. Pero ya no sentía indiferencia hacia aquello que rondaba las ruinas fuera lo que fuese. Mi escepticismo desapareció igual que el humo. Creía ya en el fantasma con la misma fe que Roland. Ni por un instante pensé que pudiera haberme equivocado. Existen movimientos y ruidos comprensibles: crujidos y chasquidos de ramitas heladas y guijarros del sendero, que a veces producen sonidos raros, temerosos, y que le dejan a uno intrigado y preguntándose quién lo habrá hecho; pero esto sucede *cuando no existe un misterio auténtico.* Sin embargo, todo esto no admite comparación con lo que se siente *cuando sí existe algo.* Yo soy capaz de comprender *aquellos ruidos.*

Pero no comprendí el suspiro. No era la simple Naturaleza: tenía significado, sentimiento, alma de una criatura invisible. Era eso ante lo cual tiembla el hombre más templado. No sentía ahora la desgana que había experimentado antes, ni tampoco el miedo que tuve cuando iba camino del establo: esta vez casi corrí a casa impelido por la ansiedad de hacer todo lo posible, y cuanto antes, por descubrir qué era. Bagley, el mayordomo, se encontraba en el vestíbulo, como de costumbre, cuando entré. Por la tarde siempre estaba allí, fingiendo ocuparse en algún trabajo, pero, en realidad, sin hacer nunca nada. La puerta estaba abierta y entré, extraviado y jadeante. Su aire tranquilo, cuando se acercó cortésmente a ayudarme a quitar el abrigo, tuvo la virtud de tranquilizarme al momento. Cualquier cosa extraña o ilógica se desvanecía en presencia de Bagley. Me dirigí hacia él diciéndole de sopetón:

—Bagley, quiero que me acompañe usted esta noche a vigilar…

—…cazadores furtivos, coronel —terminó radiante de satisfacción.

—No, Bagley —grité—, algo mucho peor.

—Sí, coronel. ¿A qué hora, señor? —elijo el hombre; pero aún no le había dicho de qué se trataba.

Eran casi las diez cuando salimos. En la casa reinaba una absoluta quietud. Mi esposa quedó con Roland, que estaba mucho más tranquilo y —aunque la fiebre debía haber seguido su curso— había mejorado bastante desde mi regreso. Dije a Bagley que se pusiese un gabán fuerte y yo hice lo propio, calzándome también fuertes botas, pues el terreno estaba encharcado, o quizás algo peor. Mientras hablaba con él casi me había olvidado de lo que íbamos a hacer. La noche estaba todavía más

oscura que antes, y Bagley no se separó de mí mientras caminábamos. Yo llevaba una linterna en la mano que nos ayudaba a orientamos. Habíamos llegado a un recodo del sendero; a un lado quedaba el campo de bolos, que las chicas habían convertido en campo de croquet, y era como un circo maravilloso rodeado de altos setos de muérdago de más de trescientos años de edad; al otro lado estaban las ruinas. Ambos resultaban negros en la noche. Antes de seguir adelante vimos una pequeña abertura por donde se divisaban los árboles y la clara linea de la carretera. Pensé que lo mejor sería descansar un momento para tomar aliento.

—Bagley —dije—, en esas ruinas hay algo que no comprendo. Allí es donde vamos. Tenga los ojos bien abiertos y manténgase alerta. Esté dispuesto a lanzarse sobre cualquier extraño que nos encontremos, tanto si es hombre como mujer. No hiera, pero atrape cualquier cosa que vea.

—Coronel —replicó Bagley, con voz temblorosa—, dicen que allí hay cosas que no son ni hombre ni mujer.

No había tiempo para discusiones.

—¿Está dispuesto a seguirme o no, Bagley? Ésta es la cuestión —repliqué. Bagley me saludó militarmente y me siguió sin pronunciar palabra. Supe entonces que no tenía nada que temer.

Íbamos, según pude deducir, por el mismo sendero donde yo había escuchado aquel suspiro espeluznante. La oscuridad, sin embargo, era tan densa que no se distinguía la menor traza de árboles o sendas. Un momento sentíamos crujir la gravilla bajo nuestros pies; al momento siguiente, se hundían silenciosamente en la hierba resbaladiza. Había apagado mi linterna con objeto de no levantar la caza, cualquiera que fuese. Bagley, al parecer, seguía exactamente mis pasos, mientras me dirigía, o creía dirigirme, hacia la negra masa de la casa en ruinas. Estimamos que tardábamos demasiado tiempo en encontrarla. Nuestra marcha se veía jalonada por el chapotear fangoso de nuestros pies en el suelo empapado. Al cabo de un rato me detuve a ver, o, mejor dicho, a sentir dónde nos hallábamos. Reinaba un profundo silencio. Los sonidos que he mencionado —rodar de un guijarro, crujir de ramitas, crepitar de hojas muertas o el ruido de un insecto arrastrándose por la hierba— eran audibles de nuevo, y me alegraban como demostración de que la vida de la Naturaleza continuaba incluso bajo el helado sudario de la escarcha. Mientras estábamos allí, inmóviles, resonó entre los árboles de la cañada el prolongado ulular de un búho. Bagley dio un respingo de miedo, pues estaba tremendamente nervioso y no sabía de qué tenía que asustarse. Para mí, en cambio, el sonido fue tranquilizador y amable, pues era *comprensible.*

—Un búho —dije a media voz.

—Sí, coronel —repuso Bagley, asustado.

Permanecimos inquietos unos cinco minutos, mientras el ulular rompía el aire quieto, ensanchándose en ondas sonoras y muriendo en la oscuridad de la noche. Este sonido, que no tiene nada de alegre, me había puesto de buen humor. Era un ruido

natural que alivió mi tensión nerviosa. Avancé con renovado valor, aplacada ya mi excitación.

Pero de pronto, tan súbita como bruscamente, a nuestro lado, a nuestros pies, se oyó un llanto. Di un salto hacia atrás en el primer momento de sorpresa y horror, y al hacerlo choqué violentamente con la pared y las zarzas con que también había tropezado antes. Este nuevo sonido se alzaba y ascendía desde el mismo suelo. Era una voz baja, gimiente y plañidera, llena de sufrimiento y dolor. El contraste entre la voz y el ulular del búho era indescriptible: poseía el primero una silvestre naturalidad que a nadie podía alarmar; el otro, en cambio, era un sonido que helaba el corazón. Tras muchos frenéticos intentos —pues a pesar de mis esfuerzos por mantenerme sereno, me temblaban las manos— conseguí descorrer el cristal de la linterna. La luz brotó como si tuviera vida, haciendo visible el lugar en un instante. Nos hallábamos dentro de lo que habría sido el edificio en ruinas, de haber quedado algo más de él que la pared con el tejadillo ya descritos. No se encontraban éstos lejos de nosotros, y en la pared se abría la puerta vacía, abierta a la oscuridad de la noche. La luz mostraba el trozo de pared, recubierta del oscuro ropaje de la hiedra, rodeada de zarzas y espinos y, en su centro, la puerta abierta, una puerta que conducía a la nada. De allí procedía la voz, que se había callado al proyectar la luz en la extraña escena. Hubo un momento de silencio; luego el sonido volvió a dejarse oír, tan cerca, tan penetrante, tan lastimero, que di un respingo y la linterna se me cayó de las manos. Mientras la buscaba a tientas debido a la oscuridad, Bagley, que debía haber caído de rodillas a mi lado, se agarró a mi brazo; pero yo estaba demasiado aterrado para dar importancia a estos detalles. Se mantuvo agarrado a mí, olvidando en la confusión de su terror todo su habitual decoro.

—Por amor de Dios, ¿qué ha sido eso, señor? —dijo con voz entrecortada. Si yo me dejaba dominar también por el pánico ambos estábamos perdidos.

—No sé más que usted —repuse—; esto es lo que hemos venido a averiguar. ¡Levántese! —le ordené mientras le ayudaba a ponerse en pie—. ¿Qué prefiere: ir a echar una mirada al otro lado de la puerta o quedarse aquí con la linterna?

Me miró con el rostro lleno de terror.

—¿Y no podemos quedarnos los dos juntos, coronel? —preguntó, temblándole lastimosamente las rodillas. Le empujé hasta el rincón de la pared y le puse la luz en las manos.

—No se mueva de aquí hasta que yo vuelva. ¡Ánimo! No deje que pase nada por su lado —dije. La voz se hallaba a menos de un metro de nosotros, no cabía la menor duda.

Me dirigí al otro lado de la pared, manteniéndome arrimado a ella. La luz temblaba en las manos de Bagley, pero aunque muy tenue, proyectaba a través de la puerta abierta un bloque oblongo de luz, que delimitaba todos los rincones en ruinas y las masas colgantes de follaje. ¿Qué era aquella masa oscura, acurrucada, que había a un lado? Avancé, con la luz, a través del portal, y caí sobre aquello con mis manos;

pero era tan sólo un enebro que crecía junto a la pared. Mientras tanto, la visión de mi figura cruzando la puerta por en medio del haz luminoso había producido una verdadera descarga nerviosa en Bagley. Se lanzó sobre mí y me sujetó por los hombros.

—¡Ya lo tengo, coronel! ¡Ya lo tengo! —gritó con súbita exaltación.

Al creer que se trataba de una simple persona humana se había sentido aliviado instantáneamente. Pero en ese momento volvió a oírse la voz entre nosotros, a nuestros pies, todo lo cerca que puede estar un objeto de nosotros, sin ser nosotros mismos. Bagley se apartó de mi lado y se dejó caer contra la pared, respirando angustiosamente como si estuviese en la agonía. Supongo que en ese momento se debió dar cuenta de que era a mí a quien había apresado. Yo, por mi parte, apenas podía dominarme más que él. Le arrebaté la linterna proyectando la luz frenéticamente por todo mi alrededor. Nada: el enebro, en el cual nunca me había fijado anteriormente, la espesa vegetación, la hiedra brillante, las zarzas agitándose. Ahora sonaba todo junto a mis oídos, llorando, llorando, como si suplicase. Y, o bien oí las mismas palabras que había escuchado Roland, o bien creí oírlas, contagiado en la excitación del momento, de sus temores y angustias. La voz continuaba, claramente articulada, pero fluctuando de uno a otro lado, procediendo ya de un punto, ya de otro, como si su dueño se estuviera moviendo lentamente hacia atrás y hacia delante.

—¡Madre! ¡Madre!

Y luego rompía en sollozos. A medida que mi espíritu se iba acostumbrando a lo incomprensible, iba produciéndome una sensación como si una criatura miserable y afligida pasease de arriba a abajo ante una puerta cerrada. A veces —aunque quizá fuese cosa de la imaginación—, me pareció incluso oír un ruido como si golpearan la puerta, y luego otra vez volvían a estallar los sollozos:

—¡Oh, madre! ¡Madre!

- todo esto allí mismo, a veces, delante; otras, detrás de

mí; una criatura desasosegada y afligida, gimiendo, llorando, se paseaba ante aquella puerta vacía, que ya nadie podía volver a abrir ni a cerrar.

—¿Lo oye usted, Bagley? ¿Oye lo que está diciendo? —grité, atravesando el umbral de la puerta.

Bagley yacía apoyado contra la pared, medio muerto de terror. Movió los labios, como si contestara, pero de su boca no brotó el menor sonido. Luego, levantó el brazo con un movimiento imperioso y extraño, como si me ordenase guardar silencio y escuchar. No puedo decir el tiempo que estuve escuchando. Comencé a experimentar una especie de indescriptible interés y excitación. Aquello evocaba en mí una escena comprensible: algo excluido, dejado fuera, vagaba desasosegado de un lado a otro; a veces la voz procedía del suelo, como si se hubiese tumbado; otras, se

alejaba unos pasos y se hacía clara y fuerte:

—¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Déjame entrar! ¡Oh, madre, madre! —Oía todas las palabras con perfecta claridad. No era extraño que mi hijo casi se hubiera vuelto loco de pena. Traté de concentrar mis pensamientos en Roland y en la fe que tenía en mí. Pero aun cuando conseguí dominar el terror en parte, mi cabeza vacilaba de excitación. Al final, las palabras cesaron y sólo quedó un sonido de sollozos y gemidos.

—En nombre de Dios, ¿quién eres? —grité con la sensación de que profanaba el nombre de Dios, puesto que no creía en fantasmas ni en nada sobrenatural! Pero daba igual, y esperé, aterrado ante la posibilidad de que hubiera respuesta a mis palabras. No sé por qué sería, pero tenía la sensación de que no podría soportarlo si me hubiese respondido. Pero no fue así: continuó inalterable aquel sollozar; y luego, como si hubiese sido real, la voz volvió a alzarse, un poco más alta esta vez:

—¡Oh, madre, déjame entrar ¡Déjame entrar, madre!

¡Como si hubiese sido real! ¿Qué quiero decir con esto?

Sin duda alguna mi terror había ido disminuyendo a medida que la voz proseguía. Empecé a recobrar el uso de mis sentidos. Me parecía encontrarle explicación a todo. Me dije que todo esto había sucedido ya una vez en tiempos pasados, que era un recuerdo de una escena real. No sé por qué esta explicación resultó tan convincente y tranquilizadora, pero así fue. Seguí escuchando, pero ahora empecé a hacerlo con ánimo distinto, como si aquello no fuese ya sino un juego o una representación teatral. Me olvidé de Bagley, que debía estar desvanecido, y me sumergí, como espectador de este extraño misterio, hundiéndome en profundas meditaciones, de las que fui sacado violentamente por una carrera de algo que hizo saltar de nuevo mi corazón: una figura grande y negra, que agitaba los brazos en el portal:

—¡Entra! ¡Entra! ¡Entra! —gritó roncamente, una voz de bajo profundo; y entonces el pobre Bagley cayó atravesado en el umbral.

Estaba mucho menos sofisticado que yo: no había podido soportar la escena por más tiempo. Había estallado. Yo le tomé por algo sobrenatural, igual que antes él a mí, y tardé algún tiempo en reaccionar y ocuparme de las necesidades del momento. Más adelante recordé que, desde el momento en que empecé a dedicar mi atención al insensible Bagley, dejé de percibir la voz. Tardé un rato en conseguir que volviera en sí. Sin duda, fue una escena extraña: la linterna proyectaba un círculo luminoso en la oscuridad; dentro de él, el blanco rostro de Bagley yacía sobre la tierra negra; yo, inclinado sobre él, le atendía como podía. Por fin conseguí hacerle beber un sorbo de coñac y se incorporó mirando confuso y enfurecido a su alrededor.

—¿Qué pasa? —dijo. Al reconocerme, intentó incorporarse y con voz débil se excusó—: Perdone, coronel. —Le conduje hasta casa como mejor pude, apoyado en mi brazo. El pobre hombre se sentía tan débil como un niño, y por fortuna no recordó lo sucedido durante un buen rato. Desde el instante en que cayó Bagley la voz había cesado, quedando todo en completo silencio.

—Tiene usted una verdadera epidemia en su casa, coronel —dijo Simson a la mañana siguiente—. ¿Qué significa esto? ¿Qué pasa aquí? Ahora está su mayordomo delirando y diciendo no sé qué de una voz. Esto no puede seguir así. Y por lo que veo, también usted está metido en el asunto.

—Pues sí que lo estoy, doctor. Creo que lo mejor será hablarle con franqueza. Está usted, por supuesto, cuidando perfectamente de Roland. No tengo ninguna queja de usted, pero creo que el muchacho está tan sano como cualquiera de nosotros; y, desde luego, no padece alucinación alguna.

—¿Que está tan sano *mentalmente* como yo o como usted? Claro que yo nunca dije que estuviese loco, pero creo que tiene una fiebre cerebral, una excitación nerviosa. Ahora, lo que tenga usted, no lo sé. Pero en el aspecto de sus ojos percibo algo muy extraño.

—Vamos, doctor —dije cortésmente—, que no puede meternos a todos en la cama. Mejor será que le explique detalladamente todos los síntomas.

El doctor se encogió de hombros. Estaba claro que no creía ni una sola palabra de la historia, pero la escuchó pacientemente desde el principio hasta el fin.

—Mi querido coronel —dijo Simson—; ésa es la misma historia que me contó el muchacho. Ya le dije que se trata de una epidemia. Cuando una persona cae víctima de una dolencia así es seguro que no cae solo.

—Entonces, ¿dígame cómo se lo explica usted?

—¡Ah! ¿Que cómo me lo explico? Eso es otra cosa. Los fenómenos a que están sujetos nuestros cerebros no pueden explicarse. Se trata de una delusión, quizás alguna jugarreta de los ecos, o de las sonoridades, o de los vientos, alguna ilusión acústica o…

—Doctor, ¿por qué no me acompaña usted esta noche y lo juzga por sí mismo? —inquirí.

Él se rió y contestó:

—No es mala idea; sólo que arruinaría mi reputación para siempre si llegara a saberse que John Simson se dedica a cazar fantasmas.

—Ya ve usted —repuse—; nos toma el pelo con sus ilusiones auditivas, pero luego no se atreve a investigar en busca de la realidad por miedo a que se rían de usted. ¡Ah, así es la Ciencia!

—No, así no es la Ciencia, así es el sentido común —repuso, amoscado, el doctor —. Este asunto lleva el sello de la delusión grabado en su misma frente. Incluso examinarlo ya es alentar una inclinación morbosa. ¿Qué ventajas podemos obtener de una investigación? Aunque lo viese no lo creería.

—Es lo mismo que yo dije ayer, y me da igual que usted se convenza como que usted lo crea —declaré—, pero le estaré agradecido si demuestra que se trata de una delusión. Vamos, doctor, alguien tiene que acompañarme.

—No me convencerá —repuso firmemente—. Ha conseguido usted hacer enfermar a su pobre mayordomo y convertirle para el resto de sus días en un lunático;

y ahora quiere usted volverme loco a mí. Sin embargo, por una vez, accederé. Ahora bien, para salvar las apariencias vendré cuando termine mis visitas, siempre y cuando se comprometa usted a proporcionarme una buena cama.

Quedamos en encontrarnos en la verja para visitar el escenario de los sucesos antes de ir a casa, con el fin de que todo el mundo ignorase la investigación nocturna que íbamos a realizar. Era inútil confiar en que la servidumbre no se enterase de la súbita enfermedad de Bagley y por ello lo mejor sería obrar con la mayor cautela posible. El día se me antojó larguísimo. Pasé buen rato haciendo compañía a Roland, y puedo asegurar que fue un mal rato el que pasé, pues no tenía ningún éxito que contarle relativo a nuestra empresa. La mejoría continuaba, pero el niño todavía se encontraba muy débil y la vehemencia con que se volvió hacia mí cuando su madre salió del cuarto me llenó de alarma.

—¡Padre! —exclamó.

—Sí, hijo mío, ya me estoy ocupando de ello con la mayor atención: no puedo hacer más de lo que hago. No he llegado a ninguna conclusión… de momento. No olvido nada de lo que me has contado —dije.

No debía estimular aún más las fantasías de aquella cabecita. Pero la situación era difícil, pues tampoco quería dejar de dar alguna satisfacción al muchacho. Me dirigió una melancólica mirada con sus grandes ojos azules que brillaban en su rostro pálido y demacrado.

—Ten confianza en mí, hijo —le dije.

—Sí, papá. Mi padre me comprende —añadió para sus adentros, como si se le acabase de calmar una gran duda interior.

Le dejé tan pronto como pude. El chiquillo era lo más preciado que poseía en la vida, y su salud mi mayor preocupación. Sin embargo, en la excitación del asunto, preferí dejar de pensar en él.

Aquella noche, a las once, me encontré con Simson en la verja. Había venido en tren, y yo mismo le abrí la puerta. Estaba yo tan absorto pensando en el próximo experimento, que había pasado junto a las ruinas, sin darme cuenta, al acudir al punto de cita con el doctor. Yo portaba el farol, y él me enseñó una antorcha que llevaba por si era necesaria. Me dijo en tono de burla:

—No hay nada como la luz para estos casos.

La noche era silenciosa. Apenas se oía un ruido. También era muy oscura. Continuamos sin dificultad por el sendero. A medida que nos acercábamos, íbamos oyendo de vez en cuando un gemido suave interrumpido por amargo llanto.

—A lo mejor es ésa la voz que usted dice —opinó el doctor—. Ya me figuraba yo que se trataría de algo así. Eso no es más que un desventurado animal caído en uno de esos cepos infernales; lo encontrará usted entre aquellos arbustos.

Yo no dije nada. No tenía miedo ya, solamente una triunfal satisfacción por lo que iba a suceder después. Le conduje al lugar donde Bagley y yo habíamos estado la noche anterior. Reinaba un silencio absoluto, invernal, un silencio en el que, a lo

lejos, podía oírse el piafar de los caballos en sus lejanas cuadras y el ruido que hacía una ventana al cerrarse en la distante casa. Simson encendió su antorcha y empezó a escudriñar por todos los rincones. Parecíamos dos salteadores que acechábamos la llegada de un desdichado viajero. Ningún sonido rompía el silencio. Los gemidos habían cesado bastante antes de nuestra llegada. Desde el cielo, dos o tres estrellas parecían contemplarnos, asombradas por nuestra extraña conducta. El doctor Simson no hacía más que lanzar irónicas risitas entre dientes.

—Lo que me figuraba —dijo—; lo mismo sucede con las mesas y otros aparatos e instrumentos del espiritismo; la presencia de un escéptico impide los fenómenos y las materializaciones. Cuando yo estoy delante nunca pasa nada. No sé por qué será. ¿Habremos de permanecer aquí mucho tiempo? No, no es que me queje. Sólo que cuando quede satisfecho, tenga la bondad de avisarme. Yo, por mi parte, lo estoy ya, y por completo.

No intentaré negar que me sentía decepcionado. Yo aparecía ante el doctor como un necio crédulo. El doctor, por ello, se sentía muy superior a mí. Su materialismo y escepticismo aumentarían en forma insoportable.

—Ciertamente —dije—, parece que esta noche no va a haber…

—…Manifestaciones —terminó él, con una risita—. Eso es lo que siempre dicen los mediums: que cuando hay escépticos no puede haber manifestaciones.

Su risa sonó muy intranquilizadoramente en el silencio. Era ya cerca de medianoche. Pero la risa pareció ser la señal. Antes de que su eco se apagase se reanudaron los gemidos que antes habíamos oído. Se iniciaron a cierta distancia de nosotros y avanzaron hacia el sitio donde nos hallábamos, como si fuesen proferidos por alguien que fuese andando. Ya no era posible la explicación de la liebre cogida en la trampa. Se iba aproximando poco a poco, como si fuera una persona débil que tuviera que descansar de vez en cuando. La oímos venir por la hierba, deteniéndose de vez en cuando, pero siempre en dirección a la puerta abierta. Simson se había sobresaltado un poco al primer sonido. Dijo apresuradamente:

—Esa criatura no debería estar fuera de su casa a estas horas.

Pero comprendió, tan bien como yo, que aquélla no era la voz de un simple niño. Al acercarse más la voz, Simson guardó silencio, y acercándose hacia el portal con su antorcha se detuvo a mirar en la dirección de donde venía el sonido. Como la antorcha no estaba protegida, la llama oscilaba en el aire nocturno, aun cuando el viento era muy tenue. Proyecté la luz firme y blanca de mi linterna sobre el mismo espacio: fue un deslumbramiento de luz en medio de las tinieblas. Al oír el primer sonido, un escalofrío había recorrido mi cuerpo, pero ahora, mientras me acercaba, confieso que lo único que sentía era satisfacción. El burlón no se volvería a mofar. La luz, al iluminar su rostro, reveló una gran perplejidad. Si estaba asustado lo disimulaba perfectamente; sin embargo, se le veía desconcertado. Y a continuación se repitió otra vez todo cuanto había sucedido la noche anterior. Observé que parecía, en efecto, una exacta repetición: los lloros y los sollozos parecían ser los mismos de la

noche anterior. Los escuchaba casi sin emoción, atento sólo al efecto que producían en Simson. En suma, mantuve una apariencia tranquila y decidida. Aquel ir y venir de la voz tenía lugar, si podíamos dar crédito a nuestros oídos, justo delante del hueco vacío de la puerta, que estaba inundado de luz, la cual brillaba sobre las relucientes hojas de la hiedra. No podría haber pasado por allí ni un conejo sin ser visto, pero nada se veía. Al cabo de poco tiempo, el doctor, con cierta precaución y repugnancia, que parecían ser incluso físicas, fue con su antorcha en dirección a ese espacio iluminado. Su figura quedó recortada, en perfecto perfil, contra un oscuro acebo iluminado que había al fondo. La voz, en ese momento, semejó descender, como solía, cuando su dueño parecía arrojarse al suelo junto a la puerta. Simson retrocedió violentamente, como si alguien hubiese tropezado con él. Luego se volvió e inclinó su antorcha examinando algo cerca del suelo.

—¿Ve usted algo? —susurré, poseído bruscamente de pavor.

—No es más que un… maldito enebro —respondió.

Yo sabía perfectamente que aquello era una tontería, puesto que el enebro estaba al otro lado; y el doctor continuó examinando el lugar, metiendo su antorcha por todas partes. Luego volvió junto a mí. Ya no tema ganas de broma. Al contrario, estaba pálido y tenso.

—¿Cuánto tiempo hace que suceden estas cosas? —susurró, como si temiese interrumpir a un orador que estuviese hablando.

Yo me sentía demasiado turbado para poder comprobar si la sucesión y los cambios de la voz era igual que la de la noche anterior. De pronto, la voz se desvaneció en el aire, con un último sollozo suave y repetido. De haber habido algo visible, hubiera jurado que se hallaba en aquel instante acurrucado en el suelo junto a la puerta.

Volvimos luego a casa en completo silencio. Sólo cuando ya nos hallábamos a la vista del edificio, pregunté:

—¿Qué le ha parecido a usted?

—No puedo decir qué me ha parecido —respondió con rapidez.

Ya en casa, y a pesar de ser hombre muy sobrio en el beber, tomó, en vez del clarete que yo le ofrecí, un vaso de coñac con soda que cogió de la bandeja.

—No olvide que no creo ni una sola palabra de ello —dijo, una vez bebido el licor—, pero a pesar de todo no le puedo decir lo que me ha parecido —añadió mientras descendía las escaleras.

Sin embargo, esto no fue de ninguna utilidad para la solución del problema. Tenía que ayudar a esa criatura que sufría, y que para mí era, indiscutiblemente, una persona. ¿Qué diría a Roland? Tenía el convencimiento de que Roland moriría si yo no encontraba algún modo de ayudar a aquella criatura que imploraba en la noche. Ignoraba si era hombre o mujer, pero no dudaba que era un alma en pena, por lo cual tenía la obligación de aliviar su sufrimiento, aplacarlo si era posible. ¿Hubo alguna vez padre en el mundo empeñado en una tarea semejante y temblando por la vida de

su único hijo? Aunque parezca fantástico, sentí en el fondo de mi alma que, de alguna manera, debía cumplir dicha obligación o separarme para siempre de mi hijo: y puede concebirse que, antes de esto último, estaba dispuesto incluso a morir. Pero nada habría adelantado con mi muerte, excepto entrar en el mismo mundo de aquel ser afligido que esperaba frente a la puerta.

A la mañana siguiente, Simson salió antes del desayuno y regresó con signos evidentes en sus botas de haber caminado por un lugar fangoso, y con aire de fatiga y preocupación que delataba la noche infernal que había pasado. Mejoró un poco después de desayunar y visitó a sus dos pacientes, pues Bagley continuaba enfermo. Cuando se fue le acompañé hasta la estación, ya que quería saber qué pensaba respecto al chiquillo.

—Continúa evolucionando favorablemente —dijo— y aún no hay que temer complicaciones. Pero tenga en cuenta que no debemos jugar con la salud del muchacho: no le cuente usted ni una palabra de lo sucedido anoche.

Entonces tuve que relatarle mi entrevista con Roland y su inaudita petición. Ai oírlo, aunque intentó reír, se puso pálido y descompuesto.

—Su situación es muy seria, Mortimer —dijo—. Me gustaría reírme de sus temores, pero no puedo. Ojalá encuentre una solución. A propósito, ¿se fijó usted en aquel enebro, a la izquierda?

—Había uno a la derecha de la puerta —manifesté—. Ya observé ayer noche que se equivocó usted de lado.

—¡Conque me equivoqué! —exclamó lanzando una risita extraña, y subiéndose las solapas del abrigo como si tuviese frío—. No había esta mañana ningún arbusto: ni a la derecha ni a la izquierda. Vaya a comprobarlo usted mismo si quiere.

Unos minutos después, desde la plataforma del tren, se volvió y me dijo a modo de despedida:

—Esta noche volveré.

Apenas me preocupó el asunto del enebro, pues, en medio del bullicio de la estación, mis inquietudes privadas me parecían absurdas y carentes de sentido. La noche pasada me había quedado muy satisfecho con la estrepitosa derrota del escéptico doctor. Ahora tenía que enfrentarme con la parte más seria del asunto. Desde la estación, fui directamente al presbiterio, que se encontraba en una pequeña meseta, en el lado del río opuesto a los bosques de Brentwood. El sacerdote era de esos que tanto abundaban antes en Escocia y que ahora cada vez se ven con menos frecuencia. Era de familia burguesa educado al estilo escocés, hombre ducho en filosofía, no tanto en griego, y sobre todo con una gran experiencia de la vida; había alternado, en el curso de la suya, con la mayor parte de las personas notables de Escocia, y se decía que, anciano y bondadoso, era hombre de doctrina sana y tolerante. Pertenecía a la vieja escuela; quizá no concedía demasiada importancia a los problemas de teología que torturaban a muchos jóvenes sacerdotes, ni nunca se había planteado preguntas difíciles relacionadas con la Confesión de Fe. Sin

embargo, comprendía la naturaleza humana, lo cual posiblemente tenga más valor. Me recibió cordialmente.

—¡Caramba, el coronel Mortimer! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verle! Es una buena señal de que el niño está mejor. ¿Es cierto? ¡Bendito sea el Señor! Muchos rezan por él, y eso a nadie le hace daño.

—Necesitará todas esas oraciones, doctor Moncrieff —dije—. Y su consuelo también.

Entonces le conté toda la historia, más detalladamente que se la había relatado a Simson. El anciano clérigo me escuchó ahogando varias exclamaciones, y al final sus ojos estaban nublados de lágrimas.

—Es hermoso —exclamó—. No me arrepiento de haber oído una cosa así. Es algo tan sublime como cuando Burns pide el perdón de… Bueno, de uno por quien nunca se ruega en la iglesia. Ay, ay, ¿de modo que su hijo desea que usted consuele al pobre espíritu extraviado? ¡Dios le bendiga! En esto hay algo sublime, coronel Mortimer. ¡Y la fe que tiene el chiquillo en su padre! Me gustaría hablar de ello en un sermón. —Me lanzó una mirada de alarma al tiempo que corrigió—: No, no quería decir un sermón; quiero decir que escribiré un artículo sobre ello en el *Children's Record.*

Adiviné el pensamiento que había pasado por su imaginación. Había temido que, al hablar de oficio, yo pensase en un oficio de difuntos. Podéis creer que este incidente no me alegró en absoluto.

No puedo decir que el doctor Moncrieff me diese consejo alguno. ¿Cómo es posible dar un consejo en un asunto como éste? Pero sus palabras me reconfortaron.

—Creo que yo también le acompañaré —dijo—. Soy viejo y no me asusto como los que están más lejos que yo del mundo de los espíritus. Ello me obligará a pensar que muy pronto también estaré yo allí. Por otra parte, no tengo creencias rígidas al respecto. Sí que le acompañaré, y quizás a su debido tiempo nos inspire el Señor lo que tenemos que hacer.

Sentí un gran alivio, mucho más que el que me había dado Simson. Mi mayor deseo no era conocer las causas del fenómeno, sino salvar a mi hijo. En cuanto a la pobre alma de la puerta abierta, dudaba de su existencia menos que de la mía propia. Para mí no era un fantasma, sino una criatura conocida que estaba afligida y sufría. Esto es lo que yo pensaba, y también lo que pensaba Roland. Sin embargo, lo más importante era hacer algo por aquel alma. ¿Cómo iba a poder ayudar a un ser invisible que no era de este mundo? «Quizás a su debido tiempo nos inspire el Señor lo que debemos hacer.» Todo esto, en realidad no son más que frases pasadas de moda. Una semana antes es posible que me hubiese sonreído, aunque sin malicia, por supuesto, de la ciega fe del clérigo. Pero sentí un gran alivio, no sé si racional o de otro tipo, al oír pronunciar sus palabras.

La carretera que llevaba a la estación y al pueblo atravesaba la cañada y no cerca de las ruinas. Pero aunque el sol, la suave brisa, la belleza de los árboles y el alegre

murmullo del arroyo obraban como calmantes dé mi espíritu, estaba tan absorto dando vueltas a mi problema que, sin darme cuenta, torcí a la derecha al llegar a lo alto de la cañada y me fui derecho al lugar que podría llamar escenario de mis cuitas. El ruinoso tejadillo miraba hacia el Este, y en aquella orgía de claridad el sol entraba a raudales por el portal vacío, inundando de luz la fresca hierba. Había una extraña fascinación en aquella puerta abierta, tan inútil, especie de símbolo de la vanidad, completamente sola y aislada de todo edificio, de forma que —pese a su antiguo cometido de cierre y aislamiento— se podría dar vueltas a placer alrededor de aquella puerta de entrada, innecesaria, que se abría a la nada. ¿Y por qué razón lloraba aquella criatura por entrar en la nada? ¿Y por qué estaba fuera de la nada? Era imposible pensar durante mucho tiempo en ello, porque la cabeza empezaba a darle vueltas a uno. No obstante, recordé lo que me había dicho Simson del enebro, y sonreí al pensar en las equivocaciones que puede cometer un minucioso hombre de ciencia. Ahora mismo recordaba, como si lo estuviera viendo, la luz de mi linterna resplandeciendo sobre la superficie mojada y brillante de sus hojas puntiagudas, y, además, que estaba a la derecha de la puerta. ¡Y Simson afirmando que era a la izquierda! Me acerqué para asegurarme y vi que le cabía razón en lo último que había dicho: no había ningún arbusto ni a la derecha ni a la izquierda. Me quedé muy confuso, aunque, en realidad, se trataba solamente de un detalle secundario. No había nada en absoluto: unas zarzas y la hierba, que llegaban hasta el pie del muro. Pero, al fin y al cabo, aunque me dejase perplejo, ¿qué más daba? Se veían señales de pisadas delante de la puerta, pero muy bien podían ser las nuestras. Reinaba un profundo silencio y la luz era gloriosa. Examiné el resto de las ruinas —las que correspondían al cuerpo principal de la casa— durante algún tiempo, igual que ya había hecho anteriormente. Aquí y allá en la hierba había señales, pero no podía asegurarse que fuesen pisadas. Aquello no explicaba nada. El primer día había examinado detenidamente las habitaciones en ruinas. Estaban casi llenas de escombros, zarzas y helechos marchitos. No había allí posibilidad de refugio para nadie. Me molestó que Jarvis me viese salir de aquel lugar, pues en aquel momento se acercaba para pedirme órdenes. No sabía yo si los criados estaban enterados de mis expediciones nocturnas. Sin embargo, en su rostro había una expresión significativa: estaba satisfecho de que su veracidad hubiese quedado limpia de toda duda. Nunca había yo hablado a ningún criado con el tono perentorio con que entonces le hablé a él. Le «mandé a paseo», según frase suya. Cualquier interferencia me resultaba intolerable en aquel momento.

Lo más extraño de lodo es que no podía enfrentarme con Roland. No quise subir a su cuarto, como normalmente hubiera hecho. Esto fue algo que las chicas no pudieron comprender. Creyeron ver en ello algún misterio.

—Mamá ya se ha ido a la cama —dijo Agatha—. Roland ha pasado muy buena noche.

—Pero quiere que acudas tú a su lado —dijo la pequeña Jeanie, abrazándome con su gesto mimoso habitual. Y al final tuve que ir; pero ¿para decirle qué? Sólo podía

besarle y decirle que no se excitase y se estuviese quieto en la cama, que ya hacía yo todo lo posible. La paciencia de un niño tiene siempre algo de místico.

—Todo saldrá bien, ¿verdad, padre? —preguntó.

—Dios lo permita, así lo espero, Roland —dije.

—Sí… todo saldrá bien.

Quizás el chiquillo comprendiese que me encontraba nervioso y que por eso no me quedaba más tiempo con él. Las niñas, en cambio, se extrañaron mucho y me miraron sorprendidas.

—Si yo estuviese mala, papá, y te quedases tan poco tiempo conmigo se me rompería el corazón de pena —dijo Agatha.

Pero Roland sabía que no me había ido de allí por capricho. Me encerré en la biblioteca, y paseé de arriba a abajo como fiera enjaulada. ¿Qué hacer? Y si no hacía nada, ¿qué sería de mi hijito? Éstas eran las preguntas que sin cesar acudían a mi mente.

Después de cenar, y cuando la casa estuvo envuelta en el silencio y los criados se hubieron retirado a descansar, salimos al encuentro del doctor Moncrieff, tal como estaba convenido, en lo alto de la cañada. Simson, por su parte, estaba dispuesto a burlarse del anciano.

—Si se pone a hacer encantamientos yo abandono el caso —dijo.

No le contesté. Podía hacer lo que quisiese, quedarse o marcharse. Al parecer se sentía locuaz, y yo no estaba de humor para escucharle.

—Una cosa es cierta, ¿sabe usted? —dijo—, y es que tiene que haber un agente humano. Eso de los fantasmas es una tontería. Yo nunca me puse a estudiar extensamente las leyes del sonido, pero en la ventriloquia hay muchos aspectos ignorados hasta ahora.

—Si no le importa, Simson —corté—, le agradeceré que se reserve sus opiniones. No estoy de humor.

—Oh, creo que sé respetar las creencias ajenas —contestó.

El mismo tono de su voz me irritó desmesuradamente. Es sorprendente que la gente pueda aguantar a estos hombres de ciencia cuando no se está de humor para soportar sus gélidas opiniones. El doctor Moncrieff llegó a las once. Era la hora exacta en que habíamos quedado citados la noche anterior. Moncrieff era un hombre corpulento, de rostro venerable y cabellos blancos, viejo, pero todavía lleno de vigor, que se preocupaba del frío de la noche menos que cualquier joven. Llevaba, como yo, una linterna. Los tres íbamos provistos de medios de iluminación y éramos hombres resueltos. Celebramos una rápida consulta, decidiendo que debíamos separarnos y apostarnos cada uno en lugares distintos.

El doctor Moncrieff se quedó en la parte de dentro de la pared —si es que se puede hablar de dentro cuando las paredes no son más que una—, Simson se situó junto a las ruinas, con objeto de interceptar toda comunicación con el cuerpo principal del caserón, que era lo que más le preocupaba a él. Yo me coloqué al otro

lado. Era evidente que nada ni nadie podía acercarse sin ser visto. Igual había sucedido también la noche anterior. El lugar estaba iluminado por nuestras luces que brotaban de la oscuridad. La linterna del doctor Moncrieff era muy grande y no se podía cerrar —era muy antigua, llena de calados y adornos—, y brillaba continuamente, proyectando sus rayos en las tinieblas. La colocó sobre la hierba, en lo que habría sido centro de la habitación. La iluminación que Simson y yo proporcionábamos desde ambos lados impidió que se repitiese esta noche el efecto de chorro de luz saliendo por el portal. Salvo estas pequeñas diferencias, todo lo demás estaba igual que la noche anterior.

Y ocurrió exactamente lo mismo, con el mismo aire de repetición rígida, precisa y exacta que ya me había llamado la atención. Además, declaro formalmente que sentí como si el dueño de la voz, al pasar de un lado a otro en su aflicción, me empujase en cierto modo, me echase a un lado. A pesar de ello, estas palabras son fútiles desde el momento en que la luz de mi linterna y la de la antorcha de Simson se proyectaban amplias y claras, sin una sombra, sin una interrupción, a todo lo ancho de la hierba. Por mi parte, incluso había dejado ya de asustarme. Sólo tenía el corazón partido de compasión y pena: compasión por la pobre criatura que suplicaba y gemía de aquella forma atroz; pena, por mi hijo y por mí mismo. ¡Dios mío! Si no conseguía ayuda —¿y qué ayuda podía conseguir?—, Roland se moriría.

Permanecimos totalmente quietos y silenciosos en espera de que se agotase el primer estallido de sollozos. Por experiencia sabía ya lo que iba a suceder. El doctor Moncrieff, para quien todo aquello era nuevo, continuó en su lugar de acecho, igual que nosotros en los nuestros. Mi corazón apenas se alteró durante el tiempo en que se estuvieron oyendo las voces lastimeras. Ya me había acostumbrado. Ya no me producía impresión. Pero en el instante en que se arrojó sollozando a la puerta (no puedo emplear otras palabras) oí algo de pronto que aceleró el ritmo de la sangre en mis pulsos. Al otro lado de la pared había sonado una voz: la conocida voz del anciano clérigo. Yo estaba preparado para escuchar cualquier clase de conjuro, pero no para aquello.

Brotó la voz como un tartamudeo, como si el buen hombre estuviera demasiado conmovido para poder hablar:

—¡Willie, Willie! ¡Dios nos proteja! ¿Eres tú?

Estas sencillas palabras me produjeron una impresión que la voz del ser invisible no era ya capaz de despertar en mí. Pensé que el pobre anciano, a quien yo había expuesto a estos peligros, se había vuelto loco de terror. Corrí hacia el otro lado de la pared, medio enloquecido yo mismo ante esa idea. El sacerdote permanecía en pie donde yo le había dejado. La linterna que yacía a sus pies proyectaba su sombra larga y vaga en la hierba. Cuando me hube acercado lo suficiente, levanté mi luz para verle el rostro. Estaba sumamente pálido, tenía los ojos húmedos y brillantes, y la boca entreabierta y temblorosa. Ni me vio ni me oyó. Simson y yo, cuando atravesamos por esa misma experiencia, habíamos procurado acercarnos el uno al otro para darnos

fuerzas mutuamente. Pero él ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Todo su ser parecía estar en éxtasis. Extendió sus manos temblorosas —temblorosas de ansiedad y no de terror— y dijo:

—Willie, muchacho, si eres tú, y sí que lo eres, de no ser un engaño de Satanás; ¿por qué vienes aquí a asustar a personas que no te conocen? ¿Por qué no vienes a mí?

Parecía estar esperando una respuesta. Cuando su voz se hubo extinguido, su rostro, su porte todo, continuaron hablando. Simson me dio otro susto al aparecer, sigiloso y súbito, a través de la puerta abierta, con su antorcha, tan lleno de pavor y curiosidad como yo. Pero el sacerdote siguió hablando sin ver al doctor. Su voz adquirió un tono de exhortación:

—¿Willie, es justo que vengas aquí? Tu madre murió con tu nombre en los labios. ¿Crees que sería capaz de cerrar la puerta a su propio hijo? ¿Crees que el Señor te cerraría la puerta, muchacho de corazón débil? ¡No! ¡Te lo prohíbo! ¿me oyes? ¡Te lo prohíbo! —gritó el anciano. La voz implorante había vuelto a reanudar sus sollozos. El sacerdote avanzó un paso, gritando las últimas palabras en tono autoritario—: ¡Te lo prohíbo! ¡No vuelvas a llamar a nadie! ¡Vuelve a casa, espíritu vagabundo! ¡Vuelve a casa! ¿Me oyes? ¡Yo te he bautizado, yo he luchado contigo, yo he porfiado por ti con el Señor!

Ai llegar aquí el fuerte tono de su voz se hizo más tierno:

—¡Y ella también, pobre mujer! ¡Pobre mujer, ésa a quien llamas! ¡Ya no está aquí! La encontrarás con el Señor. Ve a buscarla allí, no aquí. ¿Me oyes, Willie? Ve allí en su busca. Él te dejará entrar, aunque llegues con retraso. ¡Anímate, muchacho! Si lloras, llamas y sollozas, que sea a las puertas del cielo, no en las ruinas de la casa de tu pobre madre.

Se detuvo para tomar aliento; la voz también se había callado, conteniendo la respiración y los sollozos, como si estuviera abrumada. Entonces volvió a hablar el clérigo:

—¿Me oyes, Willie? ¡Oh, muchacho, siempre te gustaron los ambientes miserables! Abandónalos ya de una vez. ¡Vuelve al Padre! ¡Vuelve al Padre!

El anciano cayó de rodillas, con el rostro vuelto hacia el cielo, las manos levantadas, temblorosas y blancas, iluminadas en medio de la oscuridad. Yo resistí todo lo que pude, aunque apenas sabía contra qué. Luego también caí de rodillas. Mientras tanto, Simson continuaba en el vano del portal, con una expresión indescriptible, la mandíbula inferior caída, los ojos dilatados de estupor. Creyó, en el colmo de su ignorancia y asombro, que estábamos rezando. Durante todo ese tiempo, la voz, limitada ahora a un sollozo inaudible y reprimido, estuvo brotando del mismo sitio donde él se encontraba.

—Señor —dijo el sacerdote—, Señor, llévatelo contigo a tus eternas moradas. Contigo está, Señor, la madre por quien llora. ¿Quién puede abrirle, pues, la puerta sino Tú? Señor, para Ti nunca es demasiado tarde. ¡Señor, deja que esa mujer le haga

pasar! ¡Deja que esa mujer le haga entrar!

Di un salto hacia delante para coger en mis brazos algo que se lanzó ávidamente a través de la puerta. La ilusión fue tan fuerte que no me detuve hasta que no me di de cabeza contra la pared contraria, mientras mis manos se cerraban sobre la tierra del suelo: allí nadie había entrado, ni nadie había caído a través de la puerta, como en mi confusión me había parecido. Simson me ayudó a levantarme. Estaba temblando y helado de pavor, su expresión era de horror y apenas pudo articular palabra.

—Se ha ido —tartamudeó—; se ha ido.

Nos apoyamos mutuamente, temblando de tal manera que toda la escena parecía temblar también, como si fuese a desvanecerse, y, sin embargo, no la olvidaré mientras viva: allí, en medio del resplandor de luces extrañas, envueltas a su vez en el negror de la noche, la figura arrodillada del sacerdote, con toda la blancura de la luz concentrada sobre su cabeza canosa y venerable y sus manos alzadas. Nos rodeaba un extraño y solemne silencio. A intervalos, una sola palabra brotaba de los labios del anciano sacerdote:

—¡Señor! ¡Señor!

Ni nos veía ni pensaba en nosotros. Nunca he llegado a saber cuánto tiempo estaríamos allí como centinelas, guardándole en sus oraciones, sosteniendo, aturdidos, nuestras luces sin saber apenas lo que hacíamos. Pero al fin se puso en pie y enderezando toda su estatura alzó los brazos, según el estilo escocés al terminar un servicio religioso, y solemnemente dio la bendición apostólica… Pero ¿a qué? A la tierra silenciosa, a los bosques oscuros, a la vasta bóveda del cielo, pues nosotros no éramos más que simples espectadores que sólo murmuramos amén.

Debía ser medianoche cuando regresamos. El doctor Moncrieff se apoyó en mi brazo. Andaba muy despacio, como si estuviera exhausto. Era como si regresásemos del lecho de muerte de un enfermo. Había algo que mantenía silencioso y solemne incluso al mismo aire. Había esa sensación de alivio que siempre sigue a una lucha mortal. Y la naturaleza, pertinaz, nunca dominada, retornaba a nosotros a medida que íbamos volviendo a los caminos de la vida. No hablamos durante un buen rato. Pero cuando salimos del bosque a un espacio despejado y contemplamos la bóveda del cielo, el doctor Moncrieff rompió el silencio.

—He de marcharme —dijo—. Temo que debe ser muy tarde. Bajaré al valle por el mismo camino por donde subí.

—Pero no se irá solo. Yo le acompaño, doctor.

—Bueno, no me opongo. Soy un viejo ya y la agitación me cansa más que el trabajo. Sí, le agradeceré que me permita apoyarme en su brazo. Coronel, esta noche me ha hecho usted más que un favor.

No acertando a hablar, le oprimí la mano que se apoyaba en mi brazo. Simson, que durante todo ese tiempo nos había ido siguiendo con su antorcha llameante, como sonámbulo, pareció volver en sí al oír nuestras palabras y rápidamente apagó la antorcha avergonzado.

—Déjeme que le lleve su linterna —dijo—; pesa mucho.

Se recobró con un estremecimiento, y al momento, del espectador atemorizado que había sido, se convirtió de nuevo en el científico de siempre, escéptico y cínico.

—Desearía preguntarle una cosa —dijo—. ¿Cree usted en el purgatorio, doctor? Que yo sepa, no es dogma en la Iglesia escocesa.

—Señor —repuso el doctor Moncrieff—, un viejo como yo no está muchas veces muy seguro de lo que cree o de lo que no cree. Hay sólo una cosa de la que tengo pleno seguridad: la bondad y el amor de Dios.

—Pero tengo entendido que la misericordia de Dios sólo puede ejercerse en esta vida. Por supuesto, yo no soy teólogo…

—Señor —volvió a decir el viejo sacerdote, temblándole todo el cuerpo—, si yo viese a un amigo dentro del mismo infierno, no desesperaría de que el Padre lo tomase de la mano, si lloraba como *aquél.*

—Reconozco que todo esto es muy extraño, muy extraño. No acierto a comprenderlo. Estoy convencido de que tiene que existir un agente humano. ¿Cómo consiguió usted averiguar quién era y cómo se llamaba, doctor Moncrieff?

El clérigo hizo un gesto que contenía en sí toda la impaciencia de un hombre al que preguntasen cómo había reconocido a su hermano.

—¡Bah! —exclamó; añadiendo luego en tono más solemne—: ¿Cómo no iba a reconocer a una persona a la que conozco mucho mejor que a usted?

—Entonces, ¿le vio?

El anciano clérigo no contestó. Volvió a mover la mano en gesto de impaciencia, y siguió andando, apoyándose pesadamente en mi brazo. Continuamos durante un rato sin hablar, por aquellos senderos oscuros, empinados, resbaladizos a causa de la humedad del invierno. Soplaba un suave viento, el suficiente para producir un leve suspiro en las ramas que se mezclaba con el rumor del agua del arroyo. Cuando volvimos a hablar fue de temas generales del río y de las recientes lluvias. Nos despedimos del clérigo a la puerta de su casa, donde apareció, presa de gran agitación, su vieja ama de llaves, que le esperaba con impaciencia.

—¡Eh, soy yo, señor cura! —gritó la mujer—. ¿Está peor el señorito?

—Muy al contrario. Está mejor, Dios le bendiga —contestó el doctor Moncrieff.

Creo que si Simson hubiera empezado de nuevo con sus preguntas cuando regresábamos cuesta arriba por el ribazo, habría sido capaz de tirarle al río. Pero una feliz inspiración le hizo mantenerse callado. El cielo estaba más claro que en las últimas noches y algunas estrellas brillaban sobre los árboles, en el oscuro desierto, entre las ramas desnudas. El viento mecía el ramaje cadenciosamente, apaciguadoramente, con un murmullo de paz tan real y normal como sólo un rumor de la naturaleza puede ser, y que llegaba hasta mí como un mensaje de alivio. Pensé que aquel ruido sugería el apacible respirar de un durmiente y que Roland debía estar durmiendo satisfecho y tranquilo. Subimos inmediatamente a su habitación nada más llegar y allí nos encontramos en el perfecto silencio que acompaña a un reposo feliz.

Mi esposa, que descabezaba un sueño en la habitación, abrió los ojos y con una leve sonrisa en sus labios me dijo:

—Creo que está mucho mejor, pero tú llegas muy tarde —susurró, sombreando la luz con la mano para que el doctor pudiera ver a su paciente. El muchacho había recobrado su color en gran parte. Mientras estábamos todos allí en torno suyo se despertó. Me incliné sobre él y besé su frente húmeda y fresca.

—Todo va bien, hijo mío —dije. Me lanzó una mirada brillante de placer, tomó mi mano, apoyó su mejilla en ella, y así se quedó dormido.

Durante algunas noches después vigilé las ruinas; empleé las horas de oscuridad, hasta la medianoche, en patrullar por los alrededores del trozo de muro donde estaba la puerta a que estaban ligadas tantas emociones, pero no oí ni vi nada fuera del apacible curso de la naturaleza; tampoco, que yo sepa, se ha vuelto a oír nada desde entonces. El doctor Moncrieff me contó la historia del desdichado joven, a quien no había vacilado en llamar por su nombre. No le pregunté, como hizo Simson, de qué manera había conseguido reconocerlo. Había sido un chiquillo difícil, débil, alocado, engañado y arrastrado por malas compañías. Todo cuanto se oía de noche en las ruinas había sucedido en la realidad, según me declaró el clérigo. El muchacho había llegado a su casa uno o dos días después de la muerte de su madre —que no era sino el ama de llaves de la casa— y, enloquecido por la noticia, se había arrojado al suelo, ante la puerta, llamándola para que le dejase entrar. El viejo clérigo apenas podía hablar a causa de las lágrimas. Me pareció —¡el cielo nos proteja, qué poco sabemos del mundo y sus misterios!— que una escena semejante podía, de alguna forma, quedar impresa en el oculto corazón de la naturaleza. No pretendo explicármelo, pero la repetición de la escena me había impresionado por su terrible extrañeza e incomprensibilidad, como algo mecánico, como si el invisible actor no pudiese variar la escena en lo más mínimo, como si se viese forzado a repetirla cada vez desde un principio. Una cosa me llamó además poderosamente la atención y es el parecido entre el anciano clérigo y mi hijo, tocante a la manera en que ambos habían enfocado estos extraños fenómenos. El doctor Moncrieff no se asustó, como me sucedió a mí y a los demás; para él no se trataba de un «fantasma», como todos lo considerábamos vulgarmente. Para él se trataba de una pobre criatura a quien había reconocido en aquellas terribles circunstancias, igual que podía haberlo hecho en otra, por ejemplo, estando vivo; y jamás dudó de su identidad personal. Y para Roland era lo mismo. Esta alma en pena —si es que lo era—, esta voz brotada de lo desconocido era para mi hijo un pobre ser afligido y lleno de dolor, necesitado de ayuda y socorro. Cuando se puso bueno, me habló con toda franqueza:

—Ya sabía yo que mi padre lo solucionaría en cuanto viniese.

Esto fue cuando ya se encontraba bien, restablecido, y afortunadamente había pasado ya todo peligro de que se volviera histérico o visionario.

Debo añadir ahora un hecho muy curioso que no parece guardar relación con lo expuesto anteriormente, pero del cual Simson hizo mucho uso, afirmando que se

trataba, por fin, del agente humano que con tanta ansiedad había buscado. Durante los días en que tuvieron lugar los acontecimientos relatados habíamos examinado todas las ruinas con gran atención; pero después, una vez terminado el asunto, un domingo por la tarde que andábamos paseando casualmente por allí, Simson descubrió una vieja ventana totalmente cegada por los escombros. Entró de un salto, excitadísimo, y desde allí me instó a que le siguiese. Encontramos una especie de cueva —pues más parecía una cueva que una habitación— completamente oculta bajo las ruinas cubiertas de hiedra; en uno de sus rincones había un montón de paja, como si alguien se hubiese preparado una yacija allí, y migajas de comida por el suelo. Simson afirmó que en aquel sitio se había alojado alguien no hacía mucho. Y estaba convencido de que este desconocido fue el autor de aquellos misteriosos sonidos que escuchamos.

—Ya decía yo que encontraríamos un agente humano —exclamó triunfalmente.

Se olvidaba de que él y yo habíamos estado allí, con nuestras luces, y no vimos nada, mientras algo que podía hablar, que sollozaba y sufría atravesaba audiblemente el espacio que nos separaba. No se puede argumentar con hombres así. Siempre anda gastándome bromas a cuenta de esta delicada cuestión.

—Yo mismo llegué a estar intrigado, pues no acababa de comprenderlo. Sin embargo, siempre estuve convencido de que existía un agente humano. Y por fin lo he encontrado: debe haber sido un tipo muy listo.

Bagley abandonó mi servicio tan pronto como se restableció. Me aseguró que no tenía nada contra mí, pero que no era capaz de soportar esa clase de cosas. El pobre hombre aún estaba pálido y descompuesto y me alegré de poder hacerle un buen regalo y dejarle ir. Por mi parte, tomé muy a pecho permanecer en la casa los dos años enteros, es decir, el tiempo de duración del alquiler. Pero no quise renovar el contrato. Cuando venció, encontramos una casa muy agradable, la compramos y nos establecimos en ella.

Debo decir que cada vez que el doctor Simson intenta tomarme el pelo, puedo hacer que vuelva de nuevo a ponerse gravemente serio y cese en sus burlas sólo con recordarle el enebro. Para mí, el asunto del enebro carece de importancia. Es posible que me haya equivocado. No me importa que haya habido o no equivocación por mi parte o por la suya. Pero el efecto que produce en él es muy distinto. Para Simson la voz doliente, el alma en pena, podían haber sido productos de ventriloquia, de ecos, de resonancias o de cualquier otra cosa: una larga y pesada broma llevada a cabo por el vagabundo que se había alojado en la vieja torre. Pero lo del enebro le preocupa. Cuán diferentes pueden ser los efectos que una misma cosa produce en la mente de hombres distintos.

UN SUEÑO EXTRAÑO

Mark Twain

La otra noche tuve un sueño singular. Soñé que me hallaba sentado en el umbral de una puerta, en una ciudad indeterminada, a punto de dormirme. Serían sobre las doce. La noche era cálida y deliciosa. Ni un simple ruido producido por el hombre quebraba aquella quietud; ni siquiera unos pasos. Tampoco ninguna otra cosa alteraba la serenidad del momento, con excepción de los ladridos de un perro y el distante eco de otro can que respondía. De improviso, en el extremo de la calle se percibió un insólito entrechocar de huesos y supuse que se trataría de algunos jóvenes que deseaban divertirse.

Un instante después, un gran esqueleto, cubierto con una capucha y malamente vestido con un sudario roto y sucio, cuyos jirones flotaban a los costados de sus costillas, vino hacia mí. Con paso majestuoso desapareció en la oscuridad de la noche sin luna. Cargaba a la espalda un ataúd desvencijado y llevaba un paquete en la mano. Comprendí entonces cuál era la causa de aquel extraño ruido: eran sus articulaciones que crujían al andar y sus codos que golpeaban contra sus flancos. Pero antes de que me hubiese recobrado de la sorpresa y de que hubiera podido meditar qué significaba aquella aparición, oí otra vez el chocar de huesos. Otro espectro hizo acto de presencia. Éste sólo cargaba los restos de un ataúd y llevaba unas cuantas tablas bajo el brazo. Me habría gustado aproximarme y trabar conversación con él. Pero cuando se volvió hacia mí y me sonrió, mostrando sus cavernosas órbitas, no me apeteció lo más mínimo retenerle.

Apenas había desaparecido, cuando oí de nuevo el crujir de huesos. Un tercer fantasma surgió de entre las sombras. Éste avanzaba encorvado bajo el peso de una losa sepulcral y arrastraba con una cuerda un sórdido ataúd. Al llegar junto a mí, me miró fijamente por espacio de unos minutos y después me pidió, volviéndose de espaldas:

—Échame una mano, paisano, para que pueda descargar esta piedra.

Le ayudé a depositarla en el suelo. Entonces leí lo que habían grabado en ella:

«John Baxter Copmanhurst, mayo de 1839».

Era la fecha de su muerte. El difunto tomó asiento a mi lado y cogió su maxilar inferior para secarse el hueso frontal. Supuse que debía ser una antigua costumbre,

pues no vi ni una gota de sudor.

—Es inaguantable, inaguantable —dijo, mientras pausadamente recogía los harapos de su sudario y apoyaba el maxilar en la mano.

Después cruzó el pie izquierdo sobre la rodilla y empezó a rascarse la tibia con una llave mohosa que sacó del ataúd.

—¿Qué es lo que resulta inaguantable, amigo mío? —le pregunté.

—Todo esto. Hay momentos en que preferiría no haber muerto.

—Me asombra usted. ¿Cómo es eso? ¿Qué es lo que le indigna?

—¿Lo que me indigna? Fíjese en ese sudario. Está hecho una porquería. Esta piedra, gastada ya. Y en cuanto a ese ataúd, resulta abominable. Todo lo que un hombre tiene se deshace a pedazos o en polvo. Y todavía me pregunta qué es lo que me molesta. ¡Miseria!

—Cálmese, amigo —le pedí—. Tiene usted razón. Es excesivo. Si he de ser sincero, no podía imaginar que esos detalles les fastidiaran a ustedes en su presente estado.

—Me preocupan, querido señor. Mi orgullo está herido; mi comodidad deshecha para siempre. Verá; permítame que le explique mi historia. Quiero exponerle mi caso. Lo entenderá todo si es lo bastante amable para escucharme durante unos minutos.

El esqueleto, al pronunciar estas palabras, se echó hacia atrás la capucha de su sudario con gesto enérgico y resuelto. Esto le proporcionó, sin que él lo advirtiera, un aire gracioso y lleno de vida, que estaba poco acorde con su situación actual en la vida, por así decirlo, y producía un contraste pésimo con su mal humor.

—Empecemos. Habito en ese viejo y destartalado cementerio que se divisa al final de la calle, a dos o tres manzanas de aquí.

Hizo una pausa y agregó:

—Bueno, tenía la certeza de que ese cartílago se me iba a partir. Caballero, tenga la amabilidad de sujetarlo a mi columna vertebral. Póngalo en el tercer nudo a partir de abajo y átelo con un trozo de sudario. No cabe duda de que es preferible un hilo de plata, ya que dura más. Pero no creo que usted tenga uno. Pensar que me estoy yendo a pedazos por la indiferencia de mis familiares…

Y el pobre esqueleto rechinó los dientes, lo que me hizo estremecer de miedo y aprensión. Luego, prosiguió:

—Resido en este cementerio hace treinta años. Y le aseguro que las cosas han cambiado mucho desde el día en que tendí mi viejo cuerpo gastado, tras retirarme de los negocios, comenzando un sueño eterno, libre de inquietudes y de trabajos, de dudas y de temores. Mi sensación de bienestar se acrecentó cuando oí el ruido de la pala del sepulturero echando tierra sobre el ataúd. Delicioso. Desearía, amigo mío, que pudiera usted, en este momento, conocer tan placentera impresión.

Y para sacarme de mi estupor me golpeó con su enorme mano huesuda.

—Sí, señor. Hace treinta años me acosté allí y fui feliz. En aquel tiempo se hallaba aislado en el campo, junto a un hermoso y florido bosque. El viento perezoso

solía jugar con las hojas secas. Los animales que viven en los árboles acudían a visitarnos; los pájaros nos deleitaban con sus más bellas melodías. Se hubiesen podido dar diez años de vida por morir en aquel momento. Todo era ideal. Nos encontrábamos en buena compañía, puesto que cuantos reposaban allá pertenecían a las mejores familias de la ciudad. Nuestros descendientes parecían tenernos en mucha consideración. Nunca olvidaron cuidar las sepulturas, regar las flores y limpiar los epitafios o cambiarlos por otros al estropearse.

»No permitían que se derrumbase nada. Pero todo esto se ha terminado. Nuestros parientes nos han olvidado. Mi nieto vive en la casa que edificó con el dinero que amasaron estas manos de hueso. Y yo reposo en una tumba abandonada, llena de parásitos que se comen mi sudario para hacer sus nidos. Mis amigos, que allí descansan, y yo hicimos la grandeza y el esplendor de esta ciudad, y nuestros amados familiares nos abandonan en un cementerio ruinoso, insultados por nuestros vecinos y despreciados por los forasteros. Ésta es la diferencia entre los tiempos viejos y los modernos. Nuestras tumbas están abandonadas, las lápidas se caen, las verjas se vienen abajo y los monumentos que las decoraban se derrumban. Ya han desaparecido las flores; todo está abandonado. Hasta las tapias que nos protegían de los animales vagabundos se desplomaron y dejan libre el paso a todos los que por allí cruzan, señalando sólo el lugar de nuestro reposo. Y nos es imposible pensar en esconder nuestra miseria y no nos queda otro refugio que el bosque, ya que la ciudad ha extendido sus brazos en todas direcciones, encerrándonos en ellos. Lo único que nos resta de nuestros antiguos días de alegría es ese pequeño grupo de árboles lúgubres, que se alzan, exhaustos y entristecidos por la cercanía de la población, con las raíces en nuestros ataúdes. Le aseguro que es desolador. Me parece que empieza usted a comprender. ¿Se da usted cuenta de la situación? Mientras, al lado, en la ciudad, nuestros herederos llevan una vida de lujos con nuestro dinero, nosotros hemos de mantener una lucha desesperada para conservar juntos el cráneo y los huesos. ¡Dios me bendiga! No hay tumba de la que su dueño no huya. Cada vez que llueve hemos de escalar nuestras sepulturas para refugiarnos bajo los árboles. Otras veces nos despierta el agua helada que empapa nuestros huesos. En esos momentos, puede creerme, se produce una desbandada general desde las viejas tumbas; un desfile de esqueletos en dirección al bosque. Debió usted haber venido una de esas noches después de las doce. Hubiera visto a medio centenar, saltando sobre una pierna o la otra, en tanto que el viento, con lúgubre lamento, se deslizaba por entre nuestras costillas. A menudo hemos pasado allí tres o cuatro horas mortales, retornando luego, ateridos de frío y muertos de sueño, a nuestras tumbas, que primero vaciamos con nuestros cráneos del agua que las inunda. Si no le importa echar una ojeada a mi boca, mientras alzo la cabeza, observará mi bóveda craneal llena de lodo seco. Bien sabe Dios que, a veces, esto me embrutece y me atonta. Sí, señor. Si hubiese venido usted aquí un poco antes de la aurora nos habría hallado sacando el agua de las sepulturas y colgando los sudarios para que se sequen. Mire, el mío era

muy elegante. Me lo robaron. Sospecho de un individuo llamado Smith, que reside en un camposanto muy ordinario. Mis sospechas se basan en que, cuando le conocí, no disponía más que de una camisa a cuadros, y en el último encuentro, en una reunión corporativa en el nuevo cementerio, era el cadáver mejor vestido de toda la asamblea. Es muy sintomático que se marchase en cuanto me descubrió. Hace poco a una anciana se le ha extraviado también su ropa. Acostumbraba a llevarla a todas partes, por temor al reuma, al que es muy propensa y del que murió. De este modo se resguardaba del aire fresco de la noche. Se llama Hotchkiss, Anne Mathilde Hotchkiss. Acaso la conozca usted. Tiene dos dientes en el maxilar superior. Es muy alta, aunque está bastante encorvada; le faltan una costilla izquierda y un pedazo de hueso, recuerdo de una riña. Debió ser muy hermosa, pero está bastante estropeada. ¿La ha visto alguna vez?

—¡No lo quiera Dios! —exclame sin poder contenerme.

Como no había meditado mis palabras, luego, para disculparme, le aseguré, balbuceando, «que no había tenido el honor» y que «no quisiera parecer grosero hablando de una amiga suya». Después, para cambiar de conversación añadí:

—De manera que le han robado. Esto es vergonzoso. Por los jirones que quedan se adivina que era un espléndido sudario. ¿Cuánto…?

Una expresión fantasmal y horrible contrajo la calavera. Yo experimenté un espasmo de terror cuando me notificó que sólo quería sonreír y guiñarme el ojo para darme a entender que, en el momento en que adquirió su actual ropaje, un esqueleto de la tumba vecina perdió el suyo. Esto me tranquilizó, pero le supliqué que se limitara a las palabras, prescindiendo de los gestos, ya que su expresión facial resultaba un tanto dudosa. Además, sus sonrisas no lograban divertir a nadie. Esto último era, ante todo, lo que más debía evitar. Lo que él suponía que iba a tener un gran éxito no consiguió impresionarme sino de un modo distinto.

—No es que me parezca mal —agregué— que un esqueleto esté contento, digamos que incluso alegre. Pero no pienso que la sonrisa sea la expresión más adecuada para su fisonomía ósea.

—Sí, amigo mío —prosiguió mi amable interlocutor—, los hechos son tal como los he explicado. Dos de los viejos cementerios, aquel en el que resido y otro algo más distante, han sido abandonados adrede por nuestros actuales descendientes desde que no se entierra a nadie allí. Sin hablar del desbarajuste óseo que origina, y es difícil no mencionar esto durante esta estación lluviosa, el actual estado de cosas es ruinoso para los objetos de mobiliario. Nos vemos obligados a emigrar o a ver cómo todas nuestras propiedades se van hundiendo. Tal vez no lo crea, pero, desde luego, es verdad: no hay ni un ataúd en buen estado entre todos mis amigos. Es un hecho. No me refiero a la gente vulgar que viene aquí con una caja de pino sobre unas parihuelas; hablo de esos ataúdes lujosos, adornados de plata, verdaderos monumentos, a los que transportan en coche a la cabeza de una comitiva y que pueden elegir su tumba. Me refiero a gentes como los Jarvis, los Bledso, los Burling

y otros. Se hallan al borde de la ruina. Antes eran lo más elegante de aquí. Véalos ahora; en la miseria. Uno de los Bledso ha vendido hace poco el mármol de su mausoleo a un cafetero a cambio de unos cuantos troncos secos para apoyar en ellos su cráneo. Le garantizo que esto es significativo, puesto que no hay nada que un cadáver tenga en mayor aprecio que el mausoleo. Le agrada leer el epitafio. Acostumbra a pasarse horas contemplándolo una y otra vez. Podría verles usted, durante la noche, sentados ante la tumba, sin separar la vista de la inscripción. Un epitafio no es caro y proporciona a un pobre diablo una serie de satisfacciones después de muerto, en especial si no fue feliz en vida. En ocasiones desearía que antes del hecho también se emplearan. Ahora ya no me quejo, pero considero que fue poco digno por parte de mi familia no darme más que esta vieja placa de hierro, sobre todo si se tiene en cuenta que la inscripción no era muy lisonjera. Decía sencillamente: «Tuvo la recompensa que merecía». Al principio me sentía muy orgulloso, pero, con el tiempo, advertí que uno de mis viejos amigos pasaba delante de mi fosa y se detenía a leer aquello, con el mentón apoyado en la verja. Después, rompía a reír, alejándose de allí con aspecto complacido. He borrado la inscripción para suprimirle estas diversiones. Pero los muertos siempre están orgullosos de sus mausoleos. Por ahí llegan media docena de Jarvis sosteniendo la lápida familiar. Y los Smithers con esqueletos alquilados para transportar la suya.

Hizo una pausa y gritó a un espectro que cruzaba por allí:

—Hola, Higgins. Buenos días.

Luego, me notificó:

—Éste es Meredith Higgins, muerto en 1844. Es un vecino de tumba; pertenece a una antigua y conocida familia. Por cierto: su abuela era india. Mantenemos muy buenas relaciones. No me ha oído, pues en caso contrario hubiera contestado a mi saludo. Me gustaría presentárselo. Le hubiera maravillado. Es el esqueleto en más malas condiciones de cuantos he visto, mas lleno de gracia y talento. Cuando se pone a reír, parece que rasquen dos piedras, una contra otra, y acaba casi siempre con un grito agudo que parece que están golpeando una hoja de acero con un clavo.

Se volvió hacia otro esqueleto que pasaba y gritó:

—Eh, Jones.

Después, aclaró:

—Es el viejo Columbus Jones. Su sudario costó cuatrocientos dólares. Y el «trousseau», contando con el mausoleo, dos mil setecientos. Fue en la primavera de 1826. Una suma exorbitante para aquella época. Los muertos acudieron a verlo desde el otro lado de los Alleghanies. Mi vecino de tumba lo recuerda muy bien. Fíjese, ahora, en aquel esqueleto que lleva su epitafio bajo el brazo. Le falta un hueso en la rodilla. Es Basrtow Dalhousie. Luego de Columbus Jones era la persona que estaba más suntuosamente alojada en nuestro cementerio. Todos nos vamos. No podemos aguantar la forma como nos tratan nuestros descendientes. Abren nuevos cementerios, mas nos dejan en el abandono; arreglan las calles, pero jamás reparan lo

que nos concierne o lo que nos pertenece. Fíjese en mi ataúd. Le aseguro que en su tiempo fue un mueble que en cualquier sitio hubiera llamado la atención. Puede quedarse con él si le gusta; no pienso restaurarlo. Cambie el fondo, la tapa y el forro de la parte izquierda y tendrá uno nuevo como no hallará otro. No me dé las gracias. No merece la pena. Ha sido usted muy amable conmigo y prefiero entregarle todo lo que poseo que parecer ingrato. Este sudario también es, a su modo, algo muy especial. Si lo quiere… ¿No? Bien, como quiera. Sólo lo decía como prueba de deferencia y afecto. No soy rastrero. Adiós, muchacho. Debo irme. Únicamente sé que marcho al exilio y que nunca volveré a dormir en ese viejo cementerio. Andaré hasta que encuentre un sitio adecuado, aunque tenga que llegar hasta Nueva York. Todos los compañeros se van. La decisión se tomó ayer noche en una asamblea pública. Emigraremos y, cuando excaven allí, no hallarán ni un solo hueso. Esta clase de cementerios pueden convenir a mis amigos vivos, pero no al despojo mortal que tiene el honor de hacer estas afirmaciones. Mi opinión es como la de todos. Si no lo cree, vaya a ver cómo los espectros que se marchan abandonan muchas cosas. Casi han exagerado cuando manifestaban su indignación. ¡Mire! Allí van varios Bledso. Si quiere ayudarme otra vez a coger el mármol creo que, para el viaje, me uniré a ellos. Vieja familia la de los Bledso. Jamás salían sin seis caballos uncidos a su coche, hace cincuenta años, cuando, por el día, me paseaba por esas calles. Adiós, viejo.

Con la lápida a la espalda, se reunió con la horripilante procesión, arrastrando su ataúd, ya que no quise aceptarlo. Me imagino que, durante dos horas, aquellos fúnebres emigrantes pasaron, entrechocando los huesos, cargados con su espantoso bagaje. Y por espacio de aquel tiempo permanecí en pie, contemplándolos. Uno o dos de los más jóvenes me preguntaron por los trenes de la noche, pero los demás parecían desconocer aquel medio de locomoción y se desperdigaron por las carreteras, en busca de ésta o aquella ciudad, que desapareció hace treinta o cuarenta años o de otras que solamente existieron en los mapas, e incluso de algunas que sólo figuraron en las agencias de construcciones. Y no hacían más que preguntar por el estado de los cementerios y por la fama de sus habitantes acerca del respeto hacia los muertos.

Todo esto me interesaba extraordinariamente y excitaba mi curiosidad y mi simpatía por aquella pobre gente sin hogar. Todo me parecía real, pues no imaginé que se tratara de un sueño. Aproveché también la idea de uno de aquellos emigrantes en sudario de publicar el relato de su éxodo. Le dije que no sabría narrar con exactitud, ateniéndome a los hechos, sin parecer que bromeaba respecto a un asunto tan grave, lo que considerarían una irreverencia a sus amigos aún con vida. Pero aquel amable y serio cadáver, se aproximó y me murmuró al oído:

—No debe preocuparle esto. La comunidad que puede soportar tumbas como éstas, podrá soportar muy bien todo lo que se diga sobre el abandono y el olvido en que deja a los muertos que allí descansan.

Un gallo cantó en aquel momento. El fantástico cortejo desapareció, no dejando

tras él ni un hueso ni un recuerdo. Entonces me desperté, hallándome con la cabeza colgando fuera de la cama en un ángulo considerable, magnífica posición para tener sueños que contengan alguna moraleja, pero ninguna poesía.

EL TRIUNFO DE LA MUERTE

H. Russell Wakefield

Miss Prunella Pendelham levantó la vista y miró a su dama de compañía.

—Sin duda le sorprenderá saber, Amelie, que hoy he recibido una carta muy impertinente.

—¿Sí, Miss Pendelham?

—Procede de no sé qué asociación, e insinúa que esta casa está encantada. Lo cual, como usted sabe, es ridículo, ¿verdad?

—Claro, Miss Pendelham.

—He creído advertir una ligera vacilación en su voz. Supongo que dice lo que piensa.

—Desde luego, Miss Pendelham.

—Bien. Esta asociación quiere enviar aquí a uno de sus miembros que inspeccionaría la casa y redactaría un informe. He contestado que si alguna vez este hombre se atreviera a entrar en mi casa, le acusaría de violación de domicilio. Aquí está mi carta. Vaya a echarla al correo en seguida.

—Muy bien, Miss Pendelham.

—¡Siempre parece muy contenta al salir de la casa! En fin, procure volver pronto.

Algunos minutos más tarde, Miss Amelie Lornon bajaba con paso apresurado por la avenida Arthwaite Place. Mas en cuanto se hubo alejado lo suficiente como para estar segura de que no podía ser vista desde las ventanas del piso superior, aminoró el paso. Por dos razones: primero, porque se sentía débil y cansada aquella mañana; segundo, porque la más pequeña salida significaba para ella una evasión, un alto en la desagradable prueba de su miedo constante.

Para llegar a la oficina de Correos de la aldea, debía pasar por delante del presbiterio. Mrs. Redvale, la esposa del pastor, estaba precisamente mirando desde la ventana.

—Aquí llega Amelie —dijo, dirigiéndose a su marido—. Nunca le había visto tan mala cara. Creo, Claude, que ya sería hora de que hicieseis algo por ella.

Bonita mujer de rasgos enérgicos, Mrs. Redvale se expresaba en un tono autoritario. Manifiestamente, era ella la que «llevaba los pantalones».

—¿Y qué queréis que haga, querida? —contestó el pastor, con voz quejumbrosa.

—No lo sé… Algo. Tenéis la posibilidad de hacerlo y además es vuestro deber. Para empezar vais a escucharme un instante. Desde hace tiempo, tenía la intención de hablaros, desde que comprendí lo que sucedía. Hace un instante, al ver a la infortunada, me he dado cuenta de que es preciso hacerlo inmediatamente. Si muriese sin que hubiésemos hecho nada para salvarla, jamás me lo perdonaría y supongo que vos tampoco. ¡De prisa, venid, ya está de vuelta!

De mala gana, el pastor se acercó a la ventana. Una brusca tristeza ensombreció su tímido rostro.

—En efecto. Ya veo lo que queréis decir. Lo veo demasiado perfectamente.

—¡Menos mal! Ahora volveos a sentar y no me importunéis. Ya sé que nuestra posición es delicada; cada domingo, en la colecta, Miss Pendelham da dos libras, lo cual es para nosotros una ayuda considerable, aunque se tome, para poner estos dos billetes en el platillo, un aire de suficiencia que viene a decir: «Aquí tenéis el sueldo de mis criados.» No hay duda de que es una vieja malvada, mucho más horrible de lo que nosotros pensamos.

—No obstante, acude regularmente a la iglesia.

—Oh, sí, muy regularmente —replicó su esposa, con sarcasmo—. Y como otros muchos fieles, con un objeto que no tiene relación alguna con la piedad: quiere reducimos al silencio, y para conseguir sus fines, por eso nos compra y nos adula. No discutáis, Claude, sé que tengo razón. Claro que nosotros estamos aquí sólo desde hace seis meses, pero nos hemos enterado de bastantes cosas. Sobre todo de que los Pendelham son una familia de pervertidos: borrachos, mujeriegos, y hasta criminales, con alguna brillante excepción de cuando en cuando. Esta vieja mujer es la última de la familia; esa odiosa raza se extinguirá con ella.

—No hay que olvidar —murmuró el pastor— que de hecho, todo esto se basa únicamente en la opinión de Miles. Pero ya sabemos que siente por Miss Pendelham una violenta antipatía e incluso se niega a dirigirle la palabra.

—Ha sido sacristán aquí durante cuarenta años… Así, pues, debe conocerla. La actitud que adopta para con ella le cuesta su dinero, ya que ella nunca entra en su tienda. De todos modos, el viejo Miles me causa la impresión de que es un hombre honrado y sincero. ¿No sois de mi opinión?

—Desde luego, convengo en eso.

—Además, todo lo que él dice me parece perfectamente plausible. Según él, Miss Pendelham tuvo hace mucho tiempo un fracaso sentimental y, según dice ella, una mala mujer le robó el afecto de su prometido. Y ha conservado un implacable odio por todas las mujeres, hasta el punto de querer vengarse, a su manera, es decir, por los medios más horribles y diabólicos. Miles está convencido de que esta «traición» dejó en su ánimo una huella indeleble. Según cree, Miss Pendelham está desquiciada, aunque su locura no tenga ninguna definición médica.

—¡Todo parece tan melodramático! —dijo el pastor.

—Melodramático no es sinónimo de imposible —replicó Mrs. Redvale—. Los

melodramas reales no dejan de abundar en este mundo. También, según Miles, Miss Pendelham ha tenido cinco damas de compañía, desde que vino a esta propiedad, hace treinta y cinco años. De estas cinco mujeres, tres murieron bajo su techo, y las otras dos se marcharon, declarando que Miss Pendelham era una diablesa, y su casa un infierno. En cuanto a la sexta, esta desgraciada Amelie también está a punto de morir.

—¿Morir de qué?

—De miedo, desde luego.

—Podría irse, como las otras dos.

—¡Es muy fácil decirlo! Es como aconsejarle esto mismo a un pobre pájaro que se halle entre las garras de un gato. Pasado un cierto grado de terror, ya no se tienen fuerzas para huir, ni para luchar. Y Amelie se encuentra en una situación sin salida posible: está envejeciendo, no posee ni un penique, y, además, tiene un temperamento débil y sin voluntad alguna. Jamás tendrá el valor suficiente para marcharse por propia iniciativa.

—Sin embargo, parece apreciar, en cierto sentido, la compañía de Miss Pendelham.

—Sólo porque tiembla ante la idea de quedarse sin compañía en esta horrible casa. Una casa que está encantada, ya lo sabéis, Claude.

—Mi querida Clara, me colocáis en una situación de las más incómodas. Recordad que yo estaba de acuerdo con Miss Pendelham en afirmar que los fantasmas no existían.

—¡No seáis ridículo, Claude! Lo habéis dicho únicamente por cortesía. ¡Sabíais muy bien que era una mentira!

—Os ruego que…

—¡Nada de esto! ¿Recordáis que en vuestra primera visita alguien os estaba mirando llegar, a través de la ventana del primer piso?

—Sí, por espacio de un segundo creí ver alguna cosa.

—¿No era un niñito, con la cara cubierta de sangre?

—Esto es lo que me pareció ver.

—En cualquier caso, no era Miss Pendelham ni Amelie.

—Me parece que no.

—Oficialmente, viven solas en aquella casa. Además, también os dije, aquel día, lo que había visto yo cuando fui al cuarto de baño. Esta niña muerta aún la sigo viendo. ¡Espero que no me acusaréis de deciros mentiras!

—Que yo sepa, jamás habéis mentido por el placer de mentir. Mas todo el mundo puede equivocarse.

—¡Vamos, vamos! Y aquel grito lo oísteis igual que yo, ¿no es verdad?

—Efectivamente, creí oír algo… Un grito extraño… Un pájaro, tal vez.

—¡Un pájaro! No digáis tonterías. Claude, sed franco, ¿os gustaría vivir en esa casa, con todos esos fenómenos? Si os vierais obligado a vivir allí, procederíais como

Amelie; preferiríais la compañía de Miss Pendelham a la de los fantasmas. Cuando pienso en la pobre chica, me pongo enferma. Si no hiciéramos nada para salvarla, me lo reprocharía durante toda mi vida.

—Yo también, Clara, al menos hacedme el favor de creer que también yo me lo reprocharía eternamente.

—Estoy convencida de ello. Sólo me pregunto si lo sentís con tanta profundidad como yo. Jamás he podido librarme de esa sensación de malestar. Hasta las motas de polvo que flotaban en los rayos de sol parecían trazar dibujos horribles. No me sorprende que Amelie esté muriéndose lentamente, que esté muriéndose así desde hace años. Me ha dicho que cuando los fantasmas están cerca de ella, el agua en el fuego no llega a hervir. Es decir, su espíritu, así como su cuerpo, renuncian a la lucha.

—¡Todo esto no me dice lo que yo debo hacer! —exclamó el pastor—. Aconsejadme, Clara. Sé tal vez mejor que vos lo que ocurre en el otro mundo, pero en lo que se refiere a éste, ciertamente estáis más enterada.

—¡Admitiendo que el otro mundo exista!

El pastor lanzó un suspiro.

—Vuestro escepticismo me causa pena, Clara.

—¡No hay razón para ello, realmente! Todos los pastores deberían casarse con incrédulas; esto evitaría que su espíritu se enmoheciera. Dicho esto, vamos a reflexionar hoy sobre este problema y continuaremos esta discusión mañana mismo. Digo mañana mismo. De todos modos, mi decisión está tomada. En cuanto a las dos libras que esta mujer da cada semana, ¿podrías seguir aceptándolas, si Amelie falleciese? ¡Así, pues, mañana a las diez de la mañana!

—Habéis tardado mucho, Amelie —dijo Miss Pendelham.

—He andado tan de prisa como he podido, Miss Pendelham. No obstante, tenía tantas palpitaciones…

—¡Ridículo! Os sentís perfectamente. Cesad de imaginar enfermedades, Amelie.

Miss Pendelham era una de estas viejas solteronas que se resecan con tanta lentitud, que no es posible calcularles la edad. Con su elevada estatura y su cuerpo cilíndrico, parecía casi asexuada. Llevaba vestidos pasados de moda, de un gris irisado y adornados con una crujiente cola. Su rostro, o más exactamente, su nariz, había inspirado al pastor una de sus raras bromas: parafraseando un poema célebre, había comparado esta nariz al «Duque de hierro, visto desde ángulos distintos», lo cual estaba muy bien dicho, ya que aquella nariz, maciza, abrupta, dominaba todo el rostro. La boca era pequeña, de labios delgados. Los ojos, redondos como ojos de mono, eran de un extraño amarillo ocre que pertenecía a la herencia familiar. Bajo la encrespada masa de cabellos grises, el rostro, de una palidez cadavérica, evocaba una máscara mortuoria. En cuanto a su edad, oscilaba entre cincuenta y cinco y setenta años.

Amelie tenía cuarenta y nueve. Tal vez en otro tiempo había sido una joven agraciada —sus rasgos seguían siendo regulares, en efecto—, mas hubiera sido

precisa una mirada benévola y atenta para reconstruir esta imagen del pasado… Existen en la naturaleza parásitos que, alojados en el organismo de su huésped involuntario, roen a éste desde el interior hasta no dejar más que una envoltura frágil y transparente. Un soplo de viento, y todo desaparece. Amelie debía albergar, desde hacía mucho tiempo, algunos de estos pensionistas voraces. Demasiado delgada, curvada, comprimida, con los cabellos y los ojos apagados y sin vida, hacía pensar en una prisionera sacada al cabo de varios años de su calabozo subterráneo. La muerte, sujetándola por el hombro, iba estrechando cada vez más su abrazo, aunque cuando menos había necesitado nueve años para conducir a Amelie a su actual estado.

—Voy a preparar el almuerzo —dijo.

—Bien. ¿Qué vamos a comer hoy?

—Costillas de cerdo.

—Me serviréis tres. ¿Tenéis hambre?

—No, Miss Pendelham.

—En este caso, me daréis cuatro. No olvidéis que me gusta la carne roja.

La propiedad de Carthwaite Place se hallaba situada en la pendiente Norte, sobre el lago Windermere. Construida en el más puro estilo isabelino, semejaba un enorme montón de ladrillos oscuros, traspasados por una multitud de ventanas con cruceros horizontales y tejado plano. Comprendía treinta y cinco habitaciones y un cuarto de baño. Para hacerla habitable se hubieran necesitado miles y miles de libras, una suma astronómica que su actual propietaria jamás habría podido reunir. De tal modo que la casa iba convirtiéndose poco a poco en ruinas. En cuanto al parque que la circundaba, la naturaleza había recobrado su posesión desde hacía mucho tiempo, sofocando con la confusión de las espesuras hasta las últimas huellas de césped y de parterres. Miss Pendelham no abandonaba nunca su propiedad, excepto el domingo por la mañana, para asistir al oficio. Su única concesión a la época moderna era el teléfono, que utilizaba para transmitir sus encargos a los comerciantes del lugar, a unos diez kilómetros de allí.

Amelie se arrastró hasta la cocina, una ancha habitación de techo abombado, y avivó el fuego. Nuevamente se había puesto a temblar y evitaba mirar hacia atrás. Un instante se interrumpió como para escuchar, con el rostro paralizado en una expresión de espanto. A veces sus labios se agitaban sin que ningún sonido saliera de ellos.

Una vez asadas las costillas, las llevó al comedor. Miss Pendelham ya estaba allí. Las dos mujeres comieron en silencio, con una rapidez extraordinaria. En la pared situada frente a Amelie, un tapiz del siglo XVII mostraba un grupo de jinetes —caballeros con sus hermosas damas— cabalgando por un sendero siniestro. A la izquierda del pequeño grupo había tres cadáveres pudriéndose en sus ataúdes abiertos, acechados por enjambres de inmundas criaturas. Amelie dejaba errar su mirada a través de la habitación, con el fin de escapar al desagradable espectáculo. No se daba cuenta de que Miss Pendelham la observaba de soslayo.

Terminada la comida, Miss Pendelham le ordenó, como cada día desde hacía

nueve años:

—Daos prisa en lavar los platos y volved para leerme. Cuando regresó al salón, Miss Pendelham le tendió un libro: la traducción de la vida de Gilíes de Retz por el abate Boissard, un bello volumen, con ilustraciones. Veinte veces, treinta veces, tal vez, le había impuesto ya esta lectura a su dama de compañía. Amelie leía bien, aunque su voz precisa y muy pura no encajaba con los pasajes macabros de aquel sanguinario relato.

Bruscamente, Miss Pendelham le interrumpió:

—Qué curiosa coincidencia —dijo—. Crímenes poco más o menos similares a los que relata esta obra fueron cometidos, aquí mismo, por uno de mis antepasados. No se trata de una leyenda, sino de un hecho real. Mi antepasado torturó y mató a un cierto número de niños, sobre todo del sexo femenino, y se sirvió de los cuerpos para llevar a cabo los mismos ritos. Sin duda por esta razón han acabado por considerar esta casa como encantada. Una creencia grotesca, ¿verdad? En realidad, creo que ya os he hablado de ello.

—Sí, Miss Pendelham —murmuró Amelie, maquinalmente.

—Ahora voy a dormir un poco. Me llamaréis a las cinco, trayéndome el té. Pero quedaos aquí hasta que haya llegado el momento de prepararlo.

Una prueba que Amelie detestaba, pero que había aceptado desde hacía largo tiempo, como formando parte de su calvario cotidiano. ¿Dormía realmente Miss Pendelham, o lo fingía para observarla mejor? ¿Estaban realmente cerrados sus ojos?

Desde primeras horas de la tarde, llovía; una lluvia densa, que resbalaba sobre los cristales. En el profundo silencio no se oía más que este ruido regular, y el lento tic-tac del reloj de péndulo. Miss Pendelham guardaba una inmovilidad absoluta y su respiración seguía siendo pausada. Iba declinando el día, y Amelie, sin atreverse a hacer un solo movimiento, se sentía invadida por un embotamiento doloroso. De repente, en algún lugar de la casa, estalló un grito estridente. Amelie, con los ojos desorbitados, se llevó una mano a la garganta. Miss Pendelham se despertó, y suavemente se inclinó hacia ella, preguntando:

—¿Qué sucede, Amelie?

—Nada, Miss Pendelham; nada —murmuró Amelie—. Voy a preparar el té.

Miss Pendelham siguió con mirada sardónica la espalda encorvada que se alejaba. Por espacio de un segundo, su rostro se animó. Pero la sonrisa únicamente se reflejaba en la parte inferior de su rostro, sin alcanzar los ojos amarillos. De nuevo, un grito penetrante salió de las profundidades de la vieja mansión. Inmediatamente, la semisonrisa se borró, los ojos amarillos parpadearon brevemente y el rostro se inmovilizó, recobrando su impasibilidad.

Después del té, Amelie, mientras esperaba el momento de preparar la cena, dispuso de dos horas de asueto. Miss Pendelham hacía solitarios. Juego que, en principio, exige paciencia y honestidad para consigo mismo. Pero sólo en principio: cualquiera que hubiera podido observar a Miss Pendelham, mientras manipulaba las

cartas, se habría dado cuenta de que, para tratar un asunto con ella, era preciso la presencia permanente de un abogado vigilante. En efecto, Miss Pendelham hacía trampas, cada vez que era necesario, pero sólo en este caso.

Asimismo, quien hubiera observado a Amelie, preparando la cena a la luz de dos velas, hubiera comprendido mejor el sentido de la expresión «tortura mental». Las llamas de las velas proyectaban sombras extrañas sobre las paredes de piedra hasta el abovedado techo. Tal vez el observador se habría sorprendido imitando a Amelie, quien lanzaba miradas furtivas hacia aquellas sombras danzantes, estremeciéndose como delante de una visión atroz. Aquellas sombras oscuras, ¿eran realmente dos cuerpos, el de un niño yaciendo en el suelo, y el de un hombre de elevada estatura con las manos apretadas en torno al cuello de su víctima? ¿Había cambiado realmente de posición el asesino? Pero no, era tan sólo el resplandor vacilante de las velas. No obstante, el observador imaginario hubiera preferido marcharse, si hubiera tenido el valor de dejar a Amelie sola en aquella siniestra cocina.

La cena fue nuevamente una comida silenciosa. Miss Pendelham vació sus platos hasta la última migaja. Pero Amelie, a pesar de sus esfuerzos, apenas pudo tragar la mitad de su exigua ración.

—He olvidado coger mi chal —dijo Miss Pendelham—. Id a buscarlo a mi habitación.

«Olvidaba» el chal casi cada noche, porque sabía hasta qué punto temía Amelie subir aquella oscura escalera, desde que hacía cuatro años había tenido aquel terrible susto.

Amelie fue a buscar el chal, lavó los platos y regresó al salón.

—Ahora podéis leerme durante una hora —dijo Miss Pendelham—. Tomad estos relatos…

—Bien, Claude —preguntó Clara Redvale, a la mañana siguiente—. ¿Habéis reflexionado sobre nuestro problema?

—Desde luego, querida. Desgraciadamente, no veo qué podemos hacer. Estamos pensando que Miss Pendelham tortura a sus damas de compañía. Pero, ¿cómo y de qué modo lo realiza? Les da techo y comida, les da algún dinero, poca cosa, supongo, pero al menos algo. Y se muestra amable, superficialmente, pero al fin más o menos amable. Por otra parte, no las obliga a quedarse; además, admitiendo que desee retenerlas, no tiene ningún medio legal para hacerlo. En estas condiciones, ¿quién, aparte de nosotros, podría hablar de torturas?

—Aparte de nosotros mismos y del viejo Miles.

—Bien, conforme. Ahora imaginemos que trate de abordarla. O bien me mostrará la puerta, o bien llamará a Amelie para preguntarle, delante de mí, si tiene alguna razón para quejarse. Y como sin duda alguna, Amelie responderá: «Pues claro que no, Miss Pendelham», yo quedaré como un perfecto idiota.

Mrs. Redvale se encogió de hombros.

—Estáis diciendo estupideces, mi pobre Claude… —afirmó con voz estridente—.

Será preciso que os mostréis muy firme, que os neguéis a dejaros engañar por esta farsa y toméis la ofensiva. Después de todo, ella no puede ni comeros ni poneros en la puerta. Le diréis simplemente que Amelie se está muriendo, y que precisa de solícitos cuidados. Le recordaréis que tres de sus damas de compañía murieron en su casa. Le expondréis que un cuarto fallecimiento daría mucho que hablar, que le harían preguntas muy comprometedoras. ¡Precisamente aquí está Amelie! Voy a invitarla a que entre.

Y corriendo, salió a la calle.

—¿Cómo estáis, Miss Lornon?

—Muy bien, Mrs. Redvale.

—¿De verdad? Pues no lo parece. Entrad un momento.

—¡No puedo! Miss Pendelham me ha dicho que fuera a buscar sellos a la oficina de Correos, y que regresara en seguida.

—Sin embargo, no viene de cinco minutos.

Tras una leve vacilación, Amelie la siguió, visiblemente contrariada. El pastor, tendiéndole la mano, la examinó atentamente. Su mujer no le dio tiempo a abrir la boca.

—Tengo la impresión, Miss Lornon, de que no os encontráis bien. Podéis hablar con franqueza… Todo quedará entre nosotros.

Amelie se deshizo en llanto.

—Creo que me encuentro muy mal, en efecto —sollozó.

—Es aquella casa lo que os mata, ¿verdad?

—Sí, Mrs. Redvale… No puedo más…

—Ya sé que no podéis más… Llorad, eso os aliviará. Es preciso que salgáis de allí; absolutamente preciso.

—Pero, ¿cómo? Miss Pendelham no me dejará marchar jamás.

—¡Se verá obligada a hacerlo! Escuchad, Amelie, estamos decididos a ayudaros. Y mientras esperamos poder actuar, no olvidéis que esas… esas cosas no pueden haceros daño. Pueden asustaros, pero no pueden haceros ningún daño.

Amelie empezó a sollozar con mayor fuerza.

—¡Sí, claro que sí! Me tiene despierta casi toda la noche. En verano es menos grave, porque desaparecen al amanecer; pero en invierno, cuando las noches son largas, es terrible. —Se levantó—. Tengo que marcharme.

—No tendréis que soportarlo mucho tiempo… Aguantad hasta que nosotros hayamos podido hacer algo.

—No hay nada que hacer. Mrs. Redvale, no sé cómo agradeceros vuestro interés, pero no puedo decir nada más. Miss Pendelham se pondría furiosa si supiera que os he contado todo esto.

—¡No tiene ninguna importancia! Vuestra salud es antes que nada.

Pero Amelie se había ya marchado, casi corriendo.

—Bueno, ya lo habéis visto —exclamó Clara—. ¡Podría estrangular a esta vieja

bruja, estrangularla con mis propias manos!

—Hay un punto que siempre me ha intrigado —observó el pastor—. ¿Se da cuenta Miss Pendelham de que la casa está encantada? En caso negativo, la acusación que lanzáis contra ella se encontraría considerablemente atenuada.

—Se da perfectamente cuenta de ello.

—¿Cómo podéis estar tan segura?

—La observé en el momento en que oímos aquel terrible grito. Ella lo oyó como nosotros, su actitud lo demostraba claramente. Pero no se inmutó. Por el contrario, estas manifestaciones le causan placer, son sus instrumentos de tortura. Se las arregla para que la pobre Amelie piense: «Debo estar volviéndome loca.» ¿Todavía no lo comprendéis? Su cerebro está desquiciado, como el de sus odiosos antepasados. Estos fenómenos son la expresión del mal, el mal del que ella es la perfecta personificación. ¿Acaso el primer asesinato le impidió cometer los otros dos? ¡No, de ningún modo!

—Vamos, Clara, estáis diciendo cosas terribles.

—¿Y esta desgraciada que acaba de salir de aquí, no es una cosa horrible? Escuchadme, Claude: si persistís en esta actitud pasiva, no podré tener ya el menor respeto por vos. Este asunto os permitirá demostrar que sois un cristiano digno de este nombre y un hombre valiente. Yo, la no creyente, me encargaría de buena gana de actuar en lugar vuestro, si creyera que ella podía tener en cuenta mi intervención. Mas sé que me ignoraría, pues siente odio y desprecio por las mujeres. Mientras que vos, su director espiritual…

—No seáis sarcástica, querida.

—Tengo que encontrar algún medio que os obligue a hacer algo. Hablaréis con ella, ¿verdad, Claude?

—No puedo eludirlo —suspiró el pastor—. Hubiera querido hablar primero con el obispo…

—…Que nos hubiera dado muy pocos ánimos. Vuestra resolución está tomada, ¿sí o no?

—Sí, hablaré con ella.

—Entonces, telefoneadle ahora.

Salió para regresar al cabo de un instante, anunciando:

—Me recibirá esta noche, a las nueve y media…

—¿Le habéis hablado del objeto de vuestra visita?

—Simplemente le he dicho que es un asunto importante.

—El término es modesto; se trata de un asunto de vida o muerte. Lo sabéis tan bien como yo.

—¿Habéis llorado, Amelie?

—¡Oh, no, Miss Pendelham! Es el viento frío que me ha irritado los ojos.

—Sin embargo, tengo la impresión de que no hace tanto frío. Dadme los sellos e id a preparar el almuerzo.

Durante éste, Miss Pendelham rompió de repente el silencio.

—¿Veis este tapiz, Amelie?

—Sí, Miss Pendelham —contestó.

—¡No lo miráis!

Amelie se estremeció y se esforzó en examinar el tapiz. Vio que al pasar delante de los tres féretros abiertos, los caballeros y sus damas cesaban de sonreír; los rostros, hasta entonces tan alegres, adquirían bruscamente una expresión de horror y de repugnancia. Sin duda, porque son jóvenes y felices, pensó. Ignoran la necesidad de un largo descanso.

—Esta escena me recuerda algo —declaró Miss Pendelham—. ¿Habéis terminado? Entonces, venid.

La siguió hacia el salón.

—Hoy es el aniversario de la muerte de Miss Davis, vuestra predecesora en esta casa. Una joven estúpida y extravagante. ¿Nunca os he hablado de ella?

—Oh, muy poco, Miss Pendelham.

—Pues, como acabo de decir, era una joven extravagante. Mejor dicho, dotada de una imaginación mórbida. Creía ver y oír cosas raras en esta casa, lo cual demuestra que tenía el espíritu extraviado, ¿no es cierto?

—Desde luego, Miss Pendelham.

—Quiero decir… que si la casa estuviera verdaderamente encantada, vos y yo veríamos y oiríamos igualmente cosas extrañas, ¿verdad?

—Sí, Miss Pendelham.

—Y sin embargo, nosotros no vemos ni oímos nunca nada, ¿no es cierto?

—Nunca, Miss Pendelham.

—Naturalmente. Volviendo a Miss Davis, tal vez hubiera debido despedirla, pero esa idea me disgustaba. ¿Os he explicado de qué manera murió?

—No, Miss Pendelham.

—Ya lo suponía. Me di cuenta que adelgazaba y que su comportamiento se iba haciendo cada vez más extraño; me había dicho que no dormía bien. Hubiera debido desconfiar el día en que entró en mi habitación para anunciarme que acababa de ver, en la cocina, el cadáver de un niño. Ya había tenido otras alucinaciones; evidentemente, había perdido la razón. Una noche la envié a buscar mi chal, igual que a veces os envío a vos, y al no verla regresar, subí yo. La encontré muerta en mi habitación. Un ataque, según dijo el médico, que incluso preguntó si había recibido un susto. «No, que yo sepa», respondí. En mi opinión, debió ver cualquier horrible aparición. Mirad detrás vuestro, Amelie.

Amelie dio un salto en su silla, lanzando un grito espantoso.

—¿Qué os pasa? —gruñó Miss Pendelham—. Sólo quería advertiros que la funda de vuestro sillón estaba a punto de caer. Espero que vuestros nervios no van a desequilibrarse como los de Miss Davis. ¿No habéis tenido, durante el mes último, una especie de crisis, un espanto imaginario?

—No fue nada, Miss Pendelham.

—Sin embargo, gritabais como si os desollaran. No olvidéis nunca la suerte de Miss Davis. Según lo que me dijo el médico, estas alucinaciones son a menudo el primer síntoma de una enfermedad mental; se ven y oyen cosas, cuando en realidad no hay nada que ver, nada que oír. Y ahora, ya podéis leerme algo.

Obediente, Amelie empezó a leer. Luego, Miss Pendelham le ordenó que cesara y se adormeció. El viento azotaba las ventanas, la luz iba disminuyendo, y en la chimenea el fuego moría lentamente, hasta quedar reducido a un pequeño montón de ceniza. De repente, en la penumbra, Amelie tuvo la impresión de ver una forma blanca, atravesando la galería de los músicos, perseguida por una segunda silueta. En el mismo instante se alzó el grito quejumbroso que conocía tan bien. Amelie se quedó inmóvil, paralizada por completo de terror.

Miss Pendelham se inclinó hacia ella.

—¿Qué ocurre, Amelie?

—Oh, nada, Miss Pendelham. Voy a reanimar el fuego y a traer el té.

Por la noche, mientras preparaba la cena, pensaba en lo que le había dicho Miss Pendelham a propósito de Miss Davis. La desgraciada había sido víctima del mal que estaba a punto de matarla a ella. No tardaría en morir, sería muy pronto, lo sabía. Entonces, Miss Pendelham tendría otra dama de compañía, y ésta moriría, a su vez, en análogas circunstancias, a menos que… De repente, se interrumpió en su tarea para escuchar. No cabía duda, alguien estaba llorando en la cocina. Un sonido que aún no había oído nunca. Los alocados latidos de su corazón repercutieron en su garganta. Un dolor agudo le atenazó el pecho. ¿Quién podía llorar de aquel modo? Comprendió que tenía que reunir todo su valor; después de todo, tal vez se trataba de un ser humano y no de un fantasma. Cogiendo una vela, se dirigió de puntillas hacia una habitación vacía que olía a polvo y a suciedad, un lugar que evitaba siempre que podía. En la habitación no había nadie, pero los sollozos se oían con mayor claridad.

«Oh, Dios mío —gemía una voz—. No puedo más… No puedo más.»

Después hubo una carcajada siniestra, malévola, y los sollozos se transformaron en gritos desgarradores:

«¡Oh, Dios mío, no puedo más!»

Temblorosa y con el rostro desencajado, Amelie volvió a la cocina. ¿Había oído aquellos sollozos, o no eran más que una alucinación, como decía Miss Pendelham? Si aquellos lamentos y aquella risa demoníaca existían sólo en su imaginación, esto significaba que estaba volviéndose loca, como Miss Davis. ¿De qué modo vivían los locos, una vez encerrados en su demencia? ¿Continuaban siendo locos, incluso a la escala de su propio universo y para siempre? Era intolerable pensarlo. Resultaba evidente: era preciso que ella muriera antes de caer definitivamente en la demencia. Además, ya se estaba muriendo, el horrible dolor que sentía en el corazón lo señalaba claramente. ¿Qué ocurriría después de su muerte? Miss Davis había muerto y, no obstante, Amelie acababa de oírla sollozar. Pero no, puesto que no era más que una alucinación. Nuevamente, su rostro se crispó ante el esfuerzo de concentración que

hizo para poner un poco de orden en sus ideas. He aquí de qué manera sucederían las cosas. Iba a morir, como Miss Davis, y entonces Miss Pendelham tendría otra dama de compañía y, años más tarde, todo volvería a empezar. Claro, Miss Pendelham era muy buena, pero no comprendía la acción maléfica de la casa. Era algo extraordinario, complejo, difícil, pero era preciso ponerle fin a toda costa. Si podía explicarle a Miss Pendelham lo que le había ocurrido a Miss Davis, lo que le sucedería a ella misma, todo lo que se veía y se oía, Miss Pendelham haría entonces lo necesario; sólo que ella ignoraba estos fenómenos… Amelie se preguntó si odiaba a Miss Pendelham. Desde luego que no. ¿Por qué iba a odiarla? Una vez más, sus músculos faciales se contrajeron, sin que ella consiguiera dominarlos. ¡Era preciso que esta tragedia no pudiera irse repitiendo de este modo, hasta el infinito! Estuvo a punto de gritar, al oír nuevamente los gemidos de la niña, la risa cruel de su verdugo. Se tapó los oídos; un velo rojo pasó ante sus ojos. Recurriendo a la poca voluntad que le quedaba, extendió las manos, plegando y estirando sus dedos una y otra vez. Poco a poco, su rostro iba quedando inexpresivo, endureciéndose, como el rostro de una bestia acorralada. Consiguió conservar este aire casi inhumano. Al entrar en el comedor, Miss Pendelham lo notó. Visiblemente turbada, la vieja dama la escrutó con mirada de ave rapaz.

—¿Por qué no coméis, Amelie?

—No tengo apetito, Miss Pendelham.

—¡Tenéis que comer! A propósito, creo que habéis hablado con el pastor o con su esposa. ¿Es cierto?

Amelie quedó sorprendida pero dijo con serenidad:

—Simplemente saludé a Mrs. Redvale.

—¿Nada más?

—Nada más, Miss Pendelham.

De nuevo se hizo el silencio. Al fin, Miss Pendelham se levantó.

—Podéis leerme un poco.

Amelie leyó en voz alta uno de aquellos relatos. En él se hablaba de sábanas que se animaban para formar una silueta con gran espanto del anciano acostado en el lecho próximo.

—¿Que opináis de esta historia, Amelie? —preguntó Miss Pendelham.

—Es muy bonita, Miss Pendelham.

—¡Muy bonita! No sabéis lo que decís. Además, estáis leyendo muy mal.

—Os pido perdón, Miss Pendelham. ¿Este anciano estaba, verdad, como Miss Davis y como yo?

—Id a buscar mi chal —ordenó brutalmente.

Miss Pendelham le dirigió una mirada fría.

Amelie se levantó, y con paso de autómata franqueó la puerta que daba a la escalera. Mientras subía los primeros peldaños, hizo la señal de la cruz. Después, extendiendo las manos, movió sus dedos. Violentas convulsiones le retorcían el

rostro.

Miss Pendelham se dirigió hacia la puerta de entrada, la entornó y regresó al salón. Los minutos pasaron. La vieja dama inclinó la cabeza como para escuchar. El grito plañidero se alzó, y ella, bruscamente, levantó la cabeza. El reloj desgranaba su tictac monótono, y el viento, furioso, seguía azotando las ventanas. Transcurrieron algunos minutos, y luego Miss Pendelham se levantó y se dirigió hacia la escalera, llamando con voz sorda que resonó de un modo extraño en el amplio vestíbulo: «¡Amelie!» No hubo respuesta alguna.

Sonrió, se pasó la lengua por los labios y, subiendo algunos peldaños, llamó nuevamente. Bajó entonces, cogió una vela encendida de la mesa del salón, y subió hasta el piso. Cuando llamaba una vez más, una ráfaga de viento apagó la vela, dejando a la vieja dama en la oscuridad. Avanzando a tientas, encontró la pared y, con una mano sobre la fría piedra, empezó a recorrer el pasillo. Al cabo de algunos pasos, sus dedos se hallaron en el vacío. Giró a la izquierda, avanzando hasta el momento en que sus piernas tropezaron contra la cama. «¡Amelie!», llamó otra vez. El eco de su voz resonó brutalmente, como un chorro de sonoras bofetadas. Atravesó la habitación, con las manos hacia delante, para alcanzar otro espacio vacío, la puerta abierta del gran armario, donde sus viejos vestidos se estaban apolillando. Rozó un vestido colgado de su percha, otro y otro; de repente, su mano derecha tocó algo, y contuvo el aliento. Un instante más tarde, se debatió, mientras lanzaba un grito, rápidamente ahogado. Atraída por una fuerza irresistible hacia el interior del armario, hasta el centro de aquella masa de telas agitadas por extrañas convulsiones, no podía más que golpear a ciegas, delante de ella, con sus puños débiles. Al fin, Miss Pendelham se inclinó, como arrastrada por el peso de su busto; sus rodillas se doblaron, los brazos cayeron a lo largo del cuerpo, un último estertor se ahogó en su garganta, y no se movió más.

—Son las nueve y cuarto —advirtió Clara—; ya es hora de poneros en camino, mi pobre Claude. Antes de marchar, deberíais tomar un vaso de vino; esto os ayudará a mostraros firme.

Le sirvió un vaso, que el pastor bebió de un solo trago. Después se puso el abrigo, tomó el sombrero, y salió a la calle.

La lluvia había cesado; pero el viento seguía soplando con bastante fuerza, hasta el punto de que le impedía andar. Cuando cruzó las rejas se dio cuenta de que tenía la carne de gallina. «Como aquel que por un camino solitario avanza en el espanto y el terror.» Aquel ruido detrás de sí, ¿no era un furtivo deslizarse? Sin atreverse a volver la cabeza, empezó a correr. Con gran sorpresa por su parte, la puerta de entrada estaba entreabierta. Viendo luz en el salón, se dirigió allí. La habitación estaba vacía. Después de esperar unos instantes, llamó tímidamente: «Ya he llegado, ya estoy aquí, Miss Pendelham.» Apenas el eco de su voz se hubo extinguido, cuando un grito ahogado le respondió.

—Dios mío —murmuró—. ¿Quién ha podido gritar de este modo? Ha sido en el

piso de arriba. Tengo que subir.

Encendió una vela, y luego, con mano temblorosa, abrió la puerta que daba a la escalera. Mientras subía rápidamente los peldaños, tuvo la sensación de que algo se agitaba en las profundidades de la casa; las sombras de la pared parecían de personajes que le seguían, mientras que otras parecían esperarle en el rellano. Temblaba, su respiración se hacía jadeante.

—¡Miss Pendelham! —dijo, con voz insegura.

No tuvo respuesta. Recorrió el pasillo, hasta llegar a una puerta abierta. Franqueando el umbral, se dio cuenta de que se encontraba en una amplia habitación. Levantó la palmatoria y, temeroso, miró a su alrededor. Vio otra puerta, abierta también, y al fin a Miss Pendelham. Mas, ¿qué diablos estaba haciendo? No veía más que la mitad inferior de su cuerpo, pues el busto estaba metido en un montón de vestidos. De puntillas, se acercó al armario, y con gesto prudente, apartó algunos vestidos. Un instante después, lanzó un grito de horror y dio un salto hacia atrás: acababa de descubrir el rostro exangüe y tumefacto de Amelie. El cuerpo estaba apoyado contra la pared; sobre su pecho descansaba la cabeza de Miss Pendelham. Los dedos de Amelie estrechaban el cuello de Miss Pendelham. Ante este espectáculo, el pastor perdió la poca sangre fría que le quedaba. La palmatoria le cayó de las manos, y salió huyendo hacia la escalera,

El aire parecía lleno de risas y de gritos, algo frío y viscoso le rozó la cara y las sombras danzaban a su lado hasta que, titubeando, agitado por los sollozos, salió a la reconfortante frescura de la noche.

+++ UNA NOCHE DE VERANO
LA COSA MALDITA
Ambrose Bierce

UNA NOCHE DE VERANO

El hecho de que Henry Armstrong estuviera enterrado no parecía lo bastante convincente como para demostrarle que estaba muerto: siempre había sido un hombre difícil de convencer. El testimonio de sus sentidos le obligaba a admitir que estaba realmente enterrado. Su posición —tendido boca arriba, con las manos cruzadas sobre su estómago y atadas con algo que rompió fácilmente sin que se alterase la situación—, el estricto confinamiento de toda su persona, la negra oscuridad y el profundo silencio, constituían un cuerpo de evidencia imposible de contradecir y Armstrong lo aceptó sin perderse en cavilaciones.

Pero, muerto… no. Sólo estaba enfermo, muy enfermo. Aunque, con la apatía del inválido, no se preocupó demasiado por la extraña suerte que le había correspondido. No era un filósofo: una persona vulgar, simplemente, dotada en aquel momento de una patológica indiferencia; el órgano que le había dado ocasión de inquietarse estaba ahora aletargado. De modo que, sin ninguna aprensión por lo que respecta a su futuro inmediato, se quedó dormido y todo fue paz para Henry Armstrong.

Pero algo se movía en la superficie. Era una oscura noche de verano, rasgada por frecuentes relámpagos que iluminaban unas nubes que avanzaban por el este preñadas de tormenta. Aquellos breves y relampagueantes fulgores proyectaban una fantasmal claridad sobre los monumentos y lápidas del camposanto. No era una noche propicia para que una persona normal andara vagabundeando alrededor de un cementerio, de modo que los tres hombres que estaban allí, cavando en la tumba de Henry Armstrong, se sentían razonablemente seguros.

Dos de ellos eran jóvenes estudiantes de una Facultad de Medicina que se hallaba a unas millas de distancia; el tercero era un gigantesco negro llamado Jess. Desde hacía muchos años, Jess estaba empleado en el cementerio en calidad de sepulturero, y su chanza favorita era la de que «conocía a todas las almas del lugar». Por la naturaleza de lo que ahora estaba haciendo, podía inferirse que el lugar no estaba tan poblado como su libro de registro podía hacer suponer.

Al otro lado del muro, apartados de la carretera, podían verse un caballo y un carruaje ligero, esperando.

El trabajo de excavación no resultaba difícil; la tierra con la cual había sido rellenada la tumba unas horas antes ofrecía poca resistencia, y no tardó en quedar amontonada a uno de los lados de la fosa. El levantar la tapadera del ataúd requirió más esfuerzo, pero Jess era práctico en la tarea y terminó por colocar cuidadosamente la tapadera sobre el montón de tierra, dejando al descubierto el cadáver, ataviado con pantalones negros y camisa blanca.

En aquel preciso instante, un relámpago zigzagueó en el aire, desgarrando la oscuridad, y casi inmediatamente estalló un fragoroso trueno. Arrancado de su sueño, Henry Armstrong incorporó tranquilamente la mitad superior de su cuerpo hasta quedar sentado.

Profiriendo gritos inarticulados, los hombres huyeron, poseídos por el terror, cada uno de ellos en una dirección distinta. Dos de los fugitivos no hubieran regresado por nada del mundo. Pero Jess estaba hecho de otra pasta.

Con las primeras luces del amanecer, los dos estudiantes, pálidos de ansiedad y con el terror de su aventura latiendo aún tumultuosamente en su sangre, llegaron a la Facultad.

—¿Lo has visto? —exclamó uno de ellos.

—¡Dios! Sí… ¿Qué vamos a hacer?

Se dirigieron a la parte trasera del edificio, donde vieron un caballo, uncido a un carruaje ligero y atado por el ronzar a una verja, cerca de la sala de disección. Maquinalmente, los dos jóvenes entraron en la estancia. Sentado en un banco, a oscuras, vieron al negro Jess. El negro se puso en pie, sonriendo, todo ojos y dientes.

—Estoy esperando mi paga —dijo.

Desnudo sobre una larga mesa yacía el cadáver de Henry Armstrong, con la cabeza manchada de sangre y arcilla a consecuencia de un golpe de azada.

LA COSA MALDITA

Uno no come siempre lo que hay sobre la mesa

A la luz de una vela de sebo que había sido colocada a un extremo de una rústica mesa, un hombre estaba leyendo algo escrito en un libro. Era un viejo dietario, muy manoseado; y la escritura, al parecer, no era muy legible, ya que el hombre acercaba de cuando en cuando la página a la llama de la vela para obtener una mejor iluminación. La sombra del libro dejaba entonces a oscuras una mitad de la habitación, ocultando rostros y figuras; ya que además del lector, había otros ocho hombres presentes. Siete de ellos sentados contra las rústicas paredes de troncos, silenciosos, inmóviles, y no muy lejos de la mesa, ya que la habitación era pequeña. Extendiendo un brazo, cualquiera de ellos podría haber tocado al octavo hombre, que yacía sobre la mesa, boca arriba, parcialmente cubierto con una sábana, los brazos pegados a sus costados. Estaba muerto.

El hombre del libro no leía en voz alta, y nadie hablaba; todos parecían estar esperando que sucediera algo; el único que no esperaba nada era el muerto. A través de la abertura que servía de ventana, llegaban del exterior los rumores siempre desconocidos de la noche a campo abierto: el prolongado e indescriptible aullido de un lejano coyote; el obsesionante zumbido de unos insectos incansables que moraban en los árboles; extraños chillidos de aves nocturnas, tan distintos de los de las aves diurnas; todo un misterioso coro de pequeños sonidos que se interrumpen bruscamente apenas medio oídos, como si tuvieran consciencia de una indiscreción. Pero ninguno de los hombres reunidos en la habitación percibía aquellos rumores; ninguno de ellos se sentía inclinado a dedicar un ocioso interés a materias que carecían de importancia práctica. Eran, evidentemente, hombres de la vecindad: granjeros y leñadores.

La persona que estaba leyendo era algo distinta; la diferencia resultaba evidente, a pesar de que su atuendo revelaba cierta afinidad con los organismos que le rodeaban. Su abrigo no hubiera sido aceptado en San Francisco; su calzado no era de origen urbano, y el sombrero que yacía junto a él, en el suelo (era el único de los presentes que iba destocado), hubiera confundido a cualquiera que lo hubiese considerado como una simple prenda de adorno personal. El hombre tenía una expresión simpática, a pesar de lo agresivo de su mentón y de la impresión de autoridad que emanaba de toda su persona. El lector era un *coroner.* Y en virtud de su cargo había tomado posesión del libro que estaba leyendo; libro que había sido encontrado entre los efectos del muerto, en su cabaña, donde ahora tenía lugar la encuesta.

Cuando el *coroner* terminó de leer se guardó el libro en un bolsillo. En aquel momento, la puerta se abrió y entró un joven, el cual no había nacido ni crecido en las montañas, evidentemente: su aspecto revelaba a la legua que moraba en la ciudad. Sin embargo, llevaba las ropas manchadas de polvo, como si hubiera viajado mucho. En

efecto, había cabalgado duramente para asistir a la encuesta. El *coroner* inclinó la cabeza; nadie más saludó al recién llegado.

—Le hemos estado esperando —dijo el *coroner*—. Es necesario que terminemos con este asunto esta noche.

El joven sonrió.

—Siento haberles hecho esperar —dijo—. Me marché, no para eludir sus preguntas, sino para enviar a mi periódico un relato de lo que supongo tendré que declarar ahora.

El *coroner* sonrió.

—El relato que ha enviado a su periódico —dijo— difiere, probablemente, del que va a hacer aquí bajo juramento.

—Eso lo dice usted —replicó el otro con cierto calor y enrojeciendo visiblemente —. He utilizado papel carbón y tengo una copia de lo que he enviado. No fue escrito como noticia, ya que es increíble, sino como ficción. Puede figurar como una parte de mi testimonio bajo juramento.

—Pero usted dice que es increíble.

—Eso no debe importarle, *sir*$_f$ si juro también que es verdad.

El *coronar* permaneció unos instantes silencioso, con los ojos clavados en el suelo. Los hombres sentados alrededor de la mesa hablaban en susurros, pero rara vez apartaban su mirada del rostro del cadáver. Súbitamente, el *coroner* alzó la cabeza y dijo:

—Vamos a reanudar la encuesta.

Los hombres se despojaron de sus sombreros. El testigo prestó juramento.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el *coroner*—. ¿Qué edad tiene?

—William Harker. Veintisiete años.

—¿Conocía usted al difunto, Hugh Morgan?

—Sí.

—¿Estaba con él cuando murió?

—Cerca de él.

—¿Cómo es que estaba usted aquí?

—Vine a visitarle a este lugar para cazar y pescar. Parte de mi propósito, sin embargo, era estudiar a Hugh Morgan y a su extraño y solitario modo de vivir. Parecía un buen modelo para un personaje de novela. A veces escribo novelas.

—Y yo las leo, a veces.

—Muchas gracias.

—Novelas en general… no las suyas.

Algunos de los jurados se echaron a reír. Contra un fondo sombrío, el humor destaca más. En el intervalo de la batalla los soldados ríen fácilmente, y una chanza en la cámara de la muerte conquista por sorpresa.

—Relate las circunstancias de la muerte de este hombre —dijo el *coroner*—. Puede utilizar todas las notas que guste.

El testigo comprendió. Sacando un manuscrito de su bolsillo, lo acercó a la vela y empezó a volver las hojas hasta encontrar el pasaje que deseaba leer.

Lo que puede ocurrir en un carrascal

«…Apenas se había levantado el sol cuando salimos de la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con una escopeta, pero teníamos un solo perro. Morgan dijo que el mejor terreno se encontraba más allá de una determinada sierra que señaló con un gesto, y la cruzamos por un camino a través del carrascal. Al otro lado, el terreno era comparativamente llano y estaba muy poblado de encinas. Cuando salimos del carrascal, Morgan abría la marcha, unos metros delante de mí. De pronto, a una pequeña distancia a nuestra derecha y parcialmente en frente, oímos un ruido que parecía producido por algún animal arrastrándose por entre los arbustos, los cuales pudimos ver violentamente agitados.

»—Hemos localizado un ciervo —dije—. Me gustaría tener un rifle.

»Morgan, que se había detenido y contemplaba fijamente el agitado carrascal, no dijo nada, pero había cargado precipitadamente los dos cañones de su escopeta y se disponía a apuntar. Me pareció que estaba un poco excitado, cosa que me sorprendió, ya que tenía fama de ser un hombre frío, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

»—¡Oh, vamos! —dije—. No irá usted a disparar contra un ciervo con una escopeta de cazar codornices, ¿verdad?

»Morgan no contestó; pero al ver su rostro mientras lo volvía ligeramente hacia mí, quedé impresionado por la intensidad de su mirada. Luego comprendí que estábamos ante un asunto serio, y mi primera conjetura fue la de que habíamos tropezado con un oso. Me adelanté hasta situarme al lado de Morgan, cargando mi escopeta mientras avanzaba.

»Los arbustos habían cesado de moverse y los sonidos se habían interrumpido, pero Morgan miraba el lugar con la misma atención de antes.

»—¿Qué es? ¿Qué diablos es? —pregunté.

»—¡La Cosa Maldita! —respondió Morgan, sin volver la cabeza. Su voz tenía un tono anormal. Mi amigo temblaba visiblemente.

»Estaba a punto de añadir algo, cuando observé que las encinas situadas cerca de los arbustos se movían de un modo inexplicable. Apenas puedo describirlo. Parecían empujadas por una ráfaga de viento, que no sólo las inclinaba, sino que las apretaba hacia abajo, aplastándolas de modo que no podían levantarse; y el movimiento se prolongaba lentamente en dirección a nosotros.

»Nada de lo que había visto hasta entonces me había afectado tan extrañamente como aquel desconocido e inexplicable fenómeno, aunque a pesar de ello soy incapaz de recordar cualquier sensación de temor. Recuerdo —y lo cuento aquí porque, sin motivo aparente, me acordé de ello entonces— que en cierta ocasión, al mirar descuidadamente a través de una ventana confundí por un instante un pequeño árbol muy cercano con los árboles de mayor tamaño que se hallaban a cierta distancia.

Parecía tan grande como los otros, pero al estar más claramente definido en masa y detalle no armonizaba con ellos. Se trataba de una simple falsificación de la ley de la perspectiva aérea, pero confieso que me intrigó, casi me aterrorizó. Confiamos tanto en el ordenado funcionamiento de las leyes naturales que nos son familiares, que cualquier aparente suspensión de ellas se nos aparece como una amenaza a nuestra seguridad, una premonición de inesperadas calamidades. De modo que en aquel momento el movimiento de los arbustos, sin causa visible, y el lento acercamiento del raro fenómeno resultaban inquietantes. Mi compañero estaba realmente asustado, y apenas pude dar crédito a mis sentidos cuando le vi apoyar súbitamente la culata de su escopeta en su hombro y disparar por dos veces. Antes de que el humo de la descarga se hubiera disipado, oí un grito espantoso —un aullido semejante al de un animal salvaje— y vi que Morgan arrojaba su escopeta al suelo y huía rápidamente de aquel lugar. Simultáneamente, fui arrojado violentamente al suelo por el impacto de algo invisible en medio del humo: alguna substancia blanda y pesada que pareció lanzarse contra mí con gran fuerza.

»Antes de que pudiera ponerme en pie y recobrar mi escopeta, la cual parecían haberme arrancado de las manos, oí que Morgan gritaba desesperadamente, como en mortal agonía, y mezclados con sus gritos llegaron a mis oídos unos sonidos roncos y salvajes como los que profieren los perros de presa. Aterrorizado, conseguí ponerme en pie y miré en la dirección que había tomado Morgan al huir. ¡Y quiera el ciclo en su infinita misericordia ahorrarme otro espectáculo como aquél! A una distancia de menos de treinta yardas estaba mi amigo, apoyado sobre una rodilla, con la cabeza echada hacia atrás en un ángulo espantoso, sin sombrero, sus largos cabellos en desorden y todo su cuerpo en violento movimiento de un lado a otro, hacia atrás y hacia adelante. Su brazo derecho estaba levantado y parecía carecer de mano: al menos, yo no vi ninguna. El otro brazo era invisible. A veces, al recordar aquella extraordinaria escena, puedo distinguir una parte de su cuerpo; era como si quedara borrado a intervalos —no puedo expresarlo de otra manera—, para volver a aparecer al cambiar de posición.

»Todo esto debió ocurrir en el espacio de unos segundos, pero en aquel breve período Morgan asumió todas las posiciones de un luchador indomable, vencido por un peso y una fuerza superiores, únicamente le vi a él, y no siempre con claridad. Durante todo el incidente no cesó de gritar y maldecir, pero sus gritos y maldiciones quedaban como ahogados por unos sonidos más intensos de rabia y de furor que nunca había oído gritar de la garganta de ningún hombre o animal.

»Permanecí un breve instante indeciso; luego, dejando caer al suelo mi escopeta, me precipité en ayuda de mi amigo. Tuve la vaga sensación de que estaba sufriendo las consecuencias de un golpe, o de alguna forma de convulsión. Antes de que pudiera llegar a su lado, Morgan quedó tendido en el suelo, inmóvil. Todos los sonidos habían cesado, pero con una nueva sensación de terror vi ahora repetirse el misterioso movimiento de las encinas, prolongándose desde el lugar donde se

encontraba postrado mi amigo hasta el lindero de un bosque. Sólo cuando el movimiento llegó al bosque pude apartar mis ojos de él y mirar a mi compañero. Estaba muerto».

Un hombre desnudo puede estar cubierto de harapos

El *coroner* se levantó de su asiento y se acercó a la mesa donde yacía el muerto. Alzando un extremo de la sábana, dejó al descubierto todo el cadáver, completamente desnudo y mostrando una lividez amarillenta a la luz de la vela. Sin embargo, el cuerpo presentaba unas manchas de color negro azulado, indudablemente causadas por la sangre extravasada de las contusiones. El pecho y los costados parecían haber sido golpeados con una estaca. La piel estaba arrancada a tiras.

El *coroner* avanzó hacia el extremo de la mesa y desanudó un pañuelo de seda que había sido pasado por debajo de la barbilla y atado en la parte superior del cráneo. Cuando el pañuelo fue apartado quedó expuesto lo que había sido la garganta. Algunos de los jurados que se habían levantado para poder ver mejor se arrepintieron de su curiosidad y volvieron la mirada a otra parte. El testigo Harker se acercó a la abierta ventana y se apoyó en el antepecho, débil y mareado. Dejando caer el pañuelo sobre el cuello del muerto, el *coroner* se dirigió a un rincón de la habitación y de un montón de ropa cogió una prenda tras otra, inspeccionándolas minuciosamente. Todas estaban desgarradas y manchadas de sangre seca; los jurados renunciaron a la inspección. Parecían más bien desinteresados. En realidad, habían visto ya todo aquello; lo único nuevo para ellos era el testimonio de Harker.

—Caballeros —dijo el *coroner*—, creo que no tenemos más evidencias. Ya les he explicado cuál es su obligación; en caso de que no deseen formular ninguna pregunta, pueden salir al exterior y dictar su veredicto.

El presidente del jurado, un hombre alto, barbudo, sexagenario, se puso en pie.

—Me gustaría hacer una pregunta, señor *Coroner* —dijo—. ¿De qué manicomio se ha escapado su último testigo?

—Señor Harker —inquirió el *coroner,* muy serio—, ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker volvió a enrojecer como una amapola, pero no dijo nada, y los siete jurados se levantaron y desfilaron solemnemente hacia el exterior de la cabaña.

—Si ha terminado usted de insultarme, *sir* —dijo Harker, en cuanto el *coroner* y él quedaron solos con el muerto—, supongo que puedo marcharme ya.

—Sí.

Harker dio unos pasos en dirección a la puerta, pero se detuvo antes de llegar a ella. El hábito de su profesión era muy fuerte en él: más fuerte que su sentido de la dignidad personal. Volviéndose, dijo:

—El libro que se ha guardado usted en el bolsillo es el Diario de Morgan, lo he reconocido. Parecía usted muy interesado en su lectura; ha estado leyendo mientras yo prestaba declaración. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría…

—El libro no figurará en el caso —replicó el *coroner*—. Todas las anotaciones

fueron hechas antes de la muerte del escritor.

Mientras Harker se alejaba de la cabaña, el jurado volvió a entrar y sus miembros se colocaron alrededor de la mesa donde yacía el cadáver, cubierto de nuevo con la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó de un bolsillo un lápiz y un trozo de papel y escribió trabajosamente el siguiente veredicto, que sus compañeros firmaron con más o menos esfuerzo:

El jurado considera que el difunto encontró la muerte a manos de un jaguar, de un tamaño descomunal, evidentemente.

Una explicación desde la tumba

En el Diario del difunto Hugh Morgan figuran ciertas anotaciones que tienen, posiblemente, un valor científico como sugerencias. En la encuesta no apareció el libro como evidencia; es posible que el *coroner* pensara que podía confundir a los miembros del jurado. La fecha de la primera de las citadas anotaciones no puede ser establecida; la parte superior de la hoja está arrancada; la parte inferior empieza así:

«…correría en semicírculo, manteniendo la cabeza vuelta siempre hacia el centro, y de nuevo se erguiría, ladrando furiosamente. Al final corrió hacia los arbustos, rápidamente. De momento pensé que había enloquecido, pero al regresar a casa no encontré más alteración en su conducta que la provocada por el miedo al castigo.

»¿Puede ver un perro con su nariz? ¿Imprimen los olores en algún centro cerebral imágenes de la cosa que los ha emitido?…»

«Sept. 2. — Anoche, contemplando las estrellas mientras se levantaban por encima de la cresta de la sierra situada al este de la casa, observé que desaparecían sucesivamente: de izquierda a derecha. Cada una quedaba eclipsada por un instante, y sólo unas cuantas al mismo tiempo, pero a lo largo de toda la longitud de la sierra las que se encontraban a un grado o dos de la cresta quedaban borradas. Era como si algo se interpusiera entre las estrellas y yo; pero no pude verlo, y las estrellas no alumbraban lo suficiente como para definir su perfil. ¡Uf! No me gusta esto…»

Faltaban las anotaciones de varias semanas: del libro habían sido arrancadas tres hojas.

«Sept. 27. —Ha estado otra vez por aquí: encuentro pruebas de su presencia todos los días. La última noche volví a pasarla en vela, con la escopeta cargada con postas. Por la mañana localicé unas huellas de pasos, recientes, como las otras veces. Sin embargo, juraría que no me quedé dormido. ¡Es terrible, insoportable! Si esas horribles experiencias responden a una realidad, voy a volverme loco; si son producto de la fantasía, lo estoy ya.»

«Oct. 3. — No me marcharé… No me expulsará de aquí. No, ésta es *mi* casa, ésta es *mi* tierra. Dios odia a los cobardes…»

«Oct. 5. — No puedo soportarlo más; he invitado a Harker a pasar unas semanas conmigo: él tiene una mente equilibrada. Por su comportamiento, podré deducir si piensa que estoy loco.»

«Oct. 7.— Tengo la solución del misterio; la encontré anoche, súbitamente, como

una revelación. ¡Cuán sencilla es!

»Existen sonidos que no podemos oír. A cada uno de los extremos de la escala musical hay notas que no hacen vibrar ninguna cuerda de ese imperfecto instrumento que es el oído humano. Son demasiado agudas o demasiado graves. He observado una bandada de estorninos ocupando toda la copa de un árbol —las copas de varios árboles— y cantando de un modo desaforado. Súbitamente, todos a la vez, han escapado volando. ¿Cómo es posible? Los pájaros no podían verse unos a otros. Forzosamente, alguno de ellos emitió una señal de advertencia o de mando, en un tono inaudible para mí. He observado, también, la misma huida simultánea cuando todos estaban silenciosos, no sólo entre los estorninos, sino entre otras aves —codornices, por ejemplo, ampliamente separadas por arbustos—, incluso en laderas opuestas de una colina.

»Los marineros saben que una manada de ballenas flotando o retozando sobre la superficie del océano, con la convexidad de la tierra entre ellas, se zambullen a veces en el mismo instante: desaparecen todas de la vista en un momento. La señal ha sido emitida, demasiado grave para el oído del marinero de guardia en el palo mayor y de sus camaradas de cubierta, los cuales perciben, sin embargo, sus vibraciones en el barco, del mismo modo que las piedras de una catedral vibran con los bajos del órgano.

»Con los colores ocurre lo mismo que con los sonidos. En cada uno de los extremos del espectro solar el químico puede detectar la presencia de lo que se conoce como rayos «actínicos», los cuales representan colores —colores integrales en la composición de la luz— que nosotros somos incapaces de distinguir. El ojo humano es un instrumento imperfecto; su alcance no pasa de unas octavas de la «escala cromática» real. No estoy loco; existen colores que no podemos ver.

»Y, Dios me valga, la Cosa Maldita tiene uno de esos colores.»

MARKHEIM R. L. STEVENSON

—Sí —dijo el comerciante—, nuestras gangas son de varias clases. Algunos clientes son ignorantes, y percibo un dividendo de mi superior conocimiento. Algunos son picaros —y al decirlo levantó la vela, de modo que la luz iluminara de lleno a su visitante—, y en tal caso —continuó— obtengo beneficio de mi virtud.

Markheim acababa de entrar con los ojos llenos de la claridad de las calles y no se había acostumbrado aún a la semioscuridad de la tienda. Al oír aquellas palabras, y ante la cercana presencia de la llama, parpadeó penosamente y volvió la cabeza a un lado.

El comerciante dejó escapar una risita.

—Viene usted aquí el día de Navidad —continuó—, cuando sabe que estoy solo en mi tienda, con los postigos echados y dispuesto a no hacer ninguna transacción. Bueno, tendrá que pagar por esto; tendrá que pagar por mi pérdida de tiempo; tendrá que pagar, además, por algo raro que observo en su actitud con más intensidad que otras veces. Soy la esencia de la discreción y no hago preguntas capciosas; pero cuando un cliente no puede mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello. —El comerciante rió de nuevo; y luego añadió, en su tono habitual de hombre de negocios, aunque con cierta ironía—: ¿Puede usted dar, como de costumbre, clara cuenta de cómo entró en posesión del objeto? ¿El gabinete de su tío, también? ¡Un notable coleccionista, su señor tío!

Y el bajito y pálido comerciante casi se puso de puntillas, mirando por encima de los cristales de sus lentes con montura de oro, al tiempo que movía la cabeza en un gesto de incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra de infinita piedad mezclada con cierto horror.

—Esta vez —dijo— está usted en un error. No he venido a vender, sino a comprar. No dispongo de ningún objeto raro, el gabinete de mi tío está vacío; pero, aunque estuviera intacto, en las presentes circunstancias no me aprovecharía de ello. Busco un regalo de Navidad para una dama —continuó, hablando con más desparpajo a medida que se adentraba en el discurso que había preparado—. Y, desde luego, le debo una disculpa por haberle molestado por esa nimiedad. Pero ayer me olvidé de adquirir el regalo, y debo ofrecerlo a la hora de la cena. Como sabe usted muy bien, el matrimonio con una dama rica es asunto que merece algún desvelo.

Siguió una pausa, durante la cual el comerciante pareció sopesar incrédulamente aquella afirmación. El tic-tac de numerosos relojes en la semioscuridad de la tienda, y el ocasional ruido de algún carruaje en las calles contiguas, llenaron el intervalo de silencio.

—Bueno —dijo finalmente el comerciante—, lo que usted diga. Después de todo, es un antiguo cliente; y si tiene la oportunidad de casarse en condiciones favorables, lejos de mí la intención de ser un obstáculo. Aquí hay algo muy apropiado para una dama —continuó—. Este espejo de mano: siglo quince, garantizado; procede de una buena colección; aunque me reservo el nombre, en beneficio de mi cliente, el cual, como usted mismo, es sobrino y único heredero de un notable coleccionista.

Mientras hablaba, con su vocecilla seca e incisiva, el comerciante había dado unos pasos para tomar el objeto del lugar en que se encontraba; y, al mismo tiempo, una especie de estremecimiento había asaltado a Markheim, reflejado en un sobresalto de la mano y el pie y un asomar de tumultuosas pasiones a su rostro. Aquel momento de emoción fue muy fugaz y no dejó más rastro que un leve temblor de la mano que ahora recibía el espejo.

—¿Un espejo? —dijo con voz ronca. Luego, tras una breve pausa, repitió, más claramente—: ¿Un espejo? ¿En Navidad? Desde luego que no.

—¿Por qué no? —gritó el comerciante—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim le estaba mirando con una expresión indefinible.

—¿Me lo pregunta usted? —dijo—. ¡Mire! ¡Mírese en él! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! ¡Ni a mí… ni a ningún hombre!

El hombrecillo había saltado hacia atrás cuando Markheim le había enfrentado tan súbitamente con el espejo; pero ahora, dándose cuenta de que no había nada que temer, dejó oír una risita burlona.

—Su futura esposa, *sir,* quedará muy favorecida —dijo.

—Le he pedido a usted un regalo de Navidad —dijo Markheim— y usted me da esto… este maldito recuerdo de mis años de pecados y locuras… esta conciencia de mano. ¿Lo ha hecho a propósito? ¿Se le había ocurrido la idea? Dígamelo. Será mejor para usted si lo hace. Vamos, háble me de usted. Me atrevo a sospechar que, en secreto, es usted un hombre muy caritativo.

El comerciante miró a su compañero fijamente. Le pareció muy raro que Markheim no se riera; por el contrario, en su rostro, muy serio, había como un ávido centelleo de esperanza.

—¿De qué está hablando? —inquirió el comerciante.

—¿No es caritativo? —replicó el otro, en tono lúgubre—. No es caritativo; no es piadoso; no es escrupuloso; no ama a nadie; no es amado; una mano para coger el dinero, una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? ¡Dios mío! ¿Es eso todo?

—Le diré una cosa —empezó el comerciante, con cierta acritud, y luego dejó oír de nuevo su burlona risita—. No es usted el único hombre del mundo que ha estado enamorado…

—¡Ah! —exclamó Markheim, con una extraña curiosidad—. ¿Ha estado usted enamorado? Háble me de eso.

—¿Yo? —gritó el comerciante—. ¿Enamorado yo? Nunca he tenido tiempo para esa clase de estupideces. ¿Se lleva usted el espejo?

—¿Qué prisa hay? —inquirió Markheim—. Resulta muy agradable estar aquí, conversando con usted; y la vida es tan corta y tan insegura, que no me apresuro a alejarme de ningún placer, aunque sea tan modesto como éste. Por el contrario, debemos aferrarnos a lo que podemos obtener, del mismo modo que un hombre se aferra al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si piensa bien en ello; un precipicio de una milla de profundidad, lo bastante profundo, si caemos en él, como para borrar de nosotros todo vestigio de humanidad. Por lo tanto, es preferible conversar agradablemente. Vamos a hablarnos el uno del otro. ¿Por qué hemos de llevar esta máscara? Vamos a hablarnos confidencialmente. ¡Quién sabe! Tal vez podríamos convertirnos en amigos…

—Lo único que tengo que hablar con usted es esto —replicó el comerciante—: haga su compra, o salga de mi tienda.

—Es cierto, es cierto —dijo Markheim—. Soy un estúpido. Al negocio. Enséñeme alguna otra cosa.

El comerciante se volvió para volver a colocar el espejo en la estantería. Markheim irguió todo su cuerpo, con una mano en el bolsillo de su abrigo; al mismo tiempo, llenó de aire sus pulmones. En su rostro se reflejaban diversas emociones entremezcladas: terror, horror y decisión, fascinación y una repugnancia física.

—Esto puede resultar apropiado, tal vez —observó el comerciante; y entonces, mientras empezaba a volverse, Markheim saltó desde detrás sobre su víctima. El largo y afilado estilete centelleó en el aire y cayó. El comerciante agitó los brazos, se golpeó la sien contra la estantería y luego cayó al suelo, boca abajo.

El coro de pequeñas voces continuó marcando el paso del tiempo con sus monótonos tic-tacs. Luego, un rumor de pasos en la acera, al otro lado de la puerta de la tienda, se impuso al coro de latidos y sobresaltó a Markheim, el cual miró a su alrededor con aire asustado. La vela continuaba ardiendo sobre el mostrador, con un leve oscilar de la llama que llenaba la estancia de alargadas sombras que parecían asentir, hinchándose y deshinchándose como si respirasen; al mismo tiempo, los rostros de los retratos y los objetos de porcelana se transformaban y ondeaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entreabierta y atisbaba a las sombras con una franja de luz diurna semejante a un índice acusador.

Apartándose de las pavorosas sombras, los ojos de Markheim retornaron al cuerpo de su víctima, caído en el suelo, increíblemente pequeño y mucho más delgado que en vida. Había temido contemplarlo, y ahora encontraba injustificados aquellos temores. Sin embargo, mientras miraba, aquel montón de ropas viejas caídas sobre un charco de sangre empezó a encontrar elocuentes voces. Tenía que permanecer allí hasta que alguien lo descubriera… ¿Y luego? ¡Ay! Luego, aquella

carne muerta proferiría un grito que resonaría en toda Inglaterra, y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. ¡Ay! Muerto o no, aquél era aún el enemigo. «Si tuviera tiempo…», pensó Markheim; y el vocablo llenó su mente. Ahora que la hazaña estaba cumplida, el Tiempo, que se había cerrado para la víctima, se había convertido en trascendental para él.

La idea estaba aún en su mente cuando, primero uno y luego otro, con gran variedad de paso y voz —uno profundo como la campana de una torre catedralicia, otro desgranando en sus trémulas notas el preludio de un vals—, los relojes empezaron a dar la hora: las tres de la tarde.

El repentino estallido de tantas lenguas en aquella estancia poblada de sombras asustó a Markheim. Cogiendo la vela, empezó a moverse entre las sombras, sobresaltado hasta el tuétano por los reflejos casuales. En numerosos espejos, algunos de Venecia o Amsterdam, vio su rostro repetido y repetido, como si fuera un ejército de espías; sus propios ojos le encontraron y le localizaron; y el sonido de sus propios pasos, a pesar de su levedad, turbaron el silencio que le rodeaba. Y mientras llenaba sus bolsillos, su mente le acusaba con implacable reiteración de los mil fallos de su plan. Debió escoger una hora más tranquila; debió prepararse una coartada; no debió utilizar una daga; debió mostrarse más precavido y limitarse a saltar sobre el comerciante y privarle del sentido, sin asesinarle; debió mostrarse más osado y asesinar también a la criada; su mente iba y venía, cambiando lo que no podía cambiarse, planeando lo que ahora era inútil, estructurando el irrevocable pasado. Entretanto, y detrás de toda esta actividad, ciegos terrores, como un escabullirse de ratas en un ático desierto, llenaban de alboroto las más remotas células de su cerebro; la mano del policía caería pesadamente sobre su hombro, y sus nervios brincarían como un pez enganchado en el anzuelo; o contemplaba, en galopante desfile, el banquillo de los acusados, la prisión, el patíbulo y el negro ataúd.

El terror a la gente de la calle se instaló ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor de la lucha no hubiera alcanzado sus oídos y despertado su curiosidad; y ahora, en todas las casas vecinas, adivinaba a sus moradores inmóviles y con el oído atento: personas solitarias, condenadas a pasar la Navidad alimentándose de recuerdos del pasado, y ahora bruscamente arrancadas de aquel tierno ejercicio; felices reuniones familiares, interrumpidas en plena comida de celebración, la madre todavía con el dedo levantado; docenas de oídos en tensión, docenas de ojos acechando, tejiendo la cuerda que rodearía su cuello. Markheim tenía la impresión de que no podía moverse con la suavidad indispensable; el reteñir de las altas copas de Bohemia resonaba tan ruidosamente como una campana; y alarmado por el tic-tac de los relojes, sintió la tentación de pararlos. Y luego, de nuevo, con una rápida transición de sus terrores, el silencio del lugar se le apareció como una fuente de peligro, como algo que debía llamar la atención de los transeúntes; y se movió con más osadía entre los objetos de la tienda, tratando de imitar los movimientos de un hombre ocupado en su propia casa.

Pero estaba tan acosado por diferentes alarmas que, mientras una parte de su mente permanecía alerta y sagaz, otra temblaba desaforadamente. Una alucinación, especialmente, afectó de un modo intenso a su credulidad. El vecino acechando con rostro pálido al otro lado del escaparate, el transeúnte detenido en la acera por una horrible premonición… éstos, en el peor de los casos, podían sospechar, pero no podían *saber;* a través de las paredes de ladrillo y las cerradas ventanas sólo podían penetrar los sonidos. Pero aquí, dentro de la casa, ¿estaba solo? Sabía que lo estaba; había visto salir a la criada, toda cintas y sonrisas, lo cual significaba que era su tarde libre. Sí, estaba solo, desde luego; y, sin embargo, en la mole de la casa vacía encima de él podía oír unos suaves pasos: estaba consciente, inexplicablemente consciente, de alguna presencia. Su imaginación recorría todos los cuartos y rincones de la casa; y ahora era una cosa sin rostro, pero que tenía ojos para ver; y ahora era una sombra de sí mismo.

De cuando en cuando, con un gran esfuerzo, volvía la mirada hacia la puerta abierta. La casa era alta, la claraboya pequeña y sucia, y la niebla llenaba las calles; y la luz que se filtraba hasta la planta baja era muy débil y no permitía distinguir claramente el umbral de la tienda. No obstante, en aquella franja de dudosa claridad, ¿no se agitaba una sombra?

Súbitamente, en la calle, un caballero muy jovial empezó a golpear con un bastón la puerta de la tienda, acompañando los golpes con gritos y chanzas en los cuales el comerciante era llamado por su nombre. Markheim, convertido en hielo, miró al muerto. Pero, ¡no! Yacía completamente inmóvil; estaba mucho más allá del alcance de aquellos golpes y gritos; estaba hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que otrora le hubiese llamado la atención por encima del aullar de una tormenta, se había convertido en un sonido vacío. Y, de pronto, el jovial caballero desistió de seguir llamando y se marchó.

Aquello fue una especie de aviso para Markheim, advirtiéndole que debía darse prisa en lo que le quedaba por hacer, para alejarse de tan acusadora vecindad, para sumergirse en un baño de multitudes londinenses y alcanzar, al otro lado del día, aquel puerto de seguridad y de aparente inocencia: su lecho. Un visitante había llamado: en cualquier momento podía presentarse otro y mostrarse más obstinado. Haber cometido un crimen y no obtener provecho de él sería un fracaso imperdonable. Lo que ahora preocupaba a Markheim era el dinero; y como un medio para llegar a él, las llaves.

Echó una ojeada por encima de su hombro a la puerta abierta, donde la sombra se agitaba aún; y sin ninguna repugnancia consciente de la mente, pero con un temblor localizado en el estómago, se acercó al cuerpo de su víctima. Lo que tenía de humano se había evaporado. Parecía un traje medio relleno de salvado, con los brazos extendidos, el tronco doblado, caído en el suelo. A pesar de todo, le inspiraba un instintivo sentimiento de repulsión. Y temió que el sentimiento se acrecentara al tacto. Cogió el cadáver por los hombros y lo volvió boca arriba. Era extrañamente

ligero y flexible, y las extremidades, como si estuvieran rotas, cayeron en las más raras posiciones. El rostro estaba desprovisto de toda expresión; pero tenía una palidez de cera y aparecía manchado de sangre alrededor de una sien. Para Markheim, aquélla era la única circunstancia desagradable. Le hizo recordar un día que había pasado en un pueblo de pescadores; un día gris, con un viento aullante, una multitud en la calle, el resplandor de las brasas, un resonar de tambores, la voz nasal de un cantor de baladas; y un muchacho yendo y viniendo, enterrado entre las cabezas de la multitud y fluctuando entre el interés y el temor, hasta que consiguió divisar una gran pantalla con varios cuadros, pésimamente dibujados, chillonamente coloreados: Brownrigg con su aprendiza; los Mannings con su huésped asesinado; Weare estrangulado por Thurtell; y otros crímenes famosos. La cosa fue tan clara como una ilusión; Markheim volvió a ser aquel muchacho, estaba mirando otra vez, y con la misma sensación de repugnancia física, aquellos cuadros; estaba ensordecido todavía por el resonar de los tambores. La música de aquel día volvió a su memoria; y por primera vez, se sintió invadido por una sensación de náusea, una repentina debilidad de las articulaciones, la cual debía resistir y superar inmediatamente.

Juzgó más prudente enfrentarse con aquellas consideraciones que huir de ellas, mirando con más osadía el rostro muerto, obligando a su mente a comprender la naturaleza y la extensión de su crimen. Muy poco antes, aquel rostro se había conmovido con cada cambio de sentimiento, aquella pálida boca había hablado, aquel cuerpo había estado lleno de vigor y de energía; y ahora, y como consecuencia de su acto, aquel trozo de vida había sido parado, del mismo modo que el relojero, interponiendo un dedo, para los latidos de un reloj. Pero sus razonamientos resultaron vanos: no consiguió despertar ningún remordimiento en su conciencia; el mismo corazón que se había estremecido con las efigies pintadas del crimen, permanecía inconmovible en su realidad. A lo sumo, experimentó un atisbo de piedad por alguien que había sido dotado inútilmente con todas aquellas facultades que pueden convertir el mundo en un jardín de delicias, alguien que nunca había vivido y que ahora estaba muerto. Pero ni un solo temblor de arrepentimiento.

Aclarada en su mente aquella cuestión, encontró las llaves y avanzó hacia la puerta abierta de la tienda; fuera había empezado a llover, y el sonido del aguacero sobre el tejado había eliminado el silencio. Semejantes a una goteante caverna, las habitaciones de la casa estaban acosadas por un incesante eco, el cual llenaba el oído y se mezclaba con el tic-tac de los relojes. Y, mientras Markheim se acercaba a la puerta, le pareció oír, en respuesta a sus propios pasos cautelosos, los pasos de otros pies en la escalera. La sombra continuaba palpitando en el umbral. Markheim obligó a sus músculos a un esfuerzo sobrehumano y tiró de la puerta.

La brumosa luz diurna brillaba débilmente sobre el suelo desnudo y la escalera; sobre la armadura apostada, alabarda en mano, en el rellano; y sobre los cuadros colgados contra los amarillos tableros del friso de madera. Tan intenso era el batir de la lluvia a través de toda la casa que, en los oídos de Markheim, empezó a

descomponerse en numerosos sonidos distintos. Pasos y suspiros, el desfilar de regimientos en la distancia, el tintineo de monedas en el mostrador, y el crujido de puertas entreabiertas, parecieron mezclarse con el repicar de las gotas sobre la cúpula y el discurrir del agua por los canalones. La sensación de que no estaba solo se hizo más intensa, enloquecedora. Por todos lados se sentía acosado y rodeado por presencias. Las oyó moverse en las habitaciones superiores; de la tienda, oyó al muerto poniéndose en pie; y empezó a subir la escalera con un gran esfuerzo, siguiendo obstinadamente a sus pies, que huían delante de él. Sólo con que fuera sordo, pensó, cuán tranquilamente poseería su alma… Y luego, de nuevo, despierta su atención, se bendijo a sí mismo por aquel incansable sentido que velaba por él, poniendo un fiel centinela sobre su vida. Su cabeza giraba continuamente sobre su cuello; sus ojos, desorbitados, lo escrutaban todo. Los veinticuatro peldaños hasta el primer piso fueron veinticuatro agonías.

En aquel primer piso las puertas estaban entreabiertas, tres de ellas como tres emboscadas, sacudiendo sus nervios como los estampidos del cañón. Nunca podría volver a sentirse, pensó, suficientemente acorazado contra los observadores ojos de los hombres; deseaba encontrarse en su casa, rodeado de paredes, enterrado entre sábanas, invisible para todos menos para Dios. Y ante aquella idea se inquietó un poco, recordando historias de otros asesinos y el temor que se decía experimentaban a vengadores celestes. A él no podía sucederle eso. Él temía a las leyes de la naturaleza, las cuales, en su rígida inmutabilidad, podían conservar alguna acusadora evidencia de su crimen. Temía diez veces más, con un terror supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia del hombre, alguna intencionada ilegalidad de la naturaleza. Estaba empeñado en un juego de habilidad, que dependía de las reglas, calculando las consecuencias a partir de las causas. ¿Y si la naturaleza, como el derrotado tirano que vuelca el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su sucesión? Como había derrotado a Napoleón (según algunos escritores) cuando el invierno cambió la época de su aparición. Del mismo modo, podía derrotar a Markheim; las sólidas paredes podían convertirse en transparentes y revelar lo que había detrás de ellas, como las de las abejas en una colmena de cristal; la casa podía derrumbarse y aprisionarle al lado del cadáver de su víctima; o podía declararse un incendio en la casa contigua, y los bomberos invadirían la vecindad. Ésas eran las cosas que Markheim temía; y, hasta cierto punto, esas cosas podían ser llamadas las manos de Dios extendidas contra el pecado. Pero, en lo que respecta a Dios, Markheim estaba tranquilo; su acto era excepcional, sin duda, pero también lo eran las excusas que tenía para haberlo cometido, excusas que Dios conocía; era allí, y no entre los hombres, donde Markheim esperaba encontrar justicia.

Cuando hubo entrado en el salón, y cerró la puerta detrás de él, se sintió más seguro. La estancia estaba completamente desmantelada, sin alfombras, y llena de cajas de embalaje y de muebles incongruentes; varios espejos enormes, en los cuales Markheim se contempló a sí mismo desde diversos ángulos, como un actor sobre un

escenario; muchos cuadros, con marco o sin él, en el suelo, apoyados contra la pared; un escritorio de madera finamente labrada, y un gran lecho antiguo, adornado con colgaduras. Las ventanas se abrían a la calle; pero, afortunadamente, los postigos estaban echados, y esto le ocultaba de los vecinos. Markheim se acercó al escritorio y empezó a buscar entre las llaves. Una elección difícil, ya que las llaves eran muchas. Además, podía darse el caso de que en el escritorio no hubiese nada, y el tiempo apremiaba. Pero el ocuparse en algo definido le tranquilizó. Con el rabillo del ojo veía la puerta… incluso la miraba directamente, de cuando en cuando, como un comandante en jefe que se complace en asegurarse de la buena disposición de sus defensas. Pero en realidad estaba tranquilo. La lluvia cayendo en la calle sonaba natural y agradable. De pronto, al otro lado, las notas de un piano atacaron los primeros compases de un himno, y las voces de numerosos niños rompieron a cantar. ¡Qué agradable era la melodía! ¡Cuán frescas las voces infantiles! Markheim tendió el oído, mientras probaba las llaves; y su mente se llenó de ideas y de imágenes: niños desfilando hacia la iglesia a los majestuosos acordes del órgano; niños en el campo, persiguiendo mariposas bajo un cielo salpicado de nubes fugitivas; y luego, otra cadencia del himno volvió a recordarle la iglesia, y la somnolencia de los días de verano, y la voz amable del párroco, y las tumbas del pequeño cementerio, y la lápida con los Diez Mandamientos en el presbiterio.

Mientras permanecía así sentado, a la vez ocupado y ausente, Markheim experimentó un repentino sobresalto que le hizo ponerse en pie de un salto. Un destello de hielo, un destello de fuego, un violento borbotón de sangre se abatieron sobre él, dejándole traspuesto y tembloroso. Unos pasos se acercaron lenta e implacablemente, una mano se posó sobre el pomo de la puerta, la cerradura obedeció a una llave invisible, y la puerta se abrió.

El miedo mantenía inmovilizado a Markheim. No sabía lo que esperaba, si al muerto resucitado, o a los representantes de la justicia humana, o a algún testigo casual dispuesto a llevarle al patíbulo. Pero cuando un rostro asomó por la abertura, le miró, asintió y sonrió en amistoso reconocimiento, y la puerta volvió a cerrarse detrás de él, Markheim dio rienda suelta a su terror profiriendo un grito con voz enronquecida.

El visitante volvió a presentarse.

—¿Me llamabas? —preguntó, amablemente, entrando en la habitación y cerrando la puerta.

Markheim le miró fijamente. Tai vez tenía una especie de velo delante de los ojos, ya que los contornos del recién llegado parecían cambiar y oscilar como los de las figurillas a la vacilante luz de la vela en la tienda; y a veces creía conocerle; y a veces creía reconocerse a sí mismo en aquella figura; y siempre, con una sensación de indefinible horror, tenía la seguridad de que aquel ser no era de la tierra ni de Dios.

Y, sin embargo, aquel ser resultaba de lo más vulgar, de pie junto a la puerta, mirando a Markheim con una sonrisa en los labios.

—Estás buscando el dinero, supongo… —dijo, con la misma amabilidad.

Markheim no respondió.

—Debo advertirte —continuó el otro— que la sirvienta se ha separado de su novio más temprano que de costumbre y no tardará en llegar. Si te encuentran en esta casa, no necesito describirte las consecuencias.

—¿Me conoces? —gritó el asesino.

El visitante sonrió.

—Desde hace mucho tiempo has sido un favorito mío —dijo—. No he dejado de observarte, y a menudo he pensado en ayudarte.

—¿Quién eres? —gritó Markheim—. ¿El diablo?

—Lo que yo pueda ser —replicó el otro— no afecta al servicio que me propongo prestarte.

—¿Ayudarme tú? —exclamó Markheim—. ¡No, nunca! No me conoces todavía; gracias a Dios, no me conoces.

—Te conozco —replicó el visitante, con una especie de amable severidad—. Te conozco hasta el alma.

—¡Conocerme! —dijo Markheim—. ¿Quién puede conocerme? Mi vida ha sido un continuo engañarme a mí mismo. He vivido para contradecir mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos los hombres son mejores que este disfraz que crece a su alrededor y acaba ahogándoles. Les verás arrastrados por la vida, como alguien a quien unos bravucones han atacado, cubriéndole la cabeza con una capa. Si tuvieran el control de sí mismos… si pudieras ver sus rostros, serían muy distintos, les verías como héroes y como santos. Yo soy peor que la mayoría; mi verdadera personalidad está más oculta; mi disculpa la conocemos Dios y yo. Pero, si tuviera tiempo, podría revelarme a mí mismo.

—¿A mis ojos? —inquirió el visitante.

—A los tuyos de un modo especial —replicó el asesino—. Suponía que eras inteligente. Creía —puesto que existes— que sabías leer en los corazones. Y, sin embargo, te propones juzgarme por mis actos… Piensa en ello: ¡mis actos! Nací y he vivido en un país de gigantes; gigantes que me han arrastrado por las muñecas desde que salí del vientre de mi madre: los gigantes de la circunstancia. ¡Y tú quieres juzgarme por mis actos! ¿Acaso no puedes mirar hacia dentro? ¿No puedes comprender que el mal me resulta odioso? ¿No puedes ver dentro de mí la clara escritura de mi conciencia, nunca borrosa, a pesar de que con demasiada frecuencia haya hecho caso omiso de ella? ¿No puedes reconocer en mí a un ejemplar que seguramente debe ser tan común como la humanidad: el pecador renuente?

—Todo eso está muy bien expresado —fue la respuesta—, pero no me afecta. No me interesa lo más mínimo el impulso que pueda haberte arrastrado en una dirección equivocada. Pero, el tiempo vuela; la criada se demora, contemplando los rostros de la multitud y los objetos expuestos en los escaparates de las tiendas, pero cada vez está más cerca. Y no olvides que es como si el propio patíbulo avanzara hacia ti a través de las calles navideñas… Quiero ayudarte. Y, ¿quién lo sabe todo? Te diré dónde encontrarás el dinero.

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Te ofrezco el servicio como regalo de Navidad —respondió el otro.

Markheim no pudo evitar el sonreír con una especie de amargo triunfo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de tus manos. Si estuviera muriendo de sed, y tu mano acercara el cántaro a mis labios, encontraría el valor necesario para rechazarlo. Puedo ser crédulo, pero no haré nada que me ate irrevocablemente a ti.

—Puedes arrepentirte en tu lecho de muerte —observó el visitante—. No me opongo.

—¿Por qué no crees en la eficacia de ese arrepentimiento? —inquirió Markheim.

—Yo no diría eso —respondió el otro—. Pero yo miro esas cosas desde un ángulo distinto, y cuando la vida ha terminado cesa mi interés. El hombre ha vivido para servirme, para sembrar cizaña en el trigal… Cuando se acerca el fin, sólo puede añadir un acto de servicio: arrepentirse, morir, sonriendo, y de este modo infundir confianza y esperanza a los más timoratos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan severo. Ponme a prueba. Acepta mi ayuda. Complácete a ti mismo en la vida, como has hecho hasta ahora; complácete a ti mismo todavía más; y cuando la noche empiece a caer y las cortinas a correrse, te aseguro, para tu tranquilidad, que encontrarás fácilmente el modo de ponerte en paz con tu conciencia y con Dios. Yo llego ahora de uno de esos lechos de muerte, y la estancia estaba llena de deudos que experimentaban un sincero pesar y escuchaban las últimas palabras del hombre: y cuando miré aquel rostro, que había sido tallado como un pedernal contra la misericordia, lo encontré sonriendo con esperanza.

—¿Y supones, por tanto, que soy uno de esos seres? —preguntó Markheim—. ¿Crees que no tengo más aspiraciones que pecar, pecar y pecar, y, al final, colarme subrepticiamente en el cielo? ¿Es ésa tu experiencia del género humano? ¿O presumes tales bajezas porque me encuentras con las manos enrojecidas? ¿Acaso el delito de asesinato es tan impío como para secar las mismas fuentes del bien?

—Para mí, el asesinato no tiene ninguna categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son asesinatos, puesto que toda vida es guerra. Yo contemplo a tu raza, como marineros muriéndose de hambre sobre una balsa, los unos alimentándose de las vidas de los otros. Yo sigo los pecados más allá del momento de su realización; descubro en todo que la última consecuencia es la muerte; y a mis ojos, la doncella que engaña a su madre a fin de poder asistir a un baile no es menos culpable que un asesino como tú. ¿He dicho que sigo los pecados? Sigo también las virtudes; no difieren entre ellos en el grosor de una uña: ambos son guadañas para el ángel de la Muerte. El mal, para el cual vivo yo, no consiste en la acción, sino en el carácter. El hombre malo es querido para mí; no el acto malo, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos lo bastante lejos a través de la catarata de los siglos, encontraríamos quizá más gloriosos que los de las más raras virtudes. Y si te he ofrecido mi ayuda para escapar, no es porque hayas asesinado a un comerciante, sino porque eres Markheim.

—Te abriré mi corazón —respondió Markheim—. Este crimen que acabo de cometer será el último de mi vida. En el camino que me ha conducido a él he aprendido muchas lecciones; el mismo crimen ha sido una lección, una trascendental lección. Hasta ahora había sido arrastrado a pesar mío a lo que no deseaba; era un

esclavo atado a la pobreza. Existen virtudes robustas que pueden sobrevivir en medio de esas tentaciones; la mía no era de ésas: tenía sed de placeres. Pero hoy, y a consecuencia de mi acto, voy a obtener la riqueza y la decisión necesaria para ser yo mismo. Me convertiré en un actor libre sobre el escenario del mundo; empezaré a verme a mí mismo completamente cambiado, a considerar estas manos como los agentes del bien, con el corazón en paz. Algo llega hasta mí procedente del pasado; algo de lo que había soñado al oír el órgano de la iglesia, de lo que intuía al derramar lágrimas sobre las páginas de nobles libros, o al hablar, inocente chiquillo, con mi madre. He andado a la deriva unos cuantos años, pero ahora veo una vez más mi ciudad de destino.

—Piensas utilizar ese dinero en la Bolsa, ¿no? —dijo el visitante—. Y allí, si no me equivoco, has perdido ya algunos miles.

—Sí —asintió Markheim—. Pero esta vez tengo una cosa segura.

—Esta vez volverás a perder —afirmó el visitante.

—¡Pero conservaré la mitad! —exclamó Markheim.

—Y la perderás también —dijo el otro.

El sudor empezó a empapar la frente de Markheim.

—Entonces, ¿no puede haber salvación para mí? —gimió—. ¿Me hundiré de nuevo en la pobreza, continuaré hasta el fin renunciando a lo mejor? El bien y el mal conviven en mí, presionándome en sentido contrario. No me inclino decisivamente por el uno ni por el otro. Puedo concebir grandes hazañas, renunciamientos, martirios; y aunque he incurrido en un delito tan enorme como el asesinato, la piedad no es extraña a mis pensamientos. Compadezco a los pobres, ¿quién conoce mejor que yo sus aflicciones? Los compadezco y los ayudo; aprecio el amor, amo la risa honesta; no existe ninguna cosa buena, ninguna cosa verdadera sobre la tierra que yo no ame con todo mi corazón. ¿Acaso mis vicios han de dirigir mi vida, y mis virtudes han de quedar sin efecto, como un trasto pasivo de la mente? No, el bien es asimismo un manantial de actos.

Pero el visitante levantó su dedo índice.

—Durante los treinta y seis años que has estado en el mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y variedades de humor, te he contemplado hundirte cada vez más. Hace quince años, la idea de convertirte en un ladrón te hubiera sobresaltado. Hace tres años hubieras palidecido ante la posibilidad de que te llamaran asesino. Si existe algún delito, si existe alguna crueldad que ahora te repugne, dentro de cinco años tu repugnancia habrá desaparecido. Cada vez más hundido: sólo la muerte podrá detenerte en tu caída.

—No puedo negarlo —admitió Markheim—. Hasta cierto punto puedo decir que he cumplido con el mal. Pero así ocurre con todos: los mismos santos, en el simple ejercicio de vivir, van haciéndose menos delicados y se adaptan al tono de lo que les rodea.

—Te formularé una simple pregunta —dijo el otro—, y de acuerdo con tu

respuesta te leeré tu horóscopo moral. Has ido transigiendo paulatinamente con el mal; es posible que tuvieras derecho a hacerlo; y, en cualquier caso, lo mismo les sucede a todos los hombres. Pero, aceptado esto, ¿hay algún aspecto particular del mal que te resulte más difícil de acomodar a tu conducta?

—¿Algún aspecto particular? —repitió Markheim, meditando unos instantes—. ¡No! —añadió con desesperación—. ¡Ninguno!

—Entonces —dijo el visitante—, conténtate con lo que eres, ya que nunca cambiarás; y las palabras de tu papel sobre este escenario están irrevocablemente escritas.

Markheim permaneció silencioso largo rato, y en realidad fue el visitante el primero en volver a hablar.

—Siendo así —dijo—, ¿te digo dónde está el dinero?

—¿Y el perdón? —gritó Markheim.

—¿Acaso no lo has intentado? —replicó el otro—. Hace dos o tres años, ¿no te vi sobre el estrado en asambleas religiosas, y no era tu voz la que más se oía al entonar los himnos?

—Es cierto —dijo Markheim—. Y ahora veo claramente cuál es mi obligación. Te agradezco las lecciones que acabas de darme; mis ojos están abiertos, y al fin me contemplo a mí mismo tal como soy.

En aquel momento, el agudo tintineo de la campanilla de la puerta resonó a través de la casa; y el visitante, como si la llamada fuera una señal que había estado esperando, cambio inmediatamente de actitud.

—¡La sirvienta! —gritó—. Ha regresado, tal como te había advertido, y ahora se abre ante ti un camino más difícil. Tienes que decirle que el dueño de la casa está enfermo; ábrele la puerta y ofrécele un semblante serio: nada de sonrisas… No te pases de la raya, y te prometo el éxito. Una vez esté dentro, y la puerta cerrada, actúa con la misma rapidez y destreza que utilizaste con el comerciante y te librarás del último peligro que se yergue delante de ti. Cuando hayas eliminado ese peligro, tendrás toda la tarde —toda la noche, si es necesario— para apoderarte de los tesoros de la casa y pensar en tu seguridad. Ésta es una ayuda que llega a ti con la máscara del peligro. ¡Ánimo! —gritó—. ¡Ánimo, amigo! Tu vida pende de un hilo. ¡Ánimo, y actúa!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a actos de maldad —dijo—, hay todavía una puerta abierta a la libertad: puedo renunciar a la acción. Si mi vida es equívoca, puedo renunciar a ella. Aunque sea presa fácil para toda tentación, puedo, mediante un gesto decisivo, ponerme fuera del alcance de todas ellas. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad; pero a pesar de ello conservo mi odio al mal; y ese odio sabrá inspirarme la energía y el valor que ahora necesito.

Las facciones del visitante empezaron a reflejar un portentoso cambio: se animaron y suavizaron con una expresión de triunfo; y, mientras se animaban, se

hicieron borrosas y se difuminaron. Pero Markheim no se detuvo a contemplar o comprender la transformación. Abrió la puerta y descendió la escalera muy lentamente, entregado a sus pensamientos. Su pasado se extendió delante de él; lo contempló como era, feo y persistente como un sueño: una escena de derrota. La vida, tal como ahora la veía, había dejado de interesarle; pero en su extremo más lejano percibía un puerto tranquilo para su barca.

Al llegar al pasillo, Markheim se detuvo y miró hacia el interior de la tienda, donde la vela continuaba ardiendo junto al muerto. Estaba extrañamente silenciosa. Con un silencio que rompió la campanilla de la puerta, repitiendo su impaciente clamor.

Markheim se enfrentó con la sirvienta en el umbral; en su rostro se dibujaba algo parecido a una sonrisa.

—Será mejor que vaya en busca de la policía —dijo—. He asesinado a su amo.

EL ABISMO

Leonidas Andreyev

El día tocaba a su fin, pero la joven pareja continuaba paseando y hablando, sin prestar atención a la hora ni al camino. Delante de ellos, a la sombra de un otero, se erguía la masa oscura de un bosquecillo, y entre las ramas de los árboles, como carbones encendidos, ardía el sol, inflamando el aire y transformándolo en resplandeciente polvo dorado. El sol aparecía tan cercano y luminoso que todo semejaba desvanecerse; únicamente él permanecía, y pintaba el camino con sus propios tintes carmesíes. Hería los ojos de los paseantes, los cuales volvían la espalda, y de repente todo lo que caía dentro de su campo visual quedaba extinguido, se convertía en apacible y claro, y pequeño e íntimo. Algo más lejos, a una milla escasa de distancia, la roja puesta de sol prendió en el alto tronco de un abeto que resplandeció entre el verdor como una vela en una habitación a oscuras; el rojizo brillo del camino se extendía ante ellos, y cada piedra proyectaba su larga sombra negra; y los cabellos de la muchacha, bañados por los rayos del sol, brillaban ahora con un nimbo dorado. Un cabello suelto, separado del resto, ondeó en el aire como un áureo hilo tejido por una araña.

Las primeras sombras del atardecer no interrumpieron ni cambiaron el curso de su conversación. Continuó como antes, íntima y tranquila; continuó discurriendo sobre el mismo tema: sobre la fuerza, la belleza y la inmortalidad del amor. Los dos eran muy jóvenes; la muchacha no tenía más de diecisiete años; Ncmovctsky acababa de cumplir los veintiuno. Ambos llevaban uniformes de estudiantes: ella el modesto vestido de color pardo de alumna de una escuela femenina, su acompañante el elegante atuendo de un estudiante tecnológico. Y, al igual que su conversación, a su alrededor todo era joven, bello y puro. Sus figuras, erguidas y flexibles, avanzaban con un paso ligero, elástico; sus frescas voces, pronunciando incluso las palabras más vulgares con una reflexiva ternura, eran como un riachuelo en una tranquila noche de primavera, cuando la nieve no se ha fundido aún del todo en las laderas de las montañas.

Caminaban, doblando el recodo de un camino desconocido, y sus alargadas sombras, de cabezas absurdamente pequeñas, ora avanzaban separadamente, ora surgían juntas en una franja larga, angosta, como la sombra de un álamo. Pero ellos

no veían las sombras, ya que estaban demasiado absortos en su charla. Mientras hablaba, el joven no apartaba sus ojos del bello rostro de la muchacha, sobre el cual la puesta de sol parecía haber dejado una medida de sus delicados tintes. En cuanto a ella, inclinaba su mirada sobre el sendero, apartando a un lado los diminutos guijarros con la contera de su sombrilla, y contemplaba ora un pie, ora el otro, a medida que surgían de debajo de su oscuro vestido.

El camino quedó interrumpido por una zanja de bordes polvorientos que tenían impresas unas huellas de pasos. Por un instante, los dos jóvenes se detuvieron. Zinochka levantó la cabeza, miró a su alrededor con aire perplejo y preguntó:

—¿Sabes dónde estamos? Nunca había estado aquí.

Su compañero examinó atentamente lo que les rodeaba.

—Sí, lo sé. Allí, detrás de la colina, está la ciudad. Dame la mano. Te ayudaré a cruzar.

Extendió su mano, blanca y delgada como la de una mujer, no estropeada por trabajos rudos. Zinochka se sentía alegre. Sentía deseos de saltar por encima de la zanja por sí misma, y de echar a correr, gritando: «¡Cógeme, si puedes!» Pero se contuvo, inclinó la cabeza con pudorosa gratitud y extendió tímidamente su mano, la cual conservaba su morbidez infantil. Nemovetsky experimentó el deseo de apretar fuertemente aquella manita temblorosa, pero se contuvo también, y con una leve inclinación la tomó cortésmente en la suya y volvió modestamente la cabeza cuando, al cruzar la zanja, la muchacha mostró de un modo fugaz su pantorrilla.

Y de nuevo andaron y hablaron, pero sus pensamientos estaban llenos del momentáneo contacto de sus manos. Ella sentía aún el seco calor de la palma y de los fuertes dedos masculinos; sentía placer y vergüenza, en tanto que él tenía conciencia de la sumisa blandura de la diminuta mano femenina, y veía la negra silueta de su pie y el pequeño zapato que lo envolvía tiernamente. Se sintió invadido por un repentino deseo de cantar, de extender sus manos hacia el cielo y de gritar: «¡Corre! ¡Quiero cogerte!», aquella antigua fórmula de amor primitivo entre los bosques y las ruidosas cascadas. Y, provocadas por todos aquellos deseos, las lágrimas afluyeron hasta su garganta.

Las alargadas sombras se desvanecieron, y el polvo del camino se hizo gris y frío, pero ellos no se dieron cuenta y continuaron charlando. Los dos habían leído muchos y buenos libros, y las radiantes imágenes de hombres y mujeres que habían amado, sufrido y perecido por puro amor se erguían delante de ellos. Sus memorias resucitaban fragmentos de versos casi olvidados, ataviados con la melodiosa armonía y la dulce tristeza que presta el amor.

—¿Recuerdas de dónde es esto? —inquirió Nemovetsky, recitando—: «…una vez más ella está conmigo, ella, a quien amo; de quien, no habiendo hablado nunca, oculto toda mi tristeza, mi ternura, mi amor…»

—No —respondió Zinochka, y repitió pensativamente—: «Toda mi tristeza, mi ternura, mi amor…»

—Todo mi amor —respondió Nemovetsky como un eco.

Otros recuerdos volvieron a ellos. Recordaron a aquellas muchachas, puras como azucenas, que, vestidas de negro, se sentaban solitarias en el parque, rumiando su pesar entre las hojas muertas, pero felices en medio de su pena. Recordaban también a los hombres que, abundando en voluntad y orgullo, imploraban el amor y la delicada compasión de unas mujeres. Las imágenes así evocadas eran tristes, pero el amor que se reflejaba en aquella tristeza era radiante y puro. Tan inmenso como el mundo, tan brillante como el sol, levantaba fabulosamente belleza delante de sus ojos, y no había nada tan poderoso ni tan bello sobre la faz de la tierra.

—¿Podrías morir por amor? —preguntó Zinochka, mientras contemplaba su mano infantil.

—Sí, podría —respondió Nemovetsky, convencido, y miró a su compañera a los ojos—. ¿Y tú?

—Sí, yo también. —La muchacha se quedó pensativa—. Morir por amor es una felicidad.

Sus ojos se encontraron. Unos ojos claros, límpidos, llenos de bondad. Sus labios sonrieron.

Zinochka se detuvo.

—Espera un momento —dijo—. Tienes un hilo en tu chaqueta.

La muchacha levantó una mano hasta el hombro del joven y, cuidadosamente, con dos dedos, cogió el hilo.

—¡Ya está! —exclamó—. Y, poniéndose seria, preguntó—: ¿Por qué estás tan pálido y delgado? Estudias demasiado…

—Y tú tienes los ojos azules, con unas chispitas doradas —replicó Nemovetsky, contemplando los ojos de la muchacha.

—Y los tuyos son negros. No, castaños. Parecen brillar. Hay en ellos…

Zinochka no terminó la frase. Volvió la cabeza, sus mejillas enrojecieron, sus ojos adquirieron una expresión tímida, en tanto que sus labios sonreían involuntariamente. Sin esperar a Nemovetsky, que sonreía también con secreto placer. la muchacha echó a andar, pero no tardó en detenerse.

—¡Mira, el sol se ha puesto! —exclamó con pesaroso asombro.

—Sí, se ha puesto —respondió el joven con una nueva tristeza.

La luz se había desvanecido, las sombras habían muerto, todo palidecía, agonizaba. En aquel punto del horizonte donde había ardido el sol se acumulaban ahora, en silencio, oscuras masas de nubes, las cuales conquistaban paso a paso el espacio azul. Las nubes se reunían, se empujaban una a otra, transformaban lentamente sus perfiles monstruosos; avanzaban, como empujadas contra su voluntad por alguna fuerza terrible, implacable.

Las mejillas de Zinochka se pusieron más pálidas y sus labios más rojos; sus pupilas se agrandaron imperceptiblemente, oscureciendo los ojos. Susurró:

—Estoy asustada. Me preocupa el silencio que nos rodea. ¿Nos hemos

extraviado?

Nemovetsky frunció sus pobladas cejas y miró a su alrededor.

Ahora que el sol había desaparecido y que la cercana noche respiraba con aire fresco, todo parecía frío e inhóspito. El campo gris se extendía a uno y otro lado con su raquítica hierba, sus lomas y sus hondonadas. Había muchas de aquellas hondonadas, algunas profundas, otras pequeñas y llenas de vegetación; la silenciosa oscuridad nocturna se había deslizado ya en ellas; y debido a la existencia de indicios de cultivos, el lugar parecía aún más desolado.

Nemovetsky aplastó la sensación de inseguridad que pugnaba por invadirle y dijo:

—No, no nos hemos extraviado. Conozco el camino. Primero a la izquierda, luego a través de aquel bosquecillo. ¿Tienes miedo?

Ella sonrió valientemente y respondió:

—No. Ahora, no. Pero tenemos que llegar pronto a casa y tomar un poco de té.

Apresuraron el paso, para volver a acortarlo en seguida. No miraban a los lados del camino, pero notaban la indolente hostilidad del campo labrado, el cual les rodeaba con un millar de diminutos ojos inmóviles, y aquella sensación les acercó más el uno al otro y despertó en ellos recuerdos de la infancia. Recuerdos luminosos, llenos de sol, de verde follaje, de amor y de risas. Era como si aquello no hubiese sido una vida sino un canto inmenso y melodioso, y ellos mismos hubiesen formado parte de aquel canto como sonidos, como dos leves notas: una clara y resonante como puro cristal, la otra algo más opaca pero más animada al mismo tiempo, como una pequeña campana.

Empezaron a aparecer señales de vida humana. Dos mujeres estaban sentadas, en el borde de una hondonada. Una de ellas tenía las piernas cruzadas y miraba fijamente hacia el fondo del agujero. Levantó su cabeza tocada con un pañuelo, del cual se escapaban mechones de enmarañados cabellos. Llevaba una blusa muy sucia con flores estampadas, tan grandes como manzanas; sus cordones estaban sueltos. No miró a los que pasaban. La otra mujer estaba muy cerca, medio reclinada, con la cabeza echada hacia atrás. Tenía un rostro ancho y basto, con facciones de campesino, y, debajo de sus ojos, los prominentes pómulos mostraban dos manchas rojizas, semejantes a arañazos muy recientes. Iba más sucia aún que la primera mujer, y miró descaradamente a los dos jóvenes. Cuando éstos hubieron pasado, la mujer empezó a cantar con una voz recia, masculina:

«Sólo por ti, adorado mío, reventaré como una flor…»

—Varka, ¿has oído? —La mujer se volvió hacia su silenciosa compañera y, al no recibir respuesta, estalló en una ronca carcajada.

Nemovetsky había conocido a tales mujeres, que eran sucias incluso cuando llevaban lujosos vestidos; estaba acostumbrado a ellas, y ahora se deslizaron de su retina y se desvanecieron, sin dejar ningún rastro. Pero Zinochka, que casi las había rozado con su modesto vestido, notó que algo hostil invadía su alma. Pero al cabo de unos instantes aquella impresión se había desvanecido, como la sombra de una nube

cruzando rápidamente el florido prado; y cuando, avanzando en la misma dirección, pasó junto a ellos un hombre descalzo, acompañado por otra de aquellas mujeres, Zinochka los vio, pero no les prestó la menor atención…

Y una vez más andaron y hablaron, y detrás de ellos se movió, a regañadientes, una nube oscura, proyectando una sombra transparente… La oscuridad fue espesándose paulatinamente. Ahora, los dos jóvenes hablaban de aquellos terribles pensamientos y sensaciones que visitan al hombre durante la noche, cuando no puede dormir y todo es silencio a su alrededor; cuando la oscuridad, inmensa y dotada de múltiples ojos, se aplasta contra su rostro.

—¿Puedes imaginar lo infinito? —preguntó Zinochka, llevándose una mano a la frente y cerrando los ojos.

—¿Lo infinito? No… —respondió Nemovetsky, cerrando también sus ojos.

—A veces lo veo. Lo percibí por primera vez cuando era muy pequeña. Imagina un gran número de cartas. Una, otra, otra más, cartas sin fin, una infinidad de cartas… ¡Es terrible!

Zinochka tembló.

—Pero, ¿por qué cartas? —sonrió Nemovetsky, aunque se sintió incómodo.

—No lo sé. Pero yo veía cartas. Una, otra… sin fin.

La oscuridad se iba espesando. La nube había pasado ya por encima de sus cabezas y, estando delante de ellos, podía ver ahora los rostros de los dos jóvenes, cada vez más pálidos. Las figuras harapientas de otras mujeres como las que habían encontrado aparecían con más frecuencia; como si las profundas hondonadas, excavadas con algún propósito desconocido, las vomitaran a la superficie. Ora solitarias, ora en grupos de dos o de tres, aparecían, y sus voces resonaron ruidosas y extrañamente desoladas en el aire inmóvil.

—¿Quiénes son esas mujeres? ¿De dónde vienen? —preguntó Zinochka en voz baja y temblorosa.

Nemovetsky sabía qué clase de mujeres eran aquéllas. Se sentía aterrorizado por haber caído en aquella perversa y peligrosa vecindad, pero respondió tranquilamente:

—No lo sé. No tiene importancia. No hablemos de ellas. Pronto estaremos en casa. Sólo tenemos que atravesar ese bosquecillo y llegaremos a la ciudad. Lástima que hayamos salido tan tarde.

La muchacha encontró absurdas aquellas palabras. ¿Cómo podía decir que habían salido tarde, si no eran más que las cuatro? Miró a su compañero y sonrió. Pero las cejas de Nemovetsky continuaron fruncidas, y, para tranquilizarle y consolarle, Zinochka sugirió:

—Vamos a andar más aprisa. Quiero tomar un poco de té. Y el bosquecillo está muy cerca ahora.

—Sí, vamos a andar más aprisa.

Cuando penetraron en el bosquecillo y los silenciosos árboles se unieron en un arco encima de sus cabezas, la oscuridad se hizo más intensa, pero la atmósfera

resultó también más apacible y tranquila.

—Dame la mano —propuso Nemovetsky.

Ella le dio la mano, con cierta indecisión, y el leve contacto pareció iluminar la oscuridad. Sus manos no se movían ni se apretaban una a otra. Zinochka incluso se apartó un poco de su compañero. Pero toda su conciencia estaba concentrada en la percepción del diminuto lugar del cuerpo donde las manos se tocaban. Y de nuevo llegó el deseo de hablar acerca de la belleza y del misterioso poder del amor, pero hablar sin violar el silencio, hablar, no por medio de palabras sino de miradas. Y pensaban que debían mirar, y deseaban hacerlo, pero no se atrevían…

—¡Y aquí hay algunas personas! —exclamó Zinochka alegremente.

En el calvero, donde había más luz, había tres hombres sentados junto a una botella casi vacía, silenciosos. Miraron con expectación a los recién llegados. Uno de ellos, afeitado como un actor, rió en voz alta y silbó de un modo provocativo.

El corazón de Nemovetsky palpitó con una trepidación de horror, pero, como si le empujaran por detrás, continuó andando en dirección al trío, sentado al borde del camino. Allí estaban esperando, y tres pares de ojos contemplaban a los viandantes, inmóviles y amenazadores.

Deseoso de ganarse la buena voluntad de aquellos ociosos y harapientos hombres, en cuyo silencio percibía una amenaza, y de obtener su simpatía a través de su propia indefensión, Nemovetsky preguntó:

—¿Es éste el camino que conduce a la ciudad?

No contestaron. El que iba afeitado silbó algo burlón e indefinible, en tanto que los otros permanecían silenciosos y miraban a la pareja con maligna intensidad. Estaban borrachos, y tenían hambre de mujeres y de diversión sensual. Uno de los hombres, de rostro rojizo, se puso en pie como un oso y suspiró pesadamente. Sus compañeros le dirigieron una ojeada, y luego volvieron a clavar sus intensas miradas en Zinochka.

—Tengo un miedo terrible —susurró la muchacha.

Nemovetsky no oyó sus palabras, pero las intuyó por el peso del brazo que se apoyaba en él. Y, tratando de aparentar una calma que no sentía, aunque convencido de lo irrevocable de lo que estaba a punto de ocurrir, continuó avanzando con estudiada firmeza. Tres pares de penetrantes ojos se acercaron más y más, centellearon, y quedaron a su espalda.

«Es preferible correr», pensó Nemovetsky. Y se contestó a sí mismo: «No, es preferible no correr».

—¡Es un polluelo! ¿Le tenéis miedo? —dijo el tercero de los miembros del trío, un individuo calvo con una barba roja muy poco poblada—. Y la chica es muy fina. ¡Quiera Dios darnos una como ella a cada uno!

Los tres hombres estallaron en una carcajada.

—¡Eh! ¡Un momento! ¡Quiero hablar con usted, caballerete! —gritó el hombre más alto con una voz recia, mirando a sus camaradas.

El trío se puso en pie.

Nemovetsky continuó andando, sin volverse.

—¡Deténgase cuando se lo piden! —exclamó el pelirrojo—. ¡Y, si no quiere hacerlo, aténgase a las consecuencias!

—¿Está sordo? —gruñó el hombre más alto, y en dos zancadas se aproximó a la pareja.

Una mano maciza cayó sobre el hombro de Nemovetsky y le hizo girar sobre sí mismo. Al volverse, encontró muy cerca de su rostro los ojos redondos, saltones y terribles de su asaltante. Estaban tan cerca, que le parecía verlos a través de un cristal de aumento, y distinguió claramente las pequeñas venas rojas en el globo ocular y lo amarillento de los párpados. Dejó caer la mano de Zinochka y, hundiendo la suya en su bolsillo, murmuró:

—¿Quiere dinero? Puedo darle el que llevo, con mucho gusto.

Los ojos saltones brillaron. Y cuando Nemovetsky apartó su mirada de ellos, el hombre alto tomó impulso y golpeó la barbilla del joven. La cabeza de Nemovetsky salió proyectada hacia atrás, sus dientes crujieron y su gorra cayó al suelo; agitando los brazos, el joven se derrumbó pesadamente. Silenciosamente, sin proferir un solo grito, Zinochka dio media vuelta y echó a correr con toda la velocidad de que era capaz. El hombre del rostro afeitado lanzó una exclamación que resonó extrañamente:

—¡A-a-ah!

Y echó a correr detrás de Zinochka.

Nemovetsky se incorporó de un salto, pero apenas había recobrado la vertical cuando otro golpe en la nuca volvió a derribarle. Sus adversarios eran dos, y el joven no estaba habituado al combate físico. Sin embargo, luchó largo rato, arañó con sus uñas como una encalabrinada mujer, mordió con sus dientes y sollozó con una inconsciente desesperación. Cuando estuvo demasiado débil para continuar resistiendo, los dos hombres le levantaron del suelo y le apartaron del camino. Lo último que vio fue un fragmento de la barba roja que casi tocaba su boca, y más allá, la oscuridad del bosque y la blusa de color claro de la muchacha que huía. Zinochka corría silenciosa y rápidamente, como había corrido unos días antes cuando jugaban al marro; y detrás de ella, con cortas zancadas, ganándole terreno, corría el hombre afeitado. Luego, Nemovetsky notó el vacío a su alrededor, su corazón dejó de latir mientras el joven experimentaba la sensación de hundirse en un pozo sin fondo, y finalmente tropezó con una piedra, chocó contra el suelo y perdió el conocimiento.

El hombre alto y el hombre pelirrojo, habiendo arrojado a Nemovetsky a una zanja, se detuvieron unos instantes a escuchar lo que sucedía en el fondo de la zanja. Pero sus rostros y sus ojos estaban vueltos a un lado, en la dirección tomada por Zinochka. Desde allí se alzó el estridente grito de la muchacha, para apagarse casi inmediatamente. El hombre alto murmuró, furioso:

—¡El muy cerdo!

Luego, irguiéndose como un oso, echó a correr.

—¡Yo también! ¡Yo también! —gritó su camarada pelirrojo, echando a correr detrás de él. Estaba débil y jadeaba; en la lucha se había lastimado la rodilla, y se sentía furioso al pensar que había sido el primero en ver a la muchacha y sería el último en tenerla. Se detuvo a frotarse la rodilla; luego, llevándose un dedo a la nariz, estornudó, y de nuevo echó a correr, gritando—: ¡Yo también! ¡Yo también!

La nube oscura se disipó a través del cielo, desvaneciéndose en la apacible noche. La oscuridad no tardó en tragarse la corta figura del hombre pelirrojo, pero durante algún tiempo pudieron oírse el desigual ritmo de sus pasos, el crujido de las hojas caídas en el suelo y los gritos plañideros:

—¡Yo también! ¡Hermanos, yo también!

Nemovetsky tenía la boca llena de tierra. Al volver en sí, la primera sensación que experimentó fue la conciencia del acre y agradable olor de la tierra. Le pesaba la cabeza, como si la tuviera llena de plomo; apenas podía volverla. Le dolía todo el cuerpo, de un modo especial el hombro, pero no tenía ningún hueso roto. Se incorporó, y durante largo rato miró por encima de él, sin pensar ni recordar. Directamente encima de su cabeza un arbusto inclinaba sus anchas hojas, y entre ellas era visible el ahora claro cielo. La nube había pasado, sin dejar caer una sola gota de lluvia, y dejando el aire seco y estimulante. Muy alta, en medio del cielo, aparecía la esculpida luna, con unos bordes transparentes. Estaba viviendo sus últimas noches y su luz era fría, desalentada, solitaria. Pequeños mechones de nubes se deslizaban rápidamente por las alturas, empujadas por el viento; no oscurecían la luna, limitándose a acariciarla. Lo solitario de la luna, la timidez de las nubes fugitivas, el soplo del viento apenas perceptible debajo, hacían sentir la misteriosa profundidad de la noche dominando sobre la tierra.

Nemovetsky recordó súbitamente todo lo que había ocurrido, y no pudo creer que había ocurrido. Todo era tan terrible que no parecía verdadero. ¿Podía ser tan horrible la verdad? También él, sentado en el suelo en medio de la noche y mirando la luna y los retazos de nubes que se alejaban, se encontraba extraño a sí mismo, hasta el punto de que pensó que estaba viviendo una vulgar aunque terrible pesadilla. Aquellas mujeres, de las cuales había conocido tantas, se habían convertido también en una parte del espantoso y perverso sueño.

«¡No puede ser! —exclamó, sacudiendo débilmente su cabeza—. ¡No puede ser!»

Extendió un brazo y empezó a buscar su gorra. Al no encontrarla, todo se aclaró para él; y comprendió que lo que había sucedido no había sido un sueño, sino la horrible verdad. Poseído por el terror, se agarró furiosamente a las paredes de la zanja tratando de salir de ella, para encontrarse una y otra vez con las manos llenas de tierra, hasta que finalmente consiguió aferrarse a un arbusto y trepar a la superficie.

Una vez allí, echó a correr sin escoger una dirección. Durante largo rato siguió corriendo, dando vueltas entre los árboles. Las ramas arañaban su rostro, y de nuevo todo empezó a parecer un sueño. Nemovetsky experimentó la sensación de que algo

como esto le había ocurrido antes: oscuridad, ramas invisibles de los árboles, mientras él corría con los ojos cerrados, pensando que todo era un sueño. Nemovetsky se detuvo, y luego se sentó en una incómoda postura en el suelo, sin ninguna elevación. Y de nuevo pensó en su gorra, y murmuró:

«Esto es: tengo que matarme a mí mismo. Sí, tengo que matarme a mí mismo, aunque esto sea un sueño.»

Se puso en pie de un salto, pero recordó algo y echó a andar lentamente, tratando de localizar en su confuso cerebro el lugar donde habían sido atacados. La oscuridad era casi absoluta en el bosque, pero de cuando en cuando un rayo de luna se filtraba a través de las ramas de los árboles, engañándole; iluminaba los blancos troncos, y el bosque parecía estar lleno de inmóviles y misteriosas personas silenciosas. Todo esto, también, parecía un fragmento del pasado, y parecía un sueño.

«¡Zinaida Nikolaevna!», llamó Nemovetsky, pronunciando la primera palabra en voz alta y la segunda en voz baja, como si con la pérdida de su voz hubiese perdido también toda esperanza de obtener una respuesta.

- nadie respondió.

Luego, Nemovetsky encontró el camino, y lo reconoció inmediatamente. Llegó al calvero. Y al llegar allí comprendió que todo había ocurrido realmente. En su terror, echó a correr, gritando:

«¡Zinaida Nikolaevna! ¡Soy yo! ¡Yo!»

Nadie contestó a su llamada. Tomando la dirección en la cual pensaba que se encontraba la ciudad, gritó con toda la fuerza que quedaba en sus pulmones:

«¡S o c o r r o o o!»

- una vez más echó a correr, susurrando algo mientras rozaba los arbustos, hasta que apareció delante de sus ojos una mancha blanca, semejante a una mancha de luz congelada. Era el postrado cuerpo de Zinochka.

«¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?», dijo Nemovetsky, con los ojos secos, pero con una voz que sollozaba. Se dejó caer sobre sus rodillas y entró en contacto con la muchacha tendida allí.

Su mano cayó sobre el cuerpo desnudo, el cual era suave al tacto, y firme, y frío, pero no estaba muerto. Temblando, Nemovetsky pasó su mano sobre ella.

«Querida, cariño, soy yo», susurró, buscando el rostro de la muchacha en la oscuridad.

Luego extendió una mano en otra dirección, y otra vez entró en contacto con el cuerpo desnudo, y dondequiera que posaba su mano tocaba el cuerpo de la mujer, tan suave, tan firme, pareciendo adquirir calor al contacto de su mano. Nemovetsky apartaba de pronto su mano, para volver a apoyarla inmediatamente en aquel cuerpo, que no podía asociar con Zinochka. Todo lo que había pasado aquí, todo lo que

aquellos hombres habían hecho con este mudo cuerpo de mujer, se le apareció a Nemovetsky en toda su espantosa realidad, y encontraba una extraña y elocuente respuesta en su propio cuerpo. Con los ojos clavados en la mancha blanca, enarcó las cejas como un hombre entregado a la tarea de pensar.

«¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?», repitió, pero el sonido surgió irreal, como algo deliberado.

Nemovetsky apoyó la mano sobre el corazón de Zinochka: latía débil pero regularmente, y cuando el joven se inclinó hacia el rostro femenino captó también la leve respiración. La muchacha parecía estar sumida en un apacible sueño. La llamó en voz baja:

«¡Zinochka! ¡Soy yo!»

Pero inmediatamente supo que no le gustaría verla despierta hasta que hubiera transcurrido un largo rato. Nemovetsky contuvo su respiración, miró furtivamente a su alrededor y luego acarició la mejilla de la muchacha; primero besó sus cerrados ojos, después sus labios… Temiendo que despertara, se echó hacia atrás y permaneció en una actitud helada. Pero el cuerpo estaba inmóvil y mudo, y en su indefensión y fácil acceso había algo lastimoso y exasperante. Con infinita ternura Nemovetsky trató de cubrir a la muchacha con los trozos de su vestido, y la doble conciencia de la tela y del cuerpo desnudo resultaba tan afilada como un cuchillo y tan incomprensible como la locura… Aquí, unas fieras se habían dado un banquete: Nemovetsky captó la ardiente pasión difundida en el aire y dilató sus fosas nasales.

«¡Soy yo! ¡Soy yo!», repitió como un demente, sin comprender lo que le rodeaba y poseído aún por el recuerdo del blanco orillo de la falda femenina, de la negra silueta del pie y del calzado que tan tiernamente lo contenía. Mientras escuchaba respirar a Zinochka, con los ojos clavados en el lugar donde se hallaba su rostro, movió una mano. Se detuvo a escuchar, y movió la mano de nuevo.

«¿Qué estoy haciendo?», gritó en voz alta, desesperado, y se echó hacia atrás, horrorizado de sí mismo.

Por un instante, el rostro de Zinochka fulguró delante de él y se desvaneció. Trató de comprender que aquel cuerpo era Zinochka, con la cual había estado paseando y hablando de lo infinito, y no pudo comprender. Trató de sentir el horror de lo que había ocurrido, pero el horror era demasiado intenso para ser captado.

«¡Zinaida Nikolaevna! —gritó en tono implorante—. ¿Qué significa esto?; Zinaida Nikolaevna!»

Pero el atormentado cuerpo permaneció mudo y, continuando su loco monólogo, Nemovetsky se dejó caer de rodillas. Imploró, amenazó, dijo que se suicidaría, y agarró el postrado cuerpo, apretándolo contra el suyo…

El cuerpo no opuso la menor resistencia, obedeciendo dócilmente a sus movimientos, y todo aquello era tan terrible, incomprensible y salvaje que Nemovetsky volvió a ponerse de pie de un salto y gritó bruscamente:

«¡Socorro!»

Pero el sonido era falso, como si fuera deliberado.

Y una vez más se dejó caer sobre el pasivo cuerpo, con besos y lágrimas, sintiendo la presencia de un abismo, un oscuro, terrible y absorbente abismo. Allí no había ningún Nemovetsky; Nemovetsky se había quedado atrás, en alguna parte, y el ser que le había reemplazado estaba ahora sacudiendo el cálido y sumiso cuerpo, y estaba diciendo con la astuta sonrisa de un demente:

«¡Contéstame! ¿O acaso no quieres contestarme? ¡Te amo! ¡Te amo!»

Con la misma astuta sonrisa acercó sus desorbitados ojos al rostro de Zinochka y susurró:

«¡Te amo! No quieres hablar, pero estás sonriendo, me doy cuenta. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!»

Apretó con más fuerza contra el suyo el cuerpo de Zinochka, cuya pasividad despertaba una salvaje pasión. Retorciendo sus manos, Nemovetsky volvió a susurrar, con voz enronquecida:

«¡Te amo! No se lo diremos a nadie, y nadie lo sabrá. Me casaré contigo mañana, cuando tú quieras. ¡Te amo! Te besaré, y tú me responderás… ¿sí? Zinochka…»

Pegó sus labios a los de la muchacha, y en la angustia de aquel beso su razón quedó anulada del todo. Le pareció que los labios de Zinochka se estremecían. Por un instante, el horror aclaró su mente, abriendo delante de él un negro abismo.

Y el negro abismo lo engulló.

EL ASUNTO DE PADDOCK CROSS

A. M. Burrage

«Sabía por encima de toda posible duda que había sido advertido, que había soñado la realidad de hacía ciento cincuenta años, y que, si no permanecía vigilante, se produciría una tragedia.»

Antes de abrir los ojos tuve conciencia de que mi mano era agarrada por otra, y al abrirlos vi que mi muñeca se encontraba sobre un recipiente dentro del cual goteaba mi sangre. Estaba tendido en un lecho enfrente de unas altas ventanas, y a través de ellas podía ver las ramas de unos árboles agitados por el viento. Tardé un buen rato en recordar la colisión en Paddock Cross cuando mi silla de posta y la otra, ambas locamente conducidas, habían chocado.

Lo recordé mientras mi mirada se posaba en las piernas embutidas en unas medias de estambre del pequeño cirujano. Pero no tenía la menor idea del lugar en que me encontraba. Era una amplia habitación, amueblada al estilo francés de la época. Y el dueño de aquella mansión tenía que ser una persona rica y de gustos refinados.

El pequeño cirujano se dio cuenta de que mis ojos estaban abiertos y exclamó, en tono satisfecho:

—¡Ajá! Para un desmayo no hay nada mejor que una pequeña sangría. No tema, caballero; está usted en buenas manos, aunque me esté mal el decirlo.

Y dejó oír una risita, como alguien que se siente muy orgulloso de su habilidad.

Le contemplé, aunque con escaso interés, desde su peluca sin empolvar hasta sus gastados zapatos. Se había quitado la casaca, y las mangas de su camisa estaban enrolladas encima de los codos.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En casa de milord Stevensbury —respondió el cirujano—. Le ha hecho traer hasta aquí y me ha avisado inmediatamente. Milord iba en la otra silla. Había estado en Powers Court y perdió una apuesta. En el camino de regreso se rompió un muelle de su carruaje, de modo que tuvo que dejarlo en el «Crown» y alquilar una silla de postas. No me cabe duda de que le ordenó al lacayo que corriera como un betlemita; y el de usted, si no he oído mal, no se quedaba atrás.

Mientras hablaba, el hombrecillo aplicó un vendaje a mi muñeca.

—¿Qué ha sido de mi lacayo? —pregunté.

—¡Mala suerte! El pobre Tom Hammett ha emprendido su último viaje. Le echarán de menos por esos caminos. Un látigo excelente, caballero, un látigo excelente, aunque no el primer látigo excelente que tropieza en Paddock Cross.

Moví la cabeza y experimenté una aguda sensación de dolor. Parpadeé, y me di cuenta de que mi cráneo estaba fuertemente vendado.

—Ha tenido usted suerte, caballero —dijo el hombrecillo, apartando a un lado el recipiente—. Sus astros han sido amables con usted. La silla quedó destrozada, el lacayo y el conductor han muerto, y usted se ha librado con una simple raja en la cabeza. Pero, oigo a milord que llega. Ésta será una buena noticia para él.

Se dirigió hacia la puerta para abrirla, pero alguien se le anticipó. La persona que entró en primer lugar no era milord, sino una dama, la cual supuse correctamente que era su esposa. Era una mujer alta y morena, de porte orgulloso y labios demasiado llenos y maduros en contraste con la palidez de sus mejillas. Sus ojos, debajo de unas oscuras y arqueadas cejas, eran muy negros, y estaban llenos de una piedad tan exquisita que mi corazón se conmovió profundamente.

Detrás de ella entró un hombre robusto, de rostro ceñudo, que llevaba una casaca verde de viaje y polainas. Era ancho de hombros, largo de miembros y andaba erguido como un soldado; pero su rostro desentonaba de aquella excelente figura. Era un rostro abotargado a consecuencia de las disipaciones a que se entregan los caballeros ociosos. Sin embargo, me contempló con bastante amabilidad y se acercó a mí con un aire de cortesía y compasión.

—¿Se ha repuesto usted un poco? —preguntó—. Doy gracias al cielo por ello. Paddock Cross es un peligro para los pasajeros del Rey. Lo he dicho un millar de veces. Haré que arreglen el camino. Haré que lo arreglen, aunque cueste un millar de guineas. No me dejaré tomar el pelo por ningún concejo. ¡Sabrán quién es el amo!

Y a continuación estalló en un rosario de juramentos no aptos para los oídos de su dama, aunque ella pareció escucharlos impasiblemente. Yo no era ningún puritano, pero aquellas expresiones soeces restallaron como golpes en mi lastimada cabeza. Y entretanto, tenía conciencia de que los ojos de la dama buscaban los míos.

—Milord Stevensbury —dije—, le estoy muy agradecido por su hospitalidad y por la ayuda médica que ha tenido la bondad de proporcionarme. Me siento mucho mejor y, con su permiso, estoy en condiciones de marcharme…

Me interrumpió, alzando una mano en señal de protesta.

—Ni hablar. Será usted nuestro huésped hasta que se haya recobrado del todo. —Se volvió hacia el cirujano—. Taylor, dígale que no debe irse. Pondría en peligro su vida. Dígaselo, Taylor.

—Sí, milord —dijo el cirujano—. Si se marcha, no me hago responsable.

Milord Stevensbury se volvió hacia mí con aire triunfal.

—Ya ha oído lo que ha dicho Taylor. No se hace responsable. Bienvenido a mi

casa. No le molestaremos con formulismos. Levántese, coma y duerma cuando quiera, hasta que su estado de salud sea perfecto.

—Sí —dijo la dama, en voz suficientemente alta para que yo la oyera—. Debe quedarse.

Me quedé por ella. A él le aborrecí desde el primer momento, sabiendo —como sabía muy bien— que aquellos gestos hospitalarios procedían de una desmesurada vanidad. No podía hacer otra cosa. No podía permitir que alguien dijera que Milord Stevensbury había echado de su casa a un hombre seriamente lastimado. Le di las gracias.

—Dios sabe que no deseo fastidiarle con preguntas ociosas —dijo—. Pero, si me hiciera usted el favor de decirme a quién tengo el honor de hospedar…

De modo que le dije que era el capitán Hebden, de los Húsares Reales, y que me dirigía a Dorsetshire a visitar a mi madre cuando ocurrió el accidente. Milord se inclinó gravemente y dijo:

—Capitán Hebden, encantado de conocerle. Lástima que este placer no se haya debido a una circunstancia más afortunada.

Después de lo cual me presentó a su dama; ésta insistió en que no hiciera ningún esfuerzo para incorporarme. Su tono era cortés, con una nota de frialdad, incluso, pero milord no pudo ver la mirada que ella me dirigía. Ningún hombre me ha llamado Lotario, pero tampoco me han llamado José.

A partir de aquel momento, la memoria me falla un poco. No, no es que me falle, exactamente. Hay nieblas que enturbian los ojos del recuerdo, del mismo modo que a veces hay nieblas en el aire que enturbian la visión natural.

Creo que me recobré lentamente. Pasaron días, muchos días, y yo continuaba siendo huésped de milord. Día tras día, la casa se llenaba de caballeros borrachos y jugadores; si no, milord estaba ausente, bebiendo y jugando en otra parte. Milady permanecía pura y tranquila en medio de aquellas orgías, como lirio en una charca fangosa. Mis heridas me excusaban de tomar parte en aquellas bacanales, y me convertí en el amigo y constante compañero de milady. Sé que me rogó que la llamara Clarissa, pero no cuando milord estaba cerca. Veo todas esas cosas como a través de un cristal empañado, y oigo la voz de milady como a través de los rugidos de una tormenta.

Cuando milord estaba ausente nos sentábamos a la sombra junto a un estanque del jardín, donde las carpas doradas se asomaban a la superficie a tomar el sol. Allí le leía a veces a milady algún poema, o hablábamos mutuamente de nuestras vidas. Había visto lo suficiente de milord para que me resultara difícil mantener las manos alejadas de su garganta, y en la vida actual de milady existían pocas cosas que yo no supiera. Ella me dijo que el amor que milord podía haberle inspirado, había muerto hacía mucho tiempo.

—El amor no muere —repliqué—. Siempre queda un rescoldo, buscando más combustible.

Una tarde, cuando mi curación era ya completa, milady y yo bajamos al jardín y nos sentamos junto al estanque. Milord se encontraba ausente. Clarissa puso un libro en mis manos, rogándome que leyera un poco en voz alta.

—Se llama «Una Elegía escrita en un Cementerio Rural» —dijo—. Uno de los poemas póstumos del pobre Gray.

De modo que empecé a leer, pero al cabo de unos instantes mi mente navegaba por otros derroteros. De pronto, mi voz se quebró como la de un niño, y un segundo después Clarissa estaba en mis brazos. Podíamos haber sido Francesco y Paola abrazándose por primera vez en la leyenda de Guinevere.

Luego resonaron unos pasos y milord apareció ante nosotros, sonriendo irónicamente. Milady ocultó su blanco rostro entre sus blancas manos, se puso en pie y se alejó.

—Capitán Hebden —dijo milord, con una mueca maliciosa—, permítame decirle que tiene usted unas ideas muy originales en lo que respecta al agradecimiento de la hospitalidad.

—Me extraña que las encuentre originales —repliqué—, a menos que no haya oído hablar del sitio de Troya. Me gustaría poder decir que su falta de instrucción es la menos admirable de sus características.

—Atravesaré su corazón con mi espada, Paris —gruñó entre dientes-—, aunque no por su insolencia.

—No lo hará —afirmé—. Si usted me desafía, elegiré las pistolas.

Meditó unos instantes.

—En la aldea hay una posada suficientemente buena para usted, capitán Hebden —dijo finalmente—. Vaya allí, y mis padrinos le visitarán dentro de una hora. Voy a prescindir del hecho de que no es usted un caballero. En ciertas circunstancias, no puede uno permitirse el ser demasiado generoso.

Dos horas mas tarde nos encontramos. Nos situamos a diez pasos de distancia el uno del otro, esperando la caída de un pañuelo blanco agitado por el viento. Taylor, el cirujano, estaba allí, muy pálido, contraída la boca en una mueca de aprensión.

Luego, el pañuelo cayó y la oscuridad se me tragó.

Cuando recobré el conocimiento me encontré tendido en un amplio diván, con almohadones debajo de la cabeza, que el médico acababa de vendar en aquel momento. Era un típico médico rural, lo bastante anticuado como para llevar antiparras y lo bastante moderno como para llevar una chaqueta de franela.

—¡Hola! —me dijo—. ¿Cómo se siente?

—Mucho mejor, gracias —contesté—. ¿Le importaría decirme qué ha sucedido y dónde estoy?

—Un accidente de automóvil —respondió—. Muy aparatoso. Pero, no se preocupe. Al principio temí que hubiese fractura, pero no ha sido así. Se encuentra usted en casa de Mr. Welling, en Datcham Hall. Chocó usted contra su automóvil, y él le trajo aquí… o, mejor dicho, consiguió que le trajeran los ocupantes de otro

automóvil. Ahora no debe usted hablar demasiado. Pronto estará bien del todo.

Los recuerdos afluían ahora a mí, pero estaba luchando para aprehender otros recuerdos. No recordé inmediatamente mi sueño… suponiendo que fuera un sueño. Desde luego, no había visitado nunca una casa llamada Datcham Hall, ni había conocido nunca a un Mr. Welling. Y, sin embargo, la habitación me resultaba vagamente familiar, aunque los muebles me eran desconocidos. Pero recordaba la forma de la habitación, el emplazamiento de las tres puertas y, sobre todo, las altas ventanas situadas enfrente de mí. A través de ellas pude ver las ramas de unos árboles.

El doctor estaba hablando. Dijo:

—Es un lugar fatal para la gente que no conoce la carretera… e incluso para los que la conocen. Cada año se producen graves accidentes en la curva existente antes de llegar a Paddock Cross.

Al oír aquel último nombre algo saltó en mi memoria.

—¿Puede decirme una cosa, doctor? —pregunté—. Estoy empezando a recordar un sueño muy raro que he tenido mientras estaba inconsciente. Soy forastero aquí, y nunca había oído hablar de Paddock Cross hasta que lo soñé, y ahora acaba usted de mencionarlo. Y me parece conocer esta habitación, aunque no puedo haber estado nunca en ella. La cabeza me duele de un modo terrible, y odio los acertijos…

—Entonces, deje de preocuparse por las fantasías de su subconsciente. Procure descansar y no pensar en nada, hasta que pueda trasladarle al hospital del pueblo…

Una voz de mujer penetrando a través de una puerta abierta le interrumpió.

—¡Oh, no, doctor! ¿Es necesario ese traslado? ¿No puede quedarse aquí?

Conocí aquella voz y, con una desagradable sensación muy parecida al temor, supe que reconocería a su dueña. No me engañaba. La mujer que entró en la habitación era Lady Stevensbury, vestida con un traje sastre de corte moderno; pero el doctor se dirigió a ella como Mrs. Welling.

—Me alegro que se sienta mejor —me dijo la dama—, pero no debe pensar en moverse, todavía. Aquí podemos cuidarle mucho mejor que en aquel destartalado hospital. Además, mi marido dice que si usted no hubiese conservado la serenidad podían haber resultado muertos los dos.

—Me desvié hacia la izquierda —anunció la voz de un hombre desde la puerta—. Las huellas de los neumáticos lo demuestran. No sé cómo disculparme, y lo menos que puede hacer es permitir que cuidemos de usted hasta que se encuentre restablecido… Nos enviará una enfermera, ¿verdad, doctor?

Reconocí aquella voz de hombre y supe, antes de mirarle, el aspecto exacto que tendría. Atribuyeron la expresión de mi rostro al dolor que me producían mis heridas.

Desde luego, me preguntaron mi nombre, y cómo podían ponerse en contacto con mis parientes y amigos. En respuesta a la primera pregunta estuve a punto de decir «Capitán Hebden», tan reciente y profunda era la impresión en mi cerebro. Pero da la casualidad de que me llamo Rivers, y soy un modesto escritor. No tengo parientes

cercanos que se inquieten por mi suerte. Hay una muchacha en Shropshire, pero no deseaba preocuparla permitiendo que le escribieran. Más tarde me trasladaron a una cama, pero no en la misma habitación que había ocupado «antes».

No pegué un ojo en toda la noche. Profundamente intrigado, trataba de encontrar una explicación lógica a lo ocurrido. Resultaba razonable suponer que, mientras estaba semiinconsciente, había oído mencionar el nombre de Paddock Cross y había visto a los Welling, originándose así un vivido y desagradable sueño. Pero en mi sueño yo había sido el capitán Hebden, cuya personalidad —tan distinta a la mía— me sentaba como un guante. Había adoptado sus puntos de vista, incluso sus *recuerdos.* Y, todavía más raro: ¿cómo había llegado a soñar los personajes de Mr. y Mrs. Welling? No precisaba de grandes conocimientos psicológicos para estar convencido de que eran unas ediciones siglo xx de mis «Lord y Lady Stevensboury». Me aferré a todos los *clichés* que había oído acerca «de las profundidades y recovecos de la mente subconsciente», pero no quedé satisfecho. No podía creer del todo que había estado soñando.

Permanecí una semana en la cama. Mrs. Welling me atendía la mayor parte del tiempo, y no creo que a Mr. Welling le gustara demasiado. A veces entraba en mi habitación y se dirigía a su esposa en un tono que me hacía parpadear. Casi nunca estaba completamente sobrio, pero disimulaba muy bien su embriaguez y las andanadas que disparaba contra su esposa eran más sutiles que estruendosas.

Los Welling no eran unos *nuevos ricos.* Ambos pertenecían a familias secundarias del Condado. Mrs. Welling me hizo bastantes confidencias; entre ellas, la de que no andaba en muy buenas relaciones con el «querido Hugh». Y cuando una mujer le hace a un hombre esa clase de confidencia, no es por el simple placer de hablar… Era una gran aficionada a la poesía, según me dijo, y me permitió visualizar a su marido como a un hombre sumamente prosaico, muy trabajador y gran bebedor. No puedo negar la fascinación de Mrs. Welling. Más de una vez pensé que un hombre podía perder fácilmente la cabeza por ella.

Al octavo día después del accidente fui autorizado a bajar a almorzar. El comedor era largo y estrecho, con un hogar en cada uno de los extremos; en uno de ellos había un escudo de armas labrado en piedra.

—Son las armas de la familia Stevensbury, actualmente extinguida —me explicó Welling—. Esta casa les había pertenecido.

En aquel mismo instante vi que me miraba de un modo muy raro, y no sin motivo: la expresión de mi rostro debió sorprenderle.

—¿Seguro que se encuentra bien? —me preguntó, en tono preocupado.

A pesar de mi desconcierto, insistí en almorzar con ellos. La cabeza me daba vueltas cada vez que pensaba en aquella nueva coincidencia. ¡Stevensbury! No podía haber soñado *aquel* nombre. O, mejor dicho, ¿cómo había llegado a soñarlo? Las teorías más absurdas se abrían paso en mi mente. La prudencia me dijo que debía marcharme, que debía buscar algún pretexto para abandonar inmediatamente aquella

casa. Pero la curiosidad me impulsó a quedarme para ver qué sucedía a continuación.

Al final de la comida Welling me dijo:

—Lo siento muchísimo, pero esta tarde tengo que salir. Sin embargo, mi esposa cuidará de usted.

—Lo intentaré —murmuró Mrs. Welling con cierta gazmoñería.

Recordé la visión de otro hombre —¿era otro, realmente?— saliendo de su casa y dejándome a solas con su esposa.

Mrs. Welling me acompañó hasta el frío vestíbulo.

—¿Qué quiere usted hacer? —me preguntó.

—Si no le importa, me gustaría descansar.

—Entonces, ¿por qué no descansa al aire libre? Hace un tiempo espléndido.

Me disculpé como pude, y dije que prefería subir a mi habitación.

—Muy bien —dijo Mrs. Welling, sin conseguir disimular del todo su decepción —. Voy a leer un poco. Estaré en el jardín.

Subí a mi cuarto, pero no pude descansar. La cabeza me daba vueltas. Deseaba desesperadamente saber algo más: si había soñado, o había recibido una advertencia, o era víctima de una jugarreta de mi subconsciente. De modo que, tras una hora de indecisión, bajé al jardín que se extendía detrás de la casa.

Encontré a Mrs. Willing sentada en un banco semioculto entre unos arbustos, delante de un estanque de aguas poco profundas. Reconocí inmediatamente aquel estanque, aunque sus piedras estaban ahora desgastadas por la acción del tiempo. Lo reconocí, mientras todos mis sentidos luchaban contra lo irracional y mi corazón latía desaforadamente.

Mrs. Welling me miró con aire malicioso y me invitó a sentarme en el banco, a su lado.

—Me alegro de que haya cambiado de idea —me dijo—. ¿Se encuentra mejor ahora? Este es mi lugar favorito, ¿sabe? Aquí paso muchos ratos.

Sentí la profunda atracción de sus grandes ojos negros. Me senté a su lado, y me estremecí como un chiquillo bajo la lluvia.

Mrs. Welling tenía un libro abierto sobre las rodillas. Lo cerró y me lo entregó. Era una Antología de poetas ingleses, editada por la Universidad de Oxford.

—¿Le importaría leerme algo? —suplicó Mrs. Welling, con voz acariciadora—. Es decir, si no ha de fatigarle demasiado. Estoy segura de que lee usted maravillosamente.

Abrí el libro al azar. E inmediatamente lo dejé caer. Me sentí débil y enfermo, y temí que mi cabeza estallara bajo la presión de una oleada de sangre.

Me pareció que la voz de Mrs. Welling resonaba lejos, muy lejos:

—Sí, ese poema, por favor. Nunca me canso de él. Me encanta la «Elegía» de Gray…

Huí hacia la casa. Dije que estaba enfermo, y mi aspecto debía ser el de un enfermo, realmente.

Sabía, por encima de toda posible duda, que había sido advertido, que había soñado la realidad de hacía ciento cincuenta años y que, si no me andaba con cuidado, iba a producirse una tragedia.

La historia no tiene que repetirse literalmente palabra por palabra: no necesita hacerlo, pudiendo escoger entre tantas desagradables variantes.

Aquella misma noche me marché de Datcham Hall, dejando una nota. A menudo me he preguntado qué pensarían de mí los Welling, casi tan a menudo como me he preguntado que hubiera ocurrido de haberme quedado, ahora que el duelo ya no se estila.

Pero yo no amaba a Mrs. Welling; y, además, había una muchacha en Shropshire…

UN EXORCISMO

A. M. BURRAGE

Paralizado hasta la mudez sobre su alto lecho crujiente, Sylvain, el molinero de los Breteuils, en el fondo del valle de Crouleboeuf, sobre el río Aune, «partía» sin hacer el menor movimiento, atraído por una implacable y perversa muerte cuyo aliento imposible se sospechaba.

* * *

La víspera, Sylvain, que en lo alto del granero vaciaba sin descanso los sacos entre las fauces de la muela voraz, había sentido bruscamente un fuerte pinchazo en el vientre; un súbito dolor, como si un puño de plomo acabara de atravesarle de parte a parte. Sus piernas, incapaces de sostenerle por más tiempo, se doblaron, dejándole caer cuán largo era entre dos sacos.

Sylvain profirió un aullido tan fuerte que sus dos hijos lo oyeron por encima de las masticaciones de la muela, los castañeteos de las transmisiones y los chirridos de la rueda hidráulica, que ya es decir.

Treparon apresuradamente al granero y estuvieron varias veces a punto de partirse una pierna al pasar con demasiada rapidez los pies de un barrote a otro de la escalera, realmente preocupados por lo que le sucedía a su padre; porque le necesitaban.

Al verle caído en el suelo, con las manos apretadas sobre el vientre, el rostro contraído de sufrimiento, con los sonidos del dolor en vez de los insultos, se desconcertaron hasta el punto de no saber qué hacer.

Las quejas del viejo remitieron por fin y le hirvieron solamente en la garganta, para callarse en ella. Pero sus ojos casi desorbitados expresaban unos peores aullidos mudos.

En vista de que el padre no gritaba ya, los muchachos decidieron bajarle como se baja un saco lleno: le pasaron una cuerda por debajo de los brazos, alrededor del pecho, y le deslizaron suavemente hasta abajo, por medio de la polea.

La madre quedó asombrada al ver a su Sylvain en el vacío, con las piernas juntas y los brazos separados como un Cristo sin su Cruz, clavado en nada…

De pura emoción, retorció su delantal hasta desanudar el cinturón y no tuvo más que una bola de tela entre las manos; faltó muy poco para que el mismo puño de plomo la golpeara a su vez para que una desgracia no viniera sola.

Pero se repuso en seguida y, con la decisión de molinera habituada a los malos tragos, agarró a su hombre como pudo, impidiéndole caer como si Sylvain regresara del consejo municipal después de haber recorrido las tabernas del pueblo.

Sus hijos se unieron a ella y entre los tres le transportaron a la cama donde el desdichado, como si estuviera amordazado, continuó padeciendo su martirio en medio de un silencio de plomo.

El médico, advertido inmediatamente, no se presentó hasta la noche, como queriendo hacerse desear. Tocó, palpó, escuchó, sacudiendo repetida y negativamente la cabeza. No acertaba a localizar el extraño mal: ni el corazón, ni las tripas, ni los músculos. ¿Qué, entonces? Y se marchó dejando una receta que, sino para otra cosa, servía para demostrar que no había venido para nada. Y dijo que volvería, si el enfermo empeoraba.

* * *

Y ahora, con una noche por encima, el enfermo había empeorado. Ni pensar en hacer volver a aquel médico que, además de ignorante, era caro. Entonces, el primogénito sugirió que tenía más aspecto de dolencia misteriosa que de enfermedad de médico, y, de acuerdo los tres, decidieron recurrir a Tranchebois, el curandero de la Motte, el pueblo vecino.

Tranchebois no se hizo esperar; llegó al cabo de una hora al molino, precedido por una reputación sólida y temida al mismo tiempo. Él no auscultó a Sylvain, el cual, estatua de hombre, sólo vivía por sus ojos implorantes. No. Tranchebois se limitó a olfatear algo misterioso en el aire.

Cuando hubo resoplado alrededor de Sylvain, y luego alrededor de la habitación, dijo que quería visitar la casa. Cuando hubo recorrido todas las habitaciones, desde el desván hasta la bodega, quiso visitar el molino. Cuando hubo recorrido el granero, contando los sacos, y manoseando cables, muelas y ruedas, quiso echar una ojeada a los cobertizos: hórreo, cochera y gallinero. Lo inspeccionó todo como si estuviera en venta y él deseara comprarlo.

Pero regresó al patio, farfullando entre dientes, y mostró un enojo tal que nadie se arriesgó a ofenderle con una pregunta de más. Sin embargo, el hórreo, a medio camino entre el molino y la casa pareció absorberle poco a poco, hasta el punto de que se dirigió hacia él una vez más como atraído por una fuerza invisible y permaneció allí largo rato.

Finalmente, los Sylvain le oyeron jurar a grandes voces y se precipitaron a su vez, curiosos hasta el punto de olvidar la inquietud que habían despertado en ellos los manejos del curandero.

Tranchebois estaba en el fondo del hórreo, de cara a la pared, de la cual asomaban aquí y allá largas clavijas que sostenían herramientas usadas y oxidadas, y que eran

conservadas tanto por respeto al trabajo que habían realizado como en previsión de una utilidad futura.

Tranchebois se apartó para enseñarles, pegada contra el yeso de la pared, una especie de muñeca burdamente modelada; cuerpo de paja con unas piernas y unos brazos trenzados rígidamente, y una cabeza: una patata riendo por su ancha boca abierta de un tajo, pero inquietante con sus dos piedrecitas blancas hundidas a guisa de ojos; el todo clavado a la pared por medio de un enorme sacafondo que atravesaba el vientre de paja.

—He aquí a vuestro Sylvain —gruñó victoriosamente Tranchebois, el cual se guardó aquel muñeco.

A continuación, como si les creyera ignorantes de aquellas cosas, añadió sin compasión para la madre Sylvain y sus hijos, que no se atrevieron a persignarse delante de él como sentían deseos de hacer, a fin de poner de su parte al Buen Dios:

—Alguien quiere mal a vuestro molinero… Le ha hecho víctima de un hechizo mortal, pero no será fácil descubrirle. El diablo anda metido en esto… Pero creo que puedo salvar a vuestro hombre… Dadme diez luises y me haré cargo del asunto.

Al ver la cara de susto que ponían los Sylvain creyó haber pedido demasiado, de modo que rebajó sus exigencias a ocho luises, pagaderos la mitad en el acto y el resto después de la curación. Y le hizo una seña para que salieran, diciendo que para hacer lo que tenía que hacer necesitaba estar solo.

Cuando Tranchebois salió a su vez, pudieron ver que no estaba descontento del todo.

—Será cuestión de un par de días —dijo, con el tono socarrón del que acaba de hacerle una mala pasada a otro.

Y tomó a los dos muchachos aparte, en tanto que la madre comprendía que había llegado el momento de ir en busca del dinero.

—A partir de este momento —les explicó Tranchebois—, es preciso que permanezcáis ocultos detrás de las puertas del hórreo, con los ojos y los oídos muy abiertos, ya que el que desea la muerte de vuestro padre no tardará en presentarse, para destruir el hechizo que acabo de volver contra uno de los suyos. Creedme, no tardará en presentarse. Tal vez esta tarde, tal vez esta noche o mañana, pero no más tarde. A vosotros toca el que no le queden ganas de volver a empezar. Cuanto más fuerte le golpeéis, más pronto sanará vuestro padre.

De vuelta con cuatro luises, la madre Sylvain los dejó caer generosamente en el hueco de la mano del curandero, como si liberara ya a su hombre de ochenta francos de dolores.

Una vez se hubo marchado Tranchebois, los hijos se precipitaron, uno sobre una hacha de mango largo, el otro sobre una escopeta de dos cañones, y se apostaron detrás de la puerta del hórreo, la cual dejaron abierta de par en par, manteniéndose al acecho sin traicionarse, hasta el punto de que si hubieran venido a ofrecerse a ellos, en el patio, las muchachas más hermosas del mundo no les hubieran hecho salir de

allí. Y Dios sabe que…

A partir de entonces, un pesado silencio planeó sobre los Breteuils. Atenta la mirada, tenso el oído, los dos muchachos esperaron, pacientemente, dispuestos a echar raíces allí si era preciso.

Por su parte, la madre había cerrado puertas y ventanas, lo mismo del molino que de la casa, a fin de que el desconocido enemigo entrara por donde tenía que entrar, y no por otro sitio.

Transcurrió la tarde sin que pasara nada; y también la noche. Y el día siguiente. Afortunadamente para ellos, no era la época de los clientes. Y tampoco a la noche siguiente hubo visita. Pero los justicieros se habían aprovisionado de comida y bebida para varios días, anticipándose a una posible espera. Querían, costara lo que costara, el pellejo del que torturaba de lejos a su padre con aquella maldita muñeca.

Finalmente, al tercer crepúsculo, unos pasos que se arrastraban arrancaron a los muchachos del sopor de la espera. Apretaron vivamente sus dedos sobre culata y mango.

El que se decidía a venir profería unos «¿Eh? ¿Eh?» interrogadores, y a falta de otra puerta abierta se encaminó hacia la del hórreo, en cuyas fauces se ocultaba la Muerte.

No vio más que fuego. Una doble descarga de postas le acribilló pecho y vientre, pero, antes de que el hacha partiera en dos su cráneo, tuvo tiempo de aullar lo que le había traído allí:

—¡Mis últimos cuatro luises!

LOS GOREL

A. M. BURRAGE

Los hechos se remontan a 1897. Yo era entonces médico de Carhaix en el Finisterre, donde había reemplazado a mi anciano padre, el cual, acaparado por sus enfermos, no había encontrado nunca tiempo para cuidarse a sí mismo; hasta el punto de que, vencedores a la carga, sus reumatismos artríticos le retenían inmóvil en su lecho o en su sillón; también era posible que tras una vida demasiado agitada la naturaleza le obligara así, a pesar suyo, a dar un poco de descanso al organismo.

Y hay que reconocer que en aquella época, en las campiñas bretonas, las personas de nuestra profesión no se quedaban a menudo en la cama; cuando no corrían por las calles, tan poco numerosos como los días sin lluvia, galopaban por las carreteras, caminos y senderos más impracticables, sin gozar nunca de prolongados descansos.

Pero, vayamos a aquella noche de noviembre en la cual un hombre de la aldea de Tyr ar Gall utilizó un poco de su caridad para recorrer a pie diez kilómetros, de noche, a fin de pedir a alguien de Poullaouen que terminara los otros diez, a fin de avisarme para que acudiera lo antes posible a atender a Liza Gorel, víctima de graves quemaduras y a las puertas de la muerte.

Terminé de cenar apresuradamente delante del mensajero que se había quedado allí, plantado rígidamente: era un mozo de casa de labor que sólo conocía los decorados de los establos y que estaba visiblemente impresionado por nuestro cómodo interior, el cual examinaba con ojos asombrados.

Preparé mi carruaje, hice subir al mensajero a mi lado y azucé al caballo.

El muchacho sólo sabía que Liza Gorel, la esposa de Zacharie, madre de Franck y Jozon Gorel, los leñadores, al levantar una marmita de grasa hirviente, había tenido la desgracia de que se le volcara sobre la cara y el pecho.

Al pasar por Poullaouen, dejé al muchacho en casa de sus amos y, en la noche afortunadamente clara, guiado por la calzada ancha y empedrada de la carretera de Morlaix, bien cuidada, continué mi camino a una buena marcha.

Sabía dónde tenía que girar y, después, casi cómo encontrar Tyr ar Gall: una aldea y sus campos pegados al bosque de Saint-Ambroise.

La masa de árboles tupidos no tardó en erguirse delante de mí. Abandoné la

carretera principal y giré a la derecha, hundiéndome entre unos campos labrados y unos tupidos retamares.

El paraje era siniestro, la oscuridad más intensa que en otras partes y el camino desastroso. Pero he de reconocer que, gracias a los traqueteos, así como a los chirridos de las ruedas de mi carruaje, permanecí suficientemente sacudido y me mantuve atento a la ruta que seguía.

Sin embargo, me pareció muy raro que nadie saliera a mi encuentro con un farol y, cuando llegué a un cruce de caminos, anónimos ambos, temí perderme si escogía al azar, arriesgándome a vagar toda la noche como me había ocurrido recientemente en la región de Croas-Kerdudon.

Mi indecisión no duró largo rato. Los aullidos de unos perros rasgaron el silencio; unos aullidos cuyo significado no engañaba.

Liza Gorel se estaba muriendo muy cerca del lugar donde resonaban los ladridos.

Tomé inmediatamente la dirección correcta y puse a mi caballo al galope para no perder tiempo.

* * *

Gracias a su perro llamando a la muerte encontré finalmente la casa de los Gorel, desagradablemente sorprendido al comprobar que nadie se ocupaba de mí, cuando mis cuidados eran urgentes y podían salvar a la accidentada.

Era una barraca destartalada como las que en aquella época abundaban en Bretaña, Únicamente la estrecha ventana revelaba que existía una vida interior: aquel velo de luz ocre que desprenden las humeantes velas campesinas, malas y chisporroteantes.

Quise empujar la puerta. Estaba sólidamente cerrada.

Llamé a puñetazos mientras el perro, atado a un árbol no lejos de mí, amenazador y asustado, mezclaba ladridos y lamentos.

Finalmente, al cabo de un largo rato, abrieron.

Delante de mi aparecieron tres hombres, garrote alzado, que avanzaron sobre el umbral, bloqueando inmediatamente la puerta.

A decir verdad, comprendí que no me esperaban.

Más tarde me enteré de que su vecino, el único, ya que la aldea no tenía más que cinco habitantes, al oír los súbitos gritos de dolor de Liza Gorel había arriesgado un ojo por la ventana y tomado la iniciativa de hacerme avisar. Se había quedado en Poullaouen, en casa de unos primos, ya que por nada del mundo hubiese querido seguir escuchando la agonía de la mujer y los juramentos de los hombres encolerizados con ella, y que la maldecían a pesar de sus sufrimientos.

Me encontré, pues, solo allí, con los tres Gorel silenciosos y amenazadores, y la moribunda entregada a la muerte desde hacía horas, falta de cuidados.

Cuando hube dicho quién era demostraron una evidente inquietud y se miraron

entre ellos, pareciendo preguntarse si debían dejarme entrar o no.

Pero al oír los roncos estertores de la accidentada avancé decidido, encolerizado, apartando a los Gorel a un lado, y me dirigí hacia la mesa sobre la cual la habían tendido sin levantarle siquiera la cabeza que colgaba, echada hacia atrás en el vacío.

Volví la cabeza ante el atroz aspecto de su rostro, horrible máscara abotargada de párpados soldados sobre los ojos sin duda reventados, rostro macabro fundido ya por una de las hogueras del más allá.

Reponiéndome por fin, examiné los lugares en los cuales había sido alcanzada la mujer. Luego vi, delante del hogar, una marmita volcada en medio de un rastro de grasa esparcida por la sala.

Supuse entonces que habiendo descolgado del garfio aquella marmita en la que se fundía grasa de cerdo, falta de fuerza en los brazos, o habiéndose quemado una mano, la mujer había soltado una de las asas.

Su pecho y su vientre lo habían recibido todo. Para expulsar el dolor que se infiltraba hasta su piel, la desdichada se había arrancado el corpiño y la falda impregnados.

Pero, lo que me pareció imposible, es que ella hubiera podido levantar la marmita más en alto de lo necesario y cubrirse enteramente la cabeza de grasa mortal.

Pedí que me trajeran otras velas.

Ninguno de los tres hombres obedeció, y comprendí que continuaban indecisos entre liquidarme o echarme a la calle.

Más inquieto que disgustado, levanté y tiré de la Gorel sobre la mesa para examinarla mejor. Pero, al hacerlo, desencadene un cruel redoblamiento de sus quejas agónicas, en gran parte reprimidas, ya que su lengua, alcanzada también, se había hinchado en su boca, dejando pasar apenas un leve hilo de aliento: su vida, que se apagaba lenta pero inexorablemente.

Sus labios, tensos a reventar, se abrieron a causa del esfuerzo que hizo para echar lejos de ella aquella nueva acumulación de sufrimientos, pero no sangraron. Y, bruscamente, sus párpados se levantaron, librándome por entero, brillantes de padecimiento, sus ojos apagados.

Entonces, al ver aquellas pupilas claras y hurañas en aquel rostro volcánico, allí, rodeado de aquellos hombres perversos e indiferentes al martirio de su esposa y madre; allí, solo en aquella aldea pegada a la oscuridad de los bosques como un parásito, lejos de toda otra vida humana, confieso que sentí temblar en mí un miedo creciente.

No podía ya salvar a aquella desdichada, irremediablemente perdida. Y al mirar a los tres Gorel comprendí que, de haber podido salvarla, hubiera sido a costa de mi propia vida.

Zacharie, el padre, me miraba fijamente, como un búho; su primogénito se desplazaba detrás de mí sin hacer ruido, como una sombra enemiga, poniendo escalofríos en mi espinazo; el más joven se había adosado firmemente a la puerta

cerrada.

En cuanto a aquel perro lúgubre, que aullaba fuera su tristeza, no hacía más que excitar el recargado ambiente.

La muerte de Liza Gorel me salvó.

La desdichada se debatió con tanta fuerza contra el *Ankou,* llegado finalmente a Tyr ar Gall con su carreta fantasma para recolectar aquella nueva cliente, que rodó de la mesa y cayó al suelo en medio de una terrible resonancia, mezcla de sonidos duros y blandos.

Me precipité hacia ella.

Ya no sufría.

Leyendo la confirmación de su final en mi rostro, que volví a continuación hacia ellos, los Gorel cesaron en sus amenazas y sus rostros se distendieron con una fugaz sonrisa, prontamente reemplazada por la impaciencia de no verme más allí.

Zacharie chasqueó secamente la lengua hacia la puerta, tanto para mí como para su hijo, el cual se apartó y la abrió inmediatamente.

Me marché con tanta rapidez como si, acabando de matar yo mismo a la Gorel, me dieran la oportunidad de huir.

* * *

Mi caballo me acogió con relinchos de impaciencia. Y he de confesar que, después de acariciar su belfo, me devolvió afectuosos y consoladores golpes de crin que me reconfortaron; lo cual me era muy necesario, después de la escena atroz en que acababa de participar.

Ahora, inmóvil en el suelo contra el pie de su árbol, enrollado, cabeza y cola entre las patas, el perro de los Gorel gruñía con sordos lamentos de espanto, como si acabara de ver entrar y salir al siniestro obrero de la Muerte: a *Ankou* en persona, implacable en sus misiones.

Subí a mi carruaje y emprendí la marcha antes de que los hombres, cambiando de parecer, salieran y me asaltaran, o me descargaran por la espalda los disparos de fusil de los cobardes.

Cuando llegué al cruce en el cual había vacilado al venir a Tyr ar Gall, tenía que haberme sentido un poco más tranquilo, pero la horrible muerte de Liza Gorel continuaba siendo para mí una incisiva pesadilla, en la que vagaba aún sin conseguir despertarme del todo. Por añadidura, los baches del camino me obligaban a tirar continuamente de las riendas.

La noche, muy oscura del lado del bosque de Saint-Ambroise, parecía luminosa del otro, sobre el largo retamar que yo bordeaba y que me anunciaba la carretera de Carhaix, próxima. Empezaba a relajarme; una vez allí podría hacer galopar al caballo y poner rápidamente, uno a uno, veinte kilómetros entre los Gorel y yo, como otros tantos árboles derribados, echados a través de la calzada y protectores de otros tantos esfuerzos inútiles por su parte para desplazarlos.

En aquel momento mi caballo emitió un extraño y prolongado relincho que se

pegó a mi piel, glacial.

Me incliné y toqué su grupa: se estremecía.

Su instinto animal debía advertirle de un peligro próximo.

Con la ayuda de breves silbidos me esforcé en tranquilizarle.

Pero él se apartaba sin cesar de la izquierda, como para evitar el rozar el retamar, y amenazaba con tirarnos a la cuneta contraria.

Lo impedí con todas mis fuerzas. No avanzábamos ya, como retenidos allí.

De pronto, el caballo se irguió sobre sus patas traseras, agitó las de delante en el aire y resopló a plenos ollares un terror animal que le hizo retroceder violentamente; pánico que me resultó imposible de dominar con las riendas.

Saltando a tierra, fui a cogerle por el bocado antes de que emprendiera una furiosa carrera, exponiéndose a romperse las patas en un bache.

Por fin conseguí inmovilizarle, aunque continuó golpeando el suelo con sus pezuñas.

Yo estaba de espaldas al retamar.

Bruscamente, una sensación indescriptible me penetró la nuca.

Tuve la impresión de quedarme sin sangre.

Mi corazón dejó de latir.

Allí… a veinte pasos de distancia, delante de mí, perfectamente visible entre dos matas de retama espaciadas, se encontraba Liza Gorel, de perfil, encorvada hacia el suelo.

Quise huir, pero no encontré fuerzas para hacerlo.

Estaba viendo, viva, a la mujer a la que acababa de dejar muerta… Distinguía con claridad sus vestidos deshilachados, requemados por la grasa hirviente… Veía su cabeza hinchada y abotargada… Sí, veía a Liza Gorel y no a otra mujer… Había llegado aquí antes que nosotros, y hacía gestos como si cavara el suelo con una azada, aunque no sostenía ninguna herramienta… ¡Nada! Ni siquiera respiraba… Estaba más que silenciosa y, sin embargo, era perfectamente real… ¡No la estaba soñando!

A mi vez me sentí mudo, me faltó la voz para aullar mi espanto. Un horrible pánico me anudó el vientre. Sudaba mi miedo a grandes gotas, sin conseguir desprenderme así del más hondo: hombre aterrado, semejante a un odre rezumante.

Liza Gorel no parecía habernos oído, ni visto. Se encarnizaba en una tarea inútil que la acaparaba por completo. De cuando en cuando hacía como que interrumpía su trabajo, se erguía y volvía la cabeza, atenta e inquieta, hacia Tyr ar Gall; luego, como tranquilizada, reanudaba su incomprensible tarea.

Entonces me di cuenta de que, para ella, nosotros no existíamos.

Mi caballo rompió la especie de hechizo en que me hallaba sumido. Tomó la iniciativa, relinchando a mis oídos. Tuve el tiempo justo para saltar al asiento. El animal emprendió una veloz carrera.

* * *

Llegué a Carhaix, ebrio de angustia; ebrio, también, a causa de los traqueteos y de los chirridos de las ruedas en el curso de aquella marcha infernal.

A pesar mío, desperté a todos los de la casa con el eco de mi carrera, tanto más ruidosa por cuanto, en mi precipitación, guié mal el carruaje y uno de los cubos de la rueda golpeó la gran puerta metálica, haciéndola resonar como una campana.

La ventana de la habitación de mi padre se iluminó inmediatamente; luego, poco después, la de mi madre.

Desuncí el carruaje apresuradamente, como si Liza Gorel anduviera a mis alcances y fuese a aparecer en el patio de un momento a otro.

Tirando de mi agotado caballo por la brida le llevé hasta el refugio de su cuadra.

Mi madre había bajado y me esperaba en el umbral de la puerta, con una gran lámpara de petróleo en la mano. El estupor que le había causado lo precipitado de mi regreso se pintaba en su rostro, transtornado ya por el brusco despertar.

Se dio cuenta de mi excitación y me interrogó ansiosamente, como si yo fuera a decirle que habían querido degollar a su hijo… con lo que sólo hubiera mentido a medias.

No le contesté, y ésto revela hasta qué punto me hallaba aturdido, ya que respetaba mucho a mi madre. La aparté a un lado y entré, mientras ella cerraba la puerta murmurando una plegaria.

Subí a la habitación de mi padre. Sólo él podía comprenderme sin alarmarse demasiado, e iluminarme con calma acerca de lo que yo acababa de ver.

Me escuchó; inmóvil en su lecho.

No le oculté ningún detalle del asunto, procurando no añadir ninguno de mi cosecha a fin de no extraviarle en sus deducciones, que siempre eran honradas y justas.

Incorporado con la ayuda de dos almohadones, inclinaba la cabeza, utilizando los pocos movimientos que le permitía su rígido cuello; su rostro estaba tenso, más arrugado que de costumbre, lo cual, en él, era la señal de que revivía mi aventura, como en mi lugar.

Mi madre se reunió con nosotros, profiriendo leves gritos de mujer a la que han querido hacer daño a través de su hijo, y abusaba de la paciencia de Dios redoblando sus plegarias en acción de gracias.

Mi padre, desacostumbradamente rudo, le pidió que nos dejara solos.

Su propia estupefacción la obligó a obedecer tanto como la exigencia de su marido, que siempre le demostraba su afecto y su agradecimiento. Salió de la habitación, lloriqueando que la sacrificada era siempre ella.

En realidad era el único medio —que mi padre lamentó inmediatamente— para que ella no escuchara lo que iba a decirme y que no hubiera dejado de producirle tenaces pesadillas, añadiéndose a los nocturnos visitantes-fantasmas que imaginaba, invisibles pero traicionados por los crujidos de los suelos de madera o de los muebles.

—Hijo mío —me dijo entonces, gravemente—, no creo equivocarme al suponer

que acabas de ser testigo de algo que podría interesar a la Justicia… Creo conocer bien el alma, el subconsciente y la metafísica de nuestros campesinos para afirmarlo… Mi experiencia en lo incomprensible me ha sido útil más de una vez cuando tenía que hacer más deducciones que diagnósticos… Así, puedo anticiparte que lo que tú acabas de ver lo han visto pocos, y éstos se han callado por temor a ciertos enojos tan temibles como indiscernibles… Pero nosotros vamos a hacer caso omiso de esas amenazas ocultas y, si no me equivoco, a vengar una muerte…

La autoridad y el tono persuasivo y tranquilo de mi padre habían aplacado mi angustia; sin embargo, le escuchaba enfebrecido, impaciente por saber lo que ocultaban sus misteriosas afirmaciones.

—Eres demasiado joven —continuó— para acordarte de la desaparición del recaudador de contribuciones de Carhaix, hace casi veinte años, pero quizás has oído hablar de ella como de un enigma… Era a finales de invierno, cuando las cajas del Estado se encuentran rebosantes de oro, incluso aquí donde tan pocos de nuestros conciudadanos son ricos. Pero, cinco luises uno, diez el otro, acaban por llenar un gran cofre. Una vez el cofre lleno, el recaudador hizo que lo cargaran en la calesa de la administración para conducirla él mismo a Brest bajo su responsabilidad. Iba solo, como de costumbre, sin pensar siquiera que alguien pudiera interesarse por lo que transportaba y que a los ojos de todos pasaba por una caja de esos fastidiosos formularios que estamos condenados a rellenar como unas confesiones espontáneas, desde que ganamos algún dinero. Pero, esta vez, algunos pensaron en el verdadero contenido de la calesa, y si bien todos vieron partir al recaudador de contribuciones de Carhaix, nadie le vio llegar a Brest, donde su retraso produjo la natural alarma, ya que aquel dinero, desde el momento en que pertenece al Estado tiene más valor que el nuestro, a pesar de ser el mismo…

«La gendarmería interrogó a los ribereños de la carretera de Brest y observó que los únicos que le habían visto pasar, a primera hora de la mañana, eran los habitantes de Poullaouen… Los de Huelgoät, nada. Se creyó que, por un motivo personal, el recaudador había dado un rodeo por Morlaix. Pero los habitantes de Plessis se mostraron categóricos: no había pasado ninguna calesa por la carretera de la subprefectura. Por lo tanto, las investigaciones quedaron limitadas a una zona situada entre Huelgoät y Poullaouen, donde, en Locmaria-Berrien, en Saint-Ambroise y en Tyr ar Gall todo el mundo se convirtió en sospechoso, aunque el recaudador pudo perfectamente haberse robado a sí mismo, huyendo ocultamente con nuestro dinero… Lo cual había sido muy posible hasta esta noche, ya que en la época en que ocurrió el suceso» no se encontró el menor rastro del hombre, ni de la calesa» del caballo y, desde luego, del cofre.

Para continuar, mi padre utilizó el tono de la malicia.

—Pero las malas acciones no quedan nunca impunes, los culpables acaban siempre por traicionarse, incluso después de su muerte… La prueba: acabas de obtenerla tú mismo, a costa de un indescriptible terror. Vamos, hijo mío, alégrate de

lo que has tenido la suerte de ver y mañana, a primera hora, iras a la gendarmería, donde, sin vacilar, acusarás a los cuatro Corel de asesinato y de ocultación… Lo cual me explica ahora por qué, desde aquel suceso, los Gorel se odiaban y vivían como unos lobos, envidiosos entre ellos de un reparto que nunca querían hacer. Pero ahora que cada uno de ellos ha decidido eliminar a los otros, vas a salvarles momentáneamente la vida haciéndoles encarcelar hasta que paguen con su cabeza el delito que cometieron. En cuanto al lugar donde enterraron el cofre y quién sabe si también el cadáver del desdichado recaudador, tú podrás señalarlo con exactitud…

* * *

Mi padre no se había equivocado. Después de haber arrestado a Zacharie Gorel y a sus hijos, que negaron ferozmente robo y crimen, los gendarmes les condujeron esposados hasta el borde del retamar, donde yo había visto el alma codiciosa de Liza Gorel inclinarse y efectuar unos movimientos como si cavara el suelo, a fin de tomar su parte y la de los otros, sin duda…

Su enojo llegó a disimular su estupor, pero el primogénito se echó a temblar cuando los campesinos requeridos por los gendarmes empezaron a hundir sus palas en el suelo cubierto de hierba.

No tardó en aparecer el cofre, completamente oxidado. Lo abrieron. Todo el oro del Estado se encontraba allí, repartido en saquitos de tela algunos de los cuales, podridos por la humedad, dejaban asomar aquella especie de pequeños soles que ponen tanto calor en la bolsa de los que los poseen.

Una vez levantado el cofre, vióse una alfombra de algodón agusanado que antaño debió ser marrón: la espalda de la chaqueta del recaudador, el cual yacía boca abajo con el mango de un puñal asomando aún entre los omoplatos.

* * *

Hoy, con la experiencia adquirida después de cuarenta años, esta historia ya no me sorprende; diría incluso, al igual que mi padre, que la encuentro normal y en el orden de las «cosas» secretas que saben nuestros campesinos bretones, sin saber siquiera que las saben.

EL QUE SIEMPRE TENÍA FRÍO

A. M. Burrage

Llegó a Landaduc una calurosa noche de agosto, cuando la gente tomaba el fresco en mangas de camisa sobre las sillas y los bancos sacados a la calle, delante de las puertas de las casas.

Vino de la dirección de Kerlezan, la del cementerio.

Le vieron pasar por el centro de la calle y cada uno creyó sinceramente soñarle, hasta tal punto parecía ligero, semejante a un vestido hueco: pantalones y chaqueta hurtados por el viento de un tendedero y arrastrados en pie como un hombre vacío.

Sus pasos no resonaban; o, mejor dicho, nadie oía sus pasos rígidos y sofrenados, como si llevara zuecos de fieltro.

La gente se interrogó de puerta a puerta, para saber si alguien le conocía.

No, nadie recordaba haber visto a aquella especie de autómata mudo, ni en Landaduc ni en ninguno de los pueblos de los alrededores.

Un curioso le interpeló: no volvió la cabeza ni respondió, como si no pasara por allí.

Un chiquillo travieso le tiró una piedra: debió recibirla, pero no hizo el menor movimiento, como si fuera insensible.

Le llamaron a coro para ver si entre todos podían impresionarle: continuó andando, indiferente, como alguien que tiene la costumbre de ser llamado a voces y perseguido.

Entonces, intuyendo lo peor, una mujer supersticiosa hizo entrar apresuradamente a sus hijos en la casa, persignándose, y cerró la puerta con llave.

Las conversaciones en voz alta se convirtieron en una serie de murmullos inquietos.

Así fue acogido e inmediatamente se hizo sospechoso.

Pero él sabía adonde ir, puesto que encontró la posada sin preguntar por ella.

* * *

Los que, dentro, bebían sidra y humo, no le prestaron ninguna atención, de momento.

Se sentó en un rincón de la chimenea, cerca del hogar donde se amontonaban los troncos, afortunadamente sin llama, ya que el bochorno del verano recalentaba la sala.

Pero él se inclinó hacia los troncos, ávidamente, como para calentarse y deshelarse el cuerpo y las manos.

Entonces le contemplaron con asombro.

El, por su parte, no parecía preocuparse absolutamente por nadie.

Observaron que llevaba varias chaquetas superpuestas que, sin embargo, no engrosaban su cuerpo. La de encima, de una moda antigua y periclitada, tenía al menos un siglo de vida, con unos agujeros recosidos y unas manchas de tierra en la espalda y en las mangas.

Comprendieron que dormía en el suelo.

En cuanto a su físico, no era más que piel y huesos. Su rostro impresionaba como una pesadilla, ya que sus labios delgados, separados y como soldados a las encías, dejaban ver toda su dentadura, o al menos lo que quedaba de ella: un diente de cada tres. Los tendones de su crispada mandíbula formaban unas arrugas en relieve. Sus dedos parecían dos pequeños ramilletes de bambúes secos, con sus nudos prominentes.

Tendía los brazos como si realmente imaginara que en el hogar ardía un gran fuego y él estuviera aterido.

La joven sirvienta se acercó a preguntarle qué quería beber o comer.

En cuanto hubo visto de cerca su piel cerácea y sus ojos desteñidos, la muchacha se echó a temblar a su vez.

Él no trató de tranquilizarla con una palabra amable ni con un gesto vivaz: se limitó a volver ligeramente la cabeza hacia la estantería de los alcoholes y le señaló con el mentón una botella algo apartada de las otras, medio llena de guindas que sudaban su sabor en el aguardiente.

Pálida aún por lo que acababa de ver, la sirvienta llenó un vaso con aquel licor; y al tratar de hacer caer la guinda correspondiente, hizo desbordar la debida medida.

Fue a colocar el vaso al lado del viejo con un gesto tan rápido, y se alejó de él tan aprisa, que, desde lejos, todos creyeron que el forastero había intentado pellizcarla, lo cual les tranquilizó por unos instantes.

Luego le vieron doblar uno de sus brazos oxidados, coger el vaso, levantarlo con un movimiento de autómata y, ¡houp!, vaciarlo de un trago sin abrir los labios, como entre sus dientes. Y sin hacer oscilar de placer su nuez de Adán, la cual permaneció inmóvil en su garganta.

Mientras bebía, no cesó de tiritar, y después tiritó todavía más, como si le hubieran servido hielo.

Finalmente introdujo una mano en su bolsillo: gesto de pagar que la sirvienta rechazó, sacudiendo vigorosamente la cabeza.

El forastero no dio las gracias; se puso en pie y cruzó la sala silenciosamente,

saliendo sin dar las buenas noches a los presentes, lo mismo que al entrar.

Entonces, la sirvienta declaró en voz alta que había visto un muerto salido de la tumba, y que a un alma en pena no se le permite pagar, porque aceptar su dinero sería tanto como aceptar el reunirse con ella dentro de poco. Y ella era joven y quería continuar gozando de la vida durante mucho tiempo…

—Lo que más me ha impresionado —confesó después—, son los agujeritos que los gusanos del cementerio han abierto en el cuero de su rostro disecado…

Alguien olfateó el aire y lanzó un tal «¡Puah!», que todos olfatearon y captaron a su vez aquel hedor de resina fétida que es nuestro perfume de ultratumba.

* * *

Desde luego, al día siguiente no apareció. ¡Nunca se hubiese arriesgado a presentarse de día! Pero, por la noche, a la misma hora, volvió al pueblo, por el camino del cementerio; aunque ahora encontró la calle desierta: nadie había salido a tomar el fresco y a comentar las noticias del día.

Entró en la posada como en su casa; se sentó en el mismo lugar que la víspera y, tiritando, hizo como que se calentaba con los troncos apagados.

No trataba de ocultar su espalda enmohecida por el fondo de su ataúd. Y a juzgar por la forma de su chaqueta, los vivos que habían tenido el valor suficiente para estar allí opinaron que debía ser un difunto que penaba desde la Gran Revolución, olvidado por tanto por las familias más antiguas.

La sirvienta había huido cuando él llegó. La patrona, advertida, llenó con mano temblorosa un vaso de aguardiente de guindas y fue a depositarlo, estimulada por todos los clientes ansiosos, al lado del re-aparecido.

Una vez que lo hubo vaciado, dio a entender que quería pagar.

La posadera sacudió negativamente la cabeza desde lejos, rechazando el dinero, ella que sólo vivía para el dinero…

La posada perdió otra vez dos sueldos, pero Dios ganó veinte señales de la Cruz de las más sinceras.

* * *

Continuó acudiendo cada noche a la posada donde encontraba siempre un vaso de aguardiente de cerezas junto al hogar, en el que ahora ardía un alegre fuego.

Pero él continuaba tiritando.

El frío de los muertos se negaba a abandonar su falso semblante de hombre todavía sobre la tierra.

Ahora, le dejaban la sala para él solo. Landaduc le pertenecía por entero. Si hubiera pedido la luna, habrían hecho lo imposible para descolgarla del cielo.

* * *

Pero los hombres son los hombres. El más osado habló de paz nocturna. Los otros le escucharon y la quisieron de nuevo.

—Cada uno en su casa —proclamó.

Y sin duda gritó «¡Muerte al muerto!», ya que eso fue lo que decidieron hacer.

Los que se inspiraban en Dios se unieron a los que se inspiraban en el Diablo y, todos, creyentes e incrédulos por una vez de acuerdo, decidieron demostrarle a aquel muerto que ya estaban hartos de oír llorar toda la noche a sus hijos por culpa suya, de notar el temblor de los cuerpos de sus esposas cuando se acostaban junto a ellos.

Además, si permitían que aquel muerto circulara a su antojo, ¿no estimularían a los otros a salir a su vez de la tumba? La voz podía correrse hasta los cementerios de Pontivy y Quimperlé; hasta más lejos, quizás… Y sólo faltaría que millares de difuntos vinieran a desfilar por la calle de Landaduc, tan estrecha ya para los vivos, y vaciaran en la posada, y en todas las casas, todas las reservas de aguardiente de guindas, tratando de quitarse el frío de encima.

Cierto, no podían matar al que venía, puesto que ya estaba muerto, pero, golpeando fuerte, podían desanimarle y hacerle comprender que no deseaban volver a verle.

* * *

La noche prevista le dejaron ir a la posada, donde encontró y bebió su alcohol preferido: incluso le dejaron una ración doble para que, después del golpe, comprendiera que no le reprochaban la bebida, sino su presencia. Y cuando salió de la posada, diez hombres le siguieron de lejos, acercándose poco a poco a fin de atraparle después de la última casa y antes de que se filtrara por la pared del cementerio.

Al llegar a campo abierto, doscientos metros antes del cementerio, el más atrevido de los justicieros profirió tal grito de ataque que debió poner sobre aviso al muerto.

Pero éste ni siquiera se volvió, hasta tal punto estaba podrido.

En un abrir y cerrar de ojos, los diez hombres cayeron sobre su víctima y descargaron sus garrotes: uno sobre la cabeza, otro sobre la espalda, otros sobre los brazos, por todo el cuerpo del viejo cadáver, caído en tierra al primer golpe.

No se deshizo en polvo, ni desapareció. No, se desplomó, gimiendo, súbitamente sensible al dolor, lo mismo que un ser vivo.

Entonces, interrumpiendo bruscamente su ataque, todos le escucharon, terriblemente desconcertados.

—¿Por… qué? ¿Por… qué?

…gemía y tiritaba el viejo vagabundo, aquel sordomudo, rechazado desde siempre de todos los pueblos del Morbihan a causa del terror que su aspecto macabro inspiraba a los niños y de su hedor crónico de persona que nunca se ha lavado: una circunstancia contra la cual no podía hacer nada, puesto que era su modo de ser.

—¿Por… qué? ¿Por… qué?

…lloriqueaba y tiritaba, mientras la sangre manaba, viva, de su cráneo casi partido en dos.

Tal vez no se daba cuenta del repentino milagro de su voz que surgía nueva de su garganta, puesta en su lugar por los golpes y el sufrimiento.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Los asesinos por la buena causa hubieran dado su vida por volverse sordos a su vez y no oír el lamento de aquel viejo vagabundo, rechazado en todas partes y que ahora, por fin, había encontrado entre ellos una generosa acogida de caridad, hasta el punto de obtener bebida gratis en la posada, cosa que nunca se hubiera atrevido a soñar…

—¿Por qué?

…repetía débilmente, sin comprender, sin malicia.

—¿Por… qué…?

Y, para su bien, se unió a las almas del purgatorio.

DOS DIENTES, SIMPLEMENTE

A. M. Burrage

En aquella época, un terrible puñetazo me había roto los dientes delanteros; impulsivo gesto de rival, pronto olvidado sin rencor pero que me ató durante meses enteros al sillón de inquisidor de un lagrimeante viejo judío, un rudo de los barrios bajos, temblón, miope y feo como cien gorrinos reunidos en uno.

Era un meticuloso, y la diversidad de los casos que le planteaba mi dentadura en pedazos alegraba su viejo corazón, ya que le permitía «hacer prácticas». Me abrumaba a cuidados, como si yo tuviera que vivir cien años más.

Yo le dejaba hacer, ya que la anestesia me permitía pensar tranquilamente en otros asuntos, mientras él me hundía hasta el hueso su berbiquí de acero, lamentando con nostalgia la desaparición de las sólidas y antiguas casas del ghetto de Minsk, donde había quedado su corazón de niño.

En aquella triste época yo paseaba siempre una miseria abrumadora, sin que me quedara nunca en el hueco de la mano el menor resto de placer o de alegría… En fin, no hablemos de ello: pertenece a un pasado que no ha de volver… afortunadamente.

Cuando el judío hubo rodeado económicamente mis restos de incisivos con metal blanco corriente, consideró la posibilidad de implantarme dos caninos de plástico. Pero el precio era tan elevado que, no queriendo que perdiera demasiado dinero conmigo, vacilé entre conservar dos agujeros en la boca, o… Y le sugerí el empleo de dientes inútiles para otro que, por haber fallecido, no los necesitaba ya. Los cráneos que no pertenecían ya a nadie abundaban en los anfiteatros y en las tiendas de antigüedades: unos golpes de sierra y el asunto me resultaría provechoso.

Aprobó mi juicioso deseo y, al domingo siguiente, se dedicó a recorrer las tiendas situadas entre la Porte Clignancourt y Saint-Ouen.

La suerte quiso que diera con un lote de objetos de la Europa central, restos de la colección dispersa de un aficionado balcanista traicionado por sus herederos; y digo la suerte, porque dentro de un estuche de terciopelo ajado se hallaba lo que yo necesitaba: dos soberbios caninos escogidos, tal vez demasiado amarillos y llamativos, pero majestuosos de veras; venerables vestigios de un hombre viril, a

juzgar por su espléndida afiladura; reliquias de un santo caído en desuso; de un bandido que había degollado una ciudad entera, o, sencillamente, de un amante demasiado amado.

¿Qué importaba? Así pasaron de un estuche al otro los dos largos caninos. Llamé la atención con ellos. No por mucho tiempo, desgraciadamente. Mi corazón cesó de latir. Fallecí.

Para todo el mundo, aquello fue un accidente mortal; mas, para mí, no tardó en revelarse como un incidente muy breve: una simple transición.

Me encerraron en un oscuro panteón, lo único que me quedaba de una herencia familiar pródigamente dilapidada.

En lo que respecta a mi dentista, no tuvo que maldecirme por moroso. Era un hombre comprensivo: un cliente muerto no podía pagar.

Ahora me siento feliz y sano como nunca. Nada de bolsillo que llenar ni de dolores que combatir. No, todo eso queda para los vivos.

¡Ah! ¡El buen dentista de Minsk! Le debo satisfacciones que ninguno de los mejores gozadores de la vida podría experimentar.

El pobre era miope hasta el punto de no darse cuenta de que en el extremo de cada uno de los caninos que compró había un pequeño agujero que era el orificio de un fino canal central que atravesaba el diente. Aunque es posible que lo viera y que exigiera que le hicieran una rebaja, ocultándome el hecho y pretendiendo obtener con ello una pequeña ganancia adicional.

Yo no me enteré de nada, desde luego. Fue preciso que, una vez muerto, experimentara una sed insoportable; hasta el punto de que, para satisfacerla, salí de mi tumba. Nada se me resistió, y nada resistirá nunca a las fuerzas renovadas que me animan cada noche.

No diré cómo me llamo ni dónde estoy enterrado: sería una estupidez por mi parte. Para encontrarme, tendrán que abrir una por una los cientos de miles de sepulturas de la ciudad donde chupo la sangre a los seres humanos vivos.

DÉSIRÉE LA SANGUIJUELA

A. M. BURRAGE

Con las piernas desnudas en el agua, los pies en el limo, el nivel superior del estanque a la altura de los muslos, Désirée espera pacientemente enriquecerse. Para ello no tiene que hacer grandes esfuerzos ni sutiles maniobras. Su oro yace en el agua gris y fría del estanque comunal… ¿El hallazgo de valiosos doblones de España, pensaréis, arrojados allí antaño por algunos mercenarios fugitivos, aligerándose de peso a fin de poder correr mejor con la vida a cuestas, mucho más valiosa? ¿Un tesoro descubierto secretamente por ella? No, nada de pesados doblones, sino ágiles y flexibles relámpagos negros, hambrientos de savia púrpura: las pequeñas sanguijuelas…

Para amasar gruesos sueldos de bronce, a Désirée le basta con hundir sus piernas en un fondo cenagoso, con la vegetación precisa, cruzarse de brazos y contar tranquilamente los pequeños pinchazos que son los besos interesados de las sanguijuelas. Al llegar a un número determinado, Désirée sale del agua con mil lentitudes, a fin de no perder ninguna. Sobre la orilla, arranca uno a uno aquellos animalitos para farmacéuticos que a ella le sirven para ganarse la vida y a otros de panacea. Los echa en un cubo y, a medida que ve hincharse el magma viscoso formado por sus víctimas, Désirée ríe entre dos toses desgarradoras, no para burlarse de aquellas ingenuas —Désirée no es de esa clase de personas—, sino porque calcula la posibilidad de uno, de dos o de tres litros de aquel vino tinto que necesita diariamente.

Désirée se alimenta de vino y el vino la alimenta de sueños al tiempo que alimenta a las sanguijuelas. Ella pretende que el vino le proporciona, además de energía y valor, una sangre rica y espesa que atrae a todas las chupadoras del estanque. Porque Désirée no constituye un cebo atractivo, precisamente… Seguro que las sanguijuelas no se acercarían a ella. Por otra parte, sólo una sangre de vino tiene poder sobre esas sedientas, ¿no? He aquí todo lo que Désirée puede encontrar para justificarse ante las malas lenguas, que dicen de ella: «Es una borracha». Pero se ve obligada a serlo para olvidar su mala suerte. Miradla y veréis que la palabra *Hermosa* es la palabra que uno se apresura a olvidar en provecho de *Fea*, impuesta por ella. Ya que, por una fantasía de la Naturaleza, Désirée nació contrahecha.

Una pierna más corta que la otra; una cadera más grande que la otra; un hombro más bajo que el otro, y todo el resto igualmente desapareado. Por fortuna, a pesar de sus treinta años bien cumplidos, Désirée es tan menuda como una colegiala, lo cual, piensa ella, hace que su físico pase más inadvertido. De haber tenido la desgracia de ser una mujer alta, hubiera llamado doblemente la atención. De modo que en medio de su infortunio ha tenido suerte, Désirée la mal llamada…

Ella quiere a todo el mundo, pero nadie quiere a Désirée la indeseada. Y en realidad tendría que llamarse Indeseada, tal como pensaba su madre incluso antes de que naciera. Le gustaría tanto que la quisieran que, cada noche, antes de dormirse en el rincón del desván que le deja ocupar Cahuit, el colono de los Genet, Désirée da rienda suelta a la imaginación: se ve en brazos de guapos y vigorosos muchachos; el señor alcalde la saluda en voz baja; le dedican sonrisas; puede cancanear con las otras mujeres… ¡Y cuántos otros inaccesibles buenos momentos!

Sobre su jergón de paja pulverizada por el uso excesivo, Désirée imagina tan bien la felicidad imposible y comprende tanto mejor la desdicha posible que, cada vez, he aquí que llora y ríe al mismo tiempo. Así, al oírla desde su caliente sala que no quiere dispensar un poco de su bienestar hasta el desván, el bastardo de Cahuit no deja de decirle a su mujer: «¿No oyes a esa desgraciada de Désirée? Vuelve a estar completamente borracha». Sí, eso dice Cahuit.

Y Désirée vuelve una vez más al estanque, «la última» se jura a sí misma al entrar de nuevo en el agua a pesar del vino perdido y la debilidad recobrada. Pero el cubo quedará más lleno aún que de costumbre, y el farmacéutico le dará aún más dinero. Desde ahora puede empezar a soñar y ver, hasta el punto de sentir sus caricias sobre ella, aquella falda salpicada de flores azules y aquel corpiño blanco y ahuecado que comprará mañana, hecha su fortuna. Entonces se obsequiará con las sonrisas que le dirigirán los muchachos. Pero, ¿y los celos de las mujeres? ¡Bah! A Désirée le tienen sin cuidado. Por otra parte, no será tan perversa como para ponerlas nerviosas pasando a propósito por delante de cada una de ellas con la intención de seducir a su hombre.

Vamos, una vez más al agua antes de que oscurezca y su cubo quedará lleno hasta el borde… con tanto más motivo por cuanto, en todo el día, el codicioso Martin, el desollador, no ha venido a saquear la otra orilla del estanque haciendo entrar en él hasta los ollares a un viejo caballo de tiro que, en el mismo tiempo, atrae sobre sus flancos cien veces más sanguijuelas de las que ella arranca en un mes de sus piernas desapareadas. Aquel Martin gana por partida doble: antes de desollar a un animal, saca de él lo que pesa en sanguijuelas. En el fondo, ella aprueba su conducta, ya que la sangre de los animales tiene que perderse de todos modos. ¿No es mejor aprovecharla? Y las sanguijuelas, ¿no pertenecen a todo el mundo? Pero Martin tiene muy buenos clientes, y si viniera demasiado a menudo ella tendría que abandonar la región y buscar durante mucho tiempo un estanque tan generoso y tan famoso como este.

En fin, después de todo Désirée está de suerte, ya que precisamente el día en que ha decidido comprarse una falda y un corpiño hormiguean en sus piernas los medios, y el bandido de Martin no ha venido a hacerle la competencia. Y Désirée sale del agua con la piel llena de banderillas, y tras habérselas arrancado diestramente vuelve a la pesca. Tal vez no sea razonable, pero, ¿no hay que saber arriesgarse cuando la necesidad asoma la punta de la nariz?

El agua está tan fría como un compacto bando de sanguijuelas, pero no hunde ninguna aguja en la piel. Por otra parte, ¡qué importa! Désirée —no riáis—, Désirée está vacunada contra ella. Siente exactamente lo que hay que sentir para saber si muerde. Cuando ya no siente nada, se confía al primer vértigo de agotamiento que la advierte con la misma seguridad.

Aquella falda que va a comprar en casa de la mercera —y Désirée imagina ya con malicia la cara de asombro de la buena mujer—, aquella podría ser también completamente azul, las flores no son necesarias para embellecer. Azul, sí… o rosa… el rosa rejuvenece… ¿Y por qué no de raso? A los hombres les gustaría más. A los hombres les gusta sentir cómo cruje la tela entre sus dedos cuando, tomando entre sus brazos a una mujer, la requieren de amores. ¡Ah! ¡Los brazos de los hombres! Bueno, he aquí que a pesar de la frialdad del agua, Désirée nota que ascienden unas rojeces a sus mejillas. Y esto no puede ser… su sangre no es para su cara, sino para aquellos animalitos que ella alimenta primero y que luego le corresponden debidamente… Su sangre debe quedar abajo, en sus pantorrillas y en sus muslos… Pero, Désirée vacila… seguro que las chupadoras muerden todas al mismo tiempo… ¿Resulta adecuado el blanco para un corpiño cuando ya no se tienen veinte años? ¡Ah! Habría que saber… Y, toda aquella locura, ¿no costará más de un cubo de sanguijuelas? Tendría que calcular y no abandonarse a la fácil ambición. Un minuto más de paciencia y saldrá del agua. Falda y corpiño merecen aquel esfuerzo… Bueno, ahora que todo se desplaza en su cabeza, ha llegado el momento de subir a la orilla.

Désirée se desliza cuidadosamente sobre la hierba. ¡Santo cielo, cuántas sanguijuelas tiene sobre las piernas! Vamos, arranquemos alegremente esos racimos de horribles ventosas que van a convertirse en falda y corpiño de colores claros… Hay muchas, muchísimas… Si viera aquella pesca, Martin enfermaría de envidia, aunque Désirée no le desea ningún mal a su rival. Lo único que quiere es que Martin le deje siempre suficientes sanguijuelas para que ella pueda comprar sangre nueva… embotellada.

Ahora que se ha librado de los animalitos, Désirée se rasca las llagas vivas que no embellecen precisamente sus piernas. Y, mientras las seca con un puñado de hierba, decide escoger una falda lo más larga posible. Eso arreglará las cosas.

Ya es hora de regresar al pueblo. Désirée anda de prisa y dirige frecuentes miradas a su alrededor, como si temiera que la desvalijaran. Porque ahora es rica, Désirée… Sin perder tiempo, se dirige hacia la posada donde Chênaux le guardará su tesoro, y, mañana… ¡Vaya! Precisamente Chênaux engancha su calesa… Va al

pueblo… dice que regresará inmediatamente… y dice también que, si ella quiere, puede llevarla con él. Resulta increíble hasta qué punto salen hoy las cosas de acuerdo con los deseos del Buen Dios. Así, esta misma tarde Désirée podrá vender sus sanguijuelas y, sin pérdida de tiempo, dirigirse a la tienda situada delante de la farmacia. Pero, de todos modos, ¿cómo es posible que Chênaux se muestre súbitamente tan atento? Él, que siempre se porta como un patán… Seguramente se ha dado cuenta, por su aire festivo, que Désirée le prepara una sorpresa al pueblo… O tal vez ella, sin querer, ha desvelado con una palabra de más una parte de sus proyectos… Tendrá que vigilarse a sí misma, si no… ¡pfutt!, no habrá sorpresa posible.

Al llegar al pueblo, Désirée corre hasta la farmacia con su andar de medio lado lamentable y grotesco. El farmacéutico la acoge con alegría, como si hiciera meses que no tiene una sola sanguijuela. Y le compra las suyas a buen precio como si, repentinamente avergonzado de haberla estafado durante tanto tiempo, quisiera finalmente compensarla.

Désirée no se entretiene, sale de la farmacia, atraviesa la plaza y entra orgullosamente en la tienda de la mercera. Hay tanto para escoger que, de pronto, Désirée se encuentra en un apuro. Nunca hubiese creído lo difícil que resulta elegir. Y todo parece desear vestirla. Désirée, ¿has soñado alguna vez en una dicha semejante? Aquella falda sobria, color de rosal silvestre, la atrae súbitamente… Héla aquí enfilada… «¡Oh!», exclama la vendedora… y «¡Oh!», se extasía Chênaux, aquel granuja que la espía a través del escaparate… y «¡Oh!», profiere asimismo el farmacéutico, que la ha visto desde el otro lado de la plaza. Su admiración es un grito del corazón y alcanza a Désirée en pleno corazón. «Me quedo con esta…», dice, después de un breve resoplido que no puede deslacrimar sus ojos, y, señalando con una mano el corpiño de color de rosa, se frota los párpados con la otra. Falda y corpiño forman un conjunto tan completo que Désirée-la-deseable no quiere quitárselos ya y los conserva puestos. Entrega todo su dinero antes de oír lo que cuesta todo aquello y el generoso gesto le vale ser acompañada hasta la puerta por la sonriente vendedora. Allí encuentra a Chênaux, orgulloso de poder andar a su lado antes las mismas narices del asombrado farmacéutico.

Cuando la calesa se detiene delante de la posada y Chênaux la ayuda a bajar como si fuera una gran dama, Désirée está a punto de desfallecer de emoción. Pero se repone rápidamente. No tiene que pensar siempre en ella; los otros deben beneficiarse de su nueva belleza. Ahora, Désirée tiene la suficiente dignidad como para ser finalmente escuchada, y lo que desea decir a todos se resume en tres palabras: «Os quiero mucho».

¡Ah! ¡Cuánto desea que todos sean tan felices como ella! Precisamente pasa Martin llevando por la brida a otro caballo condenado a dos muertes: primero por las sanguijuelas, luego por el mazo. Se para en seco y se queda con la boca abierta. El señor alcalde sale de su tahona y, al verla, se frota los ojos, como deslumbrado. «¡Sí,

soy yo!», les grita Désirée cogiendo con la punta de los dedos los bajos de su falda y haciendo una graciosa reverencia. Entonces, el alcalde corre hacia el presbiterio… Va a ver al señor Párroco, a pesar de que no le tiene demasiada simpatía… ¡Donde tantos otros han fracasado, pues, Désirée ha tenido éxito! ¡Oh! ¡Qué bella es la vida! Y todo gracias a unos vestidos nuevos que han hecho eclosionar su belleza y su verdad.

El señor Párroco no se ha hecho rogar. Desde la primera vibración, Désirée ha comprendido: repican las campanas, repican por ella, en su honor, como en los días de fiesta, en los bautizos, en las bodas… ¡Repican las campanas por Désirée! Sí, y tintinean, zumban, chocan, retumban tanto y tanto que Désirée tiene que taparse los oídos. He aquí a Désirée la deseada riendo y llorando hasta el punto de sofocarse… No es nada, Chênaux va a buscar una botella de vino del bueno, del caro… que ella bebe a gollete, delante del pueblo reunido que la estimula y la aplaude, como si realizara una hazaña.

El vino y la alegría de las campanas, repicando con tanta fuerza, le producen más sed. Chêneux no es mezquino, sabe lo que es la sed, de modo que va en busca de otras botellas cubiertas de polvo. Mientras Désirée las saborea, los jóvenes pelean entre ellos para merecerla… pero ella quiere a Chênaux. Es un hombre guapo. Désirée le ha amado siempre en secreto. Además, ¿no lo ha hecho todo por complacerla? Precisamente, le está guiñando el ojo, haciéndole señas para que le siga a la bodega… En realidad, los dos se entienden perfectamente…

Entre dos barricas llenas, Chênaux la toma en sus brazos y la besa tanto y tanto que la agota de ternura y ella nota que sus piernas se doblan. Cuando ha terminado, Chênaux le enseña galantemente a abrir los grifos de madera. Y hace resonar a puñetazos las barricas, para demostrar que están llenas. El ruido que saca de ellas es aún más fuerte que el de las campanas. «Bum… bum… bum…» Deslumbrada por tantas maravillas, Désirée cae de rodillas y se aferra a uno de los grifos. Gracias a Dios, su hermosa falda no se ha desgarrado. Podrá continuar seduciendo a Chênaux, pero ahora tiene demasiada sed para entretenerse con el hombre… necesita beber, beber… beber… Fluye el vino, ella tiende sus labios y bebe… bebe… bebe… Si bebe demasiado es porque tiene demasiada sed, por culpa de aquel enervante repicar de campanas. El vino gorgotea en su garganta glu-glu-glu… y en un momento determinado, para cortar la sangre de la barrica, Désirée muerde el grifo con tanta violencia que lo arranca y, floc-floc-floc… un chorro de vino le estalla en plena cara… Ohc ohc grrr ohc…

—No es un espectáculo agradable, precisamente —dice el caminero levantando el saco vacío que han echado sobre el cuerpo de Désirée, que yace al borde del estanque, con el vientre hinchado de agua—. Mirad esas horribles piernas… no comprendo cómo las sanguijuelas se atrevían a agarrarse a ellas…

Los curiosos, llegados al enterarse de que Désirée se había ahogado, miran con desagrado las piernas torcidas, los brazos y el rostro acribillados de succiones y lacerados por el descuidado arranque de sanguijuelas que se acaba de llevar a efecto.

—Por una vez que ha querido mezclar agua en su vino… —bromea un curioso.

—No te rías —dice otro—. Ha debido sufrir mucho debatiéndose contra el cieno, y esos gusanos que se han deslizado hasta sus labios… ¡Dios mío, qué horror!

Sólo Désirée sabrá el bello final que se ha pagado gracias a las sanguijuelas, en el breve lapso de unos minutos.

EL ARCÓN

A. M. BURRAGE

Apenas la ágil y laboriosa cortijera de los Renaudes, envarada por la muerte, se encuentra hundida en las fauces del cementerio, sus tres gallardos hijos y sus tres gallardas nueras se apresuran a abandonarla sin el menor remordimiento al voraz apetito del lugar. Piensan demasiado en aquella marea creciente de nubes algodonosas, anchas y alargadas, que surcan el horizonte por el oeste, duende de todos los vientos que acarrean desastres.

Se marchan maldiciendo al párroco, el cual, lejos de apresurarse para que puedan recoger ganado y cosechas en peligro, se entretiene en rezar sobre la ahora inútil buena mujer. No obstante… ¡Pardiez! Se paga un entierro con una parte de trabajo, y no gracias al tiempo perdido ante un espectáculo de gestos o de murmullos, aunque sean sagrados. Y aquellos lloriqueos en latín vienen quizás a hacerle el juego a las nubes que no vacilarán en dispersar las gavillas erguidas a lo largo de la campiña de la Mardriére, siempre abierto, con las piernas separadas, a los menores deseos del Diablo.

Aquellos seis de los Renaudes se marchan corriendo, sintiendo ya en sus carnes el despanzurramiento de sus bienes por las rejas de los arados celestiales.

También el párroco se ha marchado, una vez cumplido su deber.

- el enterrador, tras haber allanado un poco el montón de tierra que va a servir de vientre a la vieja de los Renaudes.

Se han quedado la Cruz de madera, completamente nueva. Las otras tumbas, usadas.

- el más joven de los Renaudes, sollozando.

He aquí todas las atenciones y los honores otorgados a la Lucienne, cortijera que ha sabido criar, en detrimento propio, tres implacables réplicas físicas de su difunto marido, orgulloso y áspero para la ganancia, cualidades que no le impidieron partir a causa de mal flujo de sangre y encontrarse desde hacía mucho tiempo allí, en el

mismo agujero, inmediatamente debajo de su mujer, la cual, a su vez, le domina ahora… inútilmente.

Tres de sus cuatro hijos tienen el cuerpo y el temperamento de su marido. Granos y ganancias suenan mejor en su corazón que lamentaciones y tristeza. El último, el benjamín, el melindroso, es el reverso de la medalla; vive en las nubes, aunque no se vea ninguna en el cielo. Sueña despierto y no envidia a nadie… aunque ahora tiene derecho a la cuarta parte de los Renaudes. Pues bien, el benjamín se ha quedado en el cementerio, tendido cuán largo es al lado del rectángulo de tierra recién removida. Llora desesperadamente, araña el suelo y no puede levantarse, como si su cuerpo estuviera lleno de lágrimas de plomo. Llora tanto que sus ojos, su nariz y sus labios se llenan de barro… Su desdicha es tan grande que en el cielo ahora sereno de su madre, la tormenta es él… Lo ha perdido todo: la connivencia con un ser de amor; el hilo de oro de la comprensión; el muro de ternura que le ponía a salvo de los asaltos de sus hermanos… Y, allí, continúa perdiendo sus lágrimas… sus sueños… sus uñas…

La temida tormenta que, muy a punto, ha escoltado el inacabable adiós a la madre, no ha descargado. Una fantasía le ha hecho desviar su curso hacia Neuvy. Pero la amenaza ha resultado favorable porque, acuciados por ella, han recogido las cosechas en la mitad de tiempo que de costumbre.

Sentados alrededor de la mesa de los Renaudes, los tres hijos de la Lucienne muerta reponen sus fuerzas de vivos a los que la amenaza de la tormenta ha obligado a trabajar a destajo.

Las tres mujeres son un complemento ideal de los tres hombres. Por fin se sienten dueñas, sin aquella suegra que sabía estar en todas partes al mismo tiempo, aconsejando, ayudando, sonriendo… en resumen, fastidiosa como una perra demasiado afectuosa.

Van y vienen en su cuarta parte de hacienda. Y están ya impacientes por repartir utensilios y mobiliario en cuatro.

En cuanto al último cuarto, al benjamín, al que se había negado a separarse del lado de su madre, continúa fastidiando a todo el mundo gimiendo en su cuarto, inconsolablemente.

Un mes que la madre ha muerto.

Un mes que los seis no piensan ya en ella.

Un mes que el pequeño cuarto está triste por cuatro cuartos.

Los seis beben, hablan… trabajan, hablan… comen, hablan… entran o salen, hablan… duermen, roncan, se despiertan, hablan… Hablan del hermano bastardo al cual han racionado tan bien el alimento que ahora ya no bebe, ya no trabaja, ya no come, ni sale ni entra, ni duerme, ni ronca, permanece siempre despierto… no habla ya. Los seis han engordado varias libras de propietarios dichosos. El benjamín ha perdido varias libras de salud… Y los seis engordan todavía más de placer viendo fundirse la vida de aquel maldito cuarto de Renaudes.

Pero, en vista de que el parásito no revienta con la rapidez que ellos desean, deciden activar las cosas. Es sencillo, puesto que el benjamín se muere de pena: basta con agobiarlo de pena. Los seis, como fastidiosos moscones, zumban alrededor del pequeño.

Uno dice: «…a menudo oímos a la Lucienne quejarse de tu estupidez… decir que tendrían que colgarte…»

Otro dice: «…pero que la cuerda era demasiado cara…»

Uno dice: «…y también que las piedras escaseaban demasiado para colgar una a tu cuello y ofrecerte al cieno del estanque…»

Otro dice: «¡Ah! Eso era lo que decía de ti la Lucienne, con sus aires amables».

Uno dice: «…era una zorra, ¿verdad, hermanito?»

Otro dice: «…y tú que creías que te quería más que a nosotros…»

El benjamín no sale ya de su cuarto. No llora, porque ya no tiene lágrimas. No le queda una sola gota para el resto de sus días. Las ha gastado todas para la madre, y ha hecho bien, puesto que le queda poco tiempo de vida.

Y los seis hablan… hablan cada vez más… no hacen otra cosa. Hablan de tercios: tercios de tierra, tercios de bosque, tercios de todo… incluso del cielo, si ello fuera posible.

Un mes que el último cuarto no debería tener ya más que la piel y los huesos… mejor aún: los huesos y la tierra. Pero, a pesar de que adelgaza, resiste, como si ya no quisiera ayudar a los otros a transformar un cuarto menguado en un tercio mucho más apetecible. Parece volver a tomarle gusto a la vida y mordisquea unas cortezas de pan y bebe un poco de leche. Se aferra a la vida, a pesar de que su rostro pálido, demacrado, marchito, es como un reflejo de la muerte.

Pero, cobra valor, y a la hora de las comidas viene a sentarse a un extremo de la mesa. Y, viendo comer a los seis, sus labios vuelven a encontrar la sonrisa.

Y, una noche…

La esposa del primogénito levanta la tapadera del arcón para sacar de él pan y jamón, sal y mantequilla, en fin, todos los alimentos que se ponen al abrigo del hambre de los perros, de las moscas, de la arena y de la humedad… Levanta la tapadera y profiere tal aullido de terror que su marido corre hacia ella, llegando con el tiempo justo para recibirla en sus brazos, desvanecida.

Después de haberla tendido en el suelo se apresura a ir a examinar la causa de aquel terrible espanto. Y también él, tras un violento sobresalto, se tambalea, como si acabara de recibir una coz de caballo en pleno pecho.

Los otros, a su vez, se arriesgan a examinar el arcón. Las dos mujeres se tapan inmediatamente la cara y huyen corriendo, perdiendo los zuecos y, aparentemente, la razón. De los otros dos hombres, uno no puede contener una vomitada; y el otro humedece de sudores fríos su camisa y su pantalón.

Entonces, transtornado, el Pequeño-Cuarto se apoya sobre su frágil osadía y, temblando de pies a cabeza, va a contemplar lo que inspira tanto miedo a los seis en

el interior del arcón.

Respira profundamente antes de atreverse a levantar del todo la tapadera, y cierra los ojos con tanta fuerza que unas chispas brillan en su cerebro. Por fin, el penetrante olor del jamón ahumado le decide a despegar los párpados y… ¿y qué ve? El pan dorado, el jamón rojizo, la sal gris y la mantequilla blanca… Nada más.

Su miedo se cambia en apetito. No hay que desmentir el proverbio: come por cuatro. Y, poco a poco, unos tímidos colores ponen suavidades de muchacha en sus mejillas demacradas aún por la desesperación.

Ocho días que no se atreven a levantar la tapadera del arcón.

Ocho días que, amarilleando, adelgazando, sin fuerzas, silenciosos, desinteresados de todos los trabajos y de todas las codicias, permanecen como amodorrados, lejos del mueble de vida, y contemplan, sin comprender, con odio y celos, cómo el Pequeño-Cuarto se acerca al arcón varias veces al día, lo abre y saca de su interior pan, sal, jamón o mantequilla.

El Pequeño-Cuarto ha engordado. Ha vuelto a encontrar sus nubes y se ha reinstalado cómodamente en ellas. No presta la menor atención a los otros seis ni a su incomprensible negativa a comer y a trabajar, como si no estuviesen de acuerdo con ellos mismos o quisieran castigarse. Ahora le toca a él hablar, y habla… habla, pero habla solo… ¿Solo? Sobre este punto no conviene ser demasiado afirmativo ni poner la mano en el fuego. Habla… se para… levanta la mirada al cielo… escucha y sonríe. No, eso no es hablar solo…

Un mes que se dejan morir de hambre en su cama o en la paja salvada de la tormenta.

Un mes que el más valeroso se ha atrevido, por última vez, a abrir el arcón.

Una de las mujeres fallece y, a fin de salvar su propia vida, su marido encuentra un desesperado resto de fuerza para desafiar el interior del mueble de vida que esparce la muerte. Precisamente el Pequeño-Cuarto, que estalla de salud, se encuentra detrás de él y más arriba, sobre una escalera que acaba de apoyar contra la pared para alcanzar un nido de golondrinas que parece a punto de caer y apuntalarlo.

Ve a su hermano que se arrastra penosamente de rodillas, llega al arcón y lo abre con gesto de hambriento dispuesto a todas las luchas para comer cualquier cosa. Y cuando su hermano levanta la tapadera, el Pequeño-Cuarto se tambalea sobre su escalera y cree hundirse en una pesadilla.

Distingue, apretando violentamente pan, mantequilla, jamón y sal entre sus brazos y sus manos en parte descarnados, contra su pecho putrefacto, la figura de su madre, con el rostro cubierto de harapos de piel verdácea, el hueso visible aquí y allá, la mandíbula desnuda y amenazadora, pero los ojos vivos, redondos, flores del alma milagrosamente animados y odiosamente coléricos, con una mirada tan ardiente que da vida al cadáver, horrible magma de carne descompuesta.

EL MILÉSIMO CIRIO

A. M. Burrage

Sucedió en la primavera de 1949. Yo descansaba en uno de los bancos de la plaza de la Fuente de los Inocentes, y presenciaba la pelea de unos chiquillos repartidos en dos grupos hostiles: algunos de ellos, manchados de tierra como los otros, habían encontrado y recogido en la calle contigua una tórtola muerta, con la cabeza aplastada por un automóvil, y la blandían por encima de sus cabecitas con aire victorioso, sin querer cedérsela a sus camaradas, los cuales la reclamaban para hacerle unos solemnes funerales.

Mi vecino de asiento, un hombre todavía joven, vestido con un resto de elegancia, marchita sin duda por algún revés de fortuna, y absorto en una contemplación interior, no prestaba la menor atención a los chiquillos que, ardientemente, derrochaban su juventud a gritos.

La querella subió de tono hasta que, de pronto, todo se arregló. Los más listos improvisaron rápidamente una utilización más fructífera del blanco despojo constelado de estrellas de sangre fresca: fueron todos juntos en procesión a mostrarlo a los adultos, espectadores contumaces, que ocupaban los bancos de la plaza.

—Una monedita para el pájaro muerto… Una monedita para la pobre víctima… —solicitaron, tendiendo diez manos que se disputaban, como los gorriones una migaja, el óbolo al pájaro muerto.

Nadie se negó a dar. Los chiquillos llegaron a nuestro banco. Yo ofrecí de buen grado por la tórtola aplastada. Mi vecino, bruscamente arrancado de su indiferencia a lo que le rodeaba, les rechazó con un gesto de negativa a la vez definitivo y doloroso. Los pedigüeños, henchidos de monedas por la generosidad pública, le maldijeron un breve instante por principio y luego se alejaron, felices al poder comprar unos chocolatines gracias a aquel regalo caído del cielo.

Al comprobar la facilidad con que terminaba por arreglarse todo en la república de los niños, me eché a reír y dirigí unas palabras a mi vecino, que no había querido, o podido, participar en el juego.

Volvió la mirada hacia mí, no me contestó, pero su rostro me resultó familiar. Conocía a aquel hombre sin conocerle, como se acaba por conocer a las personas del barrio sin saber nada de ellas; y aquélla era de las que me intrigaban. Hurgando en

mis recuerdos, le veía de nuevo, siempre igual físicamente: unos cuarenta años sanos y robustos pero profundamente tristes. Parecíamos, ahora, tener la misma edad, y el hecho me desconcertaba ya que, antes de la guerra, cuando yo tenía diecinueve años, él representaba ya la edad que continuaba viéndole. Los años sólo habían dejado en él un sedimento de tristeza sin conseguir envejecerle, siquiera con una arruga.

Pensaba en el modo de abordarle sin arriesgarme una vez más a parecer ridículo ante un silencio al cual tenía perfecto derecho, cuando su atención se concentró claramente en aquella vieja mendiga que entraba en la plaza y a la que todo el mundo llamaba según su erudición: la Valérie, la Bailarina, o incluso la Valquiria, siempre en tono insultante, ya que la fealdad y la arrogancia de la mendiga, ruina en una ruina de oropeles enfilados unos encima de otros, repelía la indulgencia del mismo modo que su olor os apartaba vivamente de ella.

Mi vecino la miraba con fijeza, sin parpadear, casi con desafío, me pareció. Ella debió sentir el peso de aquella mirada, porque se volvió hacia él y se sentó en el suelo, con sus vestidos y sus faldas de todos los colores y de todas las épocas, como si a lo largo de la vida no se hubiera quitado nunca faldas y vestidos sucesivos, cubriendo los anteriores con otros hasta el punto de parecer obesa, cuando a juzgar por su rostro huesudo debía de tener un cuerpo esquelético.

Vuelta hacia nosotros, miraba a mi vecino con ojos amenazadores de ave rapaz.

—Caballero… —murmuró entonces el que yo creía indiferente a todo y a todos —. Esa anciana que ve usted allí y que mira hacia nosotros, olvidando el intermedio grotesco que ofrece a nuestros burlones vecinos, fue en su juventud una de las joyas más resplandecientes del barrio de Saint-Germain… La maravillosa belleza física que la adornaba entonces sólo puede compararse, en un sentido diametralmente opuesto, con la terrible fealdad que hoy le ofrece la venganza de una vejez odiosa y merecida; es una especie de justicia que no puedo revelar, pues parecería surgida de una mente desequilibrada…

La atención —la participación, en realidad— que le demostraba, y en la cual mi vecino no pudo leer ni curiosidad ni ironía, sino una sincera piedad, que sin duda coincidía con la que él ocultaba debajo de aquella abrumadora presentación, le acercó más a mí. Su mano cogió mi muñeca y la apretó como para impedirme pronunciar la menor frase que pudiera destruir aquel estado de confianza total súbitamente establecida entre nosotros. Hasta el punto de que tuve la impresión de ser el único en el mundo a quien él podía confiarse como con su doble, como con su sombra. Hablaba en un tono de verdadera intimidad.

—Caballero —continuó, después de haber soltado finalmente mi muñeca—, conocí a esa mujer en su adolescencia…

Tras pronunciar aquellas palabras, me miró con intensidad y yo noté que sus dedos rozaban de nuevo mi brazo, dispuestos a mantenerme en silencio por la fuerza. Una vez más vio que podía continuar. No me engañaba; el interés sin reservas que yo le concedía se manifestaba hasta el punto de que a sus ojos me había convertido en

toda la humanidad; la humanidad en un solo hombre de comprensión generosa y de indulgencia sin límites.

—Caballero, amé apasionadamente a Valérie cuando ella tenía diecisiete años… Valérie, tan próxima a nosotros, pero tan lejana en su vejez corrosiva… La primera vez que vi a Valérie quedé deslumbrado e, incluso antes de que me dirigiera la palabra, me sentí torturado por el temor de no volver a verla… Caballero, tan cierto como el cielo es cielo y siempre será cielo, créame cuando afirmo que aquel día yo tenía seis meses menos de la edad que represento ahora… Sobre todo, no me interrogue; por favor, caballero, no ponga barreras entre nosotros, déjeme confiarme en el orden y el ritmo de los acontecimientos… Era a finales del siglo pasado, en un salón muy famoso en aquella época: el pajarillo apareció en él, por vez primera fuera de su jaula. El vuelo libre de Valérie recorrió inmediatamente mi ser, desde mis ojos hasta mi corazón, dejando en ellos sedosos estremecimientos. Ella fingía no darse cuenta del alcance de sus primeros aleteos; sin embargo, yo adiviné su placer al poder dirigir su vuelo a su antojo y turbar a todos los hombres, uno detrás de otro. ¿Qué me dijo cuando pude acercarme a ella? No lo recuerdo con exactitud, sin duda algunas banalidades aderezadas con perlas; pero oí de sus labios las palabras que quería oír. Exactamente las que me convirtieron en su ansioso esclavo. Obtuve su nombre de un tercero, el cual, sin que yo se lo preguntara, me informó asimismo de sus caprichos y sus defectos, que yo transformé en cualidades. La joven estudiaba; estaba interna en un severo convento de Vaugirard, y acababa de ofrecemos su primera escapada. Resultaba difícil de alcanzar, pero me fue confiada la dirección de una amiga, más libre y cómplice… La apunté en mi agenda con un temblor de emoción, sin imaginar ni por un instante que otras agendas acababan de recogerla en caligrafías tan diversas como diversas eran las intenciones de los que escribían.

»De regreso en mi casa, le escribí todo lo que no me hubiera atrevido a decirle nunca y le ofrecí mi amor con tales cinceladuras que lo que creí fácilmente expresable en una sola página me exigió veinte, de escritura apretada y de un estilo nuevo, brillante, que acababa de descubrirme sin haberlo forzado, hasta tal punto la pasión que me inspiraba Valérie era el ofrecimiento sin reservas de todas mis riquezas, conocidas e ignoradas. Pero, caballero, ya sabe usted que al menos una vez, tarde o temprano, esa generosidad epistolar alcanza a los más avaros de escritura. Para mí, no habiendo dado hasta entonces a todas más que un poco de amor que se reservaba, aquello fue como si abriera mi corazón de par en par y le ofreciera a ella sola todo su contenido. La carta le fue remitida. Valérie me contestó con unas frases amables que no reflejaban ni de lejos el ardor de las mías, pero que me parecieron trenzadas con el misterio más sutil. La vigilancia de que me decía ser objeto llevaba en sí misma el germen de las dificultades que yo juzgaba dignas de su conquista. En realidad, el misterio que yo le atribuía procedía únicamente de mí, que lo deseaba en ella, como un enamorado le exige a su amante que se tiña el cabello o se vista de otro modo, ignorando que su deseo responde a la exigencia de unos ritos ignorados y que

lleva dentro de él sin saberlo. Caballero, yo esperaba misterio de ella. Algo de lo que ella no era capaz. Entonces, yo creaba *su* misterio, y a continuación caía en éxtasis ante lo que no era más que la sombra proyectada por mi mente… En cambio, si no era misteriosa, era maligna y burlona. Y tenía una fabulosa capacidad de disimulo. A petición suya, haciéndome pasar por un pariente, me encontré varias veces con ella en el locutorio de su convento, donde la austeridad del marco y las miradas suspicaces de la monja de servicio fortalecían cada vez más la deificación de una Valérie en uniforme severo, privada de seda y oro como de aire y de vida, mártir de Dios que le negaba la libertad y, en cambio, me la otorgaba a mí, su verdadero salvador en potencia. Y ella, triste sin sus alas, reservada, tímida hasta el temblor, sin apenas atreverse a hablar, sabía espolearme con el breve aleteo de sus párpados. Me separaba de ella dejándole algo más que mi ser: mi alma. Y una vez fuera, me contenía para no aporrear con los puños la pesada puerta que la aprisionaba tan injustamente. Mucho más tarde me enteré de que las visitas del «Viejo» —así me describía y me consideraba Valérie— servían de pretexto para que todo el dormitorio se desternillara de risa.

»Llegaron las vacaciones de verano y Valérie, libre, me pareció mía para toda la vida. Pero no tardó en tropezar con más dificultades para verme que cuando estaba en el convento. Su familia, me dijo, «sospechaba» y no quería… Torturado, oí en medio de un caos de palpitaciones —¡las mías!— que se marchaba a Italia con sus padres. La realidad era muy distinta: había obtenido de sus confiados padres que le permitieran quedarse en París para organizar en el piso, durante su ausencia, unas reuniones de estudios con sus compañeras de clase. Después de quince días de dolorosa soledad, durante los cuales mi horizonte fue un mapa de Italia, delante del cual sufría como si andara sin cesar, descalzo, por unas abrasadoras carreteras en busca de Valérie perdida allá, lejos… y acechando la llegada del cartero por si me traía el consuelo de una simple firma en la más insignificante de las tarjetas postales, recibí, a mano, un sobre cuyo contenido me hizo el efecto de la explosión de una bomba. Las palabras que encerraba fueron otros tantos trozos de metralla que desgarraron mis carnes en un voluptuoso estupor: Valérie me escribía desde su casa que habiendo huido de sus padres en Roma, regresaba hacia mí sin haber encontrado espacios y paisajes bastante generosos para vivir feliz. Me esperaba en el curso de la hora siguiente, y rogaba al cielo que no me hubiera ausentado de París. Loco de alegría, me afeité una barba que no había visto la navaja en quince días y corrí hacia Valérie, resucitada para mí y por mí. Ella misma me abrió la puerta. Su rostro tenía una expresión de cansancio: la penumbra del vestíbulo me la devolvía más misteriosa aún de lo que yo me había atrevido a soñar. Besé tiernamente sus manos, que ella retiró inmediatamente, llevándose un dedo a los labios, obligándome al silencio, a mí, que no podía contener las palabras de ternura acumuladas en dos semanas. Me hizo entrar en el salón. No concedí ninguna importancia al aroma de cigarro que flotaba en la estancia, tenaz y traidor. Valérie me invitó a sentarme a su lado en el diván. Todo

nos ayudaba; unos espesos cortinajes tamizaban la claridad exterior, sin permitirles desgarrar el claroscuro del salón. Valérie no me dejó hablar y, cogiéndome una mano, la apretó con nerviosismo. De repente se echó a llorar y… atacó: estaba desesperada, si la amaba de veras tenía que ayudarla inmediatamente; era una cuestión de dinero o de muerte. Le confesé ingenuamente que todo lo que poseía no había dejado nunca de estar a sus pies. Entonces me enteré de que su amiga, la que había corrido el riesgo de recibir mi primera carta y llevársela a Valérie, sólo podría ser salvada de una grave enfermedad mediante una operación muy cara. Y, sin establecer un silencio para subrayar lo vergonzoso de semejante petición, citó la cantidad que debía entregar aquella misma tarde. Sin perder un segundo me dirigí a mi banco. Vacié mi cuenta sin interrogarme siquiera sobre el precio exorbitante exigido por la operación de su amiga y la obligación de pagar por adelantado. Cierto es que si Valérie me hubiese pedido la vida, se la hubiera ofrecido inmediatamente, sin reflexionar. Cuando volví a su casa, Valérie acechaba mi llegada y no me permitió entrar en el salón. En el mismo vestíbulo cogió el voluminoso sobre que le entregué y, apretándose contra mí, me demostró un agradecimiento tan emocionado que sólo consiguió murmurar: «¡Usted! ¡Ah! ¡Usted! ¡Usted!» Eso fue todo. En algún lugar del piso se cerró una puerta. Valérie murmuró algo contra las «corrientes de aire» y me suplicó que la dejara: la madre de su amiga, advertida de que su hija iba a ser salvada gracias a una generosidad anónima —era necesario que permaneciera anónima—, esperaba impacientemente en la habitación de sus padres. Me encontré solo en el rellano. Allí no olía ya a cigarro.

»La operación no salió del todo bien. Unos días después hubo que repetirla, más complicada aún. Al pedirme el dinero necesario, Valérie no se molestó siquiera en derramar una falsa lágrima. Pedí el dinero prestado. A la tercera intervención, robé el dinero y hubiera matado por amor a Valérie. Pero, sin duda, caballero, no hace falta que le aclare la dirección que tomaba mi dinero, mis préstamos y mi robo. Cierto aroma a cigarro se lo ha hecho comprender mucho más rápidamente que a mí, cegado por una deslumbrante pasión. Sin embargo, debo confesarle que me sentía arruinado y ladrón sin sufrir demasiado, ya que aquella zorra me esquilmaba con mi propio consentimiento. Fue necesario que, al no recibir ninguna noticia de ella en el momento en que, despojado y despreciándome a mí mismo, buscando en vano su ayuda saludable y curativa… fue necesario, caballero, que el azar que a veces arregla las cosas me la hiciera encontrar en compañía de la amiga que yo había «salvado» de la muerte. Iban por la calle de Rivoli. Reían en voz alta, cruzando entre los coches de punto de la época para ir más aprisa hacia un hombre muy joven y de atuendo muy rebuscado, el cual las acogió sin aparente entusiasmo y se dejó besar en las mejillas por Valérie, sin dignarse retirar el cigarro de entre sus labios. Al levantar la cabeza, Valérie me vio, inmóvil, a unos pasos de ella. Lejos de mostrarse turbada, o al menos sorprendida, alzó hacia mí, el «Viejo», ahora inútil, una despreciativa barbilla y se alejó, altiva, del brazo del bellaco. ¡Caballero! Deseé caer fulminado por el rayo…

quedar reducido a cenizas y dispersado bajo los pies de los indiferentes paseantes. Pero en esta vida no hay indulgencia. Intuí que un tribunal invisible acababa de pronunciar su sentencia: yo estaba definitivamente condenado a sufrir aquello y más. Temiendo revelar mi desesperación a los desconocidos, me alejé, arrancándome a la fuerza de la invisible cruz a la cual acababa de clavarme Valérie, y hui por la primera calle más tranquila que me permitió escapar de la multitud. Era la calle de Saint-Martin. Una pequeña iglesia ocultaba allí su inalterable pureza interior tras la sucia máscara de su fachada. Su porche era acogedor. La puerta estaba entornada. Entré. El frescor con aroma a incienso me sopló suavemente al rostro, haciéndolo estremecer. Así supe que estaba llorando. Por mis mejillas discurrían las lágrimas que lo intenso de mi pena me había impedido notar hasta entonces. Agonizaba de mal de amor… Pero, al penetrar en la apacible mansión de amor, oí su armoniosa música de silencio. Me persigné con fervor y caí de rodillas ante la visible gloria de Dios. Su fuerza me penetró como un bálsamo. Imaginé todos los dolores morales y físicos que acudían en busca de consuelo al mismo lugar donde yo sufría con arrogancia. Recé para que mi infortunio conociera la humildad. Y, para apoyar mi ruego, tuve el gesto instintivo de todos los solicitantes: fui a una capilla que me atrajo por su olor a cera… Encendí un cirio y lo colgué, nueva rama luminosa, del árbol de la esperanza. Y en cuanto la mecha hubo prendido de veras, mi dolor se desvaneció. Describiéndome la verdadera Valérie, su imagen se me apareció tal como era en su triste realidad. Desencantado de ella, el rencor me invadió alternando amor y odio, esas dos caras de una misma moneda. Ganó el odio, y fue tan violento como el amor conocido.

Mi vecino se interrumpió y, apretando de nuevo mi muñeca, me dio a entender que le escuchara con más atención todavía.

¿Era necesario?

—Mi cirio brillaba intensamente en medio de los otros… Pero, habiéndose trocado mi amor en odio, no quise mezclar a Dios en el asunto. Alargué la mano para retirar y apagar el cirio inútil, cuando, con una voz grave, ahuecándose todavía más a cada palabra, un desconocido que estaba de pie no lejos de mí me lo impidió en tono imperativo: «¡Deténgase! —me ordenó—. Deténgase, si quiere saborear sus tres últimas horas de vida…» Me volví hacia él y, sorprendido, le miré en silencio. Era un hombre muy viejo de rostro alargado y huesudo; pero lo que más me impresionó fue su extremada delgadez, que no conseguían disimular un pantalón y una levita de tela muy recia, negra… A pesar de lo autoritario de su tono, revelaba una viva inquietud haciendo girar sin descanso su largo bastón entre sus dedos de falanges salientes bajo su estuche de piel apergaminada. De momento, me hizo pensar en uno de esos viejos desocupados que, poseedores de una experiencia duramente adquirida, incurren en la locura de creerse profetas. Por desgracia, el que tenía delante de mí no era uno de ellos. Lo comprendí cuando me hubo repetido, en tono incisivo: «No le quedan más que tres horas de vida. Aprovéchelas para ir a satisfacer en seguida los goces que se ha negado, aunque sean amorales o delictivos…»

»Era un demente, sin duda, pero de la peor especie. Temiendo verme mezclado en un escándalo sacrílego, ya que su voz debía resonar en todo el edificio, me alejé sin contestarle. Me cogió por el brazo y me arrastró hasta el lugar donde ardían los cirios. «Sepa usted —me dijo, encolerizado— que ahora me pertenece para toda la eternidad. Desde hace siglos, Dios me ha cedido el disfrute de cada milésimo cirio de los que aquí se encienden. Cuando la llama que usted ha encendido se apague, se apagará usted al mismo tiempo y su alma me pertenecerá. Su suerte está sellada para siempre. No puede hacer desviar el curso de las cosas. Sobre todo, no vaya a apagarlo en seguida, moriría en el mismo instante sin haber aprovechado las tres horas de gracia que le concede la longitud de la mecha. ¡Ah! De haberlo sabido, sin duda no hubiera escogido usted *mi* cirio, sino tomado el novecientos noventa y nueve o saltado al mil uno. O, en la imposibilidad de hacerlo, hubiera escogido el más largo, a fin de durar el mayor tiempo posible. ¡Ah! Si se supieran las cosas… ¿verdad? Si se supieran las cosas, la faz del mundo cambiaría radicalmente».

»Y el viejo se echó a reír, con una risa maligna que acabó de helarme. Miré ávidamente a mi alrededor: no había nadie, nadie, nadie… Podía creerse que Dios facilitaba la exhibición y la locura de aquel hombre. Entonces, para terminar de una vez, decidí desarmarle con la verdad. Alargando el brazo, pellizqué la llama entre mis dedos al objeto de apagarla. La quemadura me impidió completar el acto, pero, al tiempo que la llama quedaba momentáneamente ahogada, noté que mi corazón se inmovilizaba. Di un traspiés y caí al suelo, desvanecido.

»Al recobrar el sentido comprendí que el viejo no había hecho el menor gesto para socorrerme; continuaba en el mismo lugar y, con los brazos cruzados sobre el pecho, sacudía la cabeza como podría haberlo hecho delante de un niño desobediente que, desoyendo una advertencia, acabara de sufrir las consecuencias de su obstinación. ¡Para qué decirle, caballero, el miedo atroz que sucedió a aquella anonadadora comprobación! Aquel… *hombre*… era… ¡Era *Él*! Me levanté, aterrado por su presencia y por su fuerza inflexible. Vio que finalmente le reconocía existencia y poder. Entonces se mostró magnánimo, aunque en realidad jugaba al gato y al ratón. «Tal vez podría *durar* usted más tiempo —dijo—. No es imposible; para ello le bastaría, antes de que *su* llama se acabe, trasladarla a otro cirio, y así sucesivamente. Teniendo en cuenta que es la misma llama, seré paciente, ya que cuando se apague de un modo definitivo estoy seguro de recibirle en mi casa. Claro que se vería usted obligado a permanecer aquí, vigilando el cirio que arde para empalmar su llama a otra mecha en el momento oportuno. Sin embargo, ya sabe usted que a Dios le gusta descansar, de modo que, para complacerle, las iglesias cierran sus puertas durante la noche; hay muchos desgraciados que vendrían a hacerle compañía, ¿verdad? En consecuencia, cuando el celoso sacristán le pusiera de patitas en la calle, tendría usted que violentar la puerta para venir a vigilar su cirio y prolongarse. Pero, dudo que su entrada pasara inadvertida. Le encerrarían a usted en la cárcel —inútilmente, desde luego—, acusado de robar cirios, y para disculparse y recobrar la libertad, que en ese

caso equivaldría a la vida, no creo que se atreviera usted a contar esa estúpida historia del milésimo cirio. Nadie le creería. Puedo aconsejarle que se lleve el cirio inmediatamente a su casa, donde podría colocarlo en la bodega más inaccesible, y enterrarse vivo en ella con varias toneladas de cirios y de velas de cera o de sebo. Pero temo que no podrá andar cincuenta metros sin que el viento apague su cirio y la vida de usted con él. Está usted destinado a morir dentro de dos horas y cuarenta y seis minutos. Pero es posible que le haya instruido suficientemente en el arte de vivir todo el tiempo que desee. A usted le toca jugar, yo ya he ganado. Por lo demás, soy paciente, muy paciente…» Y el viejo desapareció de mi lado.

»Oí el golpeteo de sus tacones sobre las losas del templo: no cabía la menor duda, era real y yo acababa de verle. No era víctima de una pesadilla, ni iba a despertar: estaba despierto. Mi cirio se había acortado y el trozo que quedaba me pareció de un valor incalculable. Asaltado de nuevo por la duda, me arriesgué una vez más a apagarlo. Mi soplo hizo oscilar la llama, pero el vivo malestar que experimenté simultáneamente me hizo comprender de un modo definitivo que mi vida dependía de dos centímetros de llama y de otros treinta de cera y de mecha. Entonces, buscando un medio de protección, encontré un cartón. Hice un cucurucho con él. Con infinitas precauciones retiré mi cirio y, apretándolo con mano temblorosa, abrigando la llama bajo el cartón orientado contra el viento, salí de la iglesia en busca de un lugar protector. Todo me fue favorable y, más que todo, aquel anuncio que me paró en el centro de la calle Quincampoix: *Habitación por alquilar,* leí en la entrada de un viejo inmueble. Entré. La dueña me hizo visitar el cuarto en cuestión, espacioso y sin peligro de corrientes de aire; tan oscuro, incluso, que la mujer bendijo mi feliz iniciativa al habérseme ocurrido traer una luz. Le di casi todo el dinero que llevaba encima y que me aseguraba el disfrute de la habitación por unos años. Despedí rápidamente a la dueña, la cual, gracias a Dios, me pareció desprovista de la menor curiosidad. Planté mi cirio sobre una de las losas en el rincón más resguardado y, apresuradamente, tras cerrar la puerta con llave, fui a comprar unas cuantas cajas de velas, a falta de cirios, a la droguería más próxima. El instante más penoso, caballero, fue aquél en que, al acercar la mecha de una de las velas al cirio maldito, me arriesgué al temido fracaso. En aquel momento, la simple emoción que experimentaba habría podido acabar conmigo. Pero la llama pasó del cirio a la vela con toda normalidad. Inmediatamente me sentí inundado por un chorro de savia nueva, y tuve que contenerme para no gritar mi euforia.

»Era el mes de septiembre de 1949, caballero. Yo tenía cuarenta años. Al principio, creí en una terrible esclavitud; vigilar y cambiar cada tres o cuatro horas vela o cirio. Sin embargo, me consolé pensando en aquellos enfermos que sobreviven esclavos de las medicinas y de los cuidados constantes, sin poder abandonar el lecho. Yo podía salir, arreglar mis asuntos, descubrir incesantes mejoras para hacer durar la llama de una mecha y organizar mi futuro para todo el tiempo que durara mi paciencia y mi gusto por la vida. Por otra parte, no tardé en observar lo beneficioso

que el trato resultaba para mí. Realizaba el más imposible de los sueños humanos: ¡permanecer eternamente joven!

»Sí, caballero, como usted puede ver, soy y me siento física y moralmente el mismo que era en el momento en que encendí aquel maravilloso cirio…»

Mientras le escuchaba, gigantesco oído pegado a sus labios como a una fuente de palabras alucinadoras, bebiendo ávidamente su relato, del mismo modo que un niño bebe las peripecias del cuento de hadas que le explica la abuela, mi sentido realista sumaba y restaba cifras, implacables en su verdad: en efecto, la edad de aquella Valérie no ofrecía la menor duda, representaba los setenta y dos años y no los traicionaba, sino todo lo contrario. Pero, él… Veamos, veamos… Pretendía aparentar cuarenta años a finales del siglo pasado, y precisaba su ruptura con el curso del Tiempo: 1894. Continuaba aparentando cuarenta años ahora, en 1949, y seguiría aparentándolos en 1999 o en 2049. Sin embargo, de acuerdo con la lógica, tenía en realidad noventa y cuatro años.

Pero lo de menos eran aquellos cálculos invariables y desprovistos de poesía; lo de menos era incluso que estuviera apaciblemente loco, puesto que la historia que me ofrecía tenía aquel sabor de sueño en estado de vigilia: una serie de fugaces maravillas trituradas con amargas lógicas, como aquellas moras y aquellos membrillos silvestres que se comen juntos, enriquecidos mutuamente por sus zumos.

* * *

Me arriesgué a formularle una pregunta:

—¿Qué sentimiento le inspira ahora esa Valérie, causa a la vez de su desgracia y de su estado milagroso?

—El mismo sentimiento —me respondió con dureza— que cuando salí de la iglesia temblando, con mi suerte en las manos. Se ha mantenido tan fuerte como en aquel momento y nunca se ha debilitado: desprecio, caballero, un imborrable desprecio. Un desprecio activo con el cual la abrumé sin descanso, mostrándome de nuevo a ella unas semanas después de mi redención; ofreciéndome a sus zarpas y oyéndola hablar a todo el mundo, viniera o no a cuento, de aquella vejez que ella encontraba en mí pero que no era más que una momentánea diferencia de edad, una digresión temporal entre su joven belleza que ella creía eterna y mis sobrios cuarenta años que ella no sabía destinados a permanecer. Sí, caballero, busqué y saboreé ávidamente la hiel de su maldad que justificaba mi desprecio. El tiempo estaba de mi parte. ¿Cómo vivía ella? ¿Y con quién?, me preguntará usted. Con todos, caballero, la belleza le ofrecía todos los hombres; les escogía, los disfrutaba y les arruinaba en provecho de otros, rechazándoles después como se rechaza un trasto inútil. Yo era el ejemplo estimulante: el viejo ingenuo, el que había sido estafado y rechazado en primer lugar, para satisfacción de otro más listo, que había sabido apreciar desde el primer momento las verdaderas facultades de la hermosa. Una hábil aunque inconsciente sanguijuela, caballero.

»A los treinta años, Valérie, cuya belleza era de las más tenaces —pero yo

disponía de todo el tiempo necesario, y más—, conoció homenajes principescos que explotó y desalentó, cuando a esa edad las otras mujeres suelen mostrarse más previsoras. Pero ella sólo sabía dilapidar el amor y el dinero que le ofrecían. Desde luego, absorta en sus propias hazañas, no se daba cuenta de que yo no envejecía; mi persona no la obsesionaba de un modo tan absoluto como hoy. Para ella, yo era un rechazado entre un montón de otros rechazados, pero que, masoquista —debía pensar ella—, gozaba acercándome al instrumento de una indispensable tortura. Finalmente, a copia de subir sin adoptar ninguna precaución a un edificio cada vez más alto y bamboleante, terminó por precipitarse al vacío. Cayó a los cuarenta años y, súbitamente marchita, con un pie en la ruina, me miró por fin. Estupefacta, me vio joven como nunca. Pero estaba lejos de sospechar que su calvario moral no había hecho más que empezar. Había llegado mi hora. Yo me dejaba amar, sin atarme a ellas, por mujeres jóvenes, guapas, poco complicadas, que apreciaban la experiencia madura y opulenta de un hombre que ellas situaban a medio camino de la vida y que no obstante les prodigaba a la vez el ardor de la juventud y la indulgencia de la vejez. Procuraba que Valérie me viera en su compañía. Picada en su amor propio, encontraba con cierta facilidad jóvenes donceles a los cuales ofrecía generosamente un exceso de caricias, pero que, hastiados rápidamente, la abandonaban uno tras otro. Conservó únicamente a los más listos: los que supieron hacerse pagar. Todas las joyas que Valérie había adquirido por medio de la intriga y del engaño en su juventud, pasaron a manos de unos amantes ocasionales que, a su vez, las purificaron ofreciéndolas a unas virtuosas prometidas. Con el estallido de la Gran Guerra, Valérie creyó poder vengarse. A sabiendas de que mentía, me denunció como desertor. Pero las autoridades tuvieron que rendirse a la evidencia de mis certificados, a pesar de lo que pudiera hacer suponer mi aspecto físico. Luego llegó para Valérie la última oportunidad: el regreso de los soldados vencedores, los cuales se lanzaron al asalto del amor de las mujeres vueltas a encontrar con el mismo ardor que habían puesto en conquistar la muerte de los hombres del otro bando. Pero cayó en manos de unos truhanes que sólo la juzgaron útil para el oficio más antiguo del mundo, aquí, en este barrio ideal para esa clase de comercio. Tal vez aceptó porque yo vivía en este barrio y, al verme con cierta frecuencia, podía alimentar el odio que yo le inspiraba, el único sentimiento que la ayudaba a vivir. Pero Valérie no podía dejar de ser Valérie: rechazó incluso a aquellos que sólo la querían para diez minutos. Cayó… cayó… Ahora es esa gárgola rastrera de la vertiginosa catedral de los envilecimientos humanos…

Disimuladamente observé a la Valérie sentada en el suelo y vuelta hacia nosotros. Durante todo el monólogo de mi extraño vecino de banco, no había cesado de golpearle violentamente con sus miradas cargadas de odio, como para obligarle al silencio, dando a entender que adivinaba que el hombre me hablaba de ellos.

Bruscamente, mi vecino me preguntó qué hora era. Al oír mi respuesta, se puso en pie y, tras un desdeñoso encogimiento de hombros dirigido a la mendiga, se alejó con paso elástico:

Yo me marché a mi vez con la sensación de andar pesadamente sobre un suelo demasiado blando.

En los años siguientes les vi a menudo: ella agachada en los rincones más fétidos, como si deseara pudrirse con más rapidez; él siempre igual de físico y de paciencia. Él no volvió a dirigirme la palabra; por otra parte, para no ponerle en un apuro, terminé por evitarle cada vez que le veía de lejos, negándome a creer en lo imposible convertido en indiscutible realidad.

En la noche del 24 al 25 de septiembre de 1963, un inmueble muy antiguo de la calle Quincampoix se derrumbó. El edificio amenazaba ruina desde hacía mucho tiempo. Fui allí en mi calidad de curioso —no me atrevo a decir de testigo— de todos los dramas de aquel barrio. Los bomberos apartaban vigas, piedras y molduras de yeso; el inmueble había sido evacuado mucho antes, pero se temía que algunos habitantes clandestinos hubieran muerto en el derrumbamiento.

En un momento determinado, la piqueta de uno de los bomberos quedó pegada a una enorme masa de sebo constelada de diminutas puntas de mecha, negras como moscas atrapadas en una implacable trampa.

Todos se interrogaron acerca de aquel enigma. Yo me retiré cuando vi, al otro lado de la calle, en frente del edificio derrumbado, a una vieja mendiga llorando silenciosamente como se llora un bello amor perdido para siempre.

LA MALDICIÓN DE LA CASA SOLARIEGA

JOHN FLANDERS

Los viejos londinenses que quieren mandarle a uno al diablo cortésmente, dicen:

—¡Váyase a Berdmonsey!

Con una parte de la población de Kent, de Surrey y de Middlesex, las gentes de Berdmonsey forman la clase estúpida de Londres. Se caracterizan por una gran facilidad para la resignación.

—No somos malos, pero tenéis que aceptarnos tal como somos —declaran, sonriendo de un modo que obliga a perdonarles su falta de seso.

También Horace Hyslop era un pobre imbécil. No sólo porque había nacido en aquel barrio, porque vivía en él y pensaba acabar en él sus días, sino sobre todo porque era un solterón impenitente. Y ello a pesar de las rubias de ojos azules de Berdmonsey, muchachas que sin duda no brillaban tampoco por su inteligencia, pero que eran bonitas.

Para dirigirse desde la Abbey Street a Dockhead hay que atravesar todo un laberinto de callejones de muy mala fama. En una de ellas tenía su tienda de comestible Horace Hyslop.

Era una tienda sin pretensiones, pero en ella podía adquirirse a precios razonables todo lo que era útil o comestible: salmón salado o cordones de zapatos, bizcochos azucarados o pinceles de todas clases, papel matamoscas u hojas de afeitar baratas…

Cuando empieza esta sombría historia, M. Horace había sobrepasado ampliamente el medio siglo. Sus cabellos adquirían el color del viejo pergamino, y unos filamentos blancos como la nieve plateaban ya su barba. Tenía los ojos bondadosos de un fiel setter escocés y una nariz achatada, cuyo color rojizo daba lugar a unas declaraciones escépticas acerca de la sobriedad de su propietario.

Sin embargo, aquellas acusaciones no podían ser más injustas, ya que M. Hyslop sólo tomaba, por la noche, un modesto ponche compuesto de azúcar, mucha agua caliente y muy poco ron.

Una vez por semana, no obstante, se permitía un pequeño extraordinario en el figón de Abe Grummer, donde los diversos platos y bebidas eran alabados por medio

de versos perfectamente rimados, como:

«Hasta los niños de teta conocen nuestras croquetas.»

O:

«En casa de Abe, en la esquina, el mejor vino se empina.»

Al morir, su padre Dave le había legado la tienda y un sólido capital amasado chelín a chelín, penique a penique. Pero M. Horace había heredado también de él su aversión a las viudas y a las solteronas, ya que la amada esposa del difunto M. Hyslop no había hecho nunca la vida fácil ni agradable a su marido.

Pero lo que el difunto no pudo desarraigar de su hijo fue su pasión por la lectura. Una pasión insensata la que experimentaba el joven Horacio, ya que la biblioteca *Richards* de la Tanner Street exigía dos peniques por semana por un volumen prestado, un gasto que cualquiera podía abstenerse de hacer en Berdmonsey.

Por la noche, después de haber cerrado la tienda y atrancado puertas y ventanas, M. Horace se retiraba a su estrecha cocina, atiborraba su pipa con uno de esos tabacos baratos de Kent, preparaba su modesto ponche y se ponía a leer unas obras cuyos títulos le prometían unas horas emocionantes: *El Secreto de la Tumba, El Castillo de la Luna sangrienta,* etc.

He aquí todo lo que hubiera podido contar sobre M. Horace Hyslop el más sabio de los historiadores de Berdmonsey.

No hay mucho que decir a propósito de su casa, excepto que la tienda no era muy grande —aunque atestada de mercancías como puede estarlo de comida el estómago de un avestruz—, que un estridente timbre estaba fijado en la puerta de entrada y que, en cuanto caía la noche, se encendía en el establecimiento una pequeña lámpara que proyectaba una claridad mortecina.

En la cocina, que servía también de trastienda, la calefacción quedaba asegurada por una pequeña estufa avarienta y la iluminación por un mechero de gas que suscitaba en las paredes mil sombras demenciales. Al fondo, en el rincón de la izquierda, una empinada escalera de caracol conducía al insalubre dormitorio del dueño de la casa.

—Exiguo, aunque suficientemente espacioso para vivir con una honorable esposa —murmuraban con aire decepcionado las damas de Berdmonsey que aspiraban al matrimonio.

Una noche de otoño húmeda y fría, en el preciso instante en que el tendero se disponía a cerrar el establecimiento, entró una mujer y pidió azúcar cande.

M. Horace no la había visto nunca. Pensando que podía convertirse en una nueva cliente, omitió el ejercer la habitual e indelicada presión sobre la balanza. La mujer recibió así una onza de azúcar más de lo que M. Horace solía entregar por una libra.

Con su abrigo negro y ajustado y su pequeño gorro de piel adornado con una pluma, la desconocida estaba muy elegante.

Pagó y salió de la tienda dando las buenas noches con una voz seca y, no

obstante, melodiosa.

Aquella noche, M. Horace sorbió su ponche como de costumbre, pero soltó un momento *Las Aventuras del Pirata Enmascarado* para pensar en la enigmática desconocida.

—¡Tiene unos ojos inmensos! —se dijo—. ¡Y una extraña palidez!

Al día siguiente, la bruma del crepúsculo corría por las sinuosas callejas de Berdmonsey cuando la desconocida reapareció y compró media libra de bizcochos al jengibre y otros tantos macarrones.

—¿La señora vive en el barrio? —inquirió M. Horace.

Ella respondió negativamente y se marchó. En el umbral de la puerta se detuvo, volvió la cabeza y dijo:

—Buenas noches, M. Hyslop.

—¡Sabe mi nombre! —murmuró M. Horace, alzando los ojos hacia el mechero de gas—. En realidad, no tiene nada de sorprendente. Lo habrá leído en el letrero de la calle.

En voz más baja, añadió:

—¡Tiene unos dientes blanquísimos! ¡Y la tela de su abrigo es de una calidad superior!

No volvió a verla hasta al cabo de tres días. La desconocida se presentó a la misma hora y pidió dos onzas de queso y la misma cantidad de higos secos.

Fue el momento que escogió Betty Bleacher para entrar y pedir manteca de cerdo, sal y café.

La misteriosa desconocida depositó el importe de su compra sobre el mostrador y salió.

—¡Betty! —exclamó M. Horace, despechado—. Pudo usted aguardar un momento a que hubiera terminado de servir a esta dama. Ni siquiera he podido envolver adecuadamente sus mercancías.

Betty le miró con unos ojos redondos como platos.

—¿Qué dama? —inquirió, asombrada—. Yo no he visto a nadie. ¡Creo, mi querido Horace, que ha apurado usted ya su ponche vespertino!

La señorita Bleacher había tendido numerosos anzuelos con la esperanza de atrapar a M. Hyslop, pero sin duda los había provisto de cebos poco apetitosos, ya que todos sus esfuerzos habían resultado inútiles.

—¡Vieja loca! —gruñó M. Horace, cuyos pensamientos se volvieron inmediatamente hacia la dama vestida de negro—. ¡Qué mujer tan hermosa! —suspiró—. ¡Y tan elegante! Demasiado hermosa y elegante para vivir en estos alrededores.

No sabía que desde hacía unas noches los perros vagabundos de Berdmonsey se regalaban con azúcar cande, con bizcochos al jengibre, con macarrones, con queso y con higos secos, que una mano desenvuelta dejaba caer en las callejas del barrio.

Había cerrado ya puertas y ventanas cuando llamaron.

Fuera, el tiempo era tormentoso. El abrigo negro de la dama brillaba con mil gotas de lluvia.

—¿No quiere usted calentarse un momento junto a la estufa? —se arriesgó M. Horace.

Ella aceptó sentarse, pero en cambio rechazó el humeante ponche que le era ofrecido; permaneció inmóvil y silenciosa al lado de la estufa.

—Un tiempo asqueroso, ¿verdad? —dijo M. Hyslop—. No me extrañaría que nevara.

Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento, se puso en pie, le entregó un chelín por el paquete de chocolate que había comprado y luego desapareció en la tenebrosa calleja, cuyos dos únicos faroles había apagado el viento, como si se tratara de dos vulgares velas.

Un poco más tarde, tres perros famélicos se disputaban unas pastillas de chocolate caídas sobre el fango.

M. Hyslop continuaba ignorando este último detalle. Pero ahora la dama se presentaba cada noche, pedía alguna cosa, pagaba religiosamente su cuenta y se sentaba unos instantes cerca de la estufa avarienta, ya que el tiempo seguía siendo áspero y brumoso.

—¿Qué es lo que quiere de mí, en realidad? —se preguntaba M. Horace—. Apenas me dirige la palabra y, sin embargo, me da la impresión de que aquí se siente como en su casa. ¡De todos modos, no puede negarse que es hermosa y elegante!

Apenas se asombró cuando ella le dijo, una vez:

—Después de tanto tiempo, tendríamos que pensar en casamos, Horace.

Y, como subyugado, M. Hyslop respondió:

—Sí.

Entonces se enteró de su nombre. Se llamaba Elfrida. Elfrida Smith.

Se unieron una mañana, muy temprano, en una pequeña capilla de la Green Street.

No era aún de día, y el clérigo tuvo que encender un cirio para poder leer un fragmento de la Biblia.

M. Hyslop le entregó la licencia de matrimonio, y su esposa le pagó la suma de quince chelines.

—¿Volvemos a casa? —inquirió M. Horace.

—A casa, sí —respondió ella—, pero a la mía.

—¡Ah! ¿Dónde vives, Elfrida?

—En el Middlesex —dijo ella, deteniendo con la mano un taxi que pasaba.

M. Horace la siguió, dócil como un cordero. Hubiera querido hacerle más preguntas, pero no pudo: su lengua estaba como atacada de parálisis.

En la estación de Paddington subieron a un tren que silbaba ya anunciando su próxima salida. El viaje fue relativamente corto.

La última estación que sobrepasaron antes de apearse fue la Yeading.

Abandonaron el tren en un lugar sórdido y desagradable; un viejo vagón en desuso servía a la vez de despacho y de sala de espera.

El encargado de recoger los billetes parecía desempeñar también las funciones de guardabarrera, de farolero y de jefe de estación.

—Buenas tardes, caballero —le dijo a M. Hyslop—. Un tiempo de perros, ¿verdad?

«¡Qué descortés! —pensó M. Horace, mientras el hombre se retiraba apresuradamente a su garita—. Ni siquiera ha saludado a mi esposa.»

Ésta seguía ya con paso rápido un angosto camino que serpenteaba entre unas tierras de barbecho y una enmarañada maleza.

—¿No hay modo de obtener un vehículo, querida? —preguntó M. Horace, visiblemente preocupado por su abrigo negro y su reluciente sombrero de copa, cada vez más empapados.

—No vamos muy lejos —dijo ella.

Bordearon todavía un bosquecillo cuyos árboles estaban atestados de graznantes cornejas. Luego alcanzaron una verja desarticulada y completamente oxidada, que emitió un espantoso chirrido cuando Elfrida la abrió, sin esfuerzo aparente.

—He aquí mi casa —dijo ella súbitamente.

M. Hyslop apenas daba crédito a sus ojos.

—¡Pero, es un castillo! —exclamó

—Un castillo, en efecto.

«Ya me parecía a mí que era una gran dama —pensó el tendero—. Pero, un castillo…»

En realidad se trataba de una casa solariega espantosa y desagradable, casi en ruinas. Los amorcillos crecían en abundancia al pie de las murallas que ocultaban su decrepitud bajo una espesa capa de musgo gris y fangoso. Un ambiente de tristeza invadía los alrededores.

—Los criados no están enterados de nuestra llegada —declaró Mme. Hyslop—. Entraremos por una de las puertas laterales.

Precedió a M. Horace en un pasadizo estrecho y oscuro, que olía a humedad y a madera podrida. Treparon por una oscura escalera que crujía y gemía bajo sus pasos, y desembocaron finalmente en un espacioso vestíbulo.

En un amplio hogar ardían unos troncos. M. Hyslop tuvo por un instante la sensación de que se habían encendido en el preciso momento en que ellos penetraban en la estancia, pero aquello había sido una simple ilusión, naturalmente. No obstante, aquel fuego no desprendía ningún calor. Un aire frío y húmedo flotaba en la inmensa sala.

En el centro se alzaba una gran mesa de ébano, rodeada de altos sillones de cuero.

—Sentaos —dijo Mme. Elfrida—. Voy a llamar al mayordomo para que prepare la cena. Pero antes permitidme que os sirva un poco de vino.

Sacó de una rinconera una panzuda botella y un vaso de fino cristal.

—¡Delicioso! —opinó M. Horace—. ¡Nunca lo había bebido mejor!

En su tienda vendía una especie de clarete al que bautizaba sucesivamente con los nombres de Mâcom, San Emilio o San Esteban, pero se preguntó inútilmente con qué nombre habría podido bautizar aquel excelente vinillo.

—¿Es oporto? —inquirió.

—Amontillado.

—¡Ah! Tendré que comprar de este amontillado —dijo M. Horace, vaciando su segundo vaso.

Paseó la mirada a través de la sala y la detuvo finalmente sobre un gran retrato que colgaba de la pared, al lado del hogar.

El retrato representaba a un hombre vestido a la antigua, con una especie de miriñaque, un ajustado chaleco con galones plateados y una gorguera de encaje.

El personaje tenía una cabellera rizada, una nariz aguileña y unos ojos melancólicos.

—¡Bien, bien! —exclamó M. Hyslop, que había vaciado ya la mitad de su tercer vaso—. Si la vista no me engaña, ese elegante personaje tiene un raro parecido conmigo… ¿No os parece?

—Es Sir Horacc Crofton —dijo Mme. Hyslop.

—¿Y se llama también Horace? ¡Que divertido! Servidme un poco más de este exquisito vino, querida. Decíais, pues, que se llamaba Sir Horace…

—Crofton. Le ahorcaron en Tyburn, el año 1663.

—¡Ahorcado! —exclamó el tendero—. ¡Pobre muchacho! ¿Y por qué motivo?

—Por el asesinato de su esposa, que está allí.

Señaló con el dedo otro retrato, colgado en la pared de enfrente.

—Lady Elfrida Crofton —añadió.

—Elfrida, ¿eh? ¡Extraordinario! ¡Realmente curioso! Pero, ¿son los efectos del vino o los de la luz crepuscular? ¡Podría jurarse que habéis servido de modelo al artista que pintó ese retrato!

—Sir Horace Crofton mezcló veneno con el vino de su esposa —continuó Elfrida —, y ella murió en la flor de su juventud.

—¡Espantoso! —dijo M. Horace, estremeciéndose—. Yo también conocí a un hombre que estuvo a punto de ser ahorcado. Se llamaba Bram Mudd. Le acusaban de haber administrado a su esposa una buena dosis de matarratas. Pero en el último momento se descubrió su inocencia.

El vino empezaba a subírsele peligrosamente a la cabeza. Súbitamente quedó como sumergido en una leve bruma.

—Un poco más de amontillado —balbució.

Pero su esposa no estaba sentada ya a la mesa. Creyó verla de pie contra la pared. M. Horace se levantó trabajosamente y se dirigió hacia ella, con paso titubeante.

—Amor mío… Casi había olvidado que estamos casados… Y ni siquiera he recibido un beso…

Se precipitó con los brazos extendidos hacia la pared, contra la cual chocó violentamente.

Había tomado por su esposa al retrato de Lady Crofton.

—¡Elfrida!

—¡Ah, ah, ah! —le respondió el eco.

Vio el cordón de una campanilla que colgaba de la pared. Tiró de él con una mano húmeda, pero la cuerda estaba podrida y quedó entre sus dedos, sin que hubiera resonado ningún campanillazo en la mansión. El fuego estaba apagado, en el hogar sólo quedaban unas cenizas negras y frías.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, M. Hyslop empezó a luchar contra los efectos embrujadores y diabólicos del vino. Se repuso lo suficiente como para arriesgarse a abandonar la sala y a visitar el castillo.

En el curso de aquella visita su asombro se acrecentó sin cesar, hasta convertirse en horror. Doquiera que dirigía sus pasos sólo encontraba estancias vacías y desiertas, techos decrépitos, escaleras en ruinas, muros cuarteados.

En vano trató de regresar al vestíbulo de los retratos, donde había bebido el amontillado.

—Y, sin embargo —gimió—, me he casado con ella. Esta misma mañana… ¡Oh, ese maldito vino!

Y, de repente, las tinieblas se espesaron a su alrededor.

Dándose cuenta de que la tienda llevaba algún tiempo cerrada, los vecinos avisaron a la policía, la cual descerrajó la puerta.

Horace Hyslop estaba colgado del sólido brazo del mechero de gas.

La muerte debía remontarse a varios días, ya que en la trastienda flotaba un espantoso olor a cadáver.

—¡Estaba loco! —exclamó el hombre que había acompañado a la fuerza pública al interior de la casa—. Tenía que estar loco para disfrazarse así.

En efecto, M. Hyslop llevaba una especie de miriñaque, un ajustado chaleco con galones plateados y una gorguera de encaje.

—Lleva encima más de cien libras de telas finas y metales preciosos —dijo uno de los agentes—. ¿Por qué se ha suicidado, pues?

—No se trata de un suicidio —declaró el inspector encargado de la investigación —. ¿Cómo hubiera podido atarse de ese modo, sin la ayuda de nadie?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, señaló las cuerdas que apretaban fuertemente los brazos y las piernas del muerto.

—¡Qué coincidencia! —continuó el inspector—. Así es como antaño el verdugo de Tyburn ataba a los criminales para conducirlos a la horca. Incluso los nudos son iguales que los que se hacían en aquella época. En todo caso, esto sólo puede ser obra de un maníaco perfectamente enterado de cómo se llevaban a cabo los ajusticiamientos en los siglos pasados.

Las ruinas del castillo de Crofton no han vuelto a recibir, desde hace años, la

visita de los derechohabientes que huyen como de la peste de la casa solariega maldita.

En la antigua sala de honor continúan tal cual los retratos de Sir Horace Crofton y de su esposa Lady Elfrida.

A la luz amarillenta del crepúsculo, los dos personajes se miran fijamente con sus ojos muertos, en los cuales, no obstante, brillan aún el enojo, el odio y la desesperación.

EL ESPEJO VENECIANO

JOHN FLANDERS

En la estancia lujosamente amueblada reinaba una calma absoluta.

Además de la araña encendida y de los candelabros pegados a la pared y portadores de numerosas bombillas, las lámparas brillaban bajo sus pantallas un rojo suave.

Sentado cerca del fuego que ardía en el hogar, Wla Jordonoff fumaba cigarrillo tras cigarrillo. El gran cenicero de plata estaba lleno de colillas, y una nube aromática de humo de tabaco flotaba lentamente bajo el techo color crema.

El teléfono sonó, pero Jordonoff permaneció inmóvil. Únicamente sus ojos de jade se volvieron, llenos de inquietud, hacia el ruidoso aparato.

Tras algunas señales obstinadas —Jordonoff contó maquinalmente once—, el timbre enmudeció y el hombre empezó a respirar más profundamente, como si el restablecido silencio le aligerara el corazón.

De las ventanas colgaban espesos cortinajes de terciopelo que no dejaban filtrar el menor rayo de la abundante claridad exterior y que, sin duda, ahogaban al mismo tiempo el rumor de la calle.

Suponiendo, desde luego, que pudiera elevarse algún ruido de aquel callejón desierto, ya que Jordonoff vivía en un lugar muy apartado de Stoke-Newington, en el cual sólo se erguían algunas casas recién construidas y que en su mayor parte continuaban esperando a unos hipotéticos inquilinos.

Su propia morada era nueva, también. Sólo estaban amuebladas las habitaciones en las cuales vivía; el resto del inmueble se hallaba completamente desprovisto de todo mobiliario.

La pequeña placa de cobre fijada a la puerta llevaba un nombre muy corriente: Ph. Jones. Y nadie, en Stoke-Newington o en Londres, podía adivinar que bajo aquel patronímico vulgar se ocultaba el famoso Wla Jordonoff.

Jorry —como le llamaban sus amigos— había sido una verdadera celebridad en las mayores ciudades de los Estados Unidos. Al frente de una importante pandilla de gangsters, había implantado allí un auténtico régimen de terror.

Robo, asalto a mano armada, chantaje, rapto, incendio voluntario, asesinato… No había un crimen que él no hubiera saboreado.

Merecía cien veces la silla eléctrica. Sin embargo, el brazo vengador de la justicia no se había tendido nunca hacia él, hasta tal punto era temido su poder. Jorry estaba, sobre todo, muy bien protegido.

Luego había desaparecido bruscamente de aquel mundo equívoco. No habían vuelto a encontrarle en ninguna parte de América. Le creyeron muerto, víctima de algún ajuste de cuentas.

En realidad, se había expatriado a Europa y vivía ahora como un pacífico burgués en un rincón perdido de la capital inglesa.

Podía estar tranquilo. Ninguno de sus antiguos amigos o cómplices hubiera podido identificarle. Gracias a una intervención quirúrgica dolorosa, pero perfectamente lograda, los rasgos de su rostro habían sido completamente transformados.

Sin embargo, no había encontrado la paz que esperaba; sentía gravitar sobre él una amenaza misteriosa y alarmante.

¿De dónde podía venir el peligro?

Lo ignoraba, pero no obstante lo percibía claramente y eso le bastaba.

Había hecho instalar el teléfono, pero dado que nadie le conocía en el país no le llamaban nunca. Pero aquella tarde había sonado tres veces seguidas.

—Me han localizado —gruñó, cuando por tercera vez enmudeció el timbre.

La angustia que experimentaba hacía surgir a su alrededor toda clase de imágenes turbadoras y fantasmagóricas: enormes manos empuñando puñales o revólveres, sillas eléctricas, gigantescos patíbulos y siniestras guillotinas.

¿No eran unos pasos los que resonaban en la casa desierta? ¿No crujía la escalera? ¿Y qué mano invisible manipulaba, en aquel momento, en la cerradura de la puerta principal?

No, no era más que el viento insidioso que rozaba las paredes, en el exterior. La escalera gemía porque era nueva y todavía estaba húmeda. En cuanto a la puerta, no podía dejar de quejarse bajo los brutales bofetones de la corriente de aire que hacía estremecer a la vivienda recién construida.

Volvió de nuevo a fumar cigarrillo tras cigarrillo y vació la botella de whisky.

Súbitamente, una sombra ligera cruzó la estancia. Jordonoff se echó a temblar.

Pero no había motivo. Se trataba simplemente de una bombilla que, al fundirse, había hecho nacer en la pared una pequeña mancha oscura.

—¡Tonterías! —murmuró—. ¡Ni más ni menos!

De todos modos, no pudo evitar el deslizar la mano debajo del almohadón de seda de su sillón para comprobar si la pistola cargada continuaba allí.

—¿Por qué me he retirado a este maldito lugar? —se preguntó amargamente—. La soledad no sirve para nada. Sería preferible que me perdiera entre la multitud. En los cines, los teatros, los dancings y los clubs nocturnos no se corre el peligro de encontrar unos fantasmas. Mientras que aquí… Es preciso que abandone este funesto refugio.

Por cuarta vez, el teléfono empezó a llamar. El timbre resonaba con obstinación. Ahora, nada parecía poder pararlo.

Como empujado por una fuerza misteriosa, Jordonoff puso la mano sobre el aparato, descolgó y tendió el oído.

La línea estaba sin duda descompuesta, ya que sólo oyó una serie de crujidos frenéticos. Finalmente percibió una voz desconocida.

Aunque en el otro extremo del hilo alguien hablaba con una gran volubilidad, sólo pudo captar dos o tres palabras que se repetían con frecuencia:

—El espejo…

Luego, la comunicación se interrumpió bruscamente.

—¿El espejo? ¿Qué pasa con el espejo? —gruñó Jordanoff.

En la casa sólo había un espejo, una pieza magnífica que había comprado en el momento de instalarse en aquella nueva vivienda.

Estaba sólidamente fijado a un marco espléndido, y el cristal, ligeramente verdoso, debía ser de origen veneciano.

Jordanoff volvió los ojos hacia su adquisición.

Era un espejo soberbio, desde luego, en el cual se reflejaba la luz a la perfección, sin que una sola sombra viniera a mancharla.

Pero, ¿por qué se sentía súbitamente atraído hacia él?

Temblando con una ansiedad que no hubiera podido explicarse, abandonó su asiento y se acercó al espejo, el cual le devolvió inmediatamente su imagen.

Se inclinó, horrorizado: en la glauca profundidad del cristal acababa de aparecer una figura sombría y amenazadora.

Unos ojos de fuego brillaban en sus órbitas y rictus de ferocidad desfiguraban sus facciones.

Jordonoff profirió un grito y quiso dar un salto hacia atrás, pero sus miembros se negaron a obedecer a su voluntad. Permaneció allí, petrificado, mirándose fijamente en el espejo, donde su imagen se hacía cada vez más espantosa.

Los ojos se apagaron, la nariz se borró. No quedaba más que una boca abierta, de dientes blancos y puntiagudos. Un horror indescriptible se apoderó de Jordonoff, que reconoció el rostro de la Muerte.

—¡Socorro! —gritó.

La abominable cabeza hizo un gesto salvaje que no tardó en trocarse en una risa homérica, aunque inaudible.

—¡No, no quiero! —aulló Jordonoff—. ¡No quiero! ¡La justicia no ha conseguido atraparme nunca, y tú tampoco lo conseguirás! ¡Noooo!

Desesperado, se precipitó contra el espejo con los puños cerrados.

El espejo voló en mil pedazos. Estupefacto, con los brazos levantados, Jordonoff contempló con aire de incredulidad la obra de arte que acababa de destruir.

Esbozó una estúpida sonrisa, mientras contemplaba la sangre que salía a borbotones de las venas abiertas de sus muñecas desgarradas.

Unos instantes después se desplomó sobre la alfombra, muerto…

—Era una pieza rara —se lamentaba el anticuario Boles—, lo que en otros tiempos se llamaba un *espejo mágico*, uno de esos curiosos objetos de origen puramente veneciano, un cristal maravilloso que, intensamente iluminado, deforma el rostro de un modo extraño… Le he llamado tres veces por teléfono para decirle que no era un espejo ordinario, ya que fue mi empleado quien se lo vendió y entregó.

Pero no he recibido respuesta a mis llamadas. La cuarta vez descolgó el receptor, pero por lo visto la línea estaba descompuesta, porque resultaba casi imposible entenderse.

LOS CUENTOS DE MI MADRE LA OCA

John Flanders

En el círculo literario donde acostumbraba a pasar la velada, M. Triggs de Scotland Yard se dejaba convencer a veces y contaba alguna de las aventuras de su carrera, larga y abundante en acontecimientos notables.

Un día, Lord Penfield, que escribía bajo un nombre supuesto unas obras de ocultismo muy apreciadas, le preguntó al célebre detective:

—¿Ha conocido usted realmente el miedo, Triggs?

—¡Y hasta qué punto! —respondió Triggs con la mayor sinceridad—. Pero, entendámonos: el miedo al que me refiero es esa angustia absurda e irrazonada que provoca la repulsa y finalmente la capitulación de la mente. Sí, creo haber conocido esa clase de miedo en el extraño caso de la sombra de las doce cuarenta y cinco.

—¡Nunca he oído hablar de esa historia!

—No es de extrañar. En primer lugar, se trata de una aventura que no me gusta mencionar. Y después, ocurrió hace mucho tiempo. Yo acababa de salir de la Universidad. Había obtenido ya, como aficionado, algunos éxitos policíacos, pero en aquella época no pensaba en hacer mi profesión de aquella clase de actividad.

—De hecho, nunca hemos sabido qué profesión escogió usted, Triggs —dijo uno de los presentes—. Creo que pensaba dedicarse usted a la abogacía, ¿no es cierto?

El detective se echó a reír.

—¡Al contrario! No lo soñaba siquiera. Mis estudios eran puramente científicos. Quería convertirme en profesor. Pero, cuando hube obtenido mi diploma, las plazas vacantes en la enseñanza eran tan escasas que me vi obligado a optar por otra profesión. Entonces me dediqué al periodismo, o, mejor dicho, a la literatura.

—¡Vaya! ¿Y de qué modo, Triggs? ¿Cómo escritor?

Triggs hizo una pausa y luego se decidió a contar su historia:

Debo confesar que, según los editores y los secretarios de redacción, yo carecía

de estilo y de imaginación. Sin embargo, un hombre de buen corazón me encargó una novela, para complacerme y para permitirme ganar un poco de dinero.

El semanario que se declaró dispuesto a aceptar mi prosa se llamaba *The Weekly Tales,* y me ofrecían un penique por línea, lo cual constituía una honorable retribución.

Dejaron el tema a mi elección, con tal de que fuera interesante y de que provocara los debidos estremecimientos en el lector.

Transcurrió una semana sin que ninguna idea viniera a iluminar mi linterna.

Yo vivía entonces en un pequeño apartamento en una antigua calle de Covent Garden, un barrio de Londres que siempre he preferido a los otros. El apartamento contiguo al mío estaba ocupado por un militar retirado, el comandante Wheel, un hombre sencillo y directo que consideraba un deber proporcionar ayuda y consejo a todo el mundo.

Me invitaba a menudo a fumar una buena pipa en su casa, y a saborear en su compañía un vaso de su excelente whisky, que recibía directamente de Escocia.

Al observar mi aire preocupado, el comandante Wheel me preguntó sin rodeos qué me pasaba. Le hablé de la novela que tenía que escribir y de la inspiración que se hacía esperar, como todas las grandes damas.

Contrariamente a su costumbre, guardó silencio largo rato, perdido en sus pensamientos.

—No es una cosa corriente —declaró finalmente—. Y he de confesar que desconozco la materia. Sólo he leído a Walter Scott y a Dickens, y sería inútil pensar en imitar a aquellos genios… De todos modos, tai vez podría ponerle a usted en el camino. No pretendo que sea el bueno. ¿Qué le parecería la historia de un loco? Ya que es indiscutible que el coronel Crafton está loco, a pesar de que en su época fue uno de nuestros mejores oficiales de caballería. ¿Y si le visitara usted? En otros tiempos no parecía detestar mi presencia, y no hemos perdido la costumbre de felicitarnos mutuamente con ocasión del Año Nuevo. Actualmente, Crafton vive solo en una extraña mansión, en Stoke-Newington. Evidentemente, no hay que decirle que va usted allí para escribir una historia acerca de él… ¿Le gustan a usted los cromos policromados para niños?

—¡Qué pregunta más rara, comandante! Puedo asegurarle que, efectivamente, soy un gran aficionado a ellos.

—En tal caso, está usted salvado, ya que el coronel posee la más hermosa colección de cromos en color que existe en Inglaterra, y tal vez incluso en el mundo entero. Algunos los ha adquirido a unos precios increíbles. Pero es muy rico y puede permitirse esos caprichos.

—¿Qué tiene de especial, pues, su amigo Crafton?

Wheel mordisqueó pensativamente la boquilla de su pipa.

—Para una persona sensata, como yo me precio de ser, resulta muy difícil de decir. Mi pobre camarada se cree perseguido por un fantasma… Pero, vaya a verle,

salúdele de mi parte y dele a entender que le gustaría mucho contemplar su colección de cromos para niños. Y, si se la enseña, no deje de expresar frecuentemente su admiración, y no escatime sus elogios. El resto vendrá por sus pasos contados.

Al día siguiente me dirigí a Stoke-Newington.

En aquella época, el lugar no era apenas más que una aldea, en la que abundaban las buenas posadas y las plazoletas cubiertas de vegetación.

Almorcé en un establecimiento muy agradable, llamado *Los Alegres Cocheros,* y le pregunté al patrón si sabía dónde vivía el coronel Crafton.

El hombre dio un respingo y casi se le cayó la pipa de la boca.

—Joven —me dijo, con aire preocupado—, espero que no habrá venido a Stoke-Newington para que le muelan a palos.

Sin duda esbocé una mueca de incredulidad, ya que el posadero añadió:

—Es lo que le espera en casa del coronel, en el supuesto de que no sea usted amigo suyo; en todo caso, los que se arriesgan a llamar a su puerta lo pasan mal.

—¿Es un malvado, o un loco?

—Ninguna de las dos cosas. Creo incluso que es muy sabio, y sé que entrega con regularidad a la alcaldía unas sumas considerables para los pobres. Pero no quiere ser molestado por nadie. Sin embargo, en otros tiempos no era tan severo.

—Me gustaría saber algo más acerca de él. ¿Puede usted…?

—Con mucho gusto —dijo el posadero—. Hace diez años, cuando se retiró del Ejército, se instaló en una casa que estaba en venta, en el otro extremo del pueblo. No era un hombre demasiado sociable, pero estaba lejos de ser el ogro en que ahora se ha convertido. Sólo entraba en el café dos veces por semana, los lunes y los jueves, y había elegido *El Farol Antiguo,* una posada que había perdido su clientela poco a poco y que atendían el viejo Sanderson y su hija Beryl… Un año después de la llegada del coronel a Stoke-Newington el viejo Sanderson murió, dejando sola a Beryl y abandonándole la dirección de un establecimiento en decadencia y, además, cargado de deudas. Beryl no se distinguía por su inteligencia, pero era una joven sana, alegre y de una conducta irreprochable. Crafton la pidió en matrimonio. Durante dos años vivieron muy retirados pero también muy felices, según se decía. Pero un día, bruscamente, se supo con estupefacción que Beryl había abandonado el techo conyugal. Es posible que Crafton se sintiera afectado por el acontecimiento. En todo caso, no demostró nada. Se encerró literalmente en su casa, despidió a su único sirviente y empezó a atender por sí mismo a las tareas domésticas. En mi opinión, quedó tan afligido que enfermó moralmente. Desde entonces no ha dejado de mostrarse salvaje y feroz… Eso es todo lo que puedo contarle sobre el coronel Crafton. Como puede ver, no es una historia vulgar.

Yo demostré la mayor indiferencia.

—¡Bah! —dije—. Traigo unas excelentes cartas de recomendación, y estoy decidido a intentar la aventura.

La casa del coronel estaba completamente aislada de las otras. Tenía una hermosa

y antigua fachada y parecía estar bien cuidada.

El calor era sofocante.

Tuve que llamar tres veces antes de que se abriera la puerta. De pie delante de mí, el propietario me miraba con aire de desconfianza.

—¿Quién es usted y qué quiere? —me preguntó en tono gruñón—. No tiene usted el aspecto de un vendedor ambulante ni de un viajante de comercio, y sin embargo ha tirado del cordón de mi campanilla exactamente igual que esos tipos groseros y maleducados.

Crafton no parecía tan áspero como me lo habían descrito. Más bien bajo y corpulento, tenía un rostro de buena persona, aunque sus ojos grandes y claros brillaban de un modo siniestro.

Cuando me oyó pronunciar el nombre del comandante Wheel, su actitud se hizo inmediatamente más amistosa.

—Wheel es un caballero —dijo—, y no me molestaría por nada. Pase.

A través de un pasillo de resonancias cavernosas, me condujo a una especie de saloncito que sólo contenía el mobiliario estrictamente indispensable, pero que aparecía limpio y coquetón.

—Antes que nada beberá usted algo —dijo el coronel, en aquel tono autoritario que parecía serle peculiar—. Me disculpará si no le acompaño, pero hace ya mucho tiempo que no pruebo el alcohol.

Desapareció para regresar al cabo de unos instantes, portador de una espléndida botella de vino del Rin y de un vaso de aspecto muy antiguo.

El vino era delicioso y de un frescor agradable. Así se lo manifesté al coronel.

Se inclinó, agradeciendo el cumplido, y me preguntó cuál era el motivo de mi visita. Inmediatamente empecé a alabar con entusiasmo los cromos para niños, poniendo de relieve el ferviente interés que despertaban en mí semejantes colecciones. Luego expresé mi asombro ante el hecho de que un antiguo oficial del Ejército pudiera ocuparse de cosas tan tiernas y encantadoras.

Impasible al principio, su fisonomía terminó por suavizarse.

—Las representaciones polícromas para niños —dijo, con una voz un poco triste —, son los únicos vestigios de los sueños que tuvieron los hombres de antaño. Para el que las sabe interpretar abren una ventana a otro mundo, aunque yo no me atrevería a considerarme como uno de esos privilegiados. En el fondo, no soy más que un viejo coleccionista maníaco, prisionero de su propia pasión.

Una hora más tarde me encontraba sentado en el gabinete de trabajo de mi anfitrión, ante una colección de cromos para niños realmente única en el mundo. Olvidé que había venido para extraer del coronel Crafton y de su secreto algún alimento substancial para mi pluma, admirando los magníficos grabados que sometía a mi apreciación.

Eran innumerables, y algunos de ellos debían tener un valor incalculable. Contemplé cromos impresos en un papel soberbio, y que procedían de Bélgica, de

Holanda y de Alemania. Las hazañas de *Pulgarcito* sucedían a las aventuras de *Cenicienta,* y el cuento de *El Gato con Botas* me entusiasmó tanto como la historia de *Caperucita Roja.*

La noche empezaba a caer y yo debía pensar en retirarme pronto. Buscaba ya un pretexto para repetir mi visita en el más breve plazo, cuando la Madre Naturaleza vino en mi ayuda.

En el momento en que me levantaba, abandonando con gran pesar un maravilloso relato de *Las Mil y Una Noches* y una interesante serie de cromos representando las diversas profesiones y oficios, unos truenos imponente hicieron retemblar toda la mansión.

Aquella noche descargó una de las tormentas más violentas que hayan estallado nunca en el cielo de Inglaterra. A través de los postigos de las ventanas veíamos los árboles, a lo largo del camino, sacudiendo frenéticamente sus copas descabelladas bajo la lluvia que caía a torrentes.

La casa del coronel se alzaba sobre una pequeña elevación del terreno, y eso motivó que se salvara de la inundación que aquel día asoló Stoke-Newington y sus alrededores.

Crafton seguía con un aire enfurruñado la evolución de la tormenta.

—No puedo dejarle marchar con ese espantoso tiempo —murmuró finalmente—. Sólo un pato o una foca podrían alcanzar vivos la Plaza del Mercado. Además, las comunicaciones con Londres deben estar cortadas en este momento.

No puedo ofrecerle más que la hospitalidad de un ermitaño, pero lo hago de todo corazón. ¿La acepta usted?

Asentí inmediatamente, expresándole toda mi gratitud. El coronel fue en busca de dos hermosas lámparas de globo de porcelana blanca y las colocó sobre la repisa de la chimenea. Luego se dedicó a cerrar cuidadosamente todas las ventanas, explicándome que detestaba los relámpagos.

Estaba hojeando uno de los últimos álbums de cromos cuando Crafton me invitó a pasar al comedor.

Fuera, la tormenta continuaba rugiendo, ora más tranquila, ora más violenta que nunca; en cuanto a la lluvia, se había convertido en una verdadera catarata.

La estancia en la cual me introdujo mi anfitrión estaba amueblada con gusto con piezas antiguas de estilo flamenco. Encima de la chimenea de mármol había colgada una copia excelente de un famoso cuadro. A la luz de las lámparas de escritorio, que el coronel había traído, vino a unirse la de una pequeña araña de cristal, más suave, de modo que se creó en la estancia una atmósfera agradable, a pesar de que en ella sólo se hallaban un hombre de carácter áspero y un forastero.

Teniendo en cuenta su soledad, Crafton no desempeñaba mal las tareas domésticas. La cena fría, servida en una vajilla antigua, se componía de grandes lonchas de jamón ahumado, pescado, un buen trozo de queso y frutas confitadas. Durante la cena se creó un ambiente de verdadera amistad.

No hablamos ya de los grabados, sino que nos pusimos a discutir temas de tipo militar, lo cual pareció complacer mucho al coronel.

—Piense, amigo mío…

Me llamaba ya su amigo.

—Piense —decía—, que a veces transcurren meses enteros sin que pueda conversar con alguien. Esto le permitirá comprender lo que para mí significa su visita.

Fumaba, con visible placer, una pipa bávara llena de tabaco holandés. Su rostro expresaba la más completa de las satisfacciones.

—¡Bien! —dijo súbitamente—. Dadas las circunstancias, voy a olvidar por una vez mis costumbres de abstemio. ¿Qué opina de un ponche de arack? Yo también beberé un vaso.

Nunca había tenido ocasión de saborear un licor mejor que aquel ponche.

Entretanto, la tormenta se había desplazado hacia el sur, y la lluvia no repiqueteaba ya su concierto endiablado sobre las ventanas.

Alcé la vista hacia el imponente reloj flamenco que colgaba de la pared, y me asombré de que fuera ya tan tarde.

—¡Las doce cuarenta! —exclamé—. ¡Que aprisa pasa el tiempo, coronel!

Mi anfitrión soltó entonces su pipa con una mano temblorosa, echó una terrible ojeada al reloj y balbució:

—¡Las doce cuarenta! ¿Ha dicho usted las doce cuarenta?

—Desde luego —contesté, un poco sorprendido—. Cuando se habla de cosas tan interesantes, saboreando este excelente ponche…

El anciano me agarró la muñeca y la estrechó en su mano como en un torno.

—¡No me deje solo! ¡Oh, no me deje solo! —suplicó—. Ahora no puede usted marcharse… Dígame, amigo mío, ¿qué hora señala ese reloj?

—La saeta grande se acerca a los tres cuartos de hora. Por lo tanto, pronto serán las doce cuarenta y cinco.

El coronel profirió un grito de demente.

—¿Cómo he podido velar hasta tan tarde? —gimió—. El propio infierno se ha mezclado en esto. ¿Qué… qué hora es?

—Las doce cuarenta y cinco, coronel…

Con un amplio movimiento del brazo derribó los vasos y, con todo el cuerpo estremecido de horror, señaló un rincón de la estancia.

—¡Ahí está! —exclamó.

Yo no veía absolutamente nada, pero noté que mi garganta se contraía, mientras el coronel no cesaba de repetir:

—¡Ahí está! ¡Ahí está!

Se inclinó hacia mí y me dijo con voz ronca:

—¡La sombra! La sombra de las doce cuarenta y cinco… ¿La ve usted, ahí?

Miré hacia el lugar que señalaba con el dedo, pero no vi nada especial. Se lo dije.

Sacudió lentamente la cabeza.

—Comprendo que no pueda usted verla —murmuró, en voz baja—. Es tan débil… Pero seguramente puede oírla.

—¿Una sombra que hace ruido…? —empecé.

—¡Sí, un espíritu ruidoso! —me interrumpió.

Concentré mi atención, y en aquel momento una angustia absurda e irrazonada se apoderó de todo mi ser.

No distinguía nada, en efecto, pero oía algo. Una especie de golpes sordos y regulares.

Me volví en todos los sentidos, para tratar de localizar con exactitud el lugar del cual procedían aquellos siniestros golpecitos. Ora parecían próximos, ora más alejados.

—¿Qué es ese ruido? —murmuré.

El coronel me miró fijamente.

—Es la sombra que golpea —respondió con voz apenas audible.

—Pero, ¿dónde está? —exclamé.

—No lo sé —murmuró.

Súbitamente, se irguió.

—¡Vamos a verlo! —decidió entonces Crafton en un tono más firme.

Se apoderó de una lámpara y me precedió en el pasillo.

Los golpes eran ahora menos claros, parecían descender del desván. Se lo hice observar a mi anfitrión, el cual tendió el oído.

—No —afirmó—, proceden de la bodega. ¡Escuche!

Tenía razón. Era como si un martillo de fieltro golpeara regularmente algún yunque de terciopelo en las tinieblas de la bodega, cuya escalera de piedra empezaba a descender el coronel.

—i Sígame! —ordenó.

El ruido sordo se hacía cada vez más concreto y, sin poder explicarme el motivo, temía realmente acercarme al lugar del cual procedía.

De repente, el anciano abrió una puerta que daba a una bodega, en la cual había innumerables botellas cuidadosamente alineadas. El coronel levantó un poco la lámpara.

—Golpea, golpea sin descanso —gimió.

—¡Santo cielo! Pero, ¿quién? —imploré.

—La sombra… La sombra de las doce cuarenta y cinco. Golpea siempre a esta hora. Sin embargo, normalmente no la oigo, porque estoy durmiendo. Pero esta noche me ha obligado usted a velar y a soportar este martirio. ¡Es usted un canalla!

Alcé los ojos hacia Crafton. Su aspecto era horrible. Sus ojos estaban inyectados en sangre y brillaban de un modo amenazador. Su boca entreabierta descubría unos grandes dientes amarillos. ¿Era aquél el hombre tranquilo y amable que coleccionaba los cromos policromados para niños?

A nuestro alrededor continuaban resonando los golpes, cada vez más rápidos. Instintivamente, tendí la mano hacia la espesa capa de polvo que cubría las botellas. Éstas se deslizaron levemente bajo la presión de mis dedos, y así pude darme cuenta de que en realidad estaban vacías.

—¡Espía! —tronó el coronel—. ¡Asqueroso espía! ¡Soplón!

Levantó el puño sobre mí.

Paralizado por un miedo indescriptible, vi con horror que su mano estrechaba la empuñadura de un enorme cuchillo.

—¡Espía! —repitió con voz ronca.

Falló el golpe y derribó varias botellas. Pero en aquel preciso instante —que para mí pudo haber sido el último—, recobré súbitamente toda mi sangre fría. No temía ya a la sombra invisible, sabía que en la bodega no había nadie más que aquel loco peligroso y yo.

—Coronel —dije tranquilamente—, ¿no cree que ya tiene bastante con una sola sombra de las doce cuarenta y cinco?

Quedó como clavado al suelo y dejó caer el cuchillo. Sus ojos perdieron su terrible expresión y parecieron desintegrarse. La lámpara se le escapó de las manos y se apagó. Por fortuna, no estalló.

Permanecí inmóvil en la oscuridad durante unos minutos. En la bodega reinaba el más absoluto silencio, los golpes habían cesado.

Cuando finalmente encendí un fósforo, vi que Crafton estaba caído en el suelo. Muerto.

Abandoné inmediatamente la casa y, chapoteando en el agua y el barro conseguí llegar a la posada de *Los Alegres Cocheros* donde fui atendido por el patrón.

A la mañana siguiente acompañé a los magistrados hasta la casa de Crafton, donde el médico forense comprobó que el coronel había fallecido víctima de una crisis cardiaca.

—Supongo que en otros tiempos bebía mucho —dije.

—Es posible —declaró el doctor—, pero si es así debió dejar la bebida de golpe, hace ya mucho tiempo.

—Esa es mi opinión, también. Las botellas vacías que se encuentran entre las otras lo demuestran claramente.

Los magistrados se disponían a marcharse, cuando les pedí que hicieran levantar el suelo de la bodega.

—¿Por qué? —preguntó el oficial de la policía.

—Para exhumar el cadáver de Mme. Crafton que fue asesinada y enterrada aquí por su marido, hace varios años.

Y el cadáver fue descubierto efectivamente en el lugar indicado.

Puse en antecedentes al médico forense.

—Yo soy responsable, en parte, de la muerte del coronel —le dije—. Aquel hombre, que cometió su crimen bajo la influencia de la bebida, se convirtió

repentinamente en un abstemio de los más convencidos. Anoche me invitó a beber, y súbitamente se sintió tentado a acompañarme. Después de diez años de abstinencia total, no se bebe impunemente un ponche de arack. Crafton se sintió transportado a las mismas circunstancias del día en que perpetró su asesinato. Me atrevería a decir que a la misma atmósfera. En efecto, apostaría una libra a que la noche del asesinato descargó también una violenta tormenta sobre la región. ¿No?

—Es muy posible —respondió el médico.

Cuando le conté la siniestra historia de los golpes —fenómeno que yo no conseguía aún explicarme—, sacudió la cabeza con aire dubitativo.

—Creo que puedo aclarar ese misterio —dijo, tras una breve vacilación—. Lo que usted oyó eran probablemente las pulsaciones de Crafton, que presentaba de nuevo los síntomas del *delirium tremens.* En el curso de semejante crisis, el corazón del enfermo empieza a latir con tal fuerza que las personas presentes casi pueden oírlo. Además, el miedo ocasionado por la hora fatal de las doce cuarenta y cinco, la hora del crimen, aumentó sin duda la potencia de aquellos latidos. ¡El coronel Crafton debió sufrir mucho!

Triggs había terminado su relato.

—Confieso —continuó— que la explicación del médico forense no me satisfizo. Y el propio doctor no parecía creer demasiado en ella. Por eso no me gusta mencionar aquella aventura. De todos modos, yo no había esperado a las doce cuarenta y cinco para que el coronel me resultara sospechoso.

—De un modo instintivo, claro está —dijo Lord Penfield.

—Ni hablar. La idea se me ocurrió mientras contemplaba la famosa colección de cromos para niños.

—¿Cómo? ¡Hable más claro, Triggs!

—Pues bien, nunca había podido admirar una colección más completa que la del coronel Crafton. En ella se encontraban representados todos los *Cuentos de mi madre la Oca.* Pero faltaba una de las historias más famosas de todas las épocas, una historia que todos los niños conocen: ¡la de *Barba Azul!* Crafton no hubiese podido ver el retrato de aquel notorio asesino sin pensar inmediatamente en su propio crimen.

EL DIABLO DE CERA

JOHN FLANDERS

La multitud cacareante había formado círculo alrededor de una cosa espantosa, cubierta con un grasiento trozo de lienzo.

Las miradas se fijaron un instante en la forma humana que podía adivinarse bajo el sucio embozo, y luego se alzaron hacia el piso superior de un triste inmueble, cuya destartalada fachada mostraba un cartel de «Por alquilar» en descomposición.

—¡Mirad, la ventana está abierta! ¡Ha caído de allí!

—¡Ha caído… o ha saltado!

El amanecer era desapacible, y algunos faroles ardían aún aquí y allá. La multitud se componía principalmente de personas que tenían que levantarse muy temprano para acudir a la fábrica o a la oficina. A pesar de que desembocaba en Cornhill, la calle no era muy animada; transcurrió bastante tiempo antes de que los *bobbies* descubrieran el cadáver, que permanecería allí, en su ridicula postura de muñeco desarticulado, hasta que llegara el comisario. Éste no tardó en aparecer por la acera contraria, acompañado por un joven de rostro inteligente.

El comisario era bajito y tripudo, y no parecía haberse despertado aún del todo.

—¿Accidente, asesinato, suicidio? ¿Cuál es su opinión, inspector White?

—Es posible que se trate de un asesinato. De un suicidio, tal vez, aunque el motivo no está demasiado claro.

—Para mí es un caso sin importancia —afirmó lacónicamente el comisario—. ¿Conocía usted al muerto?

—Sí, se llamaba Bascrop. Soltero y bastante rico, vivía como un ermitaño —respondió White, el cual se esforzaba en adoptar el tono seco de su implacable superior.

—¿Vivía en esta casa?

—Desde luego que no, ya que está por alquilar.

—En tal caso, ¿qué hacía en ella?

—Este inmueble le pertenecía.

—¡Ah! Bien, será una encuesta sin importancia, inspector White. No creo que le ocupe mucho tiempo.

Cuando el jurado hubo descartado la eventualidad del asesinato, White reanudó la

investigación por su cuenta. Nada permitía, en efecto, excluir la posibilidad de que se tratara de un crimen.

El joven oficial de la policía había quedado particularmente impresionado por la expresión de indescriptible angustia que había conservado, en la muerte, el rostro del poco sociable Bascrop.

Había entrado en la casa vacía, había subido la escalera hasta el tercer piso y había entrado finalmente en la habitación misteriosa, cuya ventana había quedado abierta. Al pasar, había observado que todas las habitaciones estaban completamente desprovistas de muebles. En aquella, de todos modos, había varios objetos de aspecto mísero: una silla destartalada y una mesa de madera blanca. Sobre esta última se erguía una vela, que una corriente de aire debió apagar, poco después del drama.

Una capa de polvo cubría la mesa, que sólo estaba limpia en tres lugares. En efecto, el polvo llevaba las marcas de dos pequeños círculos y de un rectángulo completamente regular. White no tuvo que reflexionar mucho para descubrir la causa.

—Bascrop —se dijo— se sentó a leer a la luz de la vela. En el lugar de aquel rectángulo debía encontrarse el libro; en cuanto a los dos círculos, sin duda fueron formados por los codos del difunto. Pero, ¿dónde está el libro en cuestión? Nadie más que yo ha entrado en esta casa, después de la muerte del propietario. Por lo tanto, el desdichado lo tenía seguramente en la mano en el momento de su caída.

White continuó su razonamiento. Por un lado, la calle desembocaba en Cornhill, efectivamente; pero, por el otro extremo, iba a parar a un laberinto de callejones de muy mala fama. En la mayoría de las puertas podía leerse esta inscripción trazada con tiza: «Llamar a las cuatro».

En los alrededores, pues, tenía que vivir un vigilante nocturno, y era posible que aquel hombre supiera algo.

El vigilante nocturno era un viejo sucio y repugnante que olía a alcohol a la legua y que recibió a White con evidente desagrado.

—No sé nada, absolutamente nada. Me contaron que un hombre cansado de la vida saltó desde el tercer piso. Son cosas que pasan.

—¡Vamos! —dijo secamente White—. Entrégueme el libro que encontró cerca del cadáver, si no quiere verse complicado en un asesinato.

—Encontrar no es robar —se burló el viejo—. Y, por otra parte, yo no estuve allí.

—¡Cuidado! —amenazó White—. Ese libro puede ser el principio de una cuerda que acabe alrededor de su cuello…

El viejo vaciló unos instantes y terminó por murmurar, de mala gana:

—Bueno, ese libro podría valer un chelín.

—¡Aquí tiene su chelín!

Así fue cómo White consiguió entrar en posesión del libro que buscaba.

* * *

—¡Un libro de magia, y que data del siglo XVI! —gruñó el inspector—. En aquella época, los verdugos no dejaban de quemar esta clase de obras, y hacían

perfectamente.

Empezó a hojearlo lentamente. Una página doblada por uno de sus extremos llamó su atención. Se puso a leer con creciente interés. Cuando hubo terminado, su rostro tenía una grave expresión.

—¿Por qué no habría de intentarlo también yo? —murmuró.

Poco antes de medianoche se dirigió a la calle desierta, empujó la puerta de la siniestra mansión y trepó por la escalera en medio de las tinieblas.

La oscuridad no era absoluta: una luna llena barría el cielo con sus rayos fríos y enviaba suficiente claridad a través de los cristales polvorientos de las ventanas.

Al llegar a la habitación del drama, White encendió la vela, ocupó el lugar de Bascrop y abrió el libro por la página previamente señalada. En ella podía leerse:

«Encended la vela a las doce menos cuarto de la noche y leed la fórmula en voz alta».

Se trataba de un texto en prosa, muy oscuro, del cual el inspector no comprendía nada. Pero cuando hubo terminado la lectura y tosió ligeramente para aclararse la garganta, oyó que el reloj de un campanario daba las doce campanadas fatídicas.

White levantó la cabeza y profirió un espantoso grito de horror.

* * *

White no ha podido describir nunca con precisión lo que vio en aquel momento. Hoy, todavía, duda de haber visto realmente algo. Sin embargo, había experimentado la sensación de ver avanzar hacia él a un ser sombrío y amenazador, que le obligó a retroceder hacia Ja ventana.

Un miedo indecible inundó su corazón. Pensaba que tenía que abrir aquella ventana, que tenía que continuar batiéndose en retirada, y que finalmente se arrojaría a la calle para ir a estrellarse contra el pavimento, tres pisos más abajo. Una fuerza invisible le impulsaba a hacerlo.

Su voluntad le abandonaba, se daba perfecta cuenta. Pero una especie de instinto —el del policía que tiene que luchar por su vida— permanecía despierto en él. Un esfuerzo sobrehumano le permitió apoderarse de su revólver. Apelando a todas las fuerzas de que podía disponer aún, consiguió apuntar el arma sobre la sombra misteriosa y apretar el gatillo.

Una seca detonación desgarró el silencio nocturno, y la vela voló en pedazos.

White perdió el conocimiento.

* * *

El médico que estaba a la cabecera de su lecho cuando se despertó, sacudió la cabeza, sonriendo:

—¡Bien, amigo mío! —exclamó—. Nunca había oído decir que pudiera derribarse al diablo por medio de un simple revólver. Y, sin embargo, eso es lo que hizo usted.

—¡El diablo! —balbució el inspector.

—Mi joven amigo, si no hubiera alcanzado usted la vela con aquel disparo, no

cabe duda de que su final hubiera sido el mismo que el del desdichado Bascrop. Ya que el nudo del misterio era la vela, precisamente. Su antigüedad se remonta a cuatro siglos, como mínimo, y fue fabricada con una cera empapada en alguna materia volátil terrible, cuya fórmula poseían los brujos de la época. La longitud del texto mágico a leer estaba calculada de tal modo que la vela tuviera que arder durante un cuarto de hora, lo cual es más que suficiente para que toda una habitación se llene de un gas peligroso, destinado a emponzoñar el cerebro humano y a despertar en la víctima la obsesionante idea del suicidio. Confieso que esto no es más que una suposición, aunque no creo que se aparte mucho de la realidad.

White no sentía el menor deseo de entablar una discusión sobre la materia. Por otra parte, ¿qué otra hipótesis hubiese podido emitir? A menos que… No, era preferible no pensar más en aquel asunto.

EL ÁNGEL NEGRO

JOHN FLANDERS

La madre del pequeño Dick había muerto. En cuanto a su padre, debía vagar por algún mar de los antípodas; hacía años que no se había oído hablar de él. La familia se preocupaba muy poco de aquel niño rubio que apenas tenía siete años.

—¡Al orfelinato! —decidió el tío Patridge.

Bridge, la nodriza que había cuidado a Dick desde la cuna, lloró aquella decisión con casi todas las lágrimas de su cuerpo.

—Dime, Bridge —preguntó Dick, la víspera de la penosa separación—. ¿Es verdad todo lo que me has contado acerca del *Ángel Negro*?

Bridge inclinó afirmativamente la cabeza con aire grave. Se trataba de una leyenda irlandesa muy antigua, en la cual creían todos, en su país. Y, siendo así, ¿por qué no tenía que ser cierta?

—Entonces —se obstinó Dick—, cuando los niños son perseguidos por los gigantes, las brujas y los malos espíritus, e invocan al *Ángel Negro*, ¿responde éste de veras a su llamada?

—Desde luego —respondió Bridge—. Siempre acude en ayuda de los niños que están en peligro.

—¡Oh! —exclamó Dick—. ¡Qué contento estoy! Ahora ya no tengo miedo de ir al orfelinato.

La anciana nodriza alzó su delantal para que el niño no viera sus ojos.

* * *

El orfelinato de M. Bry parecía más una prisión para jóvenes delincuentes que una institución de beneficencia, donde debía conseguirse que los pequeños abandonados por los suyos olvidaran su tristeza.

La comida era mala y escasa, el trabajo pesado y los castigos sumamente duros.

M. Bry era un hombre corpulento de ojos negros y saltones. Su avaricia sólo era superada por su crueldad. Los niños que eran confiados a sus «cuidados paternales» tenían que deshacer cuerdas viejas, pegar papel, confeccionar suelas de zapatillas,

exactamente igual que si estuvieran condenados a trabajos forzados.

Aquello significaba para M. Bry un buen dinero, que guardaba en un pesado cofrecillo de hierro, en su habitación, y que contaba y volvía a contar con un morboso placer.

Un día entró subrepticiamente, como un ladrón, en el taller donde se afanaban los pobres huérfanos; y sus ojos sombríos cayeron sobre el joven Dick que, por desgracia, se estaba tomando un pequeño descanso.

—¡Número 51, no haces nada! —gritó, furioso.

—No, señor —respondió ingenuamente el niño—. Estaba contemplando un ratón.

—Un ratón, ¿eh? —aulló M. Bry—. ¿Y ese bicho asqueroso te impide trabajar?

—Es un animalito encantador —aseguró Dick—, y a mí me gusta mucho.

—¡Pues a mí, no! —rugió el director—. ¡Y todavía me gustan menos los gandules!

Agarró al niño por los cabellos y tiró violentamente. —¡Diez latigazos y seis días en el sótano, a pan y agua! Esa fue la sentencia.

* * *

Los sótanos hormigueaban de ratones, a los cuales Dick echaba migas de pan, lo cual les convertía en unos dóciles animalitos.

Lástima que las heridas de su espalda empezaran a infestarse y a hacerle sufrir horrores.

La segunda noche que pasó en aquel horrible sótano, la fiebre provocó en su cerebro toda clase de visiones. Vio a su madre que regresaba de la tienda de la esquina con muchas golosinas. Vio a Bridge…

¡Bridge! ¡Ah, qué tonto había sido al no llamar en su ayuda al *Ángel Negro*! Pero ahora iba a hacerlo. ¡Sí, inmediatamente!

—Querido *Ángel Negro,* la espalda me duele mucho, y me siento muy desgraciado…

No tuvo que decir nada más. Oyó rechinar una puerta. Una flecha de luz blanca atravesó las tinieblas. El *Ángel Negro* se encontraba delante de él.

* * *

Desde luego, era una aparición impresionante. El ser sobrenatural llevaba un traje muy ajustado y un antifaz de terciopelo negro, cuyos agujeros filtraban una terrible mirada de tigre.

Sin embargo, el niño no experimentó el menor temor.

Inmediatamente empezó a contárselo todo. Le habló de su difunta madre, de su querida Bridge, de los malos tratos que le infligía M. Bry y, finalmente, de su

esperanza de ver intervenir al *Ángel Negro*.

—Muy bien, pequeño, estoy aquí para ayudarte. ¡Condúceme a la habitación de Bry!

La voz le pareció muy seca para ser la de un ángel, pero Dick no vaciló un solo instante y tendió su manita hacia la enguantada mano del misterioso personaje.

* * *

Aquella noche, M. Bry se había obsequiado a sí mismo con un enorme filete y una ensalada de langosta, rociados generosamente con un vino de muchos grados. Por eso creyó ser víctima de una pesadilla cuando una mano ruda le sacudió para despertarle y una voz terrible le ordenó que abriera su pesado cofre.

—¡De prisa, canalla! —rugió el desconocido.

M. Bry comprendió entonces que no se trataba de un sueño.

Obedeció y, ahogando un sollozo, vio desaparecer su amado tesoro en una gran cartera de mano.

El *Ángel Negro* se disponía a marcharse cuando su mirada cayó sobre el pequeño Dick que había observado la escena con un aire asombrado, pero al mismo tiempo satisfecho.

El extraño individuo se inclinó sobre Bry y gruñó:

—¡Esto es por los latigazos, granuja!

M. Bry recibió un solo puñetazo en la cabeza, pero el golpe bastó para deshacerle los sesos.

—Hijo mío —dijo entonces el ser misterioso—, no tienes que decir absolutamente nada de lo que has visto, ¿entendido?

—Desde luego, no diré nada —prometió Dick—. Pero, querido *Ángel Negro,* ¿querrá usted besar de todo corazón a mi mamá, cuando vuelva al cielo?

Se produjo un largo silencio. Luego, súbitamente, Dick se sintió levantado por un brazo poderoso. Recibió un beso en cada mejilla y notó que algo tibio caía sobre su frente.

—¿Por qué llora usted, querido *Ángel Negro?* —preguntó.

Pero el *Ángel Negro* había desaparecido ya, y el pequeño volvió a encontrarse en el sótano, donde varios ratones jugueteaban en medio de un rayo de luna, lo cual le divirtió mucho.

* * *

Llegó un nuevo director, el cual se mostró muy cariñoso con los niños, pero también se presentaron unos hombres de aspecto severo, que formularon a los huérfanos toda clase de preguntas a propósito del difunto M. Bry.

Pero el pequeño Dick cumplió su promesa y no traicionó a su querido *Ángel Negro.*

LA GARRA DEL DIABLO

JOHN FLANDERS

Desde el pasillo 6 del ala B, una galería conduce a un pequeño patio interior en semicírculo.

El lugar es muy tranquilo, y los guardianes de servicio van calzados con zapatillas de fieltro.

Ni siquiera se les oye abrir los judas, por los cuales pueden espiar a los presos de las celdas de los condenados a muerte.

Por espíritu de humanidad, se ha reducido al máximo la longitud de aquella galería, a fin de qué los inquilinos de los calabozos 3, 5, 7 y 9 no tengan que andar demasiado para llegar al pequeño edificio donde les espera la horca.

Los vigilantes hablan muy poco, y cuando lo hacen es con voz casi inaudible. El único que no se preocupa por aquellas memeces es el Pastor Higgins. No baja el tono de su voz cuando grita:

—¡Sabe usted perfectamente a quien me refiero! ¡Al número cinco!

El Pastor Higgins era un hombre corpulento, de rostro bondadoso y abotargado. Es el único que puede dirigirme la palabra llamándome, no por la expresión *número cinco,* sino por mi verdadero nombre. En el curso de su primera visita quiso convencerme de que el Cielo abriría sus puertas para mí, en cuanto me balanceara, con las vértebras cervicales rotas, en la cuerda del patíbulo. Pero yo le dije:

—No se preocupe, Reverendo. Todo acabara por arreglarse.

Siguió mi consejo, y en su segunda visita me contó que cuando el tiempo era lluvioso o ventoso, padecía de asma, y que su esposa prefería el café al té. Sobre este punto, compartí cortésmente su asombro, y esto le complació mucho.

Una vez, a raíz de su séptima visita, quise hacerle unas confidencias. La Ley me permitía entonces admirar aún trece amaneceres.

—La cosa empezó —le dije— el día que cayó en mis manos la obra de Boecio *De Consolatione Philosophiae.* ¿No le parece extraño, Reverendo, que también Boecio perdiera la vida en el patíbulo?

—¿Ahorcado? —inquirió, curioso.

—No, decapitado.

Su interés decayó, ya que era un hombre de su época y sabía que el Reino Unido

había renunciado desde hacía siglos a aquel sistema de ejecución. De modo que no me molesté en explicarle que la cosa sucedió el año quinientos, y lejos de Inglaterra.

Por otra parte, el Pastor había echado ya una ojeada a su reloj. Seguramente tenía miedo de llegar con retraso a la merienda, en el curso de la cual su esposa bebería café, y él té.

En los días que siguieron, sólo hablamos de cosas insignificantes. No obstante, una vez le pregunté si un ser humano podía tomar la forma de un gato, y viceversa.

—¡Desde luego! —respondió alegremente—. ¡En el cuento de *El Gato con Botas*!

—En esa historia, el ogro se metamorfosea en ratón —dije, muy serio—. No es lo mismo.

Palmeó mi mejilla amistosamente y declaró que yo era un muchacho travieso y divertido.

Eso me convenció de que me prefería a los otros condenados que temblaban y se lamentaban al ver fundirse como la nieve al sol sus tres semanas de plazo legal.

—Un tipo valiente —le oí decir en cierta ocasión, dirigiéndose al carcelero, detrás de la puerta.

¿Soy de veras valiente? ¡En absoluto! Pero muy curioso, sin duda alguna. Tengo prisa por saber si realmente todo se aclara en el más allá, y si por fin comprenderé lo que me ha sucedido.

* * *

El nombre de aquella pequeña ciudad no tiene la menor importancia.

Pero, ¿por qué no ser sincero? Prefiero callarlo, ya que suena desagradablemente al oído, como una uña rascando una piedra pizarrosa.

Seguid, sobre el mapa de las Lowlands, aquel pequeño río sinuoso que se obstina en correr hacia el oeste, en tanto que los otros cursos de agua van alegremente al encuentro del sol levante.

El mapa no menciona ni las murallas de la ciudad que, en el horizonte, parecen formar parte de las nubes, ni las torres austeras que surgen de ellas. Tampoco menciona el graznar de los buitres en las llanuras contiguas, y mucho menos las campanadas del toque de queda que resuenan lúgubremente en el aire, como si tuvieran frío y pidieran un poco de abrigo.

Llovía cuando llegué a ella, de noche. Los múltiples pinceles de claridad de la luna pintaban la oscuridad con grandes trazos luminosos.

La casa se erguía entre el recinto de la catedral y la tierra de las *Hermanas negras.* Tenía un aspecto lastimoso, con su tejado cubierto de liquen.

En primer lugar observé atentamente la calle. Estaba desierta. Las casas, en medio de las sombras invasoras, parecían jugar al escondite.

Saqué la ganzúa de acero que me había procurado en Londres. Se oyó un chasquido y la cerradura cedió inmediatamente.

El pasillo estaba iluminado por una lámpara de aceite de vidrio amarillo. Quise

sacar de mi bolsillo el plano de la casa, pero recordé haberlo quemado como medida de precaución antes de ponerme en camino. De todos modos, recordaba claramente la disposición de las habitaciones.

Recordé las palabras escritas con tinta roja debajo del plano: «¡Cuidado con el gato!»

Por primera vez desde mi salida de Londres, lo raro de aquel aviso me impresionó. Si se hubiera tratado de un perro… Pero, ¡un gato! También habían escrito, aunque esta vez con tinta negra: «Subir la escalera hasta el primer piso. Girar a la derecha, subir dos peldaños, seguir un pasillo de veintidós pies de longitud. Si es demasiado pronto, ocultarse en el nicho, de seis pies de altura, entre la estatua de Santa Rita y la pared. En cuanto den las diez, entrar en el cuarto. La inquilina se acuesta a las nueve. El somnífero que toma produce su efecto tres cuartos de hora después de haberlo ingerido. *Ya sabe lo que tiene que hacer.* Abrir el armario ropero y apoderarse de una caja de bizcochos *Huntley-Palmers*, con la efigie de la Reina Victoria en la tapadera, que se encuentra debajo de una pila de servilletas, en la tercera tabla. Salir de la casa. No hay ronda nocturna antes de las diez y cuarto. Regresar a Londres dando un rodeo. Esperar en la Burma Road, tres días después, a las diez».

Me había repetido con tanta frecuencia todas aquellas órdenes que hubiera podido recitarlas de memoria, como un poema.

¿Por qué precisamente la Burma Road? Siempre he detestado Stoke-Newington, y todavía más aquella calle fría de un barrio sin alma ni alegría. Había también otras órdenes.

Mucho más terribles. Una voz cruel y sin timbre me las había murmurado al oído. Todo estaba incluido en aquellas siete palabras: *«Ya sabe lo que tiene que hacer»*.

Mi reloj señalaba las diez menos dos minutos. Permanecí de pie delante del nicho, sin meterme en él. Había suficiente claridad para distinguir la estatua inclinada de la santa.

Busqué con la mirada el origen de aquella claridad y vi que la luna había conseguido librarse de la bruma, su hoz parecía haber segado las nubes del cielo.

Las diez.

La puerta de la habitación estaba cerrada por dentro y tenía la llave puesta, pero yo había previsto aquella posibilidad. Por medio de una pequeña pinza de acero cogí el extremo de aquella llave y la hice girar lentamente.

El cerrojo no estaba echado.

Una lámpara de globo de cristal esmerilado iluminaba la estancia.

Me pregunté por qué debía matar a la pequeña dama que yacía sobre el lecho, inconsciente, roncando ligeramente, con la garganta descubierta. Ni siquiera se despertaría.

Pero las órdenes eran categóricas.

Las sábanas se removieron ligeramente, formando pequeñas olas, cuando golpeé.

No vi sangre, y me alegré, porque la vista de la sangre me produce náuseas.

«Abrir el armario ropero…»

La caja estaba allí y, desde la tapadera, la Reina Victoria me miró con sus ojos redondos de rana.

«Salir de la casa. No hay ronda nocturna antes de las diez y cuarto…»

Eran las diez y siete minutos.

A las diez y siete minutos abrí la puerta de la calle.

Sin tener el menor motivo para hacerlo, me volví y contemplé la escalera.

En el primer rellano había un gato que me miraba fijamente con sus ojos verdes y chispeantes.

Tres días después, en el porche de una pajarería de la Burma Road, alguien me quitó la caja de las manos y me entregó un paquetito envuelto en papel gris.

Mil libras en billetes de diez.

* * *

Durante un mes recorrí todos los periódicos de Inglaterra y de Escocia, desde la primera hasta la última página, desde los editoriales hasta los anuncios más insignificantes. Una sola vez hablaron de la pequeña ciudad de nombre desagradable, de sombrías murallas, de torres horribles. Y fue a raíz de un encuentro de tenis.

Ni una palabra acerca del crimen.

Sin aquellos crujientes billetes de banco, hubiese podido creer que había tenido un mal sueño. Había alquilado en London Wall una bonita habitación amueblada, un nido confortable y muelle, desde el cual podía admirar la tupida vegetación de Finsburry Circus.

Hacía mis comidas en un restaurante de la Chiswell Street. Nunca había saboreado manjares tan deliciosos. Me convertí en un asiduo visitante de la biblioteca local, y empecé a escribir versos.

Un editor de Paternóster Row se declaró dispuesto a publicar un volumen de mis poesías si corría yo con los gastos. Pero no me gustaba Paternóster Row, que se encontraba demasiado cerca de Newgate.

Devoré un número increíble de libros.

Trabé conocimiento con Chaucer, Otway, Sam Butler, e incluso con Locke, el cual me aburrió, sinceramente. Estaba a punto de imitar a Ossian y a Chatterton en mis poemas cuando cayó en mis manos la *De Consolatione Philosophiae* de Boecio. Había obtenido aquella obra por un precio irrisorio en una tienda de libros viejos de Cheapside. Encantado con mi adquisición, empecé a leer cuando oí que mi patrona reprendía severamente a la criada.

—¡No quiero gatos en casa! —aullaba, furiosa—. ¡Y hace dos días seguidos que me encuentro este asqueroso animal en la escalera!

—Es verdad —reconoció la criada—, pero yo no puedo hacer nada. Es el gato del caballero que escribe en los periódicos.

En efecto, yo había dicho que era periodista. Unos segundos después, mi patrona,

temblando de cólera, irrumpió en mi cuarto.

—¡Su gato tiene que abandonar la casa, o desaparecerá usted con él! —gruñó, en tono amenazador.

Mis protestas fueron sinceras. Yo detestaba los gatos tanto como ella, y no quería ver ninguno cerca de mí.

Mi patrona examinó la habitación con aire suspicaz. En un momento determinado, levantó la cabeza inspirando profundamente, y luego fue a sacar de debajo del armario una escudilla de leche que depositó sobre la mesa con una expresión de triunfo.

—¡Esto está destinado a los ratones, quizás! —exclamó, provocativa—. ¡No! Es inútil que trate de engañarme. Aquí nunca hemos tenido ratones.

Salió, cerrando la puerta de golpe. Yo estaba estupefacto. La escudilla, la leche… ¡Sí, la leche! Yo, que desde niño no había podido tragar aquel líquido insípido, ni siquiera en mi café o en mi té.

Me dejé caer en el sillón. Mis pensamientos empezaron a girar como otras tantas peonzas. Luego terminé por amodorrarme. Una picadura de mosquito me despertó. Maquinalmente, dirigí la mirada hacia la mesa. La pequeña escudilla estaba vacía, no quedaba en ella una sola gota de leche.

Lo que me despertó a la noche siguiente no fue una picadura de mosquito, sino un dolor quemajoso.

Me palpé la mejilla y retiré la mano chorreante de sangre. Una garra poderosa me había arañado el rostro. Adiviné inmediatamente que había sido obra de un gato.

Al día siguiente recibí una nota escrita con tinta roja: «El gato le vio, lo siento por usted».

No había firma, pero creí reconocer la escritura del Diablo, *¡los garabatos del Diablo!*

Sujetándome la cabeza con las manos, traté de poner un poco de orden en mis ideas. Pero no conseguí gran cosa. El que había descubierto mi profunda miseria de antaño, el que me había sabido al borde de la desesperación, me había encargado una misión terrible, cuyo cumplimiento, no obstante, me había permitido vivir hasta ahora sin preocupaciones. Aquel hombre… Pero no era un hombre. No había sido más que una sombra misteriosa, vestida de negro. Una sombra inquietante de ojos de búho, de voz cruel y fría.

Yo había cumplido mi palabra. Él también.

¿Qué más podía haber?

Alrededor de mediodía mi patrona entró a decirme que debía abandonar la casa inmediatamente. Había visto el gato, sentado delante de la puerta de mi cuarto. No me sentí con fuerzas para defenderme. Por otra parte, no quería quedarme un solo día más en aquella casa.

Empecé a rodar por Londres. No hay en el mundo otra ciudad que sea más espantosa y que se preste mejor a interminables vagabundeos.

Ni siquiera pensaba en ponerme a buscar otra habitación.

—Dondequiera que encuentre una —me dije—, sea en London Wall o en Dulwich, siempre habrá escudillas llenas de leche debajo de los armarios, siempre habrá una garra para arañarme la mejilla, siempre habrá un gato sentado sobre la esterilla delante de mi puerta.

En aquel momento, el reloj del Big Ben empezó a sonar, lo cual me recordó la estúpida historia de Dick Whittington y su gato.

«Go back Whittington Thrice Lord Mayor of London».

Pero las campanas de Westminster me contaban algo muy distinto. Me obligaban a pensar en sus hermanas de la pequeña ciudad maldita con sus altas murallas, sus torres horribles y sus graznantes buitres. Caía Ja noche y el frío era muy intenso cuando distinguí, delante del asilo nocturno de la Commercial Road, a toda la chusma de Wapping que esperaba pacientemente que se abriera la gran puerta gris.

Mi bolsillo estaba repleto de libras esterlinas y, sin embargo, envidié a aquellos desgraciados que iban a dormir, en común, sobre unos miserables jergones, tapados con unas mantas que olerían a agrio, pero no en una habitación donde en cualquier momento podía surgir un gato fantasma.

—¿No queréis invitar a una copa de ginebra a la pequeña Grace, gobernador? —suplicó una vocecita en la penumbra.

Era una muchacha rubia, que llevaba un vestido deshilachado y un sombrero de color de rosa. Una muchacha como las que pueden encontrarse por docenas en aquel mísero barrio.

Me sentí solo y la acogí amablemente.

Entramos en un tugurio, donde ingerimos numerosos ponches y otras mezclas, caras y ardientes, que llevaban nombres norteamericanos.

—Acompáñame a mi cuarto, querido —propuso la muchacha—. No es muy lujoso, pero está limpio.

En efecto, era una habitación muy limpia, e incluso hubiese podido encontrarla agradable de no haber sido por el frío glacial que reinaba en ella.

—¿Tienes frío, querido?

Grace señaló una pequeña estufa de petróleo.

—Hace mucho humo, pero no calienta. ¡Espera un momento! Meg, una de mis compañeras, vive en el mismo piso. No se negará a prestarme su radiador eléctrico.

Salió del cuarto.

Unos instantes después oí que llamaban a la puerta. Creí que el radiador en cuestión estorbaba a Grace y no le permitía abrir. De modo que lo hice yo.

Un gato gigantesco penetró en el cuarto, saltó sobre la mesa y me dirigió una terrible mirada.

Por unos instantes quedé como convertido en estatua de sal; luego vi al monstruo tensar sus músculos y exhibir sus largas y aceradas garras.

Cerca de la estufa de petróleo había un atizador, una pesada barra de hierro. Me apoderé rápidamente de ella en el momento en que aquel demonio iba a saltar, y le golpeé.

Su cabeza se abrió como una naranja demasiado madura.

* * *

Súbitamente, el cuarto se llenó de gente y transcurrieron unos minutos antes de que me diera cuenta de que me estaban maltratando.

—¡Bestia! ¡Asesino! —aullaban unas voces furiosas, en tanto que unas manos negras y sucias me arrancaban mechones de cabellos, y unos pies toscamente calzados me desgarraban la piel de las piernas.

—¿Por qué? —murmuré.

—¡Quitadle el atizador! —gritó alguien.

Incapaz de oponer la menor resistencia, vi cómo un hombre vestido con una blusa verde se acercaba a mí para quitarme de las manos una barra de hierro oxidada, de la cual goteaba un líquido rojo.

—Es el gato —dije, sollozando.

Pero no había ningún gato a la vista.

En cambio, la pequeña Grace yacía en el suelo, con la cabeza abierta, y la sangre fluía por entre sus cabellos rubios. Estrechaba en sus brazos un pequeño radiador eléctrico.

* * *

No he contado esto ni a la policía ni a los jueces. ¿De qué me hubiera servido? ¿Para escapar de la horca? ¿Y para que me enviaran a Bedlam +++[1], donde, noche y día, un gato me hubiera mirado intensamente con sus ojos de demonio, y luego me hubiera arañado el rostro con sus garras?

En la celda número cinco de los condenados a muerte, en Newgate, espero el día vigésimoprimero. Me han atado a mi camastro. Dado que está previsto por el reglamento, no quiero protestar.

Me han puesto unas esposas, pero mis dedos están libres, y escribo. No poseo tinta ni papel. Ni siquiera podría escribir en la arena, o sobre el agua. De modo que escribo en el cielo, simplemente.

Por eso mi historia no alcanzará a los hombres, pero me precederá cerca de Dios, el único juez inapelable.

+++[1] Corrupción de Bethleem, el más antiguo de los hospitales psiquiátricos de Inglaterra, fundado en 1547 por Enrique VIII (Gran Larousse Enciclopédico).

SABOR DE NADA

JUAN G. ATIENZA

Me desperté con un sabor dulzón y borracho en la garganta. Vi las luces hirientes de las lámparas del quirófano y no pude parpadear. Ví también las cabezas encapuchadas de los cirujanos, cubiertas con máscaras verdes, inclinadas sobre mi cuerpo. Escuché el choque metálico del instrumental recogido por manos enguantadas de las mesillas. Sobre mi rostro, la presión de la mascarilla de la anestesia. Pero yo no estaba anestesiado: veía, oía, sentía; lo sentía todo, menos el dolor del bisturí rasgando mi carne o el pellizco de las pinzas. No había dolor. Y el sabor dulzón en mi garganta resultaba agradable…

De pronto, sentí unos dedos que bajaban mi párpado izquierdo y unos ojos que se acercaban a los míos. Cuando esos ojos se apartaron, vi al cirujano incorporarse con la frente bañada en sudor. Se volvía ansioso hacia alguien que estaba detrás de mí y sus ojos preguntaban. Y una voz surgió lenta a espaldas mías, una voz apagada por la máscara verde:

—Ha muerto…

El cirujano bajó la cabeza un momento. Luego se apartó de la mesa de operaciones, indicando sordamente:

—Cósanlo.

Sentí unos tirones indoloros en mi cuerpo. Traté de moverme, de mirar hacia algún sitio, de decir algo. Pero no podía. Mis ojos estaban fijos en la lámpara y no podía trasladarlos de un lado a otro para ver todo cuanto me rodeaba.

Luego, el rostro enmascarado de una monja con gafas se inclinó sobre mí. Se quitó la máscara y vi que sus labios se estaban moviendo. Su mano se posó suavemente sobre mis párpados y me los cerró. Habría querido gritarle que no cerrase mis ojos, que quería ver, pero era inútil. Por más que me esforzaba, ningún sonido pudo salir de mi garganta, llena únicamente de aquel sabor dulzón y borracho.

Con los párpados cerrados, con mi mundo reducido ahora a las demás sensaciones, los rumores confusos de las voces en torno mío, pensé que debería sentirme aterrado. ¡Aquella gente me estaba dando por muerto! Y, sin embargo, me limitaba a recoger sensaciones y mis pensamientos tomaban objetivamente aquel hecho que, en cualquier otra circunstancia —es decir, en el caso en que yo hubiera

estado efectivamente vivo— me habrían vuelto loco.

Supe que me sacaban de la mesa de operaciones y que me trasladaban, en una camilla rodante, hasta un cuarto que debía de ser grande y frío. El frío lo sentí sobre mi piel; la sensación de grande me llegó a través de las voces de los dos hombres que me dejaron sobre la mesa de mármol, voces que resonaban como en una bóveda.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Sentía frío y mi piel parecía reacia a erizarse. Comencé a tener una conciencia más clara de mi propia situación extraña. Si aquello era efectivamente la muerte, tendría que sentir también, poco a poco, los efectos de la descomposición, hasta que ésta alcanzase mi cerebro y, entonces… todo habría terminado. O bien, en aquel instante, escaparía de mi cuerpo y volaría hacia el lugar donde descansan las almas. En cualquier caso, ahora yo vivía dentro de mi cuerpo muerto, como prisionero de él, sin poder hacer el menor movimiento, encerrado en un molde de carne y de huesos y nervios y vísceras muertas. Dentro de mí —dentro de mi cuerpo inmovilizado, habría tenido que decir— sólo aquel sabor dulzón goteando lentamente en mi garganta tenía gusto a vida caliente. Y era precisamente ese sabor el que me impedía caer presa del pánico, un pánico que, por otra parte, no habría podido hacer nada por evitar. Pero el goteo lento y caliente —¿caliente, por qué?— me confería como una remota esperanza de que no todo hubiera muerto dentro de mí.

Pasó un tiempo imposible de medir. Se abrieron nuevamente las puertas de aquella habitación tan grande con una resonancia que resbaló por las paredes. Cuatro manos me sujetaron fuertemente por los tobillos y los sobacos. Me depositaron sobre otra camilla, me sacaron de allí y me metieron en un vehículo. El vehículo —debía de ser una ambulancia— recorrió una buena parte de la ciudad. Oía los timbres y los semáforos, los silbatos agudos de los guardias de tráfico, frenazos de otros vehículos y motores que se unían constantemente al del coche que me conducía. Luego se detuvo. Se abrieron las puertas traseras y me llegaron voces confusas de gente que se había aglomerado allí cerca, para verme. Alguien cubrió mi rostro con un paño. Oí mi nombre y me di cuenta de que todos, más o menos, sabían que yo estaba muerto. Sobre unas parihuelas me entraron en la casa. Entonces comenzaron los llantos. Oí el llanto silencioso de mi mujer y los sollozos histéricos de mis hermanas, que parecían querer dejar bien sentado que sentían mi muerte. Oí voces confusas en torno a mí, voces pronunciadas en tono muy bajo, como si temieran despertarme. Voces que me resultaban familiares. En manos de camilleros, me llevaron a través de la casa —y yo habría podido reconocer cada rincón y cada tabique— y se detuvieron en un lugar, cuando la voz de mi mujer dijo:

—Aquí, por favor…

Me echaron suavemente sobre la cama, sobre *mi cama.* La sentí blanda y fría. Oí los pasos de los camilleros, que se alejaban. Y mi mujer —creo— se arrodilló a mi lado y lloró,

solos los dos. Pensé que debía de haber llevado a los niños a la casa de mis

hermanos, para que no me vieran muerto.

Durante mucho tiempo, pasó gente cerca de mi lecho. Alguien —mi mujer, seguramente— me había cruzado las manos sobre el pecho y me había descubierto el rostro. Reconocí a los que pasaban frente a mí y se detenían un instante. Les reconocí por las voces, por su modo peculiar de sorberse los mocos, por sus pasos— los pasos de Enrique, mi compañero de mesa en la oficina, el cojo; los pasos lentos e importantes de mi jefe; los pasitos menudos de mi tía Catalina, acompañados por el tac-tac de su bastón de puño de plata.

Sus voces, siempre bajas, hablaron de lo mismo que yo había hablado otras veces, cuando tuve que asistir como espectador a espectáculos como este en el que yo era ahora el protagonista pasivo: de lo inesperado de mi muerte, de cómo ya habría dejado de sufrir, de mis pobres hijos… Y, cada vez que oía algo así, alguna bestialidad como las que yo mismo me había visto obligado a pronunciar en tales circunstancias, me acometía el odio, un odio espantoso por todos ellos. Y me venía a la garganta, más fuerte y más caliente, el sabor aquel. Y sabía ya cual era ese sabor: sabor a sangre caliente, como si estuviera bebiendo la de toda aquella gente hipócrita que me rodeaba y que, de un modo u otro, se habrían de beneficiar con mi muerte.

Al cabo del tiempo, hubo ruido de maderas depositadas en el suelo, más allá de mi cuarto, golpes de latón y golpear de clavos contra la pared. Manos familiares me sacaron de la cama y me trasladaron hasta el féretro, sentí su fondo almohadillado y frío y, a través de los párpados, la luz de las velas que habían colocado en torno a mí. Oí rezos en voces que no conocía, rezos monótonos que se prolongaron durante horas, entremezclados esporádicamente con los pasos y las voces apagadas de algún otro visitante que habría venido a verme muerto también. Un rosario tras otro, las monjas —tenían que ser monjas, el murmullo de su rezo era inconfundible para mí— y las mujeres de la casa desgranaron el monótono rezo y habrían llegado a producirme sueño —¿sueño, estando ya muerto?— si no hubiera sido por el extraño descubrimiento que hice. De pronto, en medio de uno de aquellos golpes de sangre que se venían a mi garganta, me di cuenta de que podía mover los párpados. Y me di cuenta también, incluso con extrañeza, de que no deseaba que los demás se dieran cuenta de que podía hacerlo. Tal vez otro habría abierto los ojos y habría llamado la atención sobre el hecho de que estaba vivo, no lo sé, porque nunca he estado en el cuerpo de otro. Pero yo no quise. Preferí esperar, tratando de mantener la inmovilidad total de la única parte de mi cuerpo que sentía que podía dominar. Aislado de todo lo demás precisamente por aquel murmullo monótono de rezos incesantes, tuve tiempo de preguntarme por qué quería permanecer así. Podía tratarse de un estado cataléptico producido en mitad de la operación. Pero yo lo único que sentía era un deseo fuerte e inconsciente de permanecer inmóvil, de que nadie se diera cuenta de que estaba vivo. Un deseo que iba más allá de mi razón y que únicamente se explicaba por el agradable y caliente sabor de la sangre que venía a borbotones de vez en vez a mi garganta reseca y que penetraba en mi cuerpo sin que mi garganta hiciera el menor

esfuerzo por tragarla. Y digo se explicaba y me doy cuenta de que esa explicación no era más que una excusa: porque el placer de aquel sabor caliente y borracho era ya suficiente para mí y justificaba mi inmovilismo absoluto y el peligro —¿peligro?— de ser enterrado vivo.

Pasé la noche en este estado. Supongo que sería la noche. Al menos, a través de los párpados cerrados, no llegaba otra luz que la de los cirios. Oí pasos una y otra vez, conversaciones que llegaban de lejos, de un cuarto vecino, probablemente de los que me estaban velando. Conversaciones en las que, a retazos, adivinaba más que oía muchos temas distintos: la carestía de la vida, la historia privada de alguien que no podía estar escuchando, los planes para el próximo veraneo. Y, en medio de aquel murmullo inconexo, los ronquidos suaves de alguien que, cerca de mí, se había dormido profundamente. Perdí la noción del tiempo, alterado extrañamente desde que abrí los ojos en medio de la operación. O tal vez se trataba de una contracción de ese tiempo, porque me pareció que la noche se acortaba y, una vez seguro de que nadie se encontraba cerca de mí, abrí los ojos y casi me sentí herido por el resplandor del día que se filtraba a través de la ventana del cuarto vecino, lleno de gente sentada a lo largo de las paredes, como sombras oscuras.

Luego, los acontecimientos se precipitaron. Al menos, se multiplicaron de tal forma que formaron una sucesión indeterminada y rápida, de cuyo paso apenas puedo darme exacta cuenta. En la memoria atrofiada por la oscuridad y el inmovilismo que me había obligado a mantener, se mezclaron los pasos de la gente, los responsos de un cura, los llantos de mi familia, la llegada de los empleados de la funeraria, que taparon mi féretro y lo levantaron conmigo dentro, lo bajaron por las escaleras y me depositaron en el furgón. Sentí que el furgón se ponía en marcha lentamente, atisbé lejanísimos los cánticos finales de los sacerdotes y, luego de una parada que se me hizo excepcionalmente larga, la aceleración de la marcha, hasta llegar —supuse— al cementerio. Allí me depositaron en alguna parte y otra vez abrieron el féretro. La luz me entró casi dolorosa en los ojos, a través de los párpados. Me mantuve inmóvil, con un único deseo: que mi garganta reseca recibiera nuevamente algunas gotas de sangre, de aquella sangre caliente que desde hacía tanto tiempo no sentía.

Ahora, por fin, soy libre. Hace horas que depositaron el féretro en el panteón familiar que adquirió mi padre, hace muchos años, en el cementerio local. Ahora+++ *sé que puedo mover mi cuerpo y que mis miembros responden a los reflejos cerebrales.* Sé también que puedo salir de aquí. Y que saldré en cuanto llegue la noche. Hace horas que no siento el sabor de sangre en mi boca. *Y la necesito.* Temo que la seguiré necesitando siempre, mientras viva esta existencia extraña de muerto vivo.

Sé que la tapa del féretro es fácil de abrir desde dentro. Nadie me lo ha dicho, pero lo sé. Sé también que hay un lugar por donde se pueden saltar fácilmente las tapias del cementerio, el mismo lugar por donde regresaré a mi tumba cada amanecer. Ahora voy a comenzar una nueva vida.

EL TELÉFONO ACUSADOR

Alfonso Alvárez Villar

Las olas rompían con furia contra la escollera. El Mediterráneo había perdido su calma bonachona de señor que se mece tranquilamente en su columpio y ahora agitaba furioso su cabellera de algas. Ráfagas huracanadas combaban las pelucas crespas de los olivos y de los almendros y el polvo reseco del verano subía en torbellinos.

La pareja avanzaba, forcejeando contra el viento, sobre las arenas grises de la playa. Él era un hombre de mediana estatura, pelirrubio, cejijunto y algo achaparrado de espaldas. Su mandíbula maciza mordía las posaderas de la tempestad. Ella parecía una muñeca recién comprada en una vieja droguería en donde se venden polvos raticidas y juguetes de plástico. Había en su marcha algo de amanerado, de presuntuoso, como si aquel paseo fuese una excursión dirigida por monjitas de toca ancha y mente estrecha. Las rubias walkirias y los mocetones del norte de Europa que habían salido de sus tiendas para afianzar los postes y las cuerdas de sus nidos de verano, dirigieron una mirada perpleja a la pareja de españoles.

—¿No te gusta luchar contra el viento?

—Es uno de mis placeres favoritos —afirmó Alberto desafiante, mientras una larga bocanada le llenaba las fauces de un sabor a yodo y a cenizas plutónicas.

—El mar está magnífico. Parece que se ha enfadado con nosotros —añadió Gertrudis. Y había en su contestación un resabio de lecturas románticas.

Alberto miró el mar. Había dejado de ser el marino que baldea la cubierta de un portaaviones, y parecía hincar sus uñas saladas en la tierra desfallecida de calor. Pensó un momento, al percibir los millones de hoyos que se hacían y se deshacían en la superficie del mar, en una diversión que él acababa de inventar: en cualquier feria alguien podría instalar una superficie que se moviese incesantemente, arrojando al suelo a los ingenuos. Pero —pensó— si él pudiera andar sobre las aguas como Jesucristo, habría vomitado hasta la última gota de bilis.

La pareja trepó a la escollera. El, galante, le tendió una mano a ella para auparse a una roca de la que partía un camino de cabras. Vieron, una vez más, el «I LOVE

YOU», que unos turistas habían grabado sobre una roca, y esta expresión le hizo torcer el gesto, como si acabara de recibir un escupitajo.

Llevaban ya tres años de casados, y esta era ocasión que él había esperado. Iba a quedar, por fin, libre de aquel cilicio que le intentaba enseñar todos los días la tabla de multiplicar de la virtud. En tomo suyo seguía desarrollándose la cinta dorada de la existencia, pero ella le había calzado con coturnos estrechos para que caminara, sin pérdida alguna, sobre el asfalto gris. Es cierto que le había ayudado a terminar su doctorado, pero apresurándose inmediatamente a pasarle el recibo: un recibo que, desde hacía ya tres años, él estaba pagando con el tuétano de su vida joven.

Alberto había intentado el divorcio, pero aquella santita dulzurrona había apretado más sus rodillas en torno al cuello de él hasta hacerle pedir clemencia. Gertrudis era casta; ninguna evidencia se hubiera podido presentar a un Tribunal español, a no ser contra él. La opulenta matrona de la Justicia le habría roto la cabeza de un golpe de balanza. Quedaba, pues, sólo el recurso del crimen, el del asesinato perfecto. Pasó por su mente el verso de Zorrilla: «Llamé al Cielo y no me oyó, y si sus puertas me cierra…» y no pudo disimular la sonrisa. ¡Qué ideas más absurdas se nos ocurren cuando nos hallamos en los momentos más críticos de nuestra vida!

Estaban ya en lo alto de la lengua pétrea que se afilaba sobre el mar, adoptando la forma de un reptil prehistórico al acecho. Allá abajo se veían, como si fuese un campamento de indios motorizados, los wing-wang de los turistas. Dentro de ellos estarían haciendo el amor las hermosas muchachas que a él tanto le gustaban. Muchachas que, aquella misma mañana, se habían tumbado perezosamente en la playa para recibir el lametazo lúbrico del sol celtibérico sobre sus epidermis medio desnudas. Y esas muchachas francesas, suecas, alemanas… se habían convertido en fruta prohibida para él, por obra y gracia de aquella carcelera que castraba con la gumía de su vista o de sus mohines de desprecio.

—¡Eres un cerdo! —le había dicho unos días antes, al sorprenderle entablando conversación con una de las turistas.

Y, sin embargo, «aquello» iba a terminar. Sufriría quizá unos meses de molestias y algún que otro remordimiento inútil. Pero al año siguiente y en aquella misma playa estaría allí, y otras muchachas vendrían a sustituir a las que él ahora se limitaba a acariciar con la mirada. Y no tendría necesariamente que volver al mismo lugar, para que los escasos miembros de la colonia española le miraran con pena, y las jóvenes casaderas le inscribieran en la lista de los partidos excelentes. El mundo era para él una inmensa máquina tragaperras con muchos botones.

Otro embate del viento le hizo gozar anticipadamente de la libertad. Pensó que era un pájaro que iba de un momento a otro a romper los barrotes de su jaula, fabricada con jaculatorias de beatas. Pronto la rosa de los vientos sería la única guía de sus vuelos.

—Vamos al sitio de siempre, si te parece —insinuó Alberto—. Espero que no nos quedemos empapados como la otra vez.

Era la única infidelidad que Gertrudis le toleraba: el que una ola más audaz le envolviese como la sábana de un tálamo nupcial o como el cuerpo de una hembra extraterráquea que quisiera absorberle hasta el último átomo de su virilidad. La caricia de las espumas era fría, y hasta producía un dolor tenue. Era aquello no un jugar con fuego, sino con agua, con agua embravecida. Unas veces la ola caía como un abanico de nácar delante de sus ojos, restallando sus pequeños tentáculos de pulpo en el basalto. Otras surgían como un puño enguatado de cabritilla que pegaba con ira contra el *punch* de piedra, dejándole k. o., aunque él supiera que aquel puñetazo había sido dirigido contra su mandíbula. Finalmente, después de haberles cercado por todas partes, la mojadura se producía inesperadamente: era un *geyser* salado que explotaba de repente bajo sus pies y no le daba tiempo a escapar. Reían entonces los ocasionales espectadores. Reía él con una risa de circunstancias.

Pasaron por delante del torreón. Aquel torreón se habían dirigido siglos atrás contra las incursiones de los piratas argelinos. Ahora era obligado evacuatorio de los turistas. Un manotazo del aire llevó a sus fosas nasales un olor a excrementos. Más abajo estaba el Gran Purificador, y hacia él se dirigió la pareja.

Bajaban ahora despacio. Las piedras eran resbaladizas. Por allí pasaban muchos pescadores *amateurs* y otros profesionales que sacaban de aquella artesa común las proteínas con que complementaban su pobre ración alimenticia. Poco a poco iban descendiendo.

—Ten cuidado, no vayas a resbalar —le dijo él. Porque convenía que el descenso hasta la muerte fuese lo más suave posible.

—No te preocupes. Te apuesto cualquier cosa a que tú te resbalas antes que yo —le contestó ella. Y Alberto pensó que aún en estas cosas triviales, Gertrudis le tenía que hacer sentir su superioridad.

Bajo el rudo embate del viento de Levante, los ángeles de la guarda de Gertrudis hacían grotescos equilibrios, procurando no entrar en barrena.

Llegaron al límite de la escollera, en un punto en donde la roca quedaba cortada a pico. Había sólo cuatro metros de altura entre el borde y el mar, un buen trampolín para los aficionados al salto. Ahora las olas intentaban remontar la pendiente, produciendo suaves visillos de nylon que el viento deshacía arrastrando sus jirones a mucha distancia. Allí abajo el agua era un globo de goma que se hinchaba y se deshinchaba. La atmósfera era tan gris que no se veía el fondo en el que, otras veces, bandadas de peces de varios colores organizaban minúsculas regatas.

—Vas a pasar dos o tres minutos muy duros —pensó—. Luego, la Nada. Hubiera deseado para ti una muerte mas dulce.

Y al pensar esto sintió en su garganta el nudo de la asfixia, la sensación terrible del agua que desaloja el aire de los pulmones y quizá cien imágenes espantosas que nadie podrá jamás relatar al resto de los hombres, porque aparecen sólo en los umbrales de la muerte.

Bastó sólo un pequeño empujón. El cuerpo de Gertrudis era tan pequeño que lo

extraño era que el mismo viento no hubiera sido el asesino. Cayó sin que las faldas se abrieran en forma de campana, como él había visto una vez en una fotografía de un incendio. Y Alberto pensó que hasta en el momento de la muerte ella seguía manteniendo su decencia, como si temiera que algún espectador situado en la superficie del agua quisiera aprovecharse de la ocasión.

Sonó un grito y luego el golpe de un cuerpo que deglute el agua. Luego sonó el del cuerpo de él.

Todo lo había calculado con sumo detalle. Pero quedaba el azar, que podía obrar contra su propia vida. Porque ahora tenía que fingir que se había precipitado para socorrer a su esposa. Y, claro está, ni siquiera un buen nadador se hubiese atrevido a saltar con aquel mar embravecido. Pero el riesgo de que la policía sospechara de él disminuiría con ello, que nunca se había aventajado en natación.

Luchó con el agua, que se introducía por su nariz y por su boca. A pocos metros de él, el cuerpo de ella aparecía y desaparecía, como si se tratara del corcho que utilizan los pescadores. Por supuesto, Gertrudis no sabía nadar, y por eso sus posibilidades de supervivencia era nulas en aquella ocasión en que faltaba cualquier ayuda humana, salvo, paradójicamente, la de él, que había planeado su muerte.

Empezaron a pedir auxilio. Primero sonaron las voces de los dos. Luego sonó sólo la de él.

Había calculado perfectamente la dirección de las corrientes acuáticas una semana antes y con motivo de una marejada parecida. Las olas chocaban oblicuamente contra las rocas, y por la ley de la composición de fuerzas, cualquier cuerpo que pudiese mantenerse a flote tendría necesariamente que ser arrastrado hacia la punta de la escollera. Allí flotaban un gran número de troncos, de cañas y de restos de todo tipo. Porque en aquella punta las rocas se incurvaban como el extremo de una cimitarra.

Todo era cuestión de mantenerse a flote durante unos cinco minutos, cosa que caía fuera de las posibilidades de Gertrudis, que, como todos los no nadadores, ignoraba que el cuerpo humano tiene necesariamente que subir a la superficie del agua si no absorbe un exceso de líquido. Y, por supuesto, cuando acudieron a socorrerlos, el mar había cumplido su misión de verdugo y de sepulturero. Se dejó, pues, arrastrar por las aguas, cerrando cuidadosamente la boca y conteniendo la respiración cada vez que las olas, al refluir de su embate con las rocas, lo arrastraban contra el fondo, y aupándose sobre el lomo de ellas siempre que el movimiento vibratorio chocaba con su cuerpo.

* * *

La noche era tibia en el otoño madrileño. Tan tibia como la música que goteaba el gramófono. El whisky tintineaba en los vasos y las parejas bailaban con los rostros juntos. Alberto había pasado unas semanas desagradables. Primero las declaraciones en el cuartel de la Guardia Civil, luego en el Juzgado, y, por supuesto, todos los tragos amargos del sepelio y de las condolencias. Pero nadie había sospechado de su

crimen. ¡Había sido siempre un matrimonio muy bien avenido y el gozaba de una reputación de persona respetable! Nunca se le había ocurrido murmurar de su esposa, ni ante sus mejores amigos. Y para mayor ironía, muchos le habían envidiado su felicidad conyugal.

Además, las aristas de las rocas habían arañado como zarpas de felino todo su cuerpo. Aún quedaban huellas de aquellas caricias en su epidermis. El mar enfurecido, la roca resbaladiza, los gritos de él y su chapuzón arriesgadísimo, habían ahogado las últimas sospechas. Todo había sido cuestión de trámites y de firmas, poner cara de compungido y recibir los pésames.

Ahora el otoño estaba a punto de extinguirse y pronto las heladas acabarían con los últimos restos del calor veraniego. Ellas arrojarían una gruesa costra sobre los recuerdos. Y tras el filo de navaja de las Navidades se abría un nuevo año. Dentro de él resplandecía aquel brillante destino en París. Por eso había querido celebrar el acontecimiento en compañía de aquellos amigos y amigas a cuyo trato renunció, unos meses antes, por haber sido anatematizados por Gertrudis como personas poco respetables. Pero, en realidad, su único delito era el de haber querido sacarle de aquel féretro al que le había condenado ella.

Sobre todo estaba Anita, que era su amante desde hacía dos semanas. Ahora estaba bailando apretada contra él.

¡Cómo no habría conocido a aquella mujer antes de dar el mal paso! Anita era todo lo contrario que Gertrudis: una colmena densa con el rumor de la vida. Flotaba en el aire soleado como una libélula y era al mismo tiempo naranja madura que está deseando ser picoteada por los pájaros para verter en la tierra el fruto de su vientre meloso.

Sonó el teléfono. A todos les extrañó aquella llamada por lo avanzado de la hora. Alberto descolgó el auricular. Se oyeron a lo lejos unas palabras ininteligibles. Luego el clic del corte de comunicación.

—Se trata, seguramente, de una equivocación —afirmó él.

La fiesta continuó, y a la mañana siguiente el recuerdo de aquella llamada había desaparecido, como el resto de whisky en el fondo de los vasos y las colillas con un collarete de rouge en los extremos. Sólo permanecía en la memoria de él, flotando en la bruma del humo de los cigarrillos y en el esplendor sangriento de las lámparas rojas la imagen de las piernas y de las caderas de Anita, agitándose rítmicamente al compás de la música. Y luego el contacto caliente de su cuerpo en el lecho y las palabras entrecortadas por la embriaguez y por la pasión.

Pero la llamada volvió a repetirse a los dos días, y luego a los tres, hasta hacerse diaria.

—Debes dar parte a la policía —le había aconsejado Anita.

Y, efectivamente, había hablado con un amigo suyo. Pero, ¿qué enemigo podría tener? A nadie había causado ningún perjuicio, ni tampoco era el líder de la opinión pública famoso que expone doctrinas o toma medidas que no siempre satisfacen a

todos. Su posición económica era confortable, pero no tan sobresaliente como para despertar las envidias.

La hora en la que se producía la llamada variaba continuamente, pero siempre coincidía con la presencia de él en casa. Lo terrible de aquello era el silencio del interlocutor desconocido. Pero pronto comenzó a aguzar su oído. ¿No eran jadeos lo que se sentía al otro extremo del hilo? Era como una respiración entrecortada, mejor dicho, como si «algo» le impidiese a aquella persona respirar normalmente. Luego empezó a oír el rugido del mar, como si el teléfono fuese una caracola marina.

Un día destrozó a patadas el teléfono. La Compañía Telefónica indagó y tuvo que rescindir el contrato. Se quedó incomunicado. Y gracias a eso pudo disfrutar algunos días de tranquilidad.

Pero comenzaron entonces a llamarle a la oficina. Era toda una persecución en regla. Empezó a perder peso, a sentirse nervioso, a sufrir de insomnio. Su dulzura con Anita se había convertido en aspereza, a pesar de que todos los amigos comentaban que era muy corriente el caso de personas que se equivocan de número al marcar y no quieren presentar excusas al escuchar una voz extraña.

Pero sí, él estaba completamente seguro de que aquel sonido del teléfono era el sonido del agua que gorgotea en los pulmones. Se oían, además, los gemidos del huracán y el clamor de las olas grises que embisten contra las rocas.

Y un día empezó a escuchar la voz de Gertrudis. Le llamaba «asesino» y se reía de sus amores con Anita, a los que calificaba de repugnantes, con un fondo de risitas de superioridad.

Más de una vez Alberto le había largado el teléfono a su secretaria, pero ésta no había escuchado más que el clic del auricular que se cuelga. ¡Gertrudis seguía viva, acusándole de sus inclinaciones carnales, y reprochándole todo lo que había hecho por él en una época en que necesitaba una mano fuerte que le empujara hacia adelante!

—Estoy seguro de que ella me llama —le confesó un día a Anita.

Y poco a poco fue saliendo a trompicones, como un cubo que se atasca al girar sobre su polea, el agua corrompida de aquel secreto que había permanecido hasta entonces en el pozo de su alma. Anita lo comprendió todo, lo perdonó todo.

—Debemos marcharnos cuanto antes a Francia. Adelanta tu viaje todo lo que puedas —le aconsejó Anita—, así te librarás de esa obsesión, suponiendo que no sea alguien que quiera molestarte.

—¿Quién me iba a molestar? ¿Quién puede desear perjudicarme? Es ella la que me llama. No sabemos casi nada sobre la vida y la muerte. Ahora he comprobado que son ciertas todas esas historias que hablan de asesinados que volvieron a la tierra para vengarse de sus verdugos.

Hablaron durante mucho tiempo, y poco a poco se fue imponiendo en el cerebro de Alberto la decisión de luchar contra aquella presencia, real o imaginaria, que seguía sosteniendo en sus dedos los hilos de su existencia. Volvería a matar a

Gertrudis una segunda vez, aunque ahora sólo fuese con el desprecio. Tendría que conseguir lo que no había logrado durante la vida de ella: someterla a fuerza de devolverle la humillación con la humillación y ridiculizarla, hasta convertirla en un animal inofensivo.

Pasaron unos días sin que sonara la llamada misteriosa. Pero un día volvió a sonar y él ya no permaneció mudo de terror ante lo desconocido, ante aquella interrogación clavada al otro extremo del hilo telefónico.

—Querida mía. Estás muy bien en donde estás: en el cementerio. Y cien veces que resucitaras, cien veces más te volvería a matar. Tengo para ti otros cien crímenes perfectos.

- fue ahora él el que colgó sin esperar a que la «otra» lo hiciera antes.

Al día siguiente se presentaron en su domicilio una pareja de inspectores de policía con una orden de arresto.

- cuando Alberto preguntó, temblando, quién le había acusado del crimen, el comisario contestó imperturbable entre chupada y chupada de cigarrillo:

—Es una vecina de usted, una solterona que está bastante mal de la cabeza. Estaba enterada de todas sus idas y venidas, y, por supuesto, de la muerte de su esposa en circunstancias muy trágicas. Se conoce que un buen día usted se olvidó de darle las buenas tardes en la escalera. Desde entonces, y como no tenía otra cosa que hacer, se ha divertido molestándole por teléfono.

EL VALLE DEL INFINITO

Carlos Romero Guijo

Sus pasos eran lentos, pesados y andaba torpemente. Sentía la pesadez que causa la tristeza, cuando se está desmoralizado y abatido. Andaba y andaba con lentitud. El cielo y el campo eran dos paredes ciegas e infinitas, entre las que iba transitando sin dirección. La raya del horizonte donde se une la llanura con el cielo, llegaba a la altura de sus ojos como si ésta se pudiese alcanzar con la mano y, además, fuese la meta de su viaje. Era una ilusión que le agradaba, extasiándose mientras iba andando. Se dejó engañar por este espejismo y continuó su camino. Un camino sin accidentes, sin dificultades geográficas, sin nada. No había vegetación sana, sólo hierba seca y muerta, que yacía tronchada sobre la tierra espesa. Tampoco se veían aves que distrajeran su atención unos segundos y le sacaran de la inercia que sentía. El campo se presentaba tranquilo y desnudo y, el sol estaba endurecido. Tenía color de oro. Como si estuviera cargado de sol. Su brillo era espeso y difuso, y entristecía al mirarlo. Era el ocaso de un último día.

Jofré observó que allí faltaba la mano del hombre y, esto lo delataba el mismo campo con su aridez, con su silencio impresionante y con su ignorado vacío. Era como si el día estuviera rendido y le invitara a pensar durante su viaje; pero el final de este viaje no sabía cuándo iba a llegar; ignoraba cuál era su límite, aunque tampoco le desesperaba contemplar siempre el mismo horizonte y, el mismo cielo, por muchos kilómetros que anduviera. Por esto, se ensimismó en sus propios pensamientos mientras caminaba para evitar el tedio de la marcha y la angustia del vacío. Pues, cada momento era gemelo del siguiente. Así anduvo un largo e interminable rato. Cuando despertó del letargo que le produjeron sus recuerdos, observó que se había detenido, que ya no andaba, y que estaba como quieto en un sitio fijo, inmóvil, como si tuviese los pies clavados en la tierra. Quiso hacerse un gesto de extrañeza a sí mismo, pero observó que no podía. Quedó sorprendido. Volvería a intentarlo. ¡Todo esfuerzo es inútil! —pensó—. ¿Qué me ocurre?, comenzó a preguntarse. ¿Es que sólo puedo pensar?, nuevamente se preguntó. ¿Por qué no puedo moverme? Un silencio de angustia le respondió a su propio

interrogatorio… Seguía pensando en su última pregunta, cuando sus ojos le respondieron con la visión que jamás sospecharía: frente a él y ante su estática y sorprendida mirada, había un valle, un valle que aparecía quieto ante sus atónitos ojos, igual que cuando se contempla una fotografía. Con el aliento retenido estuvo analizándolo unos momentos y observó que aquel paisaje era como una lámina fría y sin vida; parecía que nadie lo hubiese pisado jamás. Como si la vida que allí transcurría en aquellos momentos, fuese la misma que la del primer día de la existencia. Igual que cuando Dios la creó… Una casa blanca y pequeña que se distanciaba de un frondoso y picudo bosque, completaba la imagen de aquel insólito paisaje, rodeado de una barrera circular de lejanas montañas, mudas y silenciosas. Como si intentaran recordar el límite entre la vida y la muerte. El bosque era de elevados pinos y sus copas se reunían todas en un punto, en un elevado centro del cielo. Era como una gigantesca pirámide verde que guardara celosamente un secreto oculto e insondable, una solemne y áspera realidad… Una realidad profunda donde nadie puede evitar su llegada, limitándonos cuando pensamos en ella, a darle forma con la imaginación. Empezó a creer que aquello era un sueño.

Seguía extasiado mirando lo que sus ojos podían abarcar, cuando de momento observó que su mirada cambiaba de dirección, que ya podía mover sus ojos, que sus miembros le respondían, y que ya no estaba clavado. Sintió deseos de andar y lo hizo. Realizó el primer movimiento alzando un pie hacia adelante con lentitud y miedo; viendo que había avanzado, echó el otro con más rapidez y, empezó a moverse con facilidad y soltura. Así había andado un corto trecho, cuando advirtió que su cuerpo no pesaba sobre la tierra que iba pisando, y que tampoco tenía que hacer esfuerzo alguno para andar; lo hacía con soltura, sí, pero sin intención de hacerlo. ¡Andaba como si lo llevasen! Sintió miedo y quiso pararse nuevamente, ¡retroceder! Pero no pudo. Pensó el intento varias veces con terca obstinación… ¡Estéril fue su empeño! ¡Era imposible!… «¿Qué me ocurre? —se preguntaba—. ¡Voy llevado por una fuerza a la que no me puedo imponer!» Quiso volver a retirarse, pero continuaba andando como llevado por un impulso misterioso. Por algo que no acertaba a comprender. Siguió avanzando como insensible, como el que va hacia un destino que desconoce, pero que teme, sin saber el motivo de su temor.

Cuando menos lo esperaba, se encontró en el umbral de una puerta. Era la puerta de la casa que momentos antes había contemplado desde lejos, como absorto. Se extrañó por un instante, pero fue una extrañeza leve, blanda, sin forma personal. ¿Sería aquélla la meta de su viaje? ¿Sería aquella casa el fin que perseguía? No lo sabía. ¿Pero en qué meta pensaba? ¿Por qué estaba allí? ¿Quién lo hizo ir? Esta última pregunta le dejó turbado unos momentos. La incertidumbre se colgaba en su corazón de una manera angustiosa, dejándolo en la duda. Ésta le atenazaba su cerebro, impidiéndole que desarrollara sus ideas; sólo podía continuarla. Finalmente fueron sus ideas las que le condujeron a entrar en la casa de una manera impensada e instintiva. Fueron sus pies los que se adentraron en ella sin poderlos dominar. Cuando

se encontró dentro, comenzó a examinarla ansiosamente con la mirada: cuatro paredes duras, de uniforme construcción y ásperas a la mirada, formaban la lúgubre estancia. No existía mobiliario. En una de las paredes había una ventana de forma rectangular y con agudas aristas. Como si fuera un ancho cuadro. Las aristas parecían estar cortadas a cuchillo. La ventana daba al campo y estaba a poca distancia del suelo. Se podía salir fácilmente por ella, porque no tenía ventanal. Estaba desnuda… Miró hacia el exterior.

A través de esta ventana se veía el campo, mustio, sordo y silencioso. También se veía la dura tierra mezclarse con la seca y pajiza hierba en una completa soledad. Pronto observó que a través de la ventana, y a pocos metros de ésta, había algo que no vio al principio de su llegada al valle.

Era un viejísimo árbol de madera tiesa y rajuda, que se erguía orgullosamente. De sus peladas ramas pendían sólo siete hojas, secas, desmayadas y con el pequeño tallo que las unía al tronco, casi partido, amenazando caerse. Era como si el olvido las hubiese estrangulado. La visión de aquellas hojas mustias y tristes le hizo desviar la mirada sin comprender su motivo. Era como si le hirieran a sus ojos. Se extrañó del dolor, pero…, ¡ya empezaba a tener sensaciones! ¡Ya sentía su cuerpo! Por un momento creyó que se alegraba, pero fue sólo una fantasía. Después observó que, allí había algo extraño, muy extraño. Algo, que él no comprendía…

Estaba en el centro de aquella desolada habitación, cuando miró a una de sus afiladas esquinas y, vio de improviso, un angosto pasillo que se comunicaba con el interior. Sintió curiosidad por saber adónde conduciría, pero el miedo le hizo desistir de esa idea. Seguía mirando, cuando observó con estupor que empezaba a sentir un miedo tan intenso que invadía todo su ser por momentos.

Había visto una sombra que avanzaba con lentitud por el pasillo, y que recortaba en el suelo la figura de una mujer, anunciando imprudentemente su rápida presencia. ¡Sintió terror en su cuerpo! Terror y un frío desmedido. Comenzó a retroceder despacio, con lentitud y miedo visible. La sombra seguía deslizándose y él, retrocediendo, pero al ver que no podía aguantar más el terror, cubrió sus mejillas con ambas manos en actitud de defensa. Pronto notó que las palmas de sus manos tenían el frío del hielo, y, que las puntas de sus dedos estaban hiertas y enfriaban aún más su rostro. Tenían el frío de la muerte.

Se encontraba a merced de aquella misteriosa mujer, cuya sombra le avisaba precipitadamente. Se sintió indefenso, pero no le dio tiempo a seguir pensando: la figura de la extraña mujer apareció en la boca del pasillo, queda y silenciosa. Se había adelantado a su sombra. Jofré la miró varias veces con estupor y creyó no estar en sí.

La extraña mujer era una belleza jamás conocida, jamás vista en mujer alguna. A la blancura de su tersa piel, le acompañaba un brillo anacarado con destellos cárdenos. Su pelo, de color negro mate, hacía un contraste violento y áspera la mirada. La esbeltez de su cuerpo era proverbial. Vestía con sencillez, y sus formas no incitaban a la lujuria.

«Qué sensación tan desigual», pensó. La situación se hizo angustiosa, y el silencio corroía el alma.

Finalmente fue ella la que rompió la tortura de aquel silencio con unas lacónicas palabras.

—Te esperaba —le dijo con naturalidad.

—¿A mí? —contestó Jofré en un tímido estremecimiento.

—Sí, a ti —le volvió a decir la extraña mujer—. A ti, que como a tantos otros he esperado. Todos habéis acudido a mi cita y… como comprenderás, tú no podías faltar tampoco. Óyelo bien, no podías faltar…

Dicho esto, avanzó unos pasos hacia él y Jofré se estremeció, pero ella suavizó su actitud con una sonrisa. Pero fueron unos pasos extraños y una sonrisa hiriente. Jamás recordaba haber visto una mujer igual. Sin embargo, su provocativo cuerpo no incitaba al deseo ni a la posesión frenética. La contempló con admiración y arrobo, quedando seducido por aquella mujer. Seducido de su silueta, de sus pasos armoniosos, de su voz… A su mente vino el eco de sus últimas palabras… «¡Oyelo bien, no podías faltar!» ¿Qué significado tendría todo esto? —se preguntó—. ¿A qué cita se refería? El confusionismo fue a su cerebro como aguja punzante que lacera el alma con su incertidumbre y la deja en la desolación y el hastío.

«Además —se dijo—. ¿Por qué me habrá tuteado?» Esto último lo sintió como una humillación feroz. Pero en un esfuerzo titánico decidió afrontar el diálogo espetándole:

—Acaba de decirme que me esperaba y que yo no podía faltar a la cita. ¿No ha sido así? ¿No me ha dicho eso antes?…

—Sí. Eso te he dicho —le contestó con una frialdad insolente. «Otra vez volvía a tutearle», pensó Jofré.

Jofré se decidió a continuar preguntándole y sin esperar más le dijo:

—Pero, ¿por qué tenía yo que venir aquí? ¡Estoy sin saber el porqué me encuentro en esta situación! Tampoco sé qué lugar es éste. ¿Qué es lo que hago aquí, me lo puede decir? ¿Qué sitio es? No sé nada, no puedo comprender nada…

La mujer le miró de una manera interrogativa, como el que pregunta. Por fin lo hizo de una forma segura, espetándole a él:

—Pero, ¿no eres tú el que has venido aquí? ¿No has sido tú el que has venido por tus propios pasos?…

—Sí, he sido yo el que ha venido —contestó Jofré con desconcierto y balbuceo —. Es cierto, he sido yo, pero… no me lo puedo explicar, por eso se lo pregunto. Estoy aquí sin saber el porqué estoy y quiero saberlo… No sé cómo he llegado hasta aquí…

La extraña mujer le contestó, acompañando sus palabras con una sonrisa humillante.

—Ahora no lo comprenderás —fue la respuesta—, pero pronto lo sabrás, Jofré. Muy pronto lo comprenderás —le repitió irónica—. Será una espera, pero una espera

corta, muy corta. Será… tu última espera…

Jofré advirtió que había pronunciado su nombre con una familiaridad que le aterró, acompañada de esa sonrisa humillante que tuvo que soportar, y que continuaba pesando sobre él. ¡No salía de su estupor! ¿Pero cómo sabía su nombre? ¿Por qué le hablaba igual que si le hubiese conocido de siempre? ¡Pero si jamás se habían visto! ¡Estaba seguro de ello! «¿Cómo puede saber que me llamo Jofré?», seguía preguntándose.

Continuó el diálogo con ella, pero el miedo comenzaba a estorbarle, haciendo interferencias en su pensamiento. Tenía que anudar sus ideas y unirlas velozmente para poder hablar. Tímidamente prosiguió hablándole, pero sus preguntas las hacía ya con un manifiesto balbuceo. Con temblor se atrevió a decirle:

—¿Pero cómo sabe usted mi nombre? ¿Por qué sabe cómo me llamo?

—¿Que por qué sé tu nombre? —le contestó—. ¿Que por qué sé cómo te llamabas?

Jofré no se apercibió de la intención de estas últimas palabras… ¡Cómo te llamabas! Ella continuó hablándole:

—Siempre lo supe. Si no lo supiese no sería quien soy. No lo comprendes… No sería quien soy.

Al oír estas palabras, Jofré se lanzó a una pregunta con avidez y precipitación. Su interés por conocer quién era aquella mujer era mayor que las emociones sufridas y aún más fuerte que el propio dolor. ¡Ya iba a saber quién era! ¡Por fin podría desentrañar el misterio! Con decisión le preguntó:

—¿Y quién es usted? ¿Qué hace aquí?… Dígamelo, por favor…

Una vez más la sonrisa de la misteriosa mujer vino antes que la respuesta.

—Esperaba tu pregunta —le dijo—. Y también esperaba que la hicieras con esa angustia con que la has hecho, con esa avidez tan enorme.

Dicho esto, guardó unos segundos de silencio, mientras observaba a Jofré, el cual le miraba con una desesperación insufrible y una tensión desoladora. Pasados esos momentos, continuó preguntándole:

—¿Entonces, tienes mucho interés por saber quién soy, verdad? Por saber con quién estás hablando…

—Sí, sí —contestó Jofré, sin dar tregua ni limitación—. Deseo saber quién es usted. Saberlo todo, sea lo que sea, pero saberlo. Porque no puedo resistir más…

Ella le miró, quizá por primera vez, de una forma compasiva y lastimera; pero su rostro se tornó indiferente para decirle:

—Y qué más da, Jofré. Qué más da. Ya es igual que te lo diga o que no. Ya es igual. ¿No lo comprendes?

Jofré hizo un gesto de angustia que ella percibió, pero continuó diciéndole:

—Además, ya te dije antes que será una corta espera. Pronto lo sabrás, no te preocupes por ello.

—¿Pero cuándo lo sabré? —contestó Jofré con ansiedad—. ¿Qué tiempo falta

para saberlo? Ya le he dicho que no puedo resistir más. He creído por unos momentos que me lo diría, pero…

—El tiempo no cuenta en el Valle, Jofré —respondió duramente la extraña mujer —. El tiempo no cuenta.

Estas últimas palabras las pronunció retirándose hacia el angosto pasillo, por donde había aparecido antes, adelantándose a su sombra; después, de la misma manera que había aparecido, desapareció.

Jofré la siguió con la mirada hasta que la vio adentrarse en el interior. Una vez más quedó solo en el centro de la estancia. Así continuó unos momentos, quieto, sin moverse y con el pensamiento en sí mismo, recordando con triste nostalgia sus últimas palabras. «¡El tiempo no cuenta! ¡El tiempo no cuenta!»… Se lo repitió varias veces pero no lo comprendía…

—¿Qué me querrá decir con esto? —se preguntó Jofré como absorto—. ¿Qué me habrá querido decir? —se volvió a repetir insistiendo en su pregunta.

Quedó inmerso en sus recuerdos forzándolos a la razón, pero sin lograr conseguir atraerles. Quería regresar con su mente a épocas anteriores, a momentos vividos no sabía cuándo, pero que estaba seguro de haberlos vivido. Se uniría con ellos partiendo hasta la situación actual y a ello se dispuso…

Pronto vio que sólo conseguía retorcer su cerebro sin llegar en absoluto a poder ahondar en ningún recuerdo de su vida pasada que pudiera ayudarle a construir el momento actual. ¡Era como si no hubiera vivido! ¡Como si estuviera hecho de sueños! ¡Como si no fuera un ser real! Quiso encontrar consuelo para su disparatada mente; para la tortura de sus fantasías y miró hacia la ventana que estaba fija ante sus ojos. A través de ella y como colándose por la misma, volvió a aparecer frente a su mirada el viejo y rasgado árbol. El árbol de las siete hojas secas, mustias e indefensas, que aún pendían de él, amenazando caer. Quedó unos instantes mirándolas y, pronto notó que no podía seguir viéndolas. Le dolía esa estampa de la naturaleza. Lo que a su vez, era una realidad acusadora.

Intentó huir con la mirada, pero no pudo. Quiso hacerlo nuevamente y quedó en suspenso todo su cuerpo. Una rigidez estaba invadiendo otra vez todos sus músculos y todos sus miembros, dejándoles tensos; como en estado de catalepsia. Era como si sus nervios fuesen de alambre. La angustia era la única sensación que vivía en aquellos momentos. Tenía el sentimiento firme del dolor.

Seguía mirando a aquellas hojas secas, de una manera forzada. Como el que quiere vencer con terquedad una obsesión. Pero las hojas seguían clavadas en las pupilas de sus ojos. Se defendió de sí mismo pensando que el aire las movería veleidosamente, como si fueran juguetes suyos y entonces no podrían seguir clavándoseles porque el movimiento se lo impediría. Su idea no le sirvió de nada. Las hojas continuaban recortándose en la ventana y ocupando un sitio en sus ojos, que permanecían inmóviles.

La ansiedad le aumentaba por momentos, y por su cerebro comenzó a pasar un

desfile de recuerdos inconcretos, recortados y sin ilación, a los cuales él no podía sujetar. Era una asfixiante película mental. Deseó ardientemente limpiar su cerebro de las imágenes que le torturaban y lo consiguió. Pero como jamás podía suponer ni desear.

Un ruido violento, como un tropel de huesos que chocan duramente, hizo estremecer el suelo.

Jofré yacía en él, rígido, y con la mirada en el vacío…

Después de un tiempo, sintió que su mano era apretada fuertemente por otra mano, y que ésta a su vez, iba alzando lentamente su cuerpo del frío suelo. Cuando se incorporó abrió los ojos: su mirada tropezó con la de la misteriosa mujer, que volvía a sonreírle irónicamente. Parecía como si la piedad estuviera ausente en el corazón de aquella hembra. Ya de pie, frente a ella, quiso espaciar sus ojos en el cuerpo maléfico de aquella ignorada mujer, pero no pudo. El miedo se lo impedía. Entonces, en un impulso casi agónico, le profirió unas preguntas con extrema ansiedad.

—Pero, dígame, por favor. Dígame de una vez. ¿Quién es usted? ¿Qué hace conmigo? Estoy extenuado, y no puedo seguir en esta situación… Si es un sueño, despiérteme, se lo pido, despiérteme…

Nuevamente la extraña mujer lo volvió a mirar, pero esta vez, la mirada no fue acompañada de la sonrisa irónica, ni la mueca humillante. Le miró de una manera penetrante, como un estilete que se clava punzante en la carne, a la vez que le decía:

—¿Un sueño, has dicho, Jofré?… ¿Deseas que sea un sueño? Di… ¡Contesta!

Una vez más, su aguda e hiriente mirada hizo presa en el débil Jofré. Éste quedó observándola unos momentos y, advirtió con escalofrío que su cara ya no era la misma, que su piel la tenía como tullida de un modo incomprensible, y que su expresión se había tornado grave. ¡Era un rostro extrahumano! La miró con vacilación, pero continuó diciéndole:

—Pues porque debe ser un sueño —exclamó—. Una negra pesadilla de la cual no puedo salir. Pero, si es un sueño, es un sueño extraño. Como jamás tuve uno igual…

Con la expresión grave y dura la mirada, la mujer incomprendida contestó:

—Sí, llevas razón. Jamás los sueños son iguales. Pero tú sabías bien que este sueño tenía que venir alguna vez, y nunca meditaste en él. Siempre lo echaste al olvido…, y ahora te extrañas, ¿verdad?… Ya no saldrás jamás de este sueño, aunque sí del Valle. Desde que llegaste a él, has tenido tiempo de observar el misterio que tanto te atormenta. Claro que a los que te precedieron les ocurrió lo mismo. El barro de vuestra existencia os impidió ver todas las cosas con claridad.

Jofré, en el paroxismo de la confusión, exclamó:

—¡No entiendo nada de lo que me está diciendo ahora! ¡Qué voy a saber yo, compréndame! ¿Qué es lo que tenía que observar desde que estoy en el Valle?…

Quedó mirándolo fijamente; después le dijo de nuevo:

—Hablas como suplicando, Jofré —le dijo en un tono de voz que le descarnaba la vida—. También me lo has pedido todo humildemente, sin mostrar amor propio.

Como si hubieras perdido la dignidad. Jamás te portaste de esta manera…

—¿Que jamás me porté de esta manera? —repitió Jofré extrañado—. ¿Y usted cómo lo sabe?

—Sí, jamás te resignaste, siempre hiciste lo opuesto de lo que acabas de hacer. No has tenido un acto colérico, estando encerrado en estas paredes conventuales. Ni siquiera tuviste valor para el reproche. Tampoco has comido nada. Ni has dormido siquiera. Desde que llegaste lo has soportado todo con resignación. Mi cuerpo lo has observado varias veces, y en tus ojos no existía la llama del deseo febril, ni de la posesión carnal. Ha sido un deseo frío e impotente. No te has permitido otra cosa. No te has atrevido a nada. Te he tuteado, y has soportado el tuteo, aguantando el dolor y la humillación que te estaba produciendo. Te has asustado de mi presencia siempre que me has visto, e incluso te aterrorizaste en el primer momento en que me acerqué a ti. ¿Por qué, Jofré? ¿Por qué?… Debes de hacerte esta pregunta sin cesar, continuamente… Pues quiero que sepas, que nunca te has preguntado nada sobre el porqué de tus actos. Siempre fuiste de forma diferente… Aquí empieza el fin de tu misterio. Ahora podrás saber lo que tú tanto deseas… Al toque del Ángelus, te concederé un postrer recuerdo. Ahora ve al campo…

Jofré continuó paralizado, sin moverse. La extraña mujer le insistió:

—Anda, ve al campo, obedece…

Una vez que acabó de hablar, se dirigió lentamente al pasillo, pero esta vez persiguiendo a su sombra.

Jofré no dudó un momento en obedecerla ciegamente y en un impulso veloz salió con facilidad por la ventana. Una vez más en el campo, continuó andando con rapidez increíble, pero tuvo que detenerse de una manera violenta: había llegado al bosque de los pinos. Quedó en suspenso unos momentos observándolos detenidamente.

Éstos se presentaban como un impresionante monolito de ramas verdes, casi amenazadoras. Alzó la vista hacia la cúpula. Ésta parecía que tocaba con el cielo. Pensó en sí mismo, y la soledad del momento le vino acompañada de un raro y extraño aire frío que procedía del bosque. Sostuvo el aliento y un sudor de hielo le hizo no pensar en nada. El aire frío había tropezado con fuerza en su rostro y empezaba a sentir miedo. Miedo y vergüenza de sentirlo. Así estuvo unos momentos. Después de una reacción casi corporal se adentró en el bosque, con deseo y curiosidad sin límites. Cuando hubo penetrado, el frío se hizo tan intenso que casi le hirió la piel de su cara.

Dio unos pasos para adentrarse en él y observó que el ramaje era muy espeso e incómodo para andar entre su verde. Con angustiosos movimientos comenzó a caminar hacia el interior ayudándose en sus manos para apartar las ramas que intentaban obstruirle su entrada. Cuando ya había recorrido un poco de camino, el frío se acentuó y empezó a azotarle su rostro con las ráfagas de aire cortante que venían casi seguidas. Siguió andando a tientas, como si estuviera desconcertado, abriéndose paso entre el espesor del ramaje que le obstruía continuamente cualquier

dirección que tomara, pues iba casi a ciegas. Empezó a notar que estaba desconcertado. Las ramas le empezaron a golpear en la cabeza y sus manos acudían continuamente a su rostro para tapárselo y evitar los latigazos de las varas que se le cruzaban con terrible violencia, azotándole los músculos de la cara.

Se la tapaba una y otra vez, con una desesperación incontenible, pero las varas repetían sus latigazos continuamente y sin cesar. Su respiración se hizo hasta tal punto entrecortada y fatigosa que iba aumentando su cansancio por momentos; los pies se le entorpecían y el pecho agitado por los pulmones lanzaba por su boca convulsos alientos de aire tibio. Sentía amagos de muerte. Continuó andando, y al trompicar sus pies con la tierra se tenía que ayudar desesperadamente con sus manos, apoyándose fuertemente en el tronco de los pinos. Éstos le herían sus palmas, y la sangre caliente que manaba la herida humedecía la corteza de los árboles dejando en el tronco la huella de sus manos. Pero el cansancio se acentuó y tuvo que agarrarse a uno de ellos con ambas manos abrazando el tronco, para no caerse y apretando contra él cabeza y cuerpo. Pero al abrazarse con fuerza al tronco, las grietas de la corteza empezaron a hendirse en su rostro y en su frente, como si fueran afilados cuchillos.

El dolor le hizo separarse bruscamente y con el rostro ensangrentado, dio unos pasos vacilante para mantenerse en pie, pero tuvo que ceder, cayendo de rodillas sobre la tierra. Estuvo unos momentos jadeante, después tuvo aliento y en un agónico esfuerzo volvió a incorporarse lentamente, debatiéndose con el dolor.

Cuando estaba casi de pie, con las piernas arqueadas y el rostro descarnado, sosteniendo el equilibrio en un titánico esfuerzo, alzó la vista y, en su mirada tenía marcado claramente un feroz desafío a la vida y a la naturaleza. Después levantó los brazos, y con los puños crispados hizo un ademán de amenaza sacrílega… En ese momento cayó fulminado al suelo… ¡Había sido víctima de su propio desafío!

Seguía tendido en el suelo a pesar de haber despertado: la nuca se hendía en la tierra haciendo un pequeño hoyo donde descansaba su cabeza dolorida del terrible sueño. No recordaba nada en aquel momento. Sus ojos miraban hacia el cielo mientras descansaba, queriendo descubrir algo. Continuaba en esta cómoda postura, quieta y serena, sin haber recobrado plenamente la conciencia, cuando el tañido de una campana le hizo estremecerse.

Se puso en pie violentamente, como impulsado por un resorte, para poder escucharla atentamente. La campana seguía su toque, y Jofré continuaba atento; observando que el sonido de esa campana no tenía el tañido de otras. Su eco era denso y espaciado y doblaba un toque triste. Carecía del aire soberbio y exigente de otras campanas que él oía, contemplándolas mientras repicaban. ¿Pero cuándo las había oído? De esto no se acordaba. Sólo sabía que las oyó con alegría. «Eran tan distintas a ésta», pensó con nostalgia. Verlas siempre le había gustado, pero ahora no las veía, no podía verlas por muchos esfuerzos que hacía girando en todas direcciones. Cuando empezaba a desesperarse vino a su memoria el recuerdo de una promesa: ¡Aquella campana doblaba el toque del Ángelus! ¡La extraña mujer había

cumplido lo que prometió!…

«Pero bueno —se preguntó—. ¿Ahora podré saber la verdad del misterio? ¿Pero qué verdad será?», se dijo con la ansiedad de la incertidumbre.

La campana continuaba tocando su tañido monótono con aire lastimero, ahogándole su pregunta. Poco a poco, el eco fue debilitándose lentamente hasta oírse la última campanada. Un momento después ya no se oyó nada. Había expirado también el sonido…

El silencio volvió a reinar en aquel desolado paraje, apropiándose de él. Sólo había silencio y vacío. Jofré continuaba sumergido en aquel íntimo momento donde la razón no acertaba a vivir. Así se mantuvo extasiado durante un tiempo. Seguía en esta actitud cuando sintió deseos de mirar al bosque y lo hizo. No lo vio. Miró varias veces consecutivas y nada. Todo había desaparecido en derredor suyo. Empezaba a inquietarse cuando de pronto se acordó que le faltaba un sitio donde mirar: miró y quedó consternado. En el sitio que antes ocupaba el bosque, donde se erguían orgullosamente los pinos, se veían solamente, desde lejos, unas piedras blancas raras, lívidas y mudas. Se dirigió hacia ellas andando con abatimiento. Pronto empezó a ver que aquellas piedras blancas eran losas frías y rígidas. Se acercó aún más y más y miró… ¡Allí existía un cementerio! Comenzó a contemplarlas con sorpresa, con estupor y con miedo.

Su mirada hizo un veloz reconocimiento. ¡Sí, era un cementerio! Las lápidas sepulcrales formaban todas una línea horizontal, levantándose un palmo del suelo. Jofré se apretó los ojos con las yemas de sus dedos, queriéndose asegurar que aquello era producto de su imaginación y de una dolorosa fantasía: se acercó más y más, pero tuvo que detenerse repentinamente.

Junto a él y, al borde de sus pies, se hundía una fosa: era la fosa de las Ánimas. Jofré lo ignoraba. Había una oquedad de dos metros de profundidad, húmeda y oscura. Era el único sepulcro que aparecía vacío, sin que reposara en su tierra ningún cuerpo inerte. Quedó mirándolo con detenimiento. Le gustaba mirarlo y no se movía de aquel sitio. Su mente empezó a sentir una negra sensación. Una sensación de querer adentrarse en aquel hoyo, a la vez que se espantaba de su mismo sentimiento. La soledad tenía en aquellos momentos rumores de muerte y un olor imposible comenzaba a emanar de aquella fosa, flotando sobre ella. La oscuridad se acercaba a grandes pasos; la tarde se unía a la oscuridad, y el día empezaba a vestirse de difunto. El cielo enviaba su alfombra de luto. Tenía que hacer a la noche.

Respiró hondamente y percibió con repugnancia aquel fétido olor. Era el olor de un cuerpo en estado de corrupción. «No puede ser —pensó—. No puede ser. ¡Si estaba vacía la fosa!»

Respiró varias veces más para convencerse de que también era fruto de su fantasía. De que era una visión lúgubre de su cerebro. Pero no. ¡Era en verdad el olor de un cuerpo putrefacto! El olfato percibía ese olor nauseabundo.

Miró por última vez a la fosa, y comenzó a alejarse lenta y sigilosamente. Siguió

alejándose como el que no quiere hacerlo, como el que tiene deseos de quedarse pero huye furtivamente. Recorrió un gran trecho; después se paró y se puso a observar que aunque se había alejado bastante, el fétido olor continuaba. «¡Qué extraño! —se dijo —, pero si ya estoy muy alejado del olor. ¡Si no puede alcanzar tanta distancia!»

Pensado esto prosiguió alejándose, pero apenas si ya veía el pequeño cementerio, cuando notó que seguía persistiendo el putrefacto olor, que iba junto a él y, que no se separaba de su cuerpo. A su mente acudió una idea sepulcral y rápidamente se puso a obedecerla. Con estremecimiento empezó a olfatearse el pecho, los brazos, las piernas y… ¡Horror! ¡Era su cuerpo el que emanaba aquel repugnante olor! Desconcertado, le parecía imposible.

Su mente se estremeció convulsa al advertir que tenía que luchar con lo imposible, con lo ignorado, con lo que no se puede vencer, la alucinación empezó a torturarle y un sentimiento extrahumano de misterio vino a enloquecerle; pero en un arranque de horror inició una frenética y despavorida carrera hacia no sabe dónde. Corría velozmente, con desatino y sin dirección, llevando la faz desencajada y la mirada perdida.

Pronto en su alocada carrera vio la casa, observando que seguía allí el viejo y rajudo árbol, con sus hojas que pendían de sus ramas. Era una tortura la terquedad de aquel árbol, pero continuó corriendo.

La oscuridad era ya casi completa, y la noche se recreaba en su negrura. Una negrura espesa que amordazaba el alma. El corazón no podía suspirar en esa noche. Era una noche increíble ante los ojos humanos. La luna se recortaba sola en el espacio, prendida en su redondel y prieta contra sí misma, como si la oscuridad la tuviese comprimida. Su brillo era triste y difuso. Añoró las noches pintadas de luna y pobladas de estrellas.

Jofré en su alocada carrera había llegado hasta la habitación, casi sin percibirlo. Nuevamente estaba dentro de la casa, en aquella estancia solitaria y oscura. Intentó ver pero no pudo, la noche era ya muy negra. Siguió mirando y consiguió ver algo con mucho esfuerzo. Entonces su imaginación hizo de pensamiento haciendo que se preguntase: «¿Pero, qué voy a hacer ahora? ¿Dónde voy a dormir esta noche? ¡Yo quiero salir de aquí!», dijo en un momento de espanto. Quiso sentirse amargado pero no pudo. Eso era un consuelo. Nuevamente, las sensaciones le habían abandonado. Sólo pensaba pero de una forma insegura: «¿Qué voy a hacer aquí esta noche? —continuaba diciéndose—. ¿Qué voy a hacer aquí sin hacer nada?», continuó persistiendo en su pregunta.

Una vez dicho esto, dio unos pasos sobre la habitación, pero unos pasos sin fuerza, unos pasos inertes, fríos y sin vida. Estaba otra vez en el centro de la estancia cuando oyó de repente la voz de la extraña mujer. Se sobresaltó. No pudo contener el miedo. Sólo tenía sentimientos para el terror y para el sufrimiento.

—¡Yo te diré lo que vas a hacer, y, lo que vas a sentir! —oyó que le decía—. ¡Te lo prometí! ¡Acuérdate! Éstas fueron mis palabras: Después del toque del Ángelus…

Jofré la miró instintivamente y quedó paralizado en actitud de consternación. La extraña mujer tenía en el rostro el color blanco pálido de la muerte, y sus ojos eran dos manchas negras, inseguras y difuminadas, que ahogarían la quietud de un hombre. Que podría matarle si intentaba resistir aquella mirada; ya no era una mujer. Era una máscara de muerte; pero Jofré seguía mirándola sin moverse, con sus ojos fijos en aquella máscara.

Mas de pronto, empezó a notar que con el pensamiento se iba adentrando lentamente en aquella figura espectral y extracorpórea… Sí, se iba adentrando poco a poco. Aquel rostro cadavérico estaba más cerca de él por momentos a pesar de no haberse movido. Lo comprendía, pero no intentaba la oposición, la defensa, pues no tenía deseos de defenderse. La oscuridad se hizo muy intensa en aquella habitación; se volvió espesa, dura. ¡Allí no existía la vida! Este reconocimiento le hizo reaccionar, y se volvió a estremecer. Después habló de una rara forma, con un sonido en su voz, como jamás había conocido, como si sus palabras no se las hubiera oído nunca:

—Sí, dijo—. Recuerdo que me prometió que, después del toque del Ángelus me revelada este misterio. Este secreto que me ahoga. He llegado a creer que ahora ya es el final de este tormento.

No le dejó acabar, contestándole:

—Sí, ya es el final —dijo la extraña mujer.

La respuesta fue seca y veloz, como un hacha que se clava en el tronco. Después continuó:

—Ya es el final de tu misterio. El final del enigma, acaba en este valle. Porque… ¿Aún no sabes qué valle es éste, verdad?

—No —contestó Jofré—. No —volvió a repetir con rapidez, ávido de obtener pronto la respuesta—. No lo sé, no. No lo he sabido nunca. Tampoco sé el tiempo que he permanecido aquí.

La máscara fría e insensible volvió a decir:

—Es fácil de comprender que no lo sepas, los que te precedieron, tampoco supieron nada. Y respecto al tiempo que has estado…

Al llegar aquí, hizo un silencio. Jofré puso una atención apretada e inmóvil, esperando la respuesta. Pero ésta vino corta y espaciada. Con lentitud le dijo:

—El tiempo ha sido… el infinito…

Jofré no intentó hablar; quedó estático como el que no ha oído nada.

—Nadie se puede librar de este Valle, ni de mí —continuó hablándole—. Es ley de vida. Nadie puede dejar de atravesar este pórtico…

Jofré quiso hablar pero quedó enmudecido.

—Has querido hablar, ¿verdad? —le dijo—. Conozco tus pensamientos igual que tú. Pero ya hablarás poco. Quizás una última vez. Después no podrás hacerlo más, tampoco podrás mirar, ya no harás nunca nada.

Jofré se dio cuenta de que estaba casi dentro de aquella espectral figura. Siguió

observándola débilmente hasta que dejó de verla. Empezó a mirar en derredor suyo, persistió en su empeño, pero… ¡ya no podía ver! Sus ojos no le respondían. Sintió desconcierto, dolor y extrañeza, pero no miedo por su ceguera. Un estado de tranquilidad envolvió todo su ser. Comenzaba a sentir parecidas sensaciones a las que había experimentado en su entrada al valle, pero más intensas. Observó que aunque estaba en aquella habitación, él no estaba en realidad, ni tampoco había habitación. ¡Allí no había nada ni nadie! ¡Él no era un ser viviente! ¡No existía!

Una voz interior, una voz que salía de su propio cuerpo oyó que le decía: «¡Lo comprendes ya! ¡Lo comprendes ahora!»

Jofré quedó en éxtasis. En un éxtasis de infinito.

«¿Qué tengo que comprender?», se interrogó. Estaba pensando en su propia pregunta, cuando empezó a notar algo increíble para él. Algo que se resistía a admitir. Su voz, la misma voz que ahora le hablaba en su interior y que le había contestado: «¿Lo comprendes ya? ¿Lo comprendes ahora?» Era la que le había preguntado.

Hizo un impulso agónico, un postrer impulso y, dirigiendo sus palabras a la extraña mujer, exclamó: «¡Quiero verte de nuevo! ¡Quiero ver tu rostro! No quiero estar solo. No me dejes solo…»

Dicho esto miró en derredor suyo buscándola ansiosamente. En un momento creyó que era la tétrica y espesa negrura la que le impedía verla. Después se acordó de su ceguera…

Todo quedó como si hubiese desaparecido sin él percatarse de ello, y que ya no existiese nada. Hasta el Valle había dejado de existir. Sintió un espanto sobrecogedor, a la vez que oía de su propio cuerpo, una propia confesión: «¿Has dicho que no te dejen solo? —se oyó decirse a sí mismo—. Pues entonces, mírate, obsérvate a ti mismo, si es que puedes. ¡Verás cómo estás solo! ¡No tienes a nadie! ¡Yo no existo! ¡No he existido nunca! Porque tú y yo somos la misma persona».

Un brote salió de la garganta de Jofré, exhalando un grito de perdición.

—¡Qué dices! ¡Qué es lo que has dicho! —interrogó con un gesto de ahogo—. ¿La misma persona? ¿Has dicho que somos la misma persona? Si antes dijiste que tú no existes, que no has existido nunca… ¿Cómo ahora dices que somos la misma persona?

Parecía no comprender su propio lenguaje.

—Sí —volvió a repetirse de nuevo, con una serenidad aterradora—. ¡Somos la misma persona! ¿Y quién somos los dos? —volvió a preguntar Jofré lleno de angustia —. ¿Qué es lo que somos tú y yo?

Vino a reinar un silencio. Un silencio que parecía no acabarse nunca… que seguía persistiendo, que no tenía fin… Pero cuando más soledad había, cuando ya no se iba a oír nada, una voz estertórea, una voz única e imposible dijo:

—¡La muerte!

Esta declaración trajo un tiempo agónico y expectante. Un espacio sepulcral siguió a la respuesta. La estancia quedó tensa y muda. Jofré dio unos momentos de

espera. Después, con pasos vacilantes se dirigió a las paredes para tocarlas con las manos. No las encontró. No había paredes. La habitación no tenía forma, tampoco el Valle, ni el árbol de las siete hojas. No había nada y la inexistencia era absoluta. La oscuridad era de una negrura fúnebre y luctuosa.

Finalmente la voz se oyó en el éter con un tañido sordo y lejano, como un sonido de eco, que decía: «¡Sí, estás muerto, estás muerto!» La voz se fue alejando lentamente por unos momentos dejando solo el vacío…, después volvió a oírse aún más lejana, al tiempo que decía:

—Dios te concede tu postrera sensación…, después reposarás para siempre.

La voz desapareció para siempre en el infinito…

Al oír estas últimas palabras, Jofré sintió deseos de tocar su rostro. Quizás en su último deseo y, por última vez. Rápidamente cubrió su cara con ambas manos, pero… retrocedió horrorizado. ¡Sus manos habían tropezado violentamente en una parte de su rostro sin encontrar músculo alguno! Sólo el hueco gélido había sonado al chocar las puntas de sus dedos con los pómulos salientes, y una sensación terrosa y polvorienta sacudió todo su ser. Dejó pasar unos momentos increíbles. Después, insistió en la misma acción y llevó nuevamente sus manos a la cara. Esta vez los huesos de sus afilados dedos buscaron las pupilas de sus ojos, sin encontrarlas. No pudo soportar la situación. Sus dedos habían penetrado en dos oquedades negras y profundas, con ansia de horror: ¡Eran las fosas orbitarias!

Jofré tuvo por vez primera conciencia de su propio cadáver; había palpado sus terrosos y polvorientos huesos y estaba viviendo su muerte.

Seguía en aquella actitud, cuando empezó a ver con extrañeza unas luces fosforescentes que comenzaban a moverse lentamente en el espacio. Una curiosidad ignorada, le hizo prestar atención. Creyó que eran los fuegos fatuos que ascendían de las lápidas sepulcrales, pero no. Las luces se movían en el espacio con solemnidad, y el cielo se poblaba de brillos rojos en una cadena circular, de un desfile ininterrumpido y espectral.

La fantasmagórica visión tenía una presencia fenoménica. Era un signo de ultratumba. Una representación que le decía algo.

Su cerebro empezó a tener claridad, para comprender lo que era todo aquello; se detuvo a recordar lo ocurrido desde su entrada en el Valle. La aparición de la extraña mujer, el árbol de las siete hojas, el bosque y los sepulcros. Ahora ya no sentía extrañeza, ni miedo, ni terror.

Todo aquello era un justo pago a su anterior vida. El principio y el fin de su existencia. Veía con claridad por qué su cuerpo había exhalado aquel olor fétido y putrefacto, igual que el que manaba de aquella fosa que estaba vacía, de aquella fosa que…

Puso otra vez atención hacia el cielo infinito, para continuar viendo los brillos rojos en aquella cadena circular. Sería la última que vería. Las luces fosforescentes continuaban su desfile silencioso y solemne, siguiéndose unas a otras a una distancia

igual y perfecta. Jofré seguía atento, palmo a palmo, su procesional desfile, viéndolas como se deslizaban majestuosamente por el espacio, de una manera presidencial; como si fueran dueñas del cielo, cuando algo le hizo fijarse intensamente: el círculo que habían formado las luces en el cielo, y que lo había visto perfecto, quedaba interrumpido en un determinado sitio. Allí no había luz, sólo la sombra negra de la noche. La luz siguiente continuaba su marcha lenta y parsimoniosa, como si en realidad siguiera, no a la sombra que le precedía, sino a la luz que faltaba; a una luz que pronto brillaría en su sitio, incorporándose a la lúgubre procesión. Jofré no dudó esta vez del significado de aquella luz. Aquel hueco que quedaba por iluminar era el suyo. Su lugar en la procesión del infinito. El misterioso cortejo de luces siguió lento su desfile procesional. Pero ya no faltaba ningún brillo rojo. En el hueco no había sombra. Estaría iluminado para la eternidad.